

TEATRO TOLSTOYANO

El cristo moderno
El sol de la humanidad
La libertad caída
La muerte del tirano



José Fola Igúrbide

El teatro de Fola, resulta interesante como muestra del modo en que unos planteamientos teatrales tradicionales, poco o nada modificados por las corrientes que en ese momento pretenden hacerse un hueco en el teatro español, pueden servir de soporte para expresar las ideas nuevas.

En el caso de este dramaturgo, son las de un anarquismo cristiano, aunque, como en muchos de los autores de la época inspirados por una ideología de izquierda, lo que tenemos es la simpatía hacia unas grandes ideas más que la militancia en unos determinados planteamientos políticos.

En las páginas que Francisco García Pavón dedica a este autor en su *Teatro social en España*, señala que, “el teatro de Fola supone una variedad poco frecuente en los dramaturgos sociales para abordar los problemas revolucionarios”.

Presentamos en este e-book, cuatro obras de Fola claramente inspiradas en el anarquismo cristiano. Tan es así, que el propio Tolstoi, aparecerá como personaje en alguna de ellas.

José Fola Igúrbide

TEATRO TOLSTOYANO

El cristo moderno · El sol de la humanidad
La libertad caída · La muerte del tirano

Selección y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



José Fola Igúrbide

ÍNDICE DE CONTENIDO

El retorno de Cristo y el teatro de José Fola Igúrbide.
Jesús María Barraión

EL CRISTO MODERNO

Personajes

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Acto cuarto

Acto quinto

EL SOL DE LA HUMANIDAD

Personajes

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

Acto Cuarto

Acto Quinto

LA LIBERTAD CAÍDA

Personajes

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

Acto Cuarto

Acto Quinto

LA MUERTE DEL TIRANO

Personajes

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

Acto Cuarto

Acto Quinto

EL RETORNO DE CRISTO Y EL TEATRO DE JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

JESÚS MARÍA BARRAJÓN

Universidad de Castilla–La Mancha

En 1895 José Fola Igurbide (Castellón 18?–1918)¹, dramaturgo conocido ya en ese momento por el estreno en 1886 de *Teresa*, un típico drama romántico en verso, estrena en el Teatro Eldorado de Barcelona *El mundo que nace*, una pieza con la que se adentra en una línea de teatro social en

1 Aunque escasos, pueden verse más datos sobre su vida en Antonio Castellón, *El teatro como instrumento político en España (1985–1914)*, Endymión, Madrid, 1994, pp. 209–211.

la que el influjo del misticismo tolstoiano se hace muy evidente. El teatro de Fola, algo endeble dramática y literariamente, resulta interesante como muestra del modo en que unos planteamientos teatrales tradicionales, en nada modificados por las corrientes naturalistas y simbolistas que en ese momento pretenden hacerse un hueco en el teatro español, pueden servir de soporte para expresar las ideas nuevas. En el caso de Fola son las de un anarquismo cristiano, aunque, como en muchos de los dramaturgos de la época inspirados por una ideología de izquierda, lo que tenemos es la simpatía hacia unas grandes ideas más que la militancia en las consignas de unos determinados planteamientos políticos². En las páginas que Francisco García Pavón dedica a este autor en su *Teatro social en España*, señala que, a pesar de sus defectos, el teatro de Fola supone una variedad poco frecuente en los dramaturgos sociales para abordar los

2 Esta afirmación nace exclusivamente de la lectura de sus piezas teatrales y no de una constatación sobre la militancia o no de Fola en grupos políticos o sindicales. Sobre la repercusión de su teatro en estos sectores sabemos que el único número de la revista *Teatro social. Boletín de la Compañía Libre de Declamación* (Barcelona, 1896), criticaba de *El mundo que nace* y otras obras de diversos autores, que pretendieran hacerse pasar por anarquistas cuando –parecen la incoherente expresión de un grupo de degenerados– (*Apud* Jesús Rubio Jiménez, *Ideología y teatro en España. 1890–1900*, Departamento de Literatura Española Universidad de Zaragoza/Libros Pórtico, Zaragoza, 1982, p. 58). Sin embargo, Lily Litvak nos informa de que, en el siglo XX, el teatro de Fola gozó del aplauso de los grupos libertarios, que llevaron a escena obras suyas como *El sol de la humanidad*, *Giordano Bruno*, *La muerte del tirano*, *El Cristo moderno* y *Lucha* (*Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880–1913)*, Antoni Bosch editor, Barcelona, 1981, p. 241).

problemas revolucionarios»³. Y así es, en efecto, si nos referimos a los muy variados ambientes y asuntos con los que sus piezas presentan ese ideal revolucionario, que, sin embargo, no sufre modificación a partir de *El mundo que nace*. Desde ese momento, buena parte de sus obras gira en torno a la necesidad de transformar el mundo a partir del ideal cristiano de la fraternidad y la solidaridad, aunque también encontremos dramas de tesis como *Caín y Abel* (1895), melodramas como *El hijo del aire* (1899) o *Los dioses de la mentira* (1908), libretos de zarzuelas como *El arte de enamorar* (1899) o dramas históricos como *Cristo contra Mahoma* (1912). La mayoría responden al ideal aludido; son, entre otras, la ya citada *El mundo que nace*, *El Cristo moderno* (1904), *La máquina humana* (1909) *El sol de la humanidad*, (1910), *La libertad caída* (1911), *La sociedad ideal* (1911), *La ola gigante* (1912). A estas obras se pueden añadir las escritas por Fola en torno a tres figuras que admira: *Emilio Zola o el poder del genio* (1903), *Giordano Bruno* (1912) y *Joaquín Costa o El espíritu fuerte* (1915). En todas ellas, el cristianismo de cuño tolstoiano resulta ser la ideología que dirige la intención de la obra, aunque es en *El mundo que nace* y en *El Cristo moderno* donde se hace más evidente y donde más claramente se relaciona el asunto con lo que Hans Hinterhäuser⁴ llamó «el retorno de Cristo—, al referirse

3 Taurus, Madrid, 1962, p. 71.

4 —El retorno de Cristo—, en su *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Taurus, Madrid, 1980. Sobre este asunto es muy interesante el libro de Theodor Ziolkowski, *la vida de Jesús en la ficción literaria* 11972! (Monte Avila

a la presencia de un Jesucristo socializante o anarquizante en las letras europeas de Fin de Siglo.

En *El mundo que nace*, un drama curiosamente subtítuloado por su autor como «comedia en tres actos y en verso», Fola se vale de todos los tópicos del melodrama para llevar a escena sus ideas sobre un mundo que necesita ser transformado por la práctica de la fraternidad. Con un fondo de época actual y apoyado en una versificación carente de toda flexibilidad y ritmo, este melodrama cuenta la historia de Martín, un socialista encarcelado por difundir sus ideas en un periódico, y de Magdalena y Pepeta, su mujer y su hija, respectivamente, que padecen las penosas consecuencias de su prisión; el padre Antonio, un sacerdote que predica el amor y la justicia, les ayuda a salir de su dolorosa situación, cuando consigue que la marquesa del Amparo le ofrezca trabajo en su fábrica de hilados a Martín, que acaba de abandonar la cárcel. El drama ha surgido entretanto; Pepeta, la hija, agobiada por la necesidad, se ha prostituido para conseguir dinero. El robador de la honra resulta ser Ricardo, el hijo de la marquesa, por lo que el padre Antonio le propone a ésta que case a su hijo con Pepeta; la marquesa se resiste, pero el amor que Ricardo comienza a sentir por la

Editores, Madrid, 1982), y de modo especial el capítulo titulado –EL Socialista cristiano Jesús– (pp. 75–121), en el que estudia el influjo de las vidas de Jesús del XIX en la nueva imagen de un Jesús humanizado, y en cómo ésta se plasma en la ficción literaria. *II Santo*, de Fogarazzo, y *Nazarín*, de Galdós, reciben, como en el trabajo de Hinterhäuser, especial atención, aunque Ziolkowski no se limita únicamente a ellas.

muchacha vence las reticencias de la madre. Ninguno de los aspectos que componen el drama serían reseñables si no fuera por las ideas que Fola ha puesto en boca del padre Antonio. Las tenemos, por ejemplo, en la escena IV del acto II, cuando el sacerdote oye a Martín defender la fraternidad y la dignidad del hombre, y le señala que ése es «el ideal soberano de Jesús»; o cuando, a la pregunta de Martín de qué los separa entonces, contesta: «La pasión,/ la lucha, el odio, la crítica./ Usted se llama política, yo me llamo religión. El fin es grande y humano/ pero es preciso esperar./ ¿No hay más que codificar el Evangelio cristiano?/ Faltan muchas perfecciones»⁵. Mediante las palabras del padre Antonio, portavoz de Fola en la obra, encontramos las ideas fundamentales de una ideología que combina influjos anarquistas, socialistas y cristianos, a su vez conectados con un espiritualismo muy en boga en los años finales del XIX y los comienzos del XX, por el cual se da cabida al pitagorismo, al budismo y a la admiración por hombres que, desde esas perspectivas, han encarnado el ideal humano y social, como Sócrates y Jesucristo. Ricardo Gullón expuso con claridad en *Direcciones del modernismo* ese interés creciente de los modernistas por las doctrinas de Pitágoras, Buda y Cristo, en las que hallaban una "defensa contra la disociación y compartimentación de la sociedad»⁶. En *El mundo que nace*

5 José Fola Igurbide, *El mundo que nace*, Casa editorial Maucci, Barcelona, 191?, pp. 50–51.

6 Alianza Universidad, Madrid, 1990, p. 108. Véase especialmente el capítulo titulado –Pitagorismo y modernismo–, pp. 107–131.

pueden encontrarse muy tempranamente algunos de esos pensamientos expresados por el padre Antonio. En un largo parlamento de la escena 5 del acto III le oímos expresar una idea de la armonía del mundo que conecta con las doctrinas pitagóricas:

¿Qué es el mundo en su alegría
o qué es el mundo en su pena?
Eslabón de una cadena
y nota de una armonía.
Tomando sólo una nota,
o un eslabón sin enlace,
la cadena se deshace,
la armonía queda rota.
La más perfecta escultura
en mil partes fraccionada,
se ve en ellas, mutilada,
pierde toda su hermosura.
Cada trozo da una idea
confusa de la unidad [...]
Salga, con el pensamiento,
del reducido elemento
donde se clavan sus ojos,
y diríjase al conjunto.
¡Qué inusitada hermosura! [...]
Así más grande y diverso
y más hermoso y fecundo

por trozos, en cada mundo,
se divide el Universo...⁷.

Estas palabras son empleadas por el padre Antonio para expresar parabólicamente a Martín, encarcelado de nuevo por haber publicado un libro, el mundo de armonía que, con distintos medios, los dos desean y buscan. Esa armonía cósmica expresa alegóricamente el ideal cristiano de igualdad que el sacerdote defiende, ideal que, del mismo modo que en lo social se contagia de anarquismo, se deja influir en la concepción general del mundo por el pitagorismo metafísico. Resulta muy interesante comprobar cómo ideas y creencias que están siendo centrales o habrán de serlo en hombres como Julio Herrera y Reissig, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Antonio Machado o Azorín, aparecen expuestas tempranamente por un hombre como Fola. En aquéllos la búsqueda de esa otra espiritualidad es, como señala Gullón, una salida frente a la nada y al abismo⁸; en Fola, sin embargo, es un modo de corroborar la idea de un cristianismo que busca la armonía del amor y la solidaridad. Cuando el conflicto que plantea la obra se resuelve, las palabras del padre Antonio lo expresan con claridad:

[...] ¡Cárcel triste!
Con las galas más hermosas

7 *El mundo que nace, op. cit.*, pp. 85–87.

8 *Direcciones del modernismo, op. cit.*, p. 126.

cubre tus negras paredes;
porque hoy en tu oscuro seno,
nace un mundo de luz lleno [...]
Jesús volviendo a la tierra
predicando la humildad!...
¡La humana fraternidad
que evita el hambre y la guerra!...
¡La sombra que se deshace
por divino resplandor!...
¡La justicia y el honor!...
¡Éste es el mundo que nace!⁹

La intención de la obra queda bien resumida en los dos versos finales: «El socialismo abrazado/ a la cruz! ¡Hosanna...! ¡Hosanna...!»¹⁰ Cuando Hinterhäuser¹¹ estudia este retorno de un Cristo socialista o anarquista, señala el influjo que en ello tiene la obra de Renan y, sobre todo, la de Tolstoi, a cuya difusión en el ámbito romántico colabora decisivamente Eugène Vogüé con su obra *Le roman russe* (1886), y en el hispánico, Emilia Pardo Bazán con una serie de conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid y con la publicación en 1887 de *La revolución y la novela en Rusia*. Hinterhäuser se detiene en el análisis de *Nazarín*, de Galdós; no deja de resultar curioso que esa obra se publicara el

9 *El mundo que nace, op. cit.*, pp. 95–96

10 *Ibíd.*

11 Véase Hans Hinterhäuser, «El retorno de Cristo», art. cit., pp. 20–22 y 27.

mismo año del estreno de *El mundo que nace*, es decir, 1895. Sin duda, Fola debía ser un hombre atento a cuanto sucedía a su alrededor, cuando en su obra encontramos los mismos elementos ideológicos por los que se sienten atraídos algunos de los más interesantes escritores del momento. Es verdad que el misticismo tolstoiano de Fola dará sus mejores frutos en los primeros años del siglo XX, pero no es menos cierto que en *El mundo que nace* expone claramente ya las ideas que más adelante desarrollará en mayor medida. Es necesario resaltar que cuando esta obra sube al escenario barcelonés del Teatro Eldorado faltan aún tres años para que en un periódico anarquista como *La campana*, el lector pueda acercarse a un artículo de José Martínez Ruiz titulado «El Cristo nuevo», en el que se perciben iguales influencias que en Fola, y en el que podemos leer estas palabras puestas en boca de Cristo: «Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fui anarquista. No quiero que unos hombres gobiernen a otros hombres; quiero que todos seáis iguales»¹². Por esos años finales de siglo XIX y comienzos del XX, poemas, artículos y cuentos de corte similar ven la luz en revistas de tendencia anarquista y socialista¹³, entre los que

12 *La Campana*, 5-1-1898. Cito por su publicación en Azorín, *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz (1894-1904)*, edición de José María Valverde, Narcea, Madrid, 1972, p. 133.

13 Véase, además, la información ofrecida por María Pilar Celina, en *Literatura y periodismo en las revistas del Fin de Siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Júcar, Madrid, 1991, pp. 17-118.

pueden citarse «Jesucristo en Fornos»¹⁴, de Julio Burell, «A Cristo»¹⁵, de Manuel Paso, «Los dos Cristos»¹⁶, de Ramiro de Maeztu, «Cristo en la Tierra»¹⁷ y «Cristo en Madrid»¹⁸, de Antonio Palomero. Conviene saber que Fola los precede a todos ellos.

Es, sin embargo, en una obra posterior, *El Cristo moderno*, estrenada en el Teatro de la Princesa, de Valencia, en 1904, en la que el cristianismo social se evidencia de forma más notable, tanto que García Pavón llega a decir que de los dramas sociales consultados por él, es éste de Fola en el que mejor queda plasmado el aliento revolucionario del misticismo de Tolstoi¹⁹. Por lo pronto, la acción transcurre en Moscú, a comienzos del siglo XX, y gira en torno a los afanes de justicia y fraternidad que empujan a Octavio, hijo del general ruso Ivanoff, a luchar por la consecución de esos ideales. Las fuerzas reaccionarias están encarnadas por el padre de Octavio y por el obispo Kellerman, aliado al poder opresor, mientras que Octavio y su amigo Alejandro

14 *Germinal*, 9, 2–VII–1897, p. 2.

15 *Germinal*, 4, 24–V–1897, p. 3

16 *Germinal*, 20, 17–EX–1897, pp. 11–12.

17 *Germinal*, 10, 9–VII–1897, p. 6.

18 *Electro*, 4, á–IV–1901, pp. 106–107.

19 *El teatro social en España, op. cit.*, pp. 67–68. Por su parte, Antonio Castellón señala que «el espíritu de la obra se ciñe a la corriente de influencia tolstoiana, a la utopía de la sociedad feliz que Tolstoi proclama, a su evangelio de paz, igualdad, fraternidad, resistencia a todo poder» (*El teatro como instrumento...*, *op. cit.*, p. 213).

representan los ideales de la revolución, con los medios de la paz y el amor, el primero, con los de la acción violenta, el segundo. Paulowa, amiga de Octavio, y Aurelia, la madre de éste, modificarán sus planteamientos ideológicos conforme la obra avance a favor de los ideales que Octavio representa. El tono melodramático de *El mundo que nace* sigue presente, pero es verdad que ahora las ingenuidades de aquélla obra desaparecen en favor de una construcción argumental más medida, en la que la relación entre el asunto y la intención pedagógica se hace más estrecha. Lo consigue Fola mediante el paralelismo del argumento con la pasión de Cristo, observable desde los mismos títulos de los once cuadros – salvo el VIII: «Muerte de Paulowa»– en que divide los cinco actos de la obra²⁰: –«El espíritu de Tolstoi», –La conversión de la Magdalena, –Nuevo Judas Iscariote, –La calle de la amargura, –En casa de Caifas, –El César vencido, –Mater dolorosa, –El sacrificio de Octavio, –Consummatum est y –Resurrección». En ellas van surgiendo los paralelismos entre Octavio y Jesús, Paulowa y Magdalena, Aurelia y María, el general Ivanoff y César, el obispo Kellerman y Caifas.

El que más nos importa ahora es el primero de ellos, sugerido desde el primer acto, en el que Octavio confiesa seguir las huellas de Jesús²¹, duda sobre si tendrá fuerzas

20 Véase lo que sobre este aspecto comenta García Pavón, *El teatro social en España, op. cit.*, p. 67.

21 *El Cristo moderno*, Sociedad de Autores Españoles (Biblioteca Teatro mundial), Barcelona, 1916, act. I, esc. 7, p. 17.

para imitarlo²², y se dirige a Paulowa recomendándole con palabras cristianas alejarse de la frivolidad y el lujo y vivir una vida más auténtica²³. En el acto segundo se acentúa el paralelismo cuando nos enteramos de que a Octavio, Alejandro y otros revolucionarios escondidos en el interior de unas minas los ha delatado Miguel Colissov por treinta rublos²⁴. Más adelante, cuando saben que la policía va a detenerlos, y ante la negativa de sus compañeros a huir, Octavio les dice: «Lo que yo digo debe cumplirse»²⁵, cuyo tono recuerda el de las palabras de Jesús poco antes de ser prendido. Su postura ante Kellerman induce a éste a preguntarle «¿Se cree usted Jesús?»²⁶, la misma cuestión que el sumo sacerdote Caifás le formulara a Jesucristo ante el Sanedrín²⁷. La respuesta de Octavio, después de acusarlo de ser un mal representante de Cristo en la Tierra, es la que sigue:

Abandona tus riquezas y sígueme. A Cristo lo que es de Cristo. A César lo que es del César. Toma mi cruz [...] Ésta es mi ley. Con ella, por medio del ejemplo, confúndete

22 Ibíd., p. 18.

23 Ibíd., pp. 22–23.

24 Ibíd., act. II, esc. 11.

25 Ibíd., p. 52.

26 Ibíd., p. 61.

27 Véase, por ejemplo, San Marcos, XIV, 61–62.

con todos los desgraciados, con todos los pobres y cuantos padezcan hambre y sed de justicia²⁸.

Una vez detenido, Aurelia consigue su libertad, pero, entretanto, Octavio, en un acto de generosidad, cuando llega el coronel de granaderos para proceder a la ejecución de Alejandro, se hace pasar por éste. En el último cuadro, Alejandro, que debe su vida a Octavio, completa el paralelismo comparando la resurrección y la revolución:

Por culpa del César y el Fariseo, se ha repetido la tragedia del Calvario. La resurrección será el triunfo de la Justicia... ¡La conquista de la libertad para todos los hombres oprimidos! ¡El fruto que da la flor regada por la sangre de tantos mártires! ¡La luz de la razón que ha de extinguir por completo todas las obscuras supersticiones de la humanidad!²⁹.

Por si el influjo de Tolstoi no fuera perceptible, Fola incluye su nombre en contextos de los que el espectador puede extraer la importancia de este escritor en la formación de Octavio. Además de titular el primer cuadro como «El espíritu de Tolstoi», y de incluir en éste la filosofía de Octavio referente a su repudio de la injusticia y la defensa de una humanidad libre en la igualdad y la fraternidad, vemos cómo el castigo que el padre de Octavio impone a su hijo rebelde es el de vivir retirado en un gabinete del palacio sin la

28 *El Cristo moderno, op. cit.*, p. 62.

29 *Ibíd.*, p. 100.

posibilidad de leer a Tolstoi durante el encierro³⁰. En el acto V, Alejandro y Octavio conversan y el primero critica el espíritu pacifista de Tolstoi, que Octavio defiende³¹.

Cuando años después escriba Fola la trilogía compuesta por *El sol de la humanidad* (1910), *La libertad caída* (19H) y *La muerte del tirano* (1913), incluirá a Tolstoi como personaje de la segunda de ellas. Como en el resto de la trilogía, las luchas revolucionarias rusas son el asunto central; el papel de Tolstoi se limita a comentar lo que sucede y a cerrar la obra con una exposición enfática de sus ideas sobre el destino de la humanidad.

El ideal revolucionario unido a este sentimiento cristiano de claro matiz tolstoiano será constante en todos los dramas sociales que siguen a *El Cristo moderno*.

En *La sociedad ideal* (1911), es el propio Jesús de Nazaret el que aparece como uno de los personajes de la obra. Lo acompañan Leibnitz, Newton, Plutarco, Miguel Servet, Franklin, Galileo, Giordano Bruno, Napoleón, regidos todos ellos por el presidente de esa sociedad ideal, Charles Darwin.

Cada uno de esos personajes aparece como representante de una idea o de un modo de actuación y vienen a desempeñar la función de un coro que observa y comenta las luchas entre Lamark, el hombre anticuado, y Lisardo por

30 Ibíd., p. 13.

31 Ibíd., p. 90.

conseguir el amor de Liana³². En esta pieza, Fola, comete el disparate de plantear un argumento melodramático con personajes carentes por completo de cualquier aliento de verdad teatral; o lo que es peor, con personajes de la talla de los enumerados que se comportan como entes ridículos en un desquiciado melodrama romántico.

A nosotros nos importa señalar, sin embargo, la continuación de ese cristianismo revolucionario encarnado ahora en el propio Jesús de Nazaret, que expone en su breve intervención el resumen de su doctrina: «Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos»³³.

En *La ola gigante*, estrenada en el Teatro Apolo en 1912, vuelve a ofrecernos un conflicto social relacionado con lo religioso.

En este caso el asunto gira en torno a un colegio de jesuitas. Si en *El Cristo moderno* el obispo Kellermann se alineaba al bando de la reacción, en ésta el héroe es un jesuita, el padre Lorenzo, que oponiéndose al conservadurismo de sus compañeros participa en unas revueltas populares. La frase que cierra la obra nos sirve para ver esa idea de un Jesús

32 Sobre el comen ido social de la obra y la defensa que en ella se hace de la acción violenta, véase Antonio Castellón, *El teatro como instrumento*, *op. cit.*, pp. 213–214.

33 *La sociedad ideal*, Sociedad de Autores Españoles (Biblioteca –Teatro mundial–), Barcelona, 1912, acto IV, p. 86.

revolucionario puesto al servicio de la justicia y del pueblo. Así habla el padre Lorenzo a sus hermanos de congregación:

Ya veis que no hacen falta fusiles ni municiones para aplacar las iras del pueblo. Éste es el fruto de la Piedad que obtendríais si practicaseis el Bien como yo os aconsejaba... El Pueblo me respeta porque ha visto que soy bueno [...] Ahí quedáis con vuestro falso Jesús hasta que la ola gigante de la civilización os haga desaparecer de la faz de la Tierra. Yo me voy con el pueblo. Con el Jesús verdadero³⁴.

El juicio de Jesús Rubio sobre el teatro anarquista español es válido también en parte para Fola: «Supeditaron su consideración del teatro a estas ideas generales, quedándose en un elemental 'realismo' que sacrificaba todo otro planteamiento a este carácter utilitario y pedagógico del arte»³⁵, lo que supone, como señala García Pavón, una mezcla bien extraña, la que se deriva de la unión «de los nuevos postulados con asentadas tradiciones»³⁶.

En el caso de Fola es así; aun cuando sus obras de la segunda década del siglo XX den cabida a nuevas formas teatrales, éstas, lejos de enriquecer su teatro, lo encorsetan aún más, pues añaden un elemento más de confusión a ese

34 *La ola gigante*, Sociedad de Autores Españoles, (Biblioteca –Teatro mundial–), Barcelona, 1912, acto VI, p. 116.

35 *Ideología y teatro en España: 1890–1900*, op. cit., p. 111.

36 *El teatro social en España*, op. cit., p. 69.

cóctel de pedagogía, melodrama y romanticismo. Lo que nunca acepta Fola es el naturalismo, aun a pesar de ser autor de una obra como *Emilio Zola o el poder del genio*, estrenada en el Teatro Circo Barcelonés en 1903. Fola homenajea en Zola el progresismo de su ideología y no sus planteamientos estéticos, que rechaza. Tanto es así, que el Zola de ese drama es convertido también por Fola en un personaje que pone fin a la obra con una exaltación de la fraternidad cristiana:

Para que nada falte oigan a lo lejos el canto del pueblo que se regocija por la libertad que recibe de un inocente. Allí el abrazo del amor... Aquí el espíritu de la Justicia. Allá la voz del Pueblo que es la voz de Dios³⁷.

Ya casi al final de su vida Fola escribe una interesante obra titulada *El actor. Revisión general de arte escénico y de valores de arte dramático y literario*³⁸, en la que, además de ofrecernos su concepto de arte escénico, insiste en la necesidad de unir belleza moral y artística.

A su juicio, la enfermedad reinante en sus días nace de la siguiente inversión: «En vez de servir la Naturaleza al Arte, resulta el Arte siervo de la Naturaleza»³⁹. Señala que el alma española está «seca de todo altruismo social y cristiano», por

37 Sociedad de Autores Españoles (Biblioteca –Lírico– dramática y Teatro Cómico–), Barcelona, 1904, p. 135.

38 Editorial Mundo Latino, Madrid, 1917? (Es la fecha que figura en la ficha de la Biblioteca Nacional de Madrid –1/74154–, pero el volumen no lleva ninguna indicación de año).

39 Ibid., p. 154.

lo que «la renovación se hace necesaria, aunque el dolor tenga que hacer su oficio»⁴⁰. Sus planteamientos dramáticos, como se ve, son meramente ideológicos. Fola nunca se pregunta sobre la necesidad de una renovación estética; por ese motivo, sus obras, a pesar del éxito alcanzado en sus días, sólo podrán tener para nosotros un interés sociológico.

Sin embargo, hay que reconocer a Fola el mérito de haber sido un hombre atento a las circunstancias de su tiempo. Como buen anarquista sentimental lo vemos interesarse por los avances de la ciencia, que concibe como otro elemento de progreso social; a su divulgación dedicó las siguientes obras: *La nueva ciencia geométrica* (1897), *Teoría trascendental de la evolución del círculo* (1899–1900), *Evolución universal de la ciencia* (1901), *Naturaleza armónica del espacio* (1902), *Lógica del infinito y evolución gradual del círculo* (1905).

Lo vemos atento también a la sensibilidad social de su tiempo, aunque no coincida estrictamente con la suya, como se observa en las citadas obras de homenaje a Zola y Joaquín Costa. Pero, sin duda, el interés que hoy podamos poner en Fola reside, sobre todo, más que en el carácter social y revolucionario de su teatro en haberle imprimido ese carácter cristiano y tolstoiano que hemos tenido ocasión de comprobar.

40 Ibid., pp. 161 y 162.

Su teatro, tiene la virtud de haber acogido tempranamente y con claridad ese retorno de un Cristo cuya voz se pone al lado del pueblo para expresar, desde la confianza en el amor y la fraternidad, su ideal de justicia y libertad. Fola expresa ese ideal en *El mundo que nace*, coincidiendo con Galdós en el tiempo, y anticipándose a Azorín y a otros modernistas españoles e hispanoamericanos. Esta razón justificaría un mayor interés de la crítica por su obra, por la recepción de la misma y por la clarificación de sus presupuestos estéticos e ideológicos.

EL CRISTO MODERNO

Drama moral y filosófico en cinco actos divididos en once cuadros estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de La Princesa de valencia el 7 de diciembre de 1904

2
JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

EL CRISTO MODERNO

Drama moral y
filosófico en
cinco actos



Al inspirado y genial actor D. Miguel Muñoz.

¿Quiere Vd. dos flores, amigo Muñoz? Allá van...
Una es la admiración que Vd., me inspira como
artista creador de Octavio; otra el cariño que le
profeso por sus bellas prendas personales.

El autor

PERSONAJES

Aurelia (madre de Octavio y esposa de Ivanoff)

Octavio (hijo de Aurelia e Ivanoff)

Petronio Ivanoff (General Gobernador de Moscú)

Paulowa (mujer profana)

Alejandro Aleixeff (estudiante)

Kellerman (Obispo de la iglesia ortodoxa de Rusia)

Stoessel (Jefe de policía)

Coronel de Granaderos

Miguel Colissof (traidor)

Ciudadano 1º (conspirador)

Ciudadano 2º (conspirador)

Alcaide de la cárcel de Moscú

Guardián de calabozo

Oficial de guardia en el palacio del General Gobernador

Oficial de guardia en la cárcel de Moscú.

Ujier

Generales, jefes y oficiales del ejército ruso, cosacos e individuos de policía, mineros y obreros

La acción transcurre en Moscú, a comienzos del siglo XX.

ACTO PRIMERO

La escena un pequeño gabinete reservado en el palacio del General ruso Ivanoff. Salidas al foro y laterales. Mesa de escribir. Estantes con libros.

CUADRO PRIMERO

El espíritu de Tolstoi

ESCENA PRIMERA

Supónese que en el palacio del General tiene lugar un baile. Dentro óyese orquesta y por el foro pasan algunas elegantes parejas. Al levantarse el telón aparecen OCTAVIO IVANOFF y su madre AURELIA

OCT. No insistas madre...

AUR. ¿Pero te sientes mal?

OCT. Tú lo has dicho.

AUR. ¡Ah, Octavio! ¡Octavio!

OCT. (Que se había sentado en un sillón se levanta al ver llorar a su madre). No llores... Lo que ha de ser será.

AUR. ¿No temes las iras de tu padre?

OCT. Mas que a las tuyas... Tú eres tiernísimo lirio. Tu amor es dulce bálsamo que se vierte por todos los rincones de mi alma. Pero mi padre, ¡oh, mi padre!

AUR. La alarma que siento es cada vez mayor, viendo la tirantez de vuestras relaciones.

OCT. Somos dos polos opuestos. ¿Sabes cómo le llama el pueblo que gime bajo su férula?

AUR. Quisiera no saberlo.

OCT. No le llama su Gobernador. Le llama su tirano, su déspota, su verdugo...

AUR. Pero es tu padre...

OCT. ¿Y tiene queja de mí? ¿No ves con qué humildad y mansedumbre recibo sus violentos apostrofes?

AUR. He ahí precisamente lo que más le irrita... Dice que esa conducta es indigna de un Ivanoff y de la energía de tu raza.

OCT. Entre él y yo media un abismo. No podremos jamás entendernos. Sólo me aflige una cosa.

AUR. ¿Cuál?

OCT. Tenerle por padre...

AUR. Calla, Octavio. Me haces mucho daño.

OCT. Sí, debo callar para no acusarle en tu presencia como merece... Vete al salón. El baile está en su apogeo. Distrae tu pena en aquel torbellino de máscaras...

AUR. ¿Pero, y tú?

OCT. Yo me quedo. Escúsame con cualquier pretexto si alguno de esos personajes se acuerda de Octavio.

AUR. ¿Y por qué no vienes? Para entregarte a tu sempiterna lectura. Para dar toda la savia de tu cerebro a ese Tolstoi, cuyos libros te han seducido.

OCT. Di más bien que me han salvado, haciéndome conocer la Verdad.

AUR. ¿Y qué le digo a tu padre?

OCT. Que me he sentido indispuerto. Esta es una mentira que puede tolerarse.

AUR. No dará crédito a mis palabras. Se pondrá furioso.

OCT. Tú eres la única que sabe calmarle.

AUR. Mi influencia se va estrellando en aquel carácter indómito. Temo una escena violenta.

OCT. ¡Siempre así! Siempre con la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.

No te aflijas. Procuraré calmarle... ¡Perdóname!...

OCT. Te perdono. Buenas noches.

AUR. Buenas noches. (Váse Aurelia por el foro).

ESCENA II

OCTAVIO

OCT. ¡Gocen los grandes! ¡Diviértanse los poderosos! mientras que el pueblo yace en la esclavitud. Interín allá en los salones gira aquel torbellino de placer y de luz, yo daré un nuevo avance a mi obra cristiana. (Se sienta junto a la mesa y se prepara como para escribir). ¡Ideas del bien. Afluid a mi mente! (Lee y va corrigiendo con la pluma el escrito ya hecho). Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia. Todo lo que atente al amor común debe desecharse como contrario a la justicia. Nadie tiene derecho al propio bienestar, si antes no está seguro del bienestar ajeno. En el caos social que reina, lo mejor que pueden hacer la ciencia y el arte, es coadyuvar al bien de todos para que el mal desaparezca de la esfera del mundo, mas para esto, es menester que la labor empiece con la perfección del individuo. Esta es la doctrina.

ESCENA III

OCTAVIO y ALEJANDRO ALEIXEFF por el foro vestido con un traje de dominó negro y antifaz

ALEJ. (Desde el foro con cierto temor). ¡Octavio!

OCT. ¿Quién me interrumpe?

ALEJ. Soy yo. (Quitándose el antifaz).

OCT. ¿Tú, Alejandro?

ALEJ. El mismo.

OCT. Todavía no doy crédito a lo que ven mis ojos.

ALEJ. Yo soy, no lo dudes.

OCT. Tú el estudiante... el cómico... el revolucionario...

ALEJ. Hace tiempo que no hago comedias, mi querido Octavio.

OCT. ¿Pero no temes que?...

ALEJ. ¿Qué me descubran y que tu padre me haga descuartizar en uno de esos rasgos de piedad que tanto le caracterizan?

OCT. Has adivinado mi pensamiento. Tiemblo por ti.

ALEJ. Nada temas. Hay muchas máscaras en el salón. Te he visto salir con tu madre y he comprendido la causa. Te aburre aquella grandeza, mejor dicho, aquella injusticia. Dame esa mano, Octavio.

OCT. Aprietas mucho.

ALEJ. Es porque quiero en ella esculpir el afecto que me inspiras.

OCT. Entonces tritúrala si quieres. ¿A qué has venido?
En servicio tuvo.

OCT. ¿Cómo? Explícate.

ALEJ. Antes dime: ¿Corremos aquí peligro de ser oídos?...

OCT. No. Se hallan muy distraídos en el baile. Habla.

ALEJ. Y si vinieran. ¿No podría escabullirme por algún lugar secreto?

OCT. Sí.

ALEJ. Entonces ya respiro. Ahora me ha dado por amar mucho la vida.

OCT. ¿Si es para utilizarla en alguna acción generosa?...

ALEJ. ¡Rusia sufre!

OCT. Es verdad.

ALEJ. La revolución se impone.

OCT. ¿Todavía más sangre?

ALEJ. Escucha. ¿Tú crees que sólo escribiendo obras humanas se pone remedio a los males del pueblo oprimido? Te equivocas. Mientras no desaparezca la pasión no podrá desaparecer la violencia. ¿Y qué es la vida más que un conjunto de pasiones? ¡Viva la libertad, Octavio! ¡Viva la libertad!

OCT. No te entusiasmes; baja la voz.

ALEJ. Es verdad, que puede oírme uno de los hombres más implacables de la tiranía... El verdugo...

OCT. ¡Alejandro!

ALEJ. El miserable que emborracha a sus legiones de cosacos para que asalten las aldeas de indefensos campesinos, atropellando a sus mujeres y a sus hijas y haciendo correr la sangre hasta enrojecer las aguas de los ríos patricios...

OCT. ¡Es mi padre! (Cayendo desalentado en una silla).

ALEJ. No... No es tu padre. La Naturaleza es nuestra madre universal. Tu padre es un monstruo de la Naturaleza.

OCT. Calla por Dios. ¿A esto has venido?

ALEJ. He venido para decirte: Octavio, se aproxima la hora del castigo. Tú eres un santo... Tú eres bueno. Abandona este palacio execrado por el pueblo... La ira popular cuando

estalla, es como el rayo potente que al desprenderse de la nube, no mira dónde cae.

OCT. ¡Poder de Dios! Siempre la idea del exterminio enroscada en el cerebro del hombre... Le matarán ¿y qué? Vendrá otro General con más violencia a llenar las mazmorras con otros seres inocentes... Se regocijarán de nuevo las horcas, haciendo bailar sus racimos de hombres. Girará la rueda, mas no saldrá de su eje... Entiéndelo bien; no saldrá de su eje.

ALEJ. Se hará justicia.

OCT. Escucha, Alejandro... Hemos estudiado juntos en las aulas. Allí nuestras almas se hicieron una sola; pero nuestras ideas chocaron desde polos opuestos. Tú combates el mal a sangre y fuego. Yo creo que el mal se combate con el ejemplo que nos dio Jesús; no haciendo armas contra él... Transformando al hombre por medio de la persuasión y la humildad.

ALEJ. Entonces ¿cómo Jesús sacó a los fariseos del templo a latigazos?

OCT. Porque no hay cosa que indigne tanto al más excelso espíritu, como el pernicioso ejemplo que dan los malos sacerdotes... Si ellos fuesen verdaderos cristianos; si se despojasen de sus riquezas; si predicasen con el ejemplo y se hicieren amar por el pueblo, los males que éste sufre

acabarían por tener su límite en la dicha común... Mas no hay que pensar en esto; hijos son de la Tierra y manchados están de sus impurezas.

ALEJ. La rama estéril se poda... Al insecto dañino se le extermina... Esa es la ley de conservación de la vida... Con tu doctrina no haces más que variar el sujeto que recibe el daño, sin extinguir el mal que se produce.

OCT. No te comprendo.

ALEJ. Dejando al mal victorioso éste cae sobre los buenos. Nuestro plan es distinto. Ya que al mal se le juzga irremediable, que caiga, al menos, sobre los otros, sobre los malos.

OCT. Este es un accidente de la vida, pero no su ley. Hay que buscar el bien de todos. ¿Cuál es el camino más acertado? He aquí el gran problema.

OCT. ¡Silencio! Mi padre llega. Ven conmigo. (Vánse por la derecha).

ESCENA IV

DICHOS y el General PETRONIO IVANOFF de gran uniforme y AURELIA por el foro. El General da muestras de una gran Irritación

IVAN. ¿Octavio?

AUR. No está. ¡Déjale!

IVAN. ¿Se habrá refugiado en la sala inmediata?...

AUR. Por Dios, Petronio, modera tus ímpetus.

IVAN. Por esta vez no han de valerle las ternuras de una madre demasiado débil. Aquí estuvo escribiendo... ¿Qué ha escrito? (Leyendo). «Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia.» ¿Lo ves? Doctrinas revolucionarias... Bien dice el señor Kellerman que germina en mi propio palacio la funesta semilla. ¡Ira de Dios! ¿Y estos libros? ¿Otra vez Tolstoi? Aquí tienes el veneno que emponzoña el alma de ese mozo. Deberé hacer un escarmiento. (Examinando los libros que contiene una de las estanterías y arrojándolos

furiosamente al suelo, a medida que va leyendo sus títulos).
¡Resurrección! ¡La verdadera vida!

AUR. ¿Qué dices, Petronio?

IVAN. ¡Tolstoi! ¡Siempre Tolstoi!

AUR. No tocarán ni a uno solo de los cabellos de nuestro hijo...

AUR. Inútil será que trates de defenderle... Estoy harto de que me llamen Petronio el Cruel... Me llamarán también el Justo. Le impondré un castigo.

AUR. No; tu no harás eso. Es sangre de tu sangre...

AUR. Se ha desnaturalizado.

AUR. Repito que no tocarás ni a uno solo de sus cabellos.

IVAN. No tardarás en verlo.

AUR. Mira, Petronio... Bueno es que emborraches a tus cosacos y los lances contra indefensos campesinos. Bueno es que en defensa de tu rey y señor degüelles a quien te plazca. Pero nuestro hijo Octavio es sagrado para ti.

IVAN. La ley debe ser igual para todos. Cada uno de estos escritos arroja más combustible a la hoguera que una proclama revolucionaria. Bueno, sea como fuere... Yo soy su

madre. ¡Tú eres su madre! ¡Tú eres su madre! Siempre con la misma frase.

AUR. Como que se me va del corazón a los labios.

IVAN. Amor ciego que acabaría por ponerme en ridículo a los ojos del Zar, si yo no tuviese bastante energía para impedirlo.

AUR. Te pido una tregua.

IVAN. ¿Aún no te has convencido de que ese mozo es incorregible?

AUR. Acaso esta noche deje de serlo.

IVAN. ¿Cuál es tu propósito? Sepámoslo si quieres que se modere algún tanto mi justa cólera.

AUR. Paulowa está en el baile...

IVAN. ¿Cómo? ¿Quién la ha invitado?

AUR. Yo... Paulowa es la mujer más hermosa de Moscú.

IVAN. Y también... Prosigue.

AUR. Hace algunos años se vio acosada inútilmente por Octavio. ¿No crees posible que renazca la llama de aquella pasión?

IVAN. ¿Tú pretendes qué?...

AUR. Si. Que le seduzca... Que caiga en sus brazos...

IVAN. Y que el amor le haga volver a la realidad...

AUR. ¿No te parece bueno mi propósito?

IVAN. Acaso sea el único.

ESCENA V

DICHOS y OCTAVIO por la derecha

OCT. ¡Padre! (Pausa).

IVAN. ¿Cómo te atreves a presentarte ante mis ojos?

OCT. Mi espíritu está tranquilo: de nada me acusa.

IVAN. ¿Y estos libros? ¿Y este escrito?

OCT. Los libros son de mi maestro... El escrito es mio.

IVAN. ¿Quién soy yo?

OCT. Tu eres mi padre. Y esa buena mujer, imagen del dolor, esa es mi madre.

IVAN. ¿Quién es aquí el Gobernador?

OCT. Tú.

IVAN. ¿Sabes cuál es tu pena?

OCT. Se funda en la crueldad de tus actos.

IVAN. ¿Qué osas decir?

AUR. ¡Octavio!

OCT. La verdad, señor...

IVAN. ¿Qué dice a esto la madre? Mira el fruto que dan tus contemplaciones... La rebeldía.

OCT. Ahórcame si te place.

IVAN. Ya lo hice con otros mejores que tú.

AUR. (Aparte a Ivanoff). Petronio, no olvides que es tu hijo.

IVAN. Aparta. Aurelia. Cada vez se hace más necesario el castigo. (Pausa). Desde mañana habitarás en el "gabinet" mas retirado de palacio. ¿Quieres soledad? La tendrás... Tan completa, que no te han de acompañar ni los libros que

envenenan tu entendimiento. Despídete para siempre de Tolstoi.

OCT. ¡Cuán engañado vives, padre! La buena doctrina la llevo ya esculpida en el alma... Enciérrame en la mazmorra más oscura. Yo me hallaré siempre rodeado ríe luz.

IVAN. ¡Hermoso lenguaje! Así has ofendido al señor Kellerman, con esas teorías antisociales.

OCT. Confieso que ese señor Obispo no me inspira el menor afecto; mas no te aflijas, porque él me detesta profundamente. De modo que estamos en paz.

IVAN. Él es un santo varón. ¿Y qué eres tú? Un revolucionario...

OCT. Yo no soy revolucionario en el sentido que tú le das a la palabra.

IVAN. ¿Luego les aborreces como yo? ¿Como toda persona de orden? Salga esa contusión de tus labios y te perdono, volviéndote a mi gracia. ¡Qué hermosa ocasión, hijo mío! Satisface los deseos de tu padre.

OCT. No puedo complacerte... Por ti lo siento, madre mía.

IVAN. ¿Qué sentido entonces hemos de dar a tus palabras? ¿No acabas de decir que no eres revolucionario? ¿O gira tu pensamiento como veleta de torre?

OCT. Y lo repito.

IVAN. ¿Qué eres tú?

OCT. El espíritu del porvenir, no sólo del pueblo ruso, sino también de la Humanidad. Yo soy más que la revolución de un pueblo; soy la revolución de todos, la más grande que se conoce. Soy la antorcha que guía al hombre, apartándole de los campos de batalla, haciendo que no crea en fronteras, en iglesias fanáticas, ni ritos supersticiosos. Soy quién le aparta de todo prejuicio de raza, de color y de pueblo, predicando el amor de todos y el odio de ninguno. Y como condeno la violencia, te condeno a ti el primero.

IVAN. ¿Qué osas decir?

OCT. Perdóname si te ofenden mis palabras, mas yo debo decir la verdad.

IVAN. ¿Y te atreves a increparme?

OCT. Sí: te increpo por tu conducta inhumana.

IVAN. (Sin poderse contener dándole un fuerte bofetón).
¡Toma, deslenguado!

AUR. (Abrazándose a su hijo). ¡Octavio! ¿Qué has hecho, Petronio?

OCT. (Procurando desasirse de los brazos de su madre, con mucha dulzura). Nada temas... No lucharé contra mi padre.

IVAN. Te haré abofetear por mis lacayos, hasta que asome el carmín a tu cara.

OCT. No conseguirías tu objeto... Saltaría a mi rostro la llamarada de la sangre; pero no el relámpago de la ira. No te canses, padre. Tu misión es de guerra. La mía es de paz. Tú naciste en mala hora para el exterminio. Yo nací para el amor de la humanidad. Tú destruyes... Yo edifico.

AUR. Vamos, Ivanoff; vámonos de aquí.

IVAN. ¡Espera!... ¿Y eres tú el descendiente de los héroes más famosos de Rusia? ¿Y circula por tus venas la sangre de los Ivanoff?

OCT. Mi espíritu se ilumina con la luz de la verdad. Los tiempos han cambiado, padre. Los pueblos se despiertan unos a otros. La verdad está en marcha. Es inútil que pretendas ahogar con ríos de sangre el grito de libertad que pugna por salir de millares de gargantas oprimidas... Ese grito resonará en breve por todos los horizontes y todos los ámbitos... ¡Ay de ti, padre... Ay de ti! Si te opones al avance del progreso humano, caerás aplastado como débil grano de arena que rueda por los suelos al soplo del huracán. Ahora, mátame si te place.

IVAN. ¡Miserable!

AUR. (Interponiéndose entre ambos). ¡No, monstruo!... No le matarás. ¡Estoy yo aquí para impedirlo! (Ivanoff lanza un rugido). Desahógate rugiendo, como el león del desierto.

IVAN. Tú le has salvado la vida. (Váse por el foro, siguiéndole Aurelia).

ESCENA VI

OCTAVIO

OCT: ¡No siento el escozor de la mejilla! ¡Mi daño está más hondo!

ESCENA VII

DICHO y ALEJANDRO por la derecha

ALEJ. Ese es todo un Gobernador.

OCT. ¡Todavía aquí! ¿No encontraste la salida?

ALEJ. Si; pero el afán de la curiosidad se apoderó del instinto de conservación.

OCT. ¿Luego habrás oído?

ALEJ. Todo.

OCT. ¡Estoy afrentado!

ALEJ. Pero estuviste enérgico. Yo creí que la piedad estaba reñida con la energía.

OCT. Energía y piedad... Todo es fuerza del espíritu. a veces, para ser piadoso, se necesita más energía que para ser valiente.

ALEJ. Yo no hubiera resistido tan tremendo bofetón.

OCT. ¿Ni aún de tu padre?

ALEJ. De un padre como ese, no.

OCT. Yo hubiera caído sin protesta bajo el filo de su espada.

ALEJ. Te equivocas. Cuando trató de arrojarse de nuevo sobre ti, yo le apunté con el cañón de mi revólver.

OCT. ¿Qué hiciste?

ALEJ. Velar por tu vida detrás de esos cortinones, y si no se interpone tu madre...

OCT. Gracias. Mas yo te hubiera execrado.

ALEJ. Pero Rusia me hubiera bendecido... Y el pueblo de Rusia es más grande que tú. (Pausa). ¿Qué contestas a eso?

OCT. Por el momento no sé qué decirte.

ALEJ. Ese silencio es mi apología. Estoy satisfecho.

OCT. ¡Pobre pueblo ruso!

ALEJ. Y bien, ¿qué piensas hacer?

OCT. Llegar hasta el sacrificio.

ALEJ. El sacrificio estéril no debe entrar en el plan de ninguna doctrina.

OCT. ¿Acaso fue estéril la sangre derramada en el Gólgota?

ALEJ. Tú no eres Jesús.

OCT. Pero sigo sus huellas.

ALEJ. No divaguemos, Octavio. Aquel suplicio ha llenado la historia de todo el inundo, pero el tuyo no saldrá de las

cuatro paredes de un calabozo. Dime si quieres ser útil a la Humanidad.

OCT. ¿Eso me preguntas?

ALEJ. Entonces abandona este palacio, mansión de la tiranía. ¡Que cada cual siga su destino! Tú puedes con tus escritos difundir la buena nueva por todos los cerebros.

OCT. ¿Y cómo?

ALEJ. Por medio de la prensa clandestina. Nosotros tenemos varias. Seremos compañeros de lucha. Tú agitando la idea, y yo preparando la revolución, hasta caer en un común suplicio, si es necesario.

OCT. Confieso que tu elocuencia me seduce, pero aún tiene que asaltar la última trinchera... Mi corazón se desgarrando pensando en el dolor que voy a causar a mi madre.

ALEJ. Mayor dolor será el suyo si te ve perecer en triste cautiverio... La cárcel de oro no hace menos oscura y triste la falta de libertad del prisionero.

OCT. Tienes razón... Debo abandonar la casa de mis padres, no para huir del sacrificio, sino para hacerlo menos infructuoso.

ALEJ. Mañana a las diez te espero a espaldas de la Universidad, donde un día reñimos a brazo partido, siendo estudiantes. ¿Te acuerdas?

OCT. Sí, recuerdo... Hasta mañana.

ALEJ. ¡Adiós!

OCT. ¿No te vas por la puerta que te indiqué?

ALEJ. NO... voy a confundirme de nuevo entre las máscaras. Necesito tomar notas de lo que se gasta en lo superfluo. (Vase por el foro).

ESCENA VIII

OCTAVIO

OCT. Sólo he quedado con mis pensamientos... ¡Ah! Cuánto valor se necesita para ser bueno... Aun al sentir el golpe de la bofetada se estremecieron mis nervios... Aun el rayo de la ira, quiso salir del organismo material para aplastar al autor de la afrenta... Pero vencí... vencí en la terrible lucha... Creo que este acceso de coraje será el último... Toda la fuerza de mi ser la necesito para el sufrimiento... Pero

Alejandro tiene razón... El sacrificio ignorado, estéril, es sencillamente ridículo... Mi deber está, no en evitarlo ya que parece preciso, sino en procurar que resulte provechoso... ¡Jesús mío! Dame valor... No sé si podré imitarte... Esto es mucho para la flaca naturaleza del hombre. (Sepulta la cabeza entre las manos).

ESCENA IX

DICHO y PAULOWA con antifaz, vistiendo un rico traje de Sultana, por el foro

PAUL. (Acercándose sigilosamente hasta situarse muy cerca de Octavio). ¿Octavio?

OCT. ¿Quién pronuncia mi nombre? ¡Ah! ¡Una máscara!

PAUL. ¡Una máscara, sí!

OCT. No es este tu lugar.

PAUL. ¡Mírame!

OCT. ¿El rico traje de Sultana? Bueno; vuélvete al salón...

PAUL. Qué sequedad la tuya... ¿Ni siquiera te inspiro el interés de conocerme?...

OCT. Supongamos que seas muy bella... Me es indiferente.

PAUL. NO es la belleza la incógnita que me trae.

OCT. ¿Cuál otra puede justificar tu presencia en mi gabinete?

PAUL. La fuerza del cariño.

OCT. ¿Acaso vienes a decirme que te has enamorado de mi?...

PAUL. Me agrada que ahorres palabras inútiles.

OCT. ¿Quién eres? Quítate la máscara.

PAUL. Te obedezco. (Se descubre).

OCT. ¡Paulowa!

PAUL. La misma,

OCT. Un día te amé con delirio.

PAUL. Yo no correspondí entonces a tu pasión.

OCT. Ya sé que tu espléndida hermosura se cotiza, ahora, entre los más poderosos magnates... Te compadezco.

PAUL. No me compadezcas. ¡Ámame!

OCT. ¿Qué te ame?

PAUL. Si, por cierto. ¿Serías tú el único hombre que se resistiera a mis encantos?

OCT. Apártate, Paulowa... No te acerques. Déjame meditar.

PAUL. Medita cuanto quieras. (Luego dice aparte). Creo que la conquista es mucho más fácil de lo que habíamos supuesto. ¿No has concluido todavía?

OCT. Si; y te ruego contestes a mi pregunta. ¿Por cuánto has alquilado esta vez tu belleza?

PAUL. ¿Cómo? ¿Qué dices?

OCT. Me interesa saber a qué precio has venido para seducirme.

PAUL. ¡Me ofendes, Octavio!

OCT. No tomes esa actitud... No te cuadra el papel de Reina ofendida.

PAUL. Puesto que lo has adivinado, lo confieso. ¡Dos mil rublos!

OCT. Con ese dinero empleado en obras útiles y generosas... Cuánto bien pudiera haberse hecho... Tú lo gastarás, tal vez, en una sola noche, mientras otros en su

espantosa miseria, se verán privados, hasta del pedazo de pan que le piden sus hijos.

PAUL. ¿Cómo? ¿Hay quién vive en tan angustiosa situación?

OCT. ¿Lo ignorabas, Paulowa?

PAUL. Yo no sé nada de miserias sociales. El lujo me acompaña a todas partes... Soy la reina del placer. ¿Qué nos importa todo eso? ¡Bella es la vida, Octavio!... ¿No me consideras suficientemente hermosa?

OCT. Si... Pero no te acerques tanto. Me gustas mucho más... a honesta distancia.

PAUL. ¿Me rechazas?... Yo también tengo mi dignidad. Adiós.

OCT. No te vayas... Quédate...

PAUL. ¡Ah, por fin!... (Acercándose).

OCT. No, Paulowa... (Rechazándola dulcemente).

PAUL. Entonces no te comprendo... Mas te advierto, Octavio, que no soy mujer que resista tantas humillaciones... Le devolveré a tu madre los dos mil rublos, y asunto concluido.

OCT. ¡Ah! ¿Con que ha sido mi madre la que...?

PAUL. ¡Necia de mí! Ya lo dije.

OCT. ¡Pobre madre mía!

PAUL. ¿Por qué has dicho quédate?

OCT. Porque me va interesando mucho esta escena. ¡Bueno fuera que acabaras por enamorarte verdaderamente de mí!... Ja... ja... ja... Paulowa. Tú no eres mala del todo.

PAUL. Del todo, no.

OCT. Tú, sólo ves las cosas del mundo por el lado del lujo y del amor. Ese es tu mayor defecto; pero tu corazón no está completamente corrompido.

PAUL. Es que yo no tengo corazón.

OCT. Vamos por partes. ¿Cuándo has recibido ese dinero?

PAUL. Hace un momento... Fue condición estipulada de antemano.

OCT. ¿Luego se halla en tu poder?

PAUL. Naturalmente.

OCT. Acércate algo más.

PAUL. Debiera resistirme ahora; pero en fin, te obedezco.

OCT. No tanto... aquí a mi lado. (Se sienta).

PAUL. ¡Vaya un paso de comedia! ¿Qué querrá este hombre de mí?

OCT. Necesito esos dos mil rublos... Dámelos.

PAUL. ¡Cómo!

OCT. Como lo oyes.

PAUL. Que yo te entregue el precio de...

OCT. Cabal; el precio de la conquista.

PAUL. Pero, aquí, ¿quién seduce a quién?

OCT. Yo soy ahora quien va a seducirte... de manera que ese dinero me pertenece.

PAUL. ¡Original! ¡Estupendo! ¡Gracioso! Ja... ja... ja...

OCT. Ríete cuanto quieras; pero entrégame esa suma.

PAUL. Voy a ponerme seria. ¿Sabes lo que me pides?

OCT. Un dinero que no es tuyo, porque no lo has ganado.

PAUL. No es mía la culpa.

OCT. Préstame atención, Paulowa. Aquí en Moscú hay muchos desgraciados a quienes socorrer.

PAUL. ¡Ah! Ya salió el filántropo; el joven sensible de corazón... Dícese por ahí que eres un santo.

OCT. Y tú eres buena en el fondo. En tu alma hay una perla que no se ha manchado todavía en el barro del vicio. No creas que tu esclavitud, porque tú eres esclava del capricho de los ricos, me separa de tus halagos y caricias, no. Ya sé que hay en Moscú muchas mujeres que se llaman honradas, que valen infinitamente menos que tú... No ignoro que tienes rasgos de piedad y que te debe la vida, más de un infeliz polaco, haciendo valer las altas influencias que ejerces en la corte. Se extiende lo malo, pero también se conoce lo bueno.

PAUL. No es menester tan largo discurso. Te daré la mitad de la suma. No seré más pobre por mil rublos menos. Toma. (Le entrega la suma que saca de una rica cartera).

OCT. Esto ya es algo. He aquí un rasgo de piedad que se desprende de un alma extraviada... (Pausa). ¿Por qué no te haces buena del todo, mi querida Paulowa?

PAUL. ¿Qué por qué no me hago buena del todo?

OCT. Si... de lo que ayer gozaste, ¿qué te resta hoy?

PAUL. Nada.

OCT. Y del día de hoy, ¿qué recogerás mañana?

PAUL. Nada.

OCT. Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta. Salvo muy raras excepciones, tu vida no habrá sido útil para nadie. Ni aún para ti misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres. Esos rojos granates son gotas de sangre humana petrificada... Llevas en tu cuerpo a estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social. Y en esa vida estéril habrán girado tus acciones como torbellino de hojas secas... Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que al rodar del acaso, venga toda tu hermosura a convertirse en flor de Hospital... ¡Pobre Paulowa!...

PAUL. (Bruscamente). Toma los otros mil rublos.

OCT. Ya veo que mi acento te ha llegado al corazón.

PAUL. ¿Puedo ya irme?

OCT. Yo también voy a salir de esta casa para siempre.

PAUL. ¡Me dejas atónita!

OCT. Arrójanme de ella las crueldades de mi padre. Lo exigen mis ideas verdaderamente humildes y cristianas. Mi

vida es de la Humanidad. En aquellos salones bulle el esplendoroso artificio de la vida. Los grandes señores festejan la esclavitud del pueblo, que es su propia esclavitud. Yo quiero su libertad y voy a ser más dichoso esta noche, apareciendo en las obscuras viviendas donde se carece hasta de lo más necesario...

PAUL. ¿Y vas a quedarte sin dinero?

OCT. El dinero consagrado al vicio Be convertirá en obra de misericordia. ¿Quieres acompañarme, Paulowa?

PAUL. ¡Qué yo te acompañe! ¿Tú aceptarías mi compañía?

OCT. ¿Y por qué no? Larga es la lista de los pobres y acaso no baste con los dos mil rublos, mas llevando tú tan ricas joyas...

PAUL. Abajo espera mi carruaje... Vamos. Seré esta noche tu Magdalena.

OCT. Unidos la piedad y el vicio para una obra de amor. ¡Adiós para siempre, alcázar dorado! ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós, cárcel! ¡Viva la libertad, Paulowa! ¡Viva la libertad! (Antes de hacer mutis, cogidos del brazo, por el foro, cae el telón).

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salón principal en el palacio del Gobernador Petronio Ivanoff.

CUADRO SEGUNDO

conversión de la Magdalena

ESCENA PRIMERA

IVANOFF

IVAN. ¿Pero es posible que Stoessel, el jefe de policial más perspicaz del Imperio, vea fracasadas todas sus tentativas?... ¿Habrá Octavio ganado la frontera? No. Esto no es verosímil. Sólo un duende, sin forma corpórea, hubiera podido escapar de la red que le he tendido, compuesta de tantos policías y soldados. Debo descartar esa solución, que resolvería de

plano el conflicto... Mi hijo está en Moscú, o cerca de Moscú, haciendo causa común con los revolucionarios en alguna de sus ocultas madrigueras... Como esto es lo peor, esto es lo mas acertado. ¡Un descendiente de los Ivanoff, militando en el ejército de esos canallas enemigos acérrimos del Altar y del Trono! Esto es lo horrible; lo que me humilla, sublevando mi sangre.

ESCENA II

DICHO y jefe de la policía STOESSEL, por el foro

STOES. ¡Mi General!

IVAN. Le esperaba con impaciencia... ¿Tampoco?

STOES. Tampoco.

IVAN. ¿Con tan sagaz instinto, no ha olfateado ningún rastro?

STOES. No, mi General, y esta es mi pesadumbre... He recorrido todos los tugurios de Moscú. Sus más ignorados escondrijos..., viviendas habitadas por mendigos y vagabundos, que más que hombres parecen gusanos o

siluetas borrosas de hombres... He ofrecido valiosa prima al individuo afortunado que le encontrase, y todo inútil... Octavio ha desaparecido como una gota de agua que se hubiese evaporado en el vacío...

STOES. (Secamente). ¡Vaya un honor para la policía! Sentiría haber incurrido en su desagrado, mi General.

IVAN. Es muy extraño lo que ocurre en el territorio confiado a mi lealtad. Se conspira. Usted lo sabe. Ni deportaciones, ni muertes, ni tormentos acaban con la impunidad que parecen gozar esos miserables. Usted no puede encontrar sus madrigueras y ellos se introducen hasta en las cámaras más íntimas y secretas de los palacios donde habitan los representantes de mi autoridad, para amedrentarles con sus proclamas revolucionarias, o sus sentencias de muerte. Es preciso que se deshaga el nudo de esas sombras, por su dignidad, por la mía.

STOES. ¡Señor! (Pausa).

IVAN. ¿Se halla usted satisfecho de los individuos a sus órdenes?

STOES. Completamente. (Pausa).

IVAN. Ahorque usted algunos, para que anden listos los demás.

STOES. No creo por ahora necesaria esa medida.

IVAN. Pues tendrá que tomarla con urgencia, si no quiere verse comprendido en ella.

STOES. Mi vida es de vucencia, mi General.

IVAN. Muy bien; pero mi hijo Octavio, no aparece. ¡Ira de Dios!... Hemos concluido. (Pausa).

STOES. Réstame hacerle una pregunta.

IVAN. ¿Cuál?

STOES. ¿Es aplicable a su hijo la severidad de nuestra consigna?

IVAN. ¿Qué consigna?

STOES. La de capturarlo vivo o muerto.

IVAN. ¡Diablo! No hablamos pensado en eso.

STOES. Las circunstancias pudieran ser muy críticas, según el grado de sus relaciones con los partidarios de la revolución. Estos se defienden a la desesperada cuando se ven sorprendidos por la policía, y hay que matarlos. (Pausa).

IVAN. Obre usted conforme a las circunstancias; pero creo inútil decirle que... no se trata de un caso vulgar... Convendría capturarlo vivo.

STOES. Comprendo, mi General.

ESCENA III

UJIER por el foro

UJIER. ¡Señor!

IVAN. ¿Qué hay?

UJIER. El señor Kellerman...

IVAN. ¿El Obispo? Que pase. (Vase el ujier por el foro).
Puede usted retirarse.

STOES. Está bien. (Vase por el foro).

ESCENA IV

IVANOFF

IVAN. Llega en buen hora... Puede que la religión desvanezca estas obscuras tempestades de mi alma, escrúpulos de un sentimiento paternal tan nocivos para el cumplimiento estricto del deber.

ESCENA V

DICHO y KELLERMAN por el foro

KELLERM. ¡Alabado sea Dios!

IVAN. ¡Por siempre sea alabado, señor Obispo! Tome asiento.

KELLERM. Ya sé que su hijo Octavio no parece.

IVAN. No, desgraciadamente.

KELLERM. Su persona se ha ocultado, mas no así su pensamiento.

IVAN. ¿Cómo? Sospecho que viene a darme alguna mala noticia.

KELLERM. Puesto que no hay otro remedio... Lea usted lo que dice esta hoja clandestina.

IVAN. Al pueblo ruso... ¿Quién firma?

KELLERM. Octavio.

IVAN. ¿Mi hijo?

KELLERM. No hay duda... Siga leyendo.

IVAN. (Leyendo). La verdadera vida no está en la autoridad, ni en la riqueza, sino en el amor al prójimo, siguiendo la máxima profundamente cristiana de que «nadie quiera para otro, lo que no quiera para sí.» El pueblo suspira con perfecto derecho por la libertad, mas no se hará digno de ella, si no aprende a ser bueno, justo y magnánimo. La autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Cada hombre del mundo cristiano y de nuestro tiempo, debe decirse como aconseja Tolstoi: «Antes de ser emperador, ministro o soldado, soy hombre,» es decir, un ser enviado para realizar el bien en la tierra por la voluntad del Ser Infinito. Si queréis ser libres, no tengáis apego a las riquezas ni a las satisfacciones bastardas de la vida, teniendo presente que no es buen cristiano aquel que sólo funda la salvación de su alma, en el bautizo, en la comunión y en los demás ejercicios del Dogma, desechando la verdadera regla de conducta que consiste en la práctica de las buenas obras. Huid de todas las Iglesias que se han hecho supersticiosas.

KELLERM. ¿Qué tal el discípulo de Tolstoi?

IVAN. Estoy avergonzado. No sólo se atreve con el Emperador, sino hasta con nuestra santa iglesia.

KELLERM. Estas hojas hacen más daño que las bombas de dinamita. Bajo una falsa humildad se esconde el espíritu demoledor de la religión, la patria y la familia. Merece más

castigó quien lanza a los cuatro vientos de la publicidad, esas ideas, de los terroristas que emplean todo género de medios de destrucción.

IVAN. Y bien. ¿Qué me aconseja? ¿Qué debo hacer con ese hijo desnaturalizado, si cae en mi poder?... Mi espíritu está rodeado de sombras, por vez primera tengo miedo al cumplimiento del deber.

KELLERM. Ya me hago cargo de esa tempestad de su corazón.

IVAN. ¿No ofendería a Dios castigando a mi propio hijo con una pena algo dura?

KELLERM. Eso no, General; al contrario. Dios pide la destrucción de todos los malvados que tratan de socavar los cimientos de su Doctrina. Tal sacrificio, impuesto en su mayor gloria, ahogando los sentimientos paternales, sería un acto que le dejaría abiertas, de par en par, las puertas del Cielo... No sería usted solo. Ejemplos hay en la Historia, de ese doloroso sacrificio... Felipe II, rey de España, por ejemplo...; mas no creo necesario en este caso semejante violencia.

IVAN. ¿Y cómo libertarle del castigo que merece? Figúrese usted que merced a esa propaganda, crece la ola de la revolución. Que ésta nos muestra su repugnante cabeza en

las calles, y que yo la ahogo con sangre, como ha ocurrido en otras ocasiones. Supongamos que mi hijo cae prisionero...

KELLERM. Muy crítica es esa condición del problema.

IVAN. ¡Me estremezco pensando en ese momento fatal!... Al fin soy su padre.

KELLERM. Comprendo esas dudas. La debilidad es hoy el distintivo de la especie humana. Pasaron los tiempos de los grandes caracteres...

IVAN. Eso no, señor Obispo... Si fuese preciso...

KELLERM. Calma... Calma... Ya encontraremos una fórmula para conciliar el deber anexo a su elevadísimo cargo y los sentimientos paternales que tanto le mortifican.

IVAN. Necesito una regla de conducta y espero hallarla en sus sabios consejos.

KELLERM. Defienda a costa de su sangre su dicha y sus intereses. Primero: la doctrina de la iglesia, depositaría de la verdad absoluta. Segundo: la persona del Zar, nuestro rey y señor; y tercero: las leyes del Imperio. Cumpliendo este altísimo deber, no hay inconveniente en que defienda también a los suyos.

IVAN. ¿Y si hay conflicto?

KELLERM. No puede haberlo.

IVAN. Puede ocurrir como en este caso, que la defensa de los míos, no pueda hacerse sin menoscabo de la Iglesia, o del Emperador, o de las leyes.

KELLERM. Entonces, caiga quien deba caer por el orden de sil categoría.

IVAN. ¿El hijo sacrificado a la autoridad?

KELLERM. Dios y la autoridad son una misma cosa. Esta dimana de aquel. Dios es el primer soldado del Imperio.

IVAN. Seguiré sus consejos.

KELLERM. Ya procuraremos endulzar el castigo. Esto es lo único que podemos hacer los hombres. Si Octavio cae en poder de la policía, háganle comparecer a mi presencia. Venga el hijo extraviado a oír la voz divina transmitida por uno de sus ministros, y si el arrepentimiento desciende hasta su corazón le daremos el indulto, haciendo que vuelva limpio de pecado a la casa solariega.

IVAN. Es usted la bondad personificada. ¡Silencio! La madre.

ESCENA VI

AMBOS y AURELIA por la Izquierda

AUR. ¿Aquí usted, señor Obispo? Lo celebro.

KELLERM. Saludo a la señora.

AUR. (Al notar la contrariedad que ha producido su presencia). Tal vez he venido a interrumpirles. En tal caso me retiro.

KELLERM. Puede usted quedarse, señora.

IVAN. Toma, lee.

AUR. ¿Qué dice esta hoja? ¡Ah, firma Octavio!

IVAN. Si, nuestro hijo Octavio.

KELLERM. Lea usted, señora. Lea usted. Hubiera querido evitarle esta pena con un prudente silencio; pero la natural indignación del padre, ha malogrado mi humanitario propósito.

IVAN. Bueno es que sepa también la madre los extravíos del hijo. ¿Vas leyendo? ¿Te vas enterando de los frutos que da la perniciosa semilla?... ¡Guárdale contemplaciones!

AUR. Pero, Dios mío, ¿aquí hay escrito algo que sea censurable?

KELLERM. ¡Ave María Purísima!

IVAN. ¿Sabes lo que dices?

AUR. Puede que mi juicio se haya turbado. Puede que mi corazón de madre encuentre virtud, donde otros hallan delito... ¿Qué dice de malo este papel?

IVAN. Argúyale usted. Haga caer la venda de sus ojos.

KELLERM. ¡Ah, señora! Cuánta pena me produce este espectáculo... He aquí el pernicioso poder del virus venenoso. ¡Cuán pronto se ha obscurecido una clara inteligencia! Se ataca al dogma, y el ataque pasa desapercibido. Se ofende al Emperador, y no se encuentra la ofensa. Se escarnece lo más sagrado de la vida, y esto no se considera como uno de los mayores delitos.

AUR. ¡Perdón! Aquí sólo veo yo el alma de un espíritu sinceramente cristiano. Yo conozco profundamente a mi hijo. Predica la paz entre los hombres. Anatematiza todo acto de violencia. Mi hijo Octavio es un ángel, señor Obispo.

KELLERM. Conteste usted, General.

IVAN. Un ángel que interrumpe la limpia y gloriosa historia de los Ivanoff... Un ángel que huye del hogar paterno para ir a engrosar las filas de los viles conspiradores, mis mortales enemigos... Un ángel que pone a su padre en ridículo a los ojos del Emperador... Un ángel, en fin, que dice que la autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Te desconozco, Aurelia.

KELLERM. ¡Un ángel caído!

IVAN. Usted lo ha dicho.

AUR. Aconseja al pueblo ruso, que sea bueno, que sea cristiano..., que se ejercite en la práctica de las buenas obras.

KELLERM. Eso no es de su incumbencia. El pueblo ruso es como debe ser, y sacerdotes tiene la Iglesia para encauzarle por la vía del bien si se extravía, y leyes la Nación, para castigarle, si no se corrige.

AUR. ¡Ah, señor!... Qué desencanto sufro al oírle... Creí que la energía sólo debía estar de parte del Gobernador, mi esposo... Creí que de sus labios, sólo deberían brotar palabras de tolerancia y misericordia.

KELLERM. He ahí lo que está socavando los cimientos de la fe... La excesiva indulgencia de los ministros de Dios en la tierra.

IVAN. ¿Dudas, acaso, de las virtudes y bondades del señor Kellerman?

AUR. Si dudara no procuraría apoyarme en ellas para justificar la conducta de nuestro hijo... Comprendí, al llegar, que en esta sala se respiraban aires de enojo mal comprimido... Ivanoff; apelo a tu conciencia de caballero, prescindiendo de tus sentimientos de padre, para que me des una noble respuesta... ¿Serías capaz de castigar a nuestro hijo, como si fuera un malvado, por haber publicado esta hoja?

IVAN. Esta es una cuestión ya ventilada... No hay que volver sobre ella.

AUR. ¿Ventilada? ¿Ventilada sin contar conmigo?

IVAN. ¿Desde cuándo has sido tú mi consejera en asuntos que afectan a mi autoridad?

AUR. ¿Desde cuándo? Desde que la vida de nuestro hijo se ve comprometida en tus asuntos. Al saber que tus cosacos satisfacían sus instintos sanguinarios, entregándose a todo género de violencias, nada te he dicho... He llorado, sólo pensando en las desdichadas víctimas inmoladas al duro cumplimiento, de lo que llamas tu deber. Pero ahora, se trata de Octavio, de nuestro hijo, y no puedes tomar ninguna resolución, sin contar con su madre. ¿Quieres saber desde cuándo data mi derecho? Desde que sentí en mis entrañas

las primeras palpitaciones de su vida. No puedes negarme este derecho, porque entonces, te negarías a ti mismo; a no ser, que quieras salirte de la Naturaleza, en cuyo caso, tampoco me tendrías por esposa.

IVAN. Contéstele usted.

KELLERM. Creo que no hay motivo para extremar tan rigurosamente la cuestión. Caiga Octavio en poder de la policía, y entonces ya veremos.

AUR. ¡Ah, señor! ¿De qué lenguaje podría servirme para llevar a su alma la convicción de que nuestro hijo Octavio, obra a impulsos del amor que siente por la Humanidad?

KELLERM. Ese es el pretexto. Todos los revolucionarios dicen lo mismo.

AUR. Pero, mi hijo, no es revolucionario. Es el primero en combatir la violencia. El Mal no se destruye con el Mal, sino con el Bien. Esa es su doctrina... ¿Sabe usted porque ha renunciado a los goces de su alta posición social? Para poner en armonía sus palabras con sus obras... Para predicar con el ejemplo lo mismo que hacía Jesús... ¿Y por qué no juzgarle por sus cristianas intenciones? ¿Acaso, si la mayoría de los hombres fuese como mi Octavio, sería menester más dicha sobre la Tierra?

KELLERM. ¿Qué dice usted a esto General?

IVAN. Digo: ¡que las doctrinas del hijo han seducido va a la madre!

AUR. Y a todos cuantos le escuchan. ¿Hay ejemplo más hermoso que el de Paulowa?

IVAN. ¡Paulowa!

AUR. Esa mujer se ha hecho buena: ha vendido sus joyas y ricos trajes y ha repartido entre los pobres todo el producto de la venta. Hoy cubre su cuerpo con humilde vestidura y vive pobremente en la verdadera vida, siguiendo los consejos de Octavio.

KELLERM. Permitid que lo dude, señora.

AUR. He triunfado, porque Paulowa está aquí.

KELLERM. ¿Cómo?

IVAN. ¿Aquí, Paulowa?

AUR. Ha venido a verme y quedó en la sala inmediata. (Toca un timbre).

IVAN. ¿Cuál es tu propósito?

AUR. Disipar las dudas del señor Obispo.

ESCENA VII

DICHOS y UJIER por el Foro

AUR. Que Venga la señora que se halla en mi gabinete.
(Vase el ujier por la izquierda).

ESCENA VIII

LOS MISMOS, menos el UJIER

KELLERM. ¿No habrá en esto una indigna mixtificación?
¿Quién es Paulowa?

IVAN. Una mujer cuyo contacto debiera evitar toda persona honrada.

AUR. Una pecadora arrepentida...

KELLERM. ¿Otra Magdalena? Basta con una.

AUR. Aquí viene.

ESCENA IX

DICHOS y PAULOWA pobremente vestida por la izquierda

PAUL. Estoy a sus órdenes, señora... Saludo a los señores.

AUR. Dinos, Paulowa... Dinos a impulsos de qué noble sentimiento se ha llevado a cabo la conversión de tu conciencia.

PAUL. Sería mejor callarlo... Los que quieran ver que miren el espejo de las buenas obras... Allí está la verdad. No en las palabras.

AUR. Este es un caso excepcional, mi querida Paulowa. No es para juzgarte a ti para lo que te he mandado llamar. Es para juzgar la conducta de nuestro hijo... Tus palabras pueden darnos el rayo de luz que apetecemos. En este caso constituyen una buena obra.

PAUL. Siendo así, nada puedo negar a la señora.

AUR. Repite cuanto ha poco me dijiste.

PAUL. Es bien sencillo. Mi vida era desordenada como nadie ignora en Moscou. La satisfacción del capricho era la línea dorada de mi conducta; pero ya en el fondo de ese placer asomaba el aguijón del hastio... Necesitaba el giro constante para hacerla más desordenada, y en esto se consumía toda la actividad de mis nervios y toda la llama de mi espíritu. Una noche quise realizar mi obra de seducción con Octavio. ¡Bienaventurado sea aquel dichoso momento, único en mi vida que debo agradecer a los impulsos del vicio! Las palabras de aquel hombre se esculpieron en mi corazón. «Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta... Salvo muy rara excepción, tu vida no habrá sido útil para nadie... Ni aun para ti misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... Lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres. Esos rojos granates, son gotas de sangre humana petrificada... Llevas en tu cuerpo, a estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social... y en esa vida estéril habrán girado tus acciones como torbellino de hojas secas. Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que, al rodar del acaso venga toda tu hermosura a convertirse en flor de Hospital. ¡Pobre Paulowa!» (Pausa). Así habló aquel hombre extraordinario con acento, que más que una reconvención, parecía una caricia, o un ósculo de amor a una alma pecadora. Y mi alma giró, saliendo de la sombra en que vivía

y entrando en la luz que reina en la verdadera vida. Luego presencié el espectáculo horrible de la miseria social que yo desconocía... Debajo de los esplendores del lujo que proporcionan las riquezas ¡qué negruras y tristezas se esconden! El hambre haciendo estragos. Los seres hacinados unos sobre otros sin distinción de sexos. El ambiente miserable saturado de repugnantes miasmas. Pordioseros que semejan gusanos. ¡Qué horribles son los antros que sirven de asilo a todos los desheredados de la fortuna!... Aquella misma noche me despojé de todas mis galas, arrancándome a tirones las joyas que servían de adorno a mi cuello, porque noté que los brillantes, me mordían en la carne y los collares y sortijas, no se ceñían, sino que se enroscaban a mi cuello como si quisieran estrangularme y a mis dedos cual si tratasen de hacer en ellos una cruel amputación... Entonces pude respirar con libertad... Mi alma había sacudido el yugo de la esclavitud para siempre... Mi conciencia no era ya de los hombres, era de Dios... Esta es la historia de mi arrepentimiento.

KELLERM. ¿Habéis dicho que tratasteis de seducir a Octavio?

PAUL. En este mismo palacio. La noche del baile de trajes.

AUR. Esto pide una explicación. Paulowa, obró así a instancias mías.

KELLERM. ¿Usted se mezcló en tal asunto? ¿Con qué objeto?

AUR. Quería salvar a mi hijo Octavio.

KELLERM. Llevándole a los brazos del vicio.

AUR. Llevándole a los brazos del amor. Pensé que haciéndole prisionero de Paulowa, le libraba acaso de otras prisiones más oscuras.

KELLERM. Este caso no tiene la moral que se le atribuye... Díganos Paulowa. El vicio gasta la naturaleza y relaja los nervios... ¿No es usted nerviosa, excesivamente nerviosa?...

PAUL. Antes, sí. Ahora, no.

KELLERM. ¿Cómo puede ser eso?

PAUL. Señor. Los nervios se agitan en el ejercicio de las malas obras y se vuelven tranquilos y plácidos con el empleo de las buenas...

KELLERM. (Aparte al General). ¡Histerismo! ¡Histerismo puro! Puede usted retirarse, Paulowa.

PAUL. Con su permiso.

AUR. Vuélvase a mi gabinete.

PAUL. Allí espero. (Vase Paulowa por la Izquierda).

ESCENA X

LOS MISMOS, menos PAULOWA

KELLERM. ¿A qué ha venido esa desventurada?

IVAN. Eso es. ¿A qué ha venido?

AUR. A implorar un socorro para una familia virtuosa que se ve en la mayor pobreza.

KELLERM. Creo oportuno aconsejarle que haga oídos de mercader a sus peticiones.

AUR. ¿No le ha convencido el lenguaje de esa mujer?... No deduce de su palabra la verdad que la impulsa... ¿Duda aún del milagro realizado por mi hijo?

ESCENA XI

DICHOS y STOESSEL por el foro

STOES. ¿Da usted permiso, mi General? ¡Ah! Dispensen ustedes. Creí que se hallaba solo el Gobernador.

IVAN. ¿Qué ocurre?

STOES. Ocurre que su hijo Octavio... Tal vez no debo...

AUR. ¿Octavio dice?... Hable usted.

IVAN. Noto en su semblante una inusitada satisfacción... ¿Ha encontrado alguna pista?

STOES. Si, señor.

KELLERM. Loado sea Dios.

AUR. ¡Tiemblo a mi pesar!

IVAN. No perdamos tiempo. Diga todo lo que sepa.

STOES. En este momento acabo de recibir la feliz noticia, que he venido a poner en su conocimiento, quizá con demasiada precipitación...

IVAN. Se dispensa su buen propósito. Prosiga.

STOES. Los revolucionarios, o propagandistas, se refugian en el fondo de unas minas que hay en uno de los montes cercanos, al Norte de Moscú, y las cuales se hallan actualmente abandonadas por una huelga persistente. Allí tienen la imprenta, de donde salen esas hojas clandestinas, que tanto soliviantan el espíritu del pueblo.

IVAN. ¿Cómo ha sabido eso?

STOES. Por uno de ellos, llamado Miguel Colissoff, que me ha vendido el secreto por treinta rublos.

AUR. ¡Miserable!...

KELLERM. ¡Magnífico!

IVAN. Vamos a mi despacho. Allí acordaremos los medios más rápidos para proceder a su captura.

AUR. Stoessel... Usted me responde de la vida de mi hijo.

STOES. ¡Señora!

IVAN. Se hará justicia. Vamos, señor Obispo.

KELLERM. Vamos.

ESCENA XII

AURELIA

¡Se apartan de mí!... Ya lo veo... Mi espíritu se siente oprimido por un negro presentimiento. Quieren arrebatarme la prenda más querida de mi corazón. (Vase a la puerta Izquierda y llama). ¡Paulowa! ¡Paulowa!

ESCENA XIII

DICHA y PAULOWA por la Izquierda

PAUL. ¿Me llama usted?

AUR. ¿No me dijiste que Octavio era tu maestro, tu ángel bueno?

PAUL. Sí.

AUR. ¿Quieres que entre ambas le salvemos del peligro de muerte que le amenaza?

PAUL. ¡Qué escucho!

AUR. Respóndeme sin rodeos. ¿Tú sabes dónde se oculta?

PAUL. ¿Yo?...

AUR. Si que lo sabes.

PAUL. Aunque desgarrasen mi pecho con unos garfios, no lo diría.

AUR. No me has comprendido. No es menester que lo digas; basta sólo con que lo sepas.

PAUL. ¿Qué debo hacer para salvarle?

AUR. Correr inmediatamente en su busca para decirle, que un traidor, un Judas, ha denunciado a la autoridad el lugar donde se ocultan él y sus compañeros.

PAUL. ¡Gran Dios!

AUR. El tiempo es oro... Stoessel, el Jefe de policía, caerá en breve sobre ellos como un gavián hambriento sobre su presa.

PAUL. Pero, Octavio. ¿No es hijo del General Gobernador?

AUR. ¡Ah! Paulowa. Para estos críticos momentos, sólo puede contar con el apoyo de su madre.

PAUL. Voy corriendo.

AUR. Espera. Toma estas joyas. Con el producto de su venta, puede mi hijo salvar la frontera. Dile que huya de su patria a suelo extranjero, porque le aguarda la reclusión, o tal vez la muerte... Dile que su madre se lo suplica con llanto del corazón en los ojos y acento de dolor en los labios. Díselo así, Paulowa.

PAUL. Cumpliré su deseo con toda la fuerza de mi alma para convencerle... Adiós.

AUR. ¡Que Dios te guíe! (Vase Paulowa por el foro).

ESCENA XIV

AURELIA

AUR. Así, cuando vaya Stoessel, se encontrará sin la presa que codicia. (Dentro un gran rumor y la voz de Ivanoff, que dice: Oficiales de guardia, Servidores de Palacio, todos aquí). ¿Qué habrá ocurrido?

ESCENA XV

DICHA, IVANOFF, KELLERMAN y JEFE DE POLICÍA por el foro

IVAN. ¡Mal rayo!

AUR. ¿Qué novedad es esta?

IVAN. Que se ha enseñoreado de mi palacio la hidra de la revolución; pero mi energía superará todos los obstáculos y vencerá todos los peligros.

AVK. ¿Quieres decirme?

IVAN. NO tardarás en saberlo.

ESCENA XVI

DICHOS y JEFES y OFICIALES de diferentes cuerpos del Ejército Ruso y OFICIAL DE GUARDIA

OFICIAL. Mi General, ¿qué ocurre?

IVAN. Un hecho muy grave, señor Oficial de guardia. Escuchen todos. Lea usted en alta voz. (Le entrega a Stoessel el papel que trae).

STOES. (Leyendo). General Ivanoff. La Justicia del pueblo te ha condenado a muerte y en breve serás ejecutado...

IVAN. Ese anónimo ha sido encontrado sobre la mesa de mi despacho. ¿Quién ha sido el autor de la hazaña? ¿Se callan todos? ¿Quién ha entrado en mi palacio, señor Oficial?

OFICIAL. ¡Señor! Me encuentro confundido.

IVAN. Usted es el primer responsable, porque manda la guardia de palacio.

OFICIAL. Mi General, la traición puede ocultarse bajo otro uniforme.

TODOS. Protestamos.

OFICIAL. ¡Ah! ¡Qué idea!

IVAN. ¿Tiene usted alguna idea?... Pronto.

OFICIAL. Acaba de salir de palacio precipitadamente una mujer.

AUR. ¡Paulowa! (¡Misericordia divina!).

IVAN. Ella había de ser... Volando; a darle caza.

AUR. Un instante, señores. Yo sé la dirección que ha tomado esa mujer.

IVAN. ¿Cuál?

AUR. La de la derecha de palacio, siguiendo la calle de Austerlitz.

IVAN. Tanto mejor, en marcha. (Vanse todos por el foro).

ESCENA XVII

AURELIA

AUR. Paulowa va en dirección opuesta. ¡La he salvado!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El interior subterráneo de unas minas de hierro. La obscuridad fuera completa si no se hallase débilmente iluminada la escena por algunas linternas de mano que hay situadas en el suelo. Galerías laterales y al foro.

CUADRO TERCERO

Nuevo Judas Iscariote

ESCENA PRIMERA

CIUDADANO 1.º, CIUDADANO 2.º y OTROS VARIOS. MIGUEL COLISSOF, retirado en un ángulo

CIUD. 1.º (Levantando un farolillo para iluminar con la luz que despide, el fondo de una galería situada a la derecha).
Todavía no ha concluido.

CIUD. 2.º ¡Vaya un hombre, camaradas!

CIUD. 1.º Es de hierro para el trabajo. Su herramienta es la pluma. Dejémosle. No vayamos a interrumpirle. De su cerebro brotan las ideas como agua cristalina de un manantial.

CIUD. 2.º Así resultan tan puras y agradables.

CIUD. 1.º Te diré. Yo no estoy completamente conforme con alguna de sus doctrinas. Eso de que cuando uno nos dé un bofetón en la mejilla derecha, tengamos que presentar la izquierda para recibir otro, si a mano viene, me parece un absurdo.

CIUD. 2.º Porque no entendemos bien el sentido de tales palabras. Eso debe ser una metáfora, o como se diga. Demasiado se comprende que cuando uno recibe una bofetada, ha de faltarle tiempo para devolverla.

CIUD. 1.º ¿Y qué dices de ese otro mandamiento de no resistirse a ningún mal por grande que sea el daño que nos produzca?

CIUD. 2.º Ahí es dónde más claro se ve que se trata de palabras de doble sentido. Ello es que Octavio nos da a todos

ejemplo. Nosotros somos avanzados en ideas. Estamos arriesgando la vida por la causa de la libertad. Tenemos un pie en la mina y otro en la sepultura. Y ahora dime: ¿Correrías tú semejante riesgo siendo hijo del Gobernador, sobrándote el dinero y viéndote amo, como quien dice, de todos nosotros?

CIUD. 1.º Lo sueltas tan de sopetón que no sé por de pronto qué decirte.

CIUD. 2.º Medítalo un poco, si quieres, y contesta luego.

CIUD. 1.º Pues ya lo he meditado. Esa opinión que algunos tienen de que nosotros somos así porque la pobreza nos envuelve por todas partes, es una idea muy equivocada. La vida de los hombres no tiene precio y tanto vale la de un pobre como la de un rico.

CIUD. 2.º Te has metido por buen sendero. Prosigue.

CIUD. 1.º Nosotros al arriesgarla en esta lucha, arriesgamos lo que más se estima en el mundo, y quien tiene sangre y coraje para arriesgar la vida, no hace ningún sacrificio aunque añada encima toda su hacienda, o todo su dinero.

CIUD. 2.º Bien dicho. Ya se nos van compenetrando las ideas del maestro.

CIUD. 1.º A fuerza de oírle, algo se aprende.

CIUD. 2.º ¿Quién llega?

CIUD. 1.º Es Alejandro.

ESCENA II

DICHOS y ALEJANDRO por la izquierda del foro

ALEJ. ¡Traigo una pena horrible, camaradas!

CIUD. 1.º TU cara parece la de un cadáver.

CIUD. 2.º ¿Qué ha ocurrido?

ALEJ. Acercaos todos... Formad una piña a mi alrededor. Oídme, compañeros. Carlos Stobolk ha sido ejecutado anoche en la mazmorra que le servía de cárcel.

CIUD. 2.º ¡Nuestro más querido compañero!

CIUD. 1.º ¡Maldición!

ALEJ. Ha perecido en el tormento. Su cuerpo ha sido desgarrado. Sus carnes abrasadas a fuego lento, pero de sus labios, no ha salido ni una sola palabra peligrosa para la vida

de sus compañeros. ¡Otro mártir de la libertad! (Pausa. Cuadro de muda sensación).

CIUD. 2.º ¡Hoy uno, mañana otro!

CIUD. 1.º Así iremos todos cayendo.

ALEJ. Todos no, compañeros. Por cada uno que cae se levantan otros diez. La sangre que se vierte por la libertad tiene ese don fecundo. En vez de apagar la idea la enciende. En vez de detener la marcha de la Historia la impulsa con mayor movimiento.

CIUD. 2.º Si, sí; pero el que cae ya no se levanta.

CIUD. 1.º Buen manjar para los gusanos.

CIUD. 2.º Me ha llegado al alma esa noticia.

CIUD. 1.º Con tanto dolor, casi se siente uno con ganas de renunciar a la libertad.

ALEJ. No, camaradas. Eso nunca. ¿Olvidáis lo que significa la palabra esclavitud? No se muere en el tormento, ni en la horca, pero se muere más lentamente. Hay instrumentos que trituran la carne, rompiendo los huesos. Este es un dolor espantoso para nuestro organismo sensible por naturaleza; pero es un dolor físico... Un hombre atormentado puede, sin embargo, ser libre dándole alas al pensamiento en medio de sus mortales angustias; pero un hombre en la esclavitud,

tiene que morderse la lengua aunque vea su rostro azotado por el látigo; tiene que besar la mano de su propio verdugo... ahogando en su corazón la rabia que le devora, prescindiendo de sus derechos de hombre, para convertirse en bestia de carga. Decidme ahora, amigos... ¿Qué es preferible? ¿La esclavitud, o la libertad?

CIUD. 1.º (Estrechando la mano de Alejandro). ¡La libertad!

TODOS. ¡La libertad!

ALEJ. (Viendo que Miguel Colissoff no se ha movido del ángulo donde se halla sentado). Y tu, Miguel Colissoff, ¿no tomas parte en esta expansión del espíritu, o acaso el dolor ha embargado tus sentidos?

COLISS. Lo has acertado. Perdonadme. Me tenía abstraído el recuerdo de nuestro compañero Stobolk.

ESCENA III

DICHOS y OCTAVIO por la galería de la derecha

OCT. ¡Pobre Stobolk! ¡Pobre Stobolk!

CIUD. 2.º ¡Octavio!

ALEJ. ¿Nos has oído?

OCT. ¿Eso me preguntas? ¿O es que en la penumbra no se ven las lágrimas que derrama el dolor?

ALEJ. ¡Ha muerto en medio de los más atroces sufrimientos!

OCT. ¡Calla, Alejandro! Nada hay tan grande como el silencio ante esa horrible desgracia.

ALEJ. ¿No hierve tu sangre, Octavio? –

OCT. El dolor ajeno la excita más que el propio dolor... Pero sé contenerme... Sube la sangre indignada al rostro, y tropieza, con la fuerza del espíritu. Entonces se hace blanca y se convierte en lágrimas. Por eso lloro.

ALEJ. ¿Y no se crispan tus dedos? ¿Y no se alarga tu mano instintivamente como para empuñar la espada vengadora?

OCT. La pluma de hoy es la espada de otros tiempos. Este dolor que sentimos hay que difundirlo. En estas sacudidas se va purificando el sentimiento universal, porque el dolor ha sido y será siempre nuestro primer maestro.

ALEJ. Pero hay dolores que sublevan el alma, y este es uno de ellos. Pensando en la muerte de Stobolk un escepticismo cruel invade nuestro ser. La duda se apodera de la esperanza. ¿Qué ley de compensación puede ya dar remedio a tan espantosa injusticia? ¿Qué dicha futura ni principio de moral posible pueden reparar el daño que se ha producido? ¿Cómo se levanta ya la Humanidad de tan tremenda calda? Hay más falta de lógica en la iniquidad que afecto a un hombre solo, que en el cataclismo que hiciera perecer de un golpe toda la raza humana.

OCT. Así el río se desborda cuando no puede contenerse en su cauce. Así el dolor se sale de sus límites cuando no cabe en el pecho, invadiendo el campo sereno de la conciencia... En este momento si tu poder fuese tan grande como el de Júpiter, abrasarías por medio de un rayo gigantesco a cuantos seres viven y giran en el torbellino de la Creación. Perezcan todos... Esta es la lógica de tu dolor... ¡Sálvense todos! Esta es mi lógica. Aprended vosotros, los que queréis la libertad social, a conservar la disciplina del entendimiento en las grandes crisis de la vida. Sabed que la libertad del individuo es anterior y superior a la libertad de todos. Esta tiene que reconocer un estado social. Aquélla sólo reconoce un amo: el Espíritu. Ni aun acepta el yugo del dolor. ¡Oh, Alejandro! Reconozco que la explosión de tu pena es capaz de conmover y hasta de derribar toda doctrina que no sea profundamente cristiana. La diferencia entre tu línea de conducta y la mía es esta: Tú necesitas la violencia para transformar la materia

social que nos abrumba con su pesadumbre, mientras que yo proclamo la ley del amor que es la fuente del bien para transformar la conciencia... Y puesto que hemos llegado al punto de reconciliación posible de ambas doctrinas, ya podéis reanudar vuestro interrumpido trabajo. Aquí os traigo nuevos originales. Repartíos estas cuartillas. Mañana publicaremos otra hoja con este título: «La muerte de Carlos Stobolk» (Se descubre majestuosamente. Todos le imitan. Gran pausa. Luego dice). Al trabajo.

TODOS. Al trabajo. (Desaparecen todos por la galería central).

ESCENA IV

OCTAVIO

OCT. (Sentándose en un pedrusco). ¡Pobre Stobolk!
¡Pobre Stobolk!

ESCENA V

DICHO y PAULOWA por la galería de la izquierda del Foro

PAUL. No veo más que sombras. ¡Octavio! (Llamando).

OCT. ¿Quién llama? Octavio está aquí.

PAUL. ¡Loado sea Dios! Ya puedo hablarte.

OCT. ¡Paulowa!

PAUL. Si. Paulowa que viene a decirte: Octavio, la traición os ha envuelto en sus negras mallas. Un miserable, imitando la conducta de Judas Iscariote, os ha vendido por treinta rublos.

OCT. ¿Qué dices?

PAUL. La verdad. Ese infame ha revelado a la policía vuestro secreto. Stoessel, su jefe, pronto caerá sobre vosotros. Llama a tus compañeros sin pérdida de tiempo y huid todos hasta ponerlos a salvo del peligro que os amenaza. ¡Pronto, pronto!

OCT. Aguarda, Paulowa. Tu juicio no está sereno. Tranquilízate y dime: ¿Dónde está el traidor?

PAUL. Aquí entre vosotros.

OCT. ¿Quién te ha revelado su traición?

PAUL. Tu madre. Tu propia madre. Las lágrimas corren en abundante río de sus ojos.

OCT. ¡Madre sublime!

PAUL. Me ha dado estas joyas para ti. Tómalas. «Que huya Octavio lejos de su patria. Que salve la frontera.» Eso me ha dicho.

OCT. ¡Qué espantoso conflicto!

PAUL. ¿Dudas? ¿Vacilas? ¿A qué guardas, Octavio? Llama a tus compañeros.

OCT. ¿Y el traidor?

PAUL. ¡Que sucumba!

OCT. Caerá el puñal sobre su pecho. Le matarán...

PAUL. Entonces que mueran tus compañeros. Que se salve la infamia y que perezca la virtud.

OCT. Eso no. Si así no fuese, ¿dónde estaría el espantoso conflicto? Espera. (Se aproxima al foro y llama). ¡Alejandro! Compañeros... Aquí todos, volando. Que hay peligro. Calla tú, Paulowa. (Paulowa se oculta en la galena derecha).

ESCENA VI

DICHOS y ALEJANDRO y CIUDADANOS 1.º y 2.º y OTROS con
MIGUEL COLISSOFF

ALEJ. ¿Por Qué esa alarma?

CIUD. 1.º ¿Qué hay?

CIUD. 2.º ¿Qué ocurre?

OCT. Pronto lo sabréis. Decidme, compañeros. ¿Puede haber un traidor entre vosotros?

ALEJ. Si dudas de mí, soy capaz de atravesarme el pecho para caer a tus plantas sin vida.

OCT. Tu eres bueno, Alejandro. (Dándole la mano).

CIUD. 1.º Aquí hay un corazón de hombre. Atraviésalo, si me crees capaz de semejante conducta.

OCT. Dame un abrazo, compañero. (Se abrazan).

CIUD. 2.º ¿Quién puede poner en duda mi lealtad?

OCT. No seré yo mientras no se eclipse la luz de mi cerebro. Callaos todos... Dejad que os recuerde, uno por uno. Me sois tan conocidos que os llevo esculpidos en la memoria. ¡Ah! Él es; no hay duda. (Acercándose a Colissoff, y diciéndole en voz baja). Tú eres el Judas. Vete.

COLISS. ¡Yo! (Turbado).

OCT. Vete, antes que se derrame tu sangre en mi presencia.

COLISS. ¡Estoy perdido!

OCT. Disimula cuanto puedas. Huye. (Al pretender hacer mutis por la galería del foro izquierda, le detiene Alejandro bruscamente, cogiéndole de un brazo).

ALEJ. ¿Dónde Vas?

COLISS. Pregúntaselo a Octavio.

OCT. Lleva un buen destino. No le cortes el paso.

CIUD. 1.º ¿Conoce ese al traidor?

OCT. Perfectamente.

CIUD. 2.º ¿Y va en su busca?

OCT. Dejadle, que no tardará en volver.

ALEJ. Siendo así, puedes irte.

COLISS. (Al hacer mutis). ¡Respiro! (Vase Colissoff por la galería izquierda del foro).

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos COLISSOFF

OCT. Ahora a poneros en salvo vosotros.

ALEJ. ¿Qué dices? ¿Qué peligro nos amenaza?

OCT. La policía ha descubierto nuestro oculto retiro. Ya sabe el lugar donde trabajamos, y que tenemos nuestra imprenta en el fondo de estas minas.

ALEJ. ¡Maldición!

CIUD. 1.º Huyamos. .

TODOS. Huyamos.

OCT. Esperad un momento. Aquí tenéis joyas de mucho valor. Tomadlas. Servíos del producto de su venta para poder ocultaros de nuevo.

ALEJ. ¿Y tú?

OCT. Idos vosotros. Yo seguiré vuestras huellas. No temáis por mí.

ALEJ. Entonces nos quedamos. Pereceremos juntos... Lo que yo digo debe cumplirse.

OCT. Si no me obedecéis renunciad a mi amistad para siempre. Te obedecemos. Adiós.

ALEJ. ¡Adiós! (Octavio les despide conmovido, abrazando a unos y dando la mano a otros, mas todo hecho con gran presteza y señalándoles la galería del foro izquierda, por donde hacen mutis precipitadamente).

ESCENA VIII

OCTAVIO

Ven acá, Paulowa.

ESCENA IX

DICHO y PAULOWA

PAUL. ¡Cuán grande es tu alma, Octavio! Mírame a tus pies de rodillas. Así, postrada, te juro seguir, hasta la muerte, tu doctrina de amor y misericordia.

OCT. Tus ojos ya ven claro, aun en medio de las tinieblas que nos rodean. Tu alma se ha emancipado de la esclavitud. Eras gusano y ya eres flor. El ceno ha servido de pedestal a tu nueva hermosura. Levanta, que sólo ante Dios, debes ponerte en semejante actitud. (Dentro gran rumor y dos disparos de revólver). ¿Qué ruido es ese?

PAUL. Alguna otra desventura.

ESCENA X

DICHOS y ALEJANDRO y sus COMPAÑEROS precipitadamente por la izquierda del foro

ALEJ. ¡Maldición!

CIUD. 1.º ¡Somos perdidos!

OCT. ¿Cómo?

ALEJ. Nos ha cerrado el paso la policía.

OCT. ¿Y no hay otra salida?

CIUD. 2.º No hay otra.

OCT. Compañeros a morir matando. Nos emboscaremos entre las rocas. Vomitaremos fuego sobre nuestros perseguidores. (Desaparecen por la galería del foro derecha).

ESCENA XI

OCTAVIO y PAULOWA

OCT. Pon el pensamiento en Dios, Paulowa, que ya se acerca el peligro.

PAUL. Lo pongo en Dios y en ti, porque te amo, Octavio.
¡Te amo!

OCT. Así ama el espíritu en las horas más críticas de la vida.

ESCENA XII

DICHOS y COLISSOFF y STOESSEL, seguidos de UN PELOTÓN DE INDIVIDUOS de la policía rusa y ALGUNOS GRANADEROS por la galería del foro Izquierda. STOESSEL con la espada desnuda.

COLISS. ¡Miradle! ¡Allí está el hijo del General!

OCT. (Dando un paso hacia ellos). ¿A quién buscáis?

STOES. A Octavio Ivanoff.

OCT. Yo soy.

STOES. ¡Ay del que atente contra su vida! Prendedle. (Le atan ambos brazos sobre la espalda).

PAUL. Prendedme a mí también.

STOES. A los dos. (Atan a Paulowa en la misma forma). Ahora arriba con los presos y a guardar bien las bocas de la mina. No quiero sacrificar mis soldados persiguiendo a los otros, ocultos en las sombras. Ya les rendirá el hambre. Nuestra misión principal se ha cumplido. Sin pérdida de tiempo. ¡Arriba! (Vanse todos por la galería izquierda del foro. El último, Colissoff, que dice):

COLISS. Ya empieza a remorderme la conciencia. ¡Treinta rublos y un pasaporte! Huiré de Rusia. (Trata de seguir a los otros que desaparecieron por la izquierda; pero sale Alejandro y le ataja, diciendo):

ALEJ. ¡Alto!

COLISS. ¡Alejandro!

ALEJ. ¡Muere por traidor! (Asestándole una puñalada. Colissoff cae muerto).

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La calle de la Amargura

Telón corto con la vista exterior de las minas.

ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación, sale STOESSEL por la izquierda, siguiéndoles VARIOS POLICÍAS que escoltan a PAULOWA, quien trae las manos atadas sobre la espalda

STOES. Llévenla bien custodiada a la cárcel en uno de los carruajes que hemos traído. Me respondéis de esta mujer con vuestra vida.

POLICÍA. (Cogiendo bruscamente a Paulowa de un brazo). En marcha. (Vanse Paulowa y su escolta por la derecha).

ESCENA II

Salen por la izquierda, OCTAVIO atado como PAULOWA, custodiado por VARIOS POLICÍAS y STOESSEL

STOES. Prisionero Octavio: Si usted promete no hacer intento alguno de evasión, por honor a su persona, le desataremos los brazos.

OCT. Dígame antes: ¿Cómo conducen a los prisioneros? ¿Cómo llevan a Paulowa?

STOES. Atada fuertemente.

OCT. Entonces, llévenme de igual manera, apretando mis ligaduras, porque noto que se han aflojado.

STOES. ¿Se pone usted al nivel de esos miserables?

OCT. ESOS miserables son más dignos que yo.

STOES. El hijo del Gobernador de Moscú no es un plebeyo.

OCT. Todos tenemos el mismo origen.

STOES. ¡Qué miro! ¿Quién llega en aquel carruaje? Se para. Baja una señora.

OCT. ES mi madre.

STOES. ¡La esposa del Gobernador! Esto se complica.

ESCENA III

DICHOS y AURELIA por la derecha vestida de negro

AUR. (Abrazando a su hijo llorando). ¡Hijo de mi alma!

OCT. ¡Madre! No llores por mí. Lloro por cuantos desgraciados padecen persecución por la justicia.

AUR. ¿Y no abrazas a tu madre?

OCT. Ya lo hago con el corazón.

AUR. Atado como un malhechor. ¿Esto, qué significa, Stoessel?

STOESS. Señora... Cumpro las órdenes que he recibido.

OCT. No le culpes. La culpa es de la Ley, que es mala.

AUR. Desatadle al momento.

OCT. Tu orden tampoco debe cumplirse, porque no es igual para todos. Deteneos. Quiero ir atado. Escucha, madre. ¿Qué prefieres? ¿Qué vaya atado de los brazos o del corazón? Déjame así, por piedad.

AUR. ¡Ay! Qué pena tan grande siento.

Oct. Eso consiste en que se ha detenido el curso de tus lágrimas. Derrámalas para desahogar tu dolor. Las lágrimas son las únicas perlas que esmaltando la carne, no ofenden a la miseria ajena. Ven, madre. Apóyate sobre mis hombros y llora. Tu hijo amado será el pedestal de tu amargura.

AUR. (Haciendo lo que le Indica Octavio). ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

OCT. (Después de una pausa). Para que aprendas a conocer hasta dónde llega el rigor de las injusticias sociales. Si tú no fueses mi madre y yo no fuese hijo del Gobernador ya te hubiesen arrancado a tirones de mis brazos.

AUR. Siempre con el pensamiento aferrado a esas ideas.

OCT. Ponlas en todos los cerebros y verás que pronto reina la paz sobre la Tierra.

AUR. Esto debe tener un término. Iré a ponerme a los pies del Emperador para obtener tu libertad.

OCT. Eso que llamas libertad es esclavitud. Esto que a ti te parece esclavitud es libertad. De modo que irías a buscar lo contrario de lo que apeteces. Pídele al Zar la libertad de todos, o lo que es lo mismo, la emancipación del pueblo ruso,

y entonces habrás conseguido en parte tu objeto, y digo en parte, porque aún así no quedarían libres todos los hombres.

AUR. ¿Y has de seguir tu calvario?

OCT. Como lo siguieron otros. Yo no hago más que imitarles.

AUR. Dígame, Stoessel: ¿Dónde tiene orden de conducirlo?

STOES. Al palacio episcopal.

AUR. ¡Ah! Eso es que el señor Kellerman quiere hablarle. Sin duda trata de llevar a tu espíritu los destellos de su fe. ¡Que Dios te ilumine!

OCT. Hubiera preferido ir directamente a la cárcel.
Stoessel: Cumpla usted con su deber.

STOES. Vamos.

OCT. Adiós, madre.

AUR. Te llevas mi alma, hijo mío. (Vanse por la derecha).

ESCENA IV

AURELIA

AUR. Nada temas, Octavio. (Rehaciéndose con mucha energía). Tu madre será tu salvación, aunque para ello tenga que mostrar la mayor energía. Mi esposo dice que por encima de todo está su Rey y Señor... Yo digo que por encima de todo está el hijo de mis entrañas. Una madre es más que un Emperador. ¡Así lo manda la Ley de la Naturaleza!

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

En casa de Caifás

Salón dorado en el Palacio del Obispo Kellerman. –La nota imperante de esta sala debe ser el lujo–. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

KELLERMAN en medio de otras dos dignidades eclesiásticas

KELLERM. ¡Cuánto tarda! Hace ya más de media hora que recibí el aviso de Stoessel. Octavio es ya nuestro prisionero. Tengamos calma y aprovechemos el tiempo para medirla importancia del acto que vamos a realizar. Si consigo devolverle al General el hijo purificado de sus errores, nuestra influencia en palacio será omnímoda. Si no consigo mi objeto le llevaremos a un manicomio. Esta es la única solución. que tiene el conflicto, ya que sería demasiado riguroso deportarle a la Siberia. (Dentro rumores). Ya han llegado. Ya se acercan. Recibámosle con la solemnidad que requieren las circunstancias. (Se sientan en tres grandes y ricos sillones que habrá frente a la puerta de la derecha. Kellerman en medio).

ESCENA II

DICHO y OCTAVIO custodiado por STOESSEL y GRANADEROS a sus órdenes, por la derecha

STOES. Aquí está el prisionero. La orden del General Gobernador se ha cumplido. (Pausa).

KELERM. ¿Cómo perteneciendo a tan noble familia ha llegado usted a semejante extremo? ¿Es Octavio Ivanoff quien se halla en mi presencia, o un malhechor perseguido por la justicia?

OCT. Ninguna mala acción he cometido... Sigo las máximas de Jesús.

KELERM. Esa misión pertenece a los sacerdotes y no a los profanos que las interpretan malamente.

OCT. ¡Ah, Señor! ¿Y es con el lujo y la riqueza que Le rodean como se llega a la verdadera interpretación de los preceptos cristianos?

KELERM. Calle el atrevido. Este lujo y esta riqueza son propios de la grandeza del Sujeto a quien se dedican y obedecen a nuestra intención de rendirle los mayores homenajes de la Tierra... «No te inquiete tu mañana, ni qué vestirás, ni qué comerás,» dijo Cristo...

OCT. Advierto que toma usted como sentido real y efectivo, lo que es puramente paradójico. El desprecio a las riquezas nunca fue una paradoja, sino un principio de moral cristiana, profundo y verdadero.

KELERM. No admito lecciones de un loco... de un extraviado.

OCT. Entonces dígame: ¿Por qué me atan? ¿Por qué me traen a su presencia como un malhechor? ¿Cuál es mi delito?

KELERM. El de perturbador del orden social.

OCT. Yo predico estos cinco mandamientos... Vivir en paz con todo el mundo. Llevar una vida pura... No jurar... No resistir al mal... No creer en fronteras... ¿Dónde está el delito, señor?

KELERM. Esas doctrinas soliviantan al pueblo. Dentro de la Iglesia corrigen y edifican. Fuera de ella son disolventes.

OCT. El bien para que resulte provechoso, necesita traducirse en verdaderas obras, no sólo en la Iglesia, sino también en la calle, en el campo, en la ciudad, en el taller y en la familia.

KELERM. Jesús, con ser Jesús, no ha podido aún transformar la tierra, como usted pretende, pequeño gusano adherido a su costra.

OCT. Porque los hombres no siguen sus salvadoras doctrinas. Porque esta sociedad que se llama cristiana, después de tantos siglos de propaganda evangélica, sólo lo es de pura fórmula.

KELERM. (Nervioso). No puedo tolerar semejante lenguaje. No puedo consentir que ofenda usted de ese modo nuestros sentimientos religiosos.

OCT. Sólo digo y defiendo la verdad.

KELERM. De sus labios debieran salir únicamente frases de arrepentimiento. Eso es lo que exigía la falta que ha cometido; pero su alma se ha extraviado en ese bosque de ideas malsanas, de donde sale el veneno que emponzoña el entendimiento de la juventud. Usted se presenta ante sus jueces, disfrazado de humildad y mansedumbre, para dar santa apariencia a sus doctrinas antisociales. Así embauca a las gentes sencillas o ignorantes, que se prometen, por medio de su irrealizable cumplimiento, todos los goces mundanos y todos los placeres de la materia... He ahí la funesta semilla que se halla usted sembrando con un atrevimiento que raya en locura y con una irreligiosidad que merece el más ejemplar de los castigos.

OCT. No me ofende su cólera, señor. Al fin es hombre, y como tal digno de ser perdonado. Lástima grande que no haya llegado hasta su corazón ni una sola de mis palabras.

KELERM. ¿Pero esa humildad no es ficticia?

OCT. Los ojos del error no distinguen lo falso de lo verdadero. ¡Triste ceguera del espíritu!

KELERM. ¿Se cree usted Jesús?

OCT. ¡Ah, señor!... Si yo fuese el propio Jesús, le diría: Aplaca tus iras y óyeme, puesto que te llamas siervo de mi doctrina... Compara mi traje con el tuyo... Yo visto humilde

blusa. Tú te engalanas con rico traje talar... Mi casa es la de todos los pobres... Tú vives en suntuoso palacio y sólo visitas las casas de los ricos. Mi acento es dulce y tranquilo. El tuyo vibrante y destemplado. Tu pecho rebosa de coraje. El mío sólo destila miel hasta para mis mayores enemigos. Compara y dime, si puedes llamarte con tal conducta y semejantes hechos, representante en la Tierra de mi generosa doctrina...

KELERM. Este hombre es capaz de enfurecer aun santo...

OCT. No he concluido, señor...

KELERM. ¿Piensa apurar mi paciencia? Mayor será el castigo.

OCT. Y aún luego añadiría. Tú que pides el arrepentimiento de los demás, comienza por purificar tu propia conciencia. Ni aun en medio de tus errores serás eliminado de mi gracia. Abandona tus riquezas y sígueme. A Cristo lo que es de Cristo. Al César lo que es del César. Toma mi cruz. La encuentras pesada y dolorosa porque no está forrada de sedas ni terciopelos; pero en medio del dolor que produce, advierte el perfume espiritual que exhala... Esta es mi ley. Con ella, por medio del ejemplo, confúndete con todos los desgraciados, con todos los pobres y cuantos padezcan hambre y sed de justicia. Y el pueblo que sufre y trabaja, te amará a ti y a los tuyos, en vez de repudiaros como os repudia, no por la doctrina que predicáis, que es buena, sino por el mal ejemplo que están dando todos aquellos que

trafican con la conciencia humana como si fuese la Religión una mercancía. Todos aquellos que me tienen continuamente en los labios y nunca en el corazón... Todos aquellos que han hecho de la cruz, símbolo de amor y misericordia, un instrumento de guerra y exterminio... Todos aquellos, en fin, que llamándose soldados de mi fe, sacrifican sus derechos inviolables, la libertad y la conciencia, para formar una milicia de seres desgraciados sin más objeto que hacer desgraciada a toda la Humanidad.

KELERM. (Fuera de si). ¡Basta! ¡Basta! ¡Esto es demasiado! ¡Stoessel! ¡Guardias! ¡Obliguenle a caer de rodillas!

STOESS. (Obligando a Octavio a caer de rodillas). ¡De rodillas!

KELERM. Pida perdón en esa actitud de los agravios que nos ha inferido.

OCT. Las almas no se doblan como los cuerpos. Mi alma permanece erguida y serena.

KELERM. O es un malvado a quien hay que deportar a la Siberia, o un loco a quien hay que encerrar en un manicomio. Llévenle a la cárcel, que ya enteraré a su padre de las hondas raíces que el espíritu del inal ha echado en el corazón de su hijo.

STOESS. Vamos.

OCT. Yo a la cárcel como Jesús. Usted ahí queda como Caifás... Le compadezco, señor Obispo. (Vanse por la derecha).

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Decoración del acto II. Cuadro II, Sala del palacio de) Gobernador.

CUADRO SEXTO

El César vencido

ESCENA PRIMERA

IVANOFF

IVAN. El conflicto se agranda de un modo formidable. Mi autoridad ya no puede sostener tan tremenda batalla. Será inútil que Kellerman me preste las energías de que se halla poseído. Religión y Autoridad no pueden vencer el amor

indómito de una madre. Aurelia es la roca granítica donde se estrellan las olas de este mar tempestuoso. ¡Prestigio de mi nombre! ¡Legalidad de mis actos! ¡Justicia!... Todo para ella es nada ante su ídolo... ante su Octavio. (Pausa). La idea de Kellerman no es mala. Él a un manicomio. Los otros a la Siberia. Mi hijo Octavio está loco realmente. No se concibe de otro modo el móvil de su conducta.

ESCENA II

DICHO y AURELIA por el foro

IVAN. ¡Aurelia!

AUR. Heme aquí de regreso. (Se sienta dando muestras de un profundo disgusto).

IVAN. ¿Le has visto?

AUR. Si.

IVAN. Puesto que has satisfecho tu deseo contra mi voluntad, dime algo de tu entrevista... Pero sin lágrimas.

AUR. Ciertamente. Cuando la indignación hierve en la sangre, no se llora, antes se mata...

IVAN. ¿Qué ha sucedido?

AUR. ¡Petronio! Tú eres buen soldado, pero mal padre...

IVAN. Para mi conciencia basta con lo primero.

AUR. Ha llegado la hora de las supremas resoluciones. Nuestro hijo me ha revelado un suceso horrible.

IVAN. ¿Cuál? ¿Acaso le han sometido al tormento?

AUR. No han torturado sus carnes ni hecho crujir sus huesos; pero han llevado a cabo una tortura mayor. Un daño inicuo.

IVAN. ¡Explícate!

AUR. Han atormentado a la infeliz Paulowa; ¿pero dónde? En un lugar donde sus gritos de dolor, sus ayes de angustia, eran oídos por nuestro hijo. En una celda inmediata a la suya. ¿Y para qué? Para desgarrar aquel pecho magnánimo. Para oprimir aquella alma generosa, que sólo destila miel contra sus propios verdugos. Para dominarle por el terror..., Petronio, esa conducta derivada de tu autoridad es sencillamente inhumana. Derivándose de tus sentimientos de padre, es más que inhumana, es infame.

IVAN. (Con acento amenazador). ¡Aurelia!

AUR. Infame, sí; lo repito; y aunque triturasen mi cuerpo con unos garfios, no me harían enmudecer, y la palabra infame, saldría de mis labios. Y si me amordazasen la diría con la fuerza del pensamiento. ¡Infame! ¡Infame!

IVAN. Me voy para no llevar a cabo un acto indigno de un hombre.

AUR. (Levantándose y cerrándole el paso). No, Petronio... Iría en pos de ti, y la escena aquí interrumpida, volveríase a reanudar en otra sala... Más vale que te quedes y oigas hasta el fin.

IVAN. (Haciendo un supremo esfuerzo para contenerse y tomando asiento). Ya te escucho. Habla.

AUR. (Acercándose a Ivanoff y hablándole de pie). Vas a serme franco. Esa idea de atormentar a nuestro hijo para que desista de su conducta, mortificando cruelmente su espíritu, no es tuya.

IVAN. Sí.

AUR. No. Esa idea es de ese señor Kellerman, tu amigo y consejero.

IVAN. Y aunque así fuese, hago completamente mía la responsabilidad de mis actos.

AUR. Conforme; pero esa idea no es tuya, porque moralmente sólo puede salir del cerebro de un malvado.

IVAN. ¿Llamas malvado al Obispo de Moscú?

AUR. ¿Vas a tomar su defensa? Harto harás con defenderte tú en un litigio donde se arriesga la vida de nuestro hijo.

IVAN. Vamos por el atajo. ¿Qué te ha dicho Octavio? ¿Desiste de sus extravíos? ¿Abjura de sus errores para hacerse digno de un acto de clemencia? Eso es lo que importa.

AUR. ¿Abjurar Octavio de sus creencias? Eres su padre y no le conoces.

IVAN. ¿Quiere la libertad? Que la solicite de su padre el General Gobernador.

AUR. Tampoco la quiere a costa de la otra libertad; la de la conciencia, que vale para él mucho más que la primera.

IVAN. Entonces que continúe donde se encuentra. En la cárcel pudrirá sus huesos, o en un manicomio.

AUR. ¿En un manicomio? ¿Has dicho en un manicomio?

IVAN. Sí, por cierto.

AUR. Esa idea tampoco es tuya.

IVAN. Bueno; es del Obispo: lo mismo da.

AUR. (Toca un timbre).

IVAN ¿Qué intentas?

AUR. Óyelo.

ESCENA III

DICHOS y UJIER por el foro

AUR. Que venga inmediatamente el señor Kellerman.
(Vase el ujier haciendo una profunda reverencia).

ESCENA IV

AURELIA é IVANOFF

IVAN. ¿Quiéres decirme...?

AUR. Deseo que venga ese señor. Ya lo ves.

IVAN. ¿Con qué objeto?

AUR. Para que te sustituya en tus funciones de Gobernador y de padre.

IVAN. (Acercándose a Aurelia con ademán amenazador). ¿Qué osas decir?

AUR. (Conteniéndole con digno y majestuoso ademán). Cuidado, esposo, cuidado. Ni eres cosaco ni estás ebrio... Mira lo que haces.

IVAN. (Dejándose caer en una silla junto a una mesa escritorio). El hijo se declara rebelde. La madre me humilla. ¡Esto es vergonzoso para un General del Imperio! (Pausa).

AUR. ¡Estás irritado! Haz que vuelva la tranquilidad a tu espíritu, y óyeme con calma.

IVAN. ¿Aún no has concluido?

AUR. Tú no eres malo en el fondo. Has elevado al rango de sacerdocio el cumplimiento de tu deber militar. Yo sé que sufres, aunque lo disimulas, por nuestro hijo... Pero hay un espíritu malo que tuerce tus sentimientos, haciéndote sanguinario y cruel, elevando hasta el crimen lo que sólo debiera ser corrección o castigo. Ese espíritu que te infiltra tal ponzoña, se cubre con el manto de la religión... El lobo se disfraza de humilde oveja para conseguir mejor su propósito, para asegurar su presa, casi siempre inocente... Ese hombre

fanático, anacrónico, frío y despiadado, es tu amigo predilecto.

IVAN. ¿Kellerman?

AUR. El mismo.

IVAN. Estás loca, Aurelia, estás loca.

AUR. Todavía no; mas puede que me haga perder el juicio la desesperación.

IVAN. En suma, ¿qué pretendes?

AUR. (Acercándose a la mesa. Saca una hoja de papel del pupitre. Toma una pluma, la moja y le dice a Ivanoff). Firma aquí, Petronio.

IVAN. (Estupefacto). ¿Qué dices?

AUR. Que firmes aquí. Al pie de este papel sellado con tu escudo.

IVAN. ¿Que yo firme en blanco? ¿Qué es esto?

AUR. Una orden al Alcaide para que ponga inmediatamente en libertad a Octavio y Paulowa.

IVAN. ¡Maldición!

AUR. (Con mucha dulzura). No blasfemes. Amordazo tu boca con mi mano para que no lances otra maldición. Besa o muerde... Si lo primero, es señal de que todavía quieres ser mi esposo. Si lo segundo, es prueba evidente de que dejas de serlo.

IVAN. (Vencido en un arranque conyugal). ¡Aurelia! ¡Aurelia mía! Por qué me colocas en este durísimo trance... Puedo transigir con la libertad de Octavio; pero no con la de Paulawa. Esa mujer debe ser castigada. Lo exige la vindicta pública.

AUR. Ven aquí, Petronio. Puesto que be conseguido que se desprenda de tus entrañas una chispa de humanidad, hablemos como dos buenos amigos. ¿Qué delito ha cometido esa mujer?

IVAN. ¿Acaso lo ignoras? Se hallaba en connivencia con los revolucionarios. Ella fue la que puso el anónimo en mi despacho.

AUR. ¿Aún sigues dando crédito a esa fábula?

IVAN. ¿Quién fuE entonces?

AUR. Alguno de los que te rodean...

IVAN. ¿Y no le denuncias?

AUR. No; porque no es suficiente una sospecha.

IVAN. Ya basta. Dime su nombre.

AUR. Cuando tenga una prueba.

IVAN. ¡Bah! ¿No haces empleo de esos ardides para salvar a Paulowa?

AUR. Paulowa es inocente.

IVAN. Confíame tus sospechas.

AUR. No insistas. Firma ese mandamiento de libertad.

IVAN. (Levantándose). Me pides un imposible... En la balanza de nuestro amor, pesa más mi autoridad. No puedo complacerte.

AUR. Entonces escucha bien lo que voy a decirte, Petronio. Con la crueldad no conseguirás tu objeto. Siembras vientos de odio y recogerás tempestades de sangre. La revolución te hará pedazos, porque a ella iremos todos... todos; hombres y mujeres, altos y bajos, maldiciendo al déspota en cuyo corazón no se alberga ningún sentimiento de humanidad.

IVAN. (Cubriéndose el rostro con las manos). ¡Y no me traga el infierno!

AUR. Se cumplirán tus deseos de venganza. Llegará tu prestigio a la cumbre de la gloria oficial. Te llamarán el

Guzmán del Imperio ruso. Nuestro hijo Octavio, morirá en la cárcel, y yo... yo me traspasaré las entrañas con un hierro para que perezca también el hijo de tu sangre que ya ha empezado a germinar en ellas.

IVAN. ¡Gran Dios! ¡Qué escucho!

AUR. Sí. Petronio; de nuevo vas a ser padre.

IVAN. (Firmando rápidamente la hoja de papel que había quedado sobre la mesa). Toma, me has vencido.

AUR. ¡Aún tienes corazón!

IVAN. Voy a respirar a otro ambiente. (Vase por la izquierda).

ESCENA V

AURELIA

AUR. ¡Libres Octavio y Paulowa! He conseguido lo que deseaba, mas no sin ruda violencia. Este papel tiembla en mis manos. Blanca paloma que se estremece de regocijo

preparándose para ser mensajera de la dicha más grande que puede concederse al infeliz prisionero. ¡La libertad!

ESCENA VI

DICHA y UJIER por el foro

UJIER. El señor Obispo.

AUR. ¡Magnifico! Llega en buena hora... Que pase. (Vase el ujier).

ESCENA VII

AURELIA

AUR. Este señor mitrado no sabe hasta dónde llega el amor de una madre... Bueno es que lo sepa.

ESCENA VIII

DICHA y KELLERMAN por el foro

KELLERM. A la paz de Dios.

AUR. La paz sea con todos.

KELLERM. ¿Y el General?

AUR. Acaba de salir. Esta vez soy yo quien desea hablarle.

KELLERM. Me tiene a sus órdenes.

AUR. Le he mandado llamar para que me ayude a realizar un acto de verdadera justicia.

KELLERM. Cuente usted con mi más decidida cooperación.

AUR. Se trata de dos pobres reclusos, a quienes se privó de la libertad por un supuesto delito.

KELLERM. ¿Se ha demostrado que son inocentes?

AUR. En absoluto.

KELLERM. Y no deben permanecer ni un día más en la cárcel.

AUR. Esa es mi opinión.

KELLERM. ¿No se ha decretado todavía su libertad?

AUR. Le diré lo que ha ocurrido. Como me son tan conocidos sus humanitarios sentimientos (el Obispo hace una inclinación de cabeza), antes de pedir a mi esposo el mandamiento de libertad, quise reforzar mi petición auxiliándola con la de usted; mas no fue necesario. El General Gobernador ha firmado en blanco este papel sellado con su escudo, dando así, además, una prueba de la ilimitada confianza que tiene depositada en su esposa...

KELLERM. Siento haber llegado tarde.

AUR. Aún puede usted tomar parte en esta obra de justa reparación... Yo he tomado la iniciativa. Mi esposo firmó en blanco. Y el señor Obispo de Moscú pondrá lo que falta de su puño y letra...

KELLERM. ¿Usted desea que yo?...

AUR. Si... Que escriba el mandamiento de libertad.

KELLERM. (Aparte). ¿Qué es esto?

AUR. (Colocando el papel sobre el pupitre). Aquí. (Sentándose en la mesa para escribir). Dele Usted. Orden al Alcaide de las cárceles de Moscú, para que ponga inmediatamente en libertad a los prisioneros, Octavio y Paulowa.

KELLERM. ¿Cómo?

AUR. Si, señor... a Octavio, mi hijo, y a Paulowa.

KELLERM. Esa mujer...

AUR. Dispénseme que le interrumpa, señor Obispo. Esa mujer es inocente. No es ella quien colocó en el despacho aquel anónimo amenazando de muerte a mi esposo.

KELLERM. ¿Quién fue el atrevido?

AUR. Alguien interesado en que se agrie el carácter de mi esposo, para que no ceje en sus medidas de violencia y crueldad... La Gobernadora tiene más instinto que el Gobernador... Escriba usted, señor Obispo.

KELLERM. Pero, y Octavio... ¿no se dará un mal ejemplo?...

AUR. No se apure usted... Le sacaremos de la cárcel, pero será para llevarle a un manicomio... ¿No es ese su deseo?

KELLERM. Yo, señora... Yo...

AUR. ¡Oh! Sí... Los hombres como él son un peligro para la sociedad en que vivimos... Es verdad que hay una madre transida de dolor... Ciertamente es que quedará desgarrada viendo a su hijo mezclado entre esos seres infelices que han perdido la razón... ¿Mas qué importa todo eso?... Lo principal es que desaparezca de la escena ese loco que ha tomado en serio las máximas de Jesús, convirtiéndose en Quijote del

Cristianismo... O cárcel o manicomio. No hay más solución...
Escriba usted, señor Obispo.

KELLERM. (Aparte). Me ha vencido. No queda otro
remedio. (Escribe).

AUR. Octavio y Paulowa... Perfectamente... Así es como
se practican las virtudes cristianas... Puede usted
congratularse de haber coadyuvado a una hermosa obra...
Voy al punto a ponerla en ejecución. (Con honda y fina
Ironía). Muchas gracias, señor Obispo. (Kellerman se Inclina
profundamente. Aurelia vase por el foro).

FIN DEL CUADRO SEXTO

CUADRO SÉPTIMO

Mater Dolorosa

Telón corto de corredor o pasillo de cárcel con poca luz.

ESCENA PRIMERA

Hecha la mutación aparecen por la derecha ALCAIDE,
ESTOESSEL y GUARDIÁN

STOES. Mucho tarda esa señora.

ALCAI. No he visto jamás un prisionero tan moroso para hacer uso de la libertad que se le ofrece.

GUAR. ¿Me permiten ustedes que les diga mi opinión?

ALCAI. Hable usted.

GUAR. Yo creo que el señor Octavio no saldrá por ahora de su prisión.

STOES. ¿En qué se funda?

GUAR. En el conocimiento que tengo de su carácter. Antes, cuando abrí la puerta de su celda, lo primero que dijo al ver a su madre, fue lo siguiente: Ya sé que vienes a pedirme una injusticia, refiriéndose, sin duda, a la libertad que ha venido a ofrecerle.

STOES. Es muy singular ese mozo.

ALCAI. Yo creo que su cabeza no está muy firme.

STOES. Ahí está el toque... Sólo un loco, muy desequilibrado, se mete a redentor en estos tiempos de positivismo puro.

ALCAI. ¡Abandonar la casa! ¡Renunciar a los goces de su alta posición social!... joven y millonario y además hijo del Gobernador. No es floja la locura.

GUAR. Pues si está loco, ya quisiera yo muchos cuerdos como él... a mí me trata como si fuese un compañero, un amigo de muchos años.

STOES. Lo cual prueba lo que decimos; que lo está de remate.

ALCAI. ¡Silencio! La esposa del Gobernador.

ESCENA II

DICHOS y AURELIA por la izquierda

ALCAI. ¿Cómo? Señora... ¿Y su hijo?

AUR. NO quiere la libertad hasta que la obtengan todos sus camaradas que se hallan reclusos por la misma causa.

GUAR. Lo que yo he dicho. (Aparte).

STOES. ¿Y así abandona a su madre?

AUR. NO tiene usted derecho alguno para acusarle, señor Jefe de Policía.

STOES. Perdón, señora.

AUR. La conducta de mi hijo, sólo debe inspirar respeto y admiración a todas aquellas personas que no se sienten con valor para imitarle. Ahora, señor Alcaide, dígame: ¿No hay en toda la cárcel otra pieza menos lóbrega?

ALCAI. SÍ, señora; pero recibí orden de encerrarle donde se encuentra.

AUR. Desde mañana deberá mi hijo ocupar una celda más en armonía con su clase. También recibirá usted orden de mi esposo para que el preso Alejandro Aleixeff, habite la misma prisión en compañía de Octavio.

ALCAI. Serán cumplidas al pie de la letra todas sus órdenes.

AUR. Le he encontrado muy decaído. ¿Qué alimento se le sirve?

ALCAI. El primer día se le ofreció una comida compuesta de ricos manjares, mas no quiso aceptarla. (Al guardia) Explíqueme usted a la señora lo que ocurrió.

GUAR. «¿Es esta la comida que se le sirve a los demás prisioneros?» me preguntó. No, señor, le dije. «¿Qué se les sirve?» Pan y agua, le contesté. Entonces me replicó: Tráigame usted siempre agua y pan. Y no probó bocado alguno de los manjares que tenía sobre la mesa...

AUR. (Es todo un carácter). Acompáñeme a la prisión de Paulowa. Quiero yo misma ser la mensajera de su libertad.

ALCAI. (Inclinándose confundido). ¡Ah, Señora!

AUR. ¿Por qué esa vacilación?

ALCAI. Porque esa mujer desgraciadamente...

AUR. ¿Qué ha ocurrido? Acabe usted.

ALCAI. Siento decírselo a vucencia... Paulowa no se halla en condiciones de hacer uso de la magnánima orden del General.

AUR. ¿Por qué razón? ¿Acaso ha muerto?

ALCAI. No tanto... mas no debe hallarse a esta hora muy lejos de la sepultura.

ALCAI. ¡Poder divino! ¿Qué han hecho con esa desventurada?

ALCAI. Como se empeñó en no decir la verdad, ocultando el nombre de sus cómplices, el tormento fue muy duro.

AUR. Ya comprendo... ¡Miserables!

ALCAI. Mi observación sólo tiene por objeto evitarle a vucencia un espectáculo desagradable.

AUR. Se equivoca usted, señor Alcaide. Vamos a ver a Paulowa. (Vanse todos por la Izquierda).

FIN DEL CUADRO SÉPTIMO

CUADRO OCTAVO

Muerte de Paulowa

Decoración de cárcel. Puerta al foro.

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena PAULOWA sentada en un sillón de baqueta junto a una cama de muy pobre aspecto

PAUL. La vida es una luz que se extingue... ¡Cuán poco resplandor le queda a la mía! Ya ni fuerzas tengo para abandonar este sillón. (Prueba a levantarse). ¡No! ¡No puedo! Mi cárcel se ha ido reduciendo hasta obligarme a permanecer atada a unos miserables barrotes... ¡Aquí exhalaré el último suspiro!... porque la cama me hace un daño horrible. Mis huesos quebrantados no pueden servir de pedestal a todo mi cuerpo dolorido. ¡Quién en mi reconocería la Paulowa de otros tiempos! ¡A la mariposa de Moscú, como decían los frívolos!... ¡Envuelta en un torbellino de gasas, encajes, perlas y flores!... Ya solo soy el espectro de aquella Paulowa... ¡Apartad de mi mente, recuerdos vanos! ¿Tratáis de hacer más cruel mi agonía? ¡Yo soy de Octavio!... ¡Sólo de Octavio!... ¡Morir! ¡Morir!... Esa es mi única esperanza.

ESCENA II

Se abre la puerta del foro y aparece AURELIA

AUR. ¡Paulowa! ¡Mi querida Paulowa!

PAUL. Creo reconocer esa voz.

AUR. Soy yo, Aurelia.

PAUL. ¡Ah! Deme usted las manos. Quiero apretarlas contra mi corazón... ¡Me muero, señora! ¡Me muero!

AUR. Al contrario... Ahora es cuando empieza la vida para usted. Vengo a comunicarle la feliz noticia de su libertad...

PAUL. ¿Cómo?

AUR. Así lo ha dispuesto mi esposo.

PAUL. ¿Y Octavio?

AUR. También es libre. Fortalezca su ánimo. Tome alientos para dominar ese desfallecimiento que advierto en todo su ser...

PAUL. ¡Libre Octavio! ¡Bendito sea Dios que a la hora de la muerte me otorga esta dicha! ¡Bendita sea usted, señora, por haber sido su grata mensajera!

AUR. ¿No podrá usted salir apoyada en mi brazo? Mi coche espera a la puerta de la cárcel.

PAUL. ¿Salir yo con usted? ¡Qué ilusión!... La libertad ha llegado tarde para la pobre Paulowa. Mire mi frente bañada en sudor frío. Mi felicidad se ha convertido en agonía.

AUR. Se fatiga usted hablando. ¿No hay por aquí ningún frasco de éter, ni agua de azahar?

PAUL. Nada.

AUR. Voy corriendo...

PAUL. No... No se mueva de mi lado. Se lo suplico... Ya no hace falta.

AUR. (Aparte). ¡Miserables! ¡Miserables! ¿Pasó ya el agobio?

PAUL. Estoy pensando que si fuera usted tan buena... que... No me atrevo...

AUR. ¿Por qué, hija mía? Pídame cuanto quiera...

PAUL. Es demasiado... Es demasiado...

¿Cuál es su deseo? No vacile en comunicármelo.

PAUL. Quisiera... Quisiera... Ver a Octavio antes de morir...

AUR. ¡Ver a mi hijo!

PAUL. Si, señora.

AUR. ¿Y por qué no? Corro a dar aviso para que venga en el acto.

PAUL. (Cogiendo una de las manos de Aurelia y besándola con gran efusión). ¡Gracias! ¡Gracias!

AUR. No me retenga por más tiempo si quiere verle cuanto antes.

PAUL. Sí... Si... Vaya usted.

AUR. (Al hacer mutis por el foro). Está fría como el mármol... Cúmplase su deseo antes de que se apague la moribunda llama de su vida. (Vase por el foro).

ESCENA III

PAULOWA

PAUL. Parece como que súbitamente he recobrado las fuerzas. Sí. Sí... Ya puedo ponerme de pie... ¡Ay, Dios mío! La idea de que voy a ver a Octavio me saca de la sepultura... No, no puedo más. (Cae otra vez en el sillón desfallecida).

ESCENA IV

DICHA y OCTAVIO por el foro

OCT. Ya estoy aquí, Paulowa...

PAUL. ¡Octavio! ¡Octavio!

OCT. Mi madre ha conseguido tu libertad. Terminaron tus dolores.

PAUL. No me engañes, Octavio. Háblame como debes hacerlo... Por última vez...

OCT. ¿Tan grande ha sido tu sufrimiento? ¿Tan crueles han sido los hombres?

PAUL. ¡Me han torturado de un modo cruel!... No puedo recordarlo sin estremecimiento de todo mi ser, y sin embargo parece que recordándolo me descargo de un gran peso.

OCT. ¡Arroja tu negra carga, si te place, sobre el alma de Octavio!

PAUL. ¡Ah! ¡Cuán bueno eres!

OCT. Destila la hiel de tu amargura.

PAUL. (Recordando la escena de su tormento). –Revela el nombre de tus cómplices. –No tengo ninguno. Y el instrumento que me mordía en las carnes, apretaba sus anillos produciéndome un dolor horrible...

OCT. Yo recogía tus ayes, hasta el menor quejido.

PAUL. Y otra vuelta... y otra... y otra, hasta que desfallecida de dolor, perdía el conocimiento. Hasta que yo caía al suelo sin sentido. (Pausa). Escucha, Octavio.

OCT. ¿Qué deseas?

PAUL. Que vengas a mi sepultura con un puñado de flores... Haz que pongan una cruz sobre la tierra descolorida que cubra los restos de Paulowa.

OCT. Vivirás eternamente en el pensamiento de Octavio.

PAUL. ¡Ya he desahogado mi pena. (Pausa).

OCT. Escucha, Paulowa.

PAUL. Habla.

OCT. Acaba de pasar una sombra por mi conciencia... Yo he truncado tu destino. Mariposa del placer, tal vez en tu natural ambiente, hubieses hallado el giro que conduce a la felicidad.

PAUL. Eso no. Sigo poseyendo tu fe. No creas que arrojo al suelo mi cruz.

OCT. Pero se ha desgajado tu existencia del árbol frondoso de la vida. ¡Yo te he perdido, Paulowa! ¡Yo he desgajado aquella rama!

PAUL. ¡Calla! ¡Calla!

OCT. Escúchame con atención: Oyeme con el alma, no con los oídos, porque voy a hablarte, muy quedo, muy quedo, y respóndeme también sin voz para que no te fatigues, que ya leeré la respuesta en la mirada de tus ojos, en la expresión de tu semblante... Aquel día, en el fondo de la mina, ante la proximidad del peligro, me dijiste: Te amo, Octavio, te amo.

PAUL. ¡Se me salió del alma!

OCT. Pues bien. No bajas al sepulcro sin haber conocido el secreto de Octavio... ¡Yo también te amo!

PAUL. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

OCT. (Arrodillándose a los pies de Paulowa mientras ésta muere en dulce agonía). He sacrificado tu amor y el mío por ser fiel al ideal cristiano que se ha convertido en luz de mi existencia. Mírame a tus pies de rodillas. Perdón te pido por este doloroso sacrificio. No has sido flor de hospital, pero sí azucena de cárcel. ¡Mística paloma desgarrada en los garfios

del tormento! ¡Rosa del dolor! ¡Cisne de la agonía! Dame tu bendición antes de que tu alma traspase los umbrales de la eternidad. (Pausa). ¿Nada dices? ¿No me perdonas? (Se levanta y advierte entonces que Paulowa ha muerto). ¡Ah! (Pausa).

ESCENA V

DICHOS y AURELIA por el foro en voz muy baja

AUR. ¡Octavio, hijo mío!

OCT. ¡Madre! Paulowa ya es libre. ¡Mírala! (Acercándose a Paulowa y mirándola atentamente). ¡Pobre Paulowa!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La prisión de Octavio. –Salida al foro–. A ambos lados dos camastros sobre el suelo, apropiados a la escena y a la situación.

CUADRO NOVENO

El sacrificio de Octavio

ESCENA PRIMERA

OCTAVIO

OCT. (Sentado en un banco). ¡Oh, libertad! ¡Libertad!

Eres el primer fundamento de la vida. Eres el bien más positivo del espíritu. ¡Libertad amplia, no limitada por ningún

obstáculo! No circunscrita por ninguna frontera, ni por ningún otro linde geográfico, hasta enseñorearse de la tierra. Esa es la verdadera libertad. ¡Prisionero de una nación o prisionero de una cárcel! ¿Qué importa? Sólo se ensancha un poco más el radio del círculo que esclaviza al hombre.... Jamás un pueblo podrá llamarse libre, mientras su vecino gima en la esclavitud. No basta que un hombre se considere dichoso... Es preciso que lo sea su compañero. No basta que un pueblo sea feliz, ha de serlo también el pueblo fronterizo. Así se borran las diferencias. Así desaparecen las castas, se igualan las leyes, palpitan al unísono todos los corazones y se llega al cumplimiento del ideal cristiano, el más hermoso y fecundo que cabe dentro del espíritu. ¡La humana fraternidad! (Pausa). Pero esta esperanza de libertad con que una santa mujer, una madre dulcísima nos brinda, sólo se refiere a la libertad de la cárcel, circunscrita por cuatro paredes. ¿Acaso Rusia no es una inmensa prisión? ¡Oh dulce madre mía!... Tu propósito debe ser juzgado por el generoso móvil que lo impulsa. Hay que hacer el bien sin reparar en la extensión de sus resultados. De este modo, tu carta es buena... Cuanto más la leo, más la saborea mi alma. »Hijo mío. El Obispo Kellerman no cumple con su misión de sacerdote, ni aún con la de hombre de bien. Es un fanático. Me ha vencido, haciendo triunfar su política de represión violenta en el ánimo del Gobernador, tu padre. Yo marché secretamente a San Petersburgo, para conseguir del Zar tu libertad y la de todos tus compañeros de cautiverio. Conseguiré mi propósito por la gran influencia que sabes

ejerzo en el corazón de la Emperatriz...» Hace más de cuatro días que llegó esta carta a mis manos. ¡Pobre madre! ¿Habrá conseguido su propósito? Ya tarda en regresar. (Dentro rumor). ¿Qué rumor es ese? ¿Será Alejandro?

ESCENA II

DICHO y ALEJANDRO por el foro, custodiado por VARIOS SOLDADOS mandados por UN OFICIAL

OFICIAL. No se quejará usted de la tasca.

ALEJ. No por cierto.

OFICIAL. Ahora, mucha suerte.

ALEJ. Gracias. (Vanse oficial y soldados por el foro, cerrando la puerta).

ESCENA III

ALEJANDRO y OCTAVIO

ALEJ. Dame un abrazo. (Se abrazan).

OCT. Breve ha sido tu ausencia.

ALEJ. Sólo ha durado algunos minutos. Me fui con el corazón del tamaño de una avellana. Así lo llevaba de oprimido.

OCT. Cuéntame...

ALEJ. Empezó el interrogatorio... Cerca de mí había unos instrumentos que parecían sapos de hierro dispuestos a morderme en la carne, pero apenas había terminado la primera pregunta, llega precipitadamente un militar, creo que Coronel de Granaderos. Habla aparte misteriosamente con el otro que hacía de Juez, y éste al punto da orden para que me vuelvan a mi prisión; y aquí me tienes.

OCT. ¡Loado sea Dios!

ALEJ. Y tan loado. Ya me veía con los huesos descoyuntados.

OCT. La satisfacción rebosa en todo tu ser.

ALEJ. ¡Diablo! ¿Crees que no hay motivo para ello? Estoy satisfecho y alegre. Tanto que me asaltan unos deseos

atroces de vivir. ¡Cuán bella es la vida, Octavio! ¡Cuán bella es la vida!

OCT. ¡Pobre amigo mío!... Vida sin libertad. ¿Para qué la quieres?

ALEJ. Me hallo dispuesto a discutir contigo, hasta la Biblia. Voy hacer de esta silla una especie de tribuna, y tomo asiento en ella. (Se sienta como dice). Digo que ese Tolstoi, tu gran maestro, sólo predica doctrinas que atentan contra la alegría de vivir que yo siento en este instante... Y le declaro romántico... enfermo, y hasta loco.

OCT. ¿Yo también lo seré entonces?

ALEJ. Naturalmente. Amaestro desequilibrado, discípulo más desequilibrado todavía.

OCT. Aceptando la premisa, no está mal sacada la consecuencia.

ALEJ. La alegría me da una fuerza expansiva, enorme, y aviva de un modo extraordinario la luz de mi entendimiento. Hoy sales derrotado como te metas conmigo en discusión.

OCT. Vamos a verlo: ¿Es hija de un cerebro enfermo la admirable doctrina de Tolstoi de la irresistencia al Mal?

ALEJ. Esa doctrina cae fuera del modo de ser del Universo.

OCT. ¿Por qué motivo?

ALEJ. Porque excluye el elemento principal de toda evolución. La lucha es un bien.

OCT. ¡Magnífico! La echaste de filósofo y reconozco que no te ha salido del todo mal. ¿Pero dime? ¿Qué es la vida en sí? Un contrasentido... Toda ella es una sucesión de actos ilógicos... Y si no contesta a mi pregunta: ¿Hubiese sido lógico que aquellos sapos de hierro, a que antes te referías, te hubiesen mordido en la carne?

ALEJ. No veo en eso ninguna lógica, mi querido Octavio.

OCT. Ni en eso ni en la mayor parte de las acciones humanas. La vida para nosotros no tiene sentido. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en semejante confusión? Consagrársela al excelso Espíritu de quien la hemos recibido.

ALEJ. Espera, espera, amigo mío... Hoy veo las cosas más claras que ayer y no me arredran tus argumentos.

OCT. ¿Cómo explicas tú el sentido de la vida?

ALEJ. Por la misma vida. La vida en si constituye la suprema finalidad. Física y moralmente, no hay más que vida en el Universo. La misma conciencia del hombre es un fenómeno de la vida.

OCT. En tal caso, ¿qué principios de moral deben aceptarse?

ALEJ. Todos aquellos que tiendan a mejorar la vida, embelleciéndola dentro de cada una de sus infinitas moradas, suprimiendo todo sacrificio estéril o innecesario. ¡Abajo el misticismo! Surjan de la fuente de la vida universal, los copiosos raudales que se denominan pasiones humanas, por los diversos senderos que les ofrece la realidad en el tiempo y en el espacio... Derríbese todo obstáculo, para que aquéllas no se desborden y hagan la felicidad del hombre. Deslícese sin violencia de ningún género, por todos los corazones, acariciando todas las almas y cubriendo, materialmente, todas las viviendas de los seres animados, con los encantos de la Naturaleza, ya cansada de espinas y ávida de llores. Compañero, te he vencido.

OCT. (Levantándose y dándole la mano). Muy bien, Alejandro, muy bien.

ALEJ. Ahora me acuesto. Necesito descansar un poco. Estoy muy fatigado.

OCT. Pero...

ALEJ. No hables. No quiero oírte; porque serías capaz de convencerme... Calla... Déjame dormir. Buenas noches.

OCT. Duerme cuanto quieras. (Vuelve a su asiento). Me ha confundido. Realmente Alejandro nunca estuvo tan

lógico. Sus últimas palabras han sido un himno a la vida... ¡Aléjate, primera sombra que cruzas por mi conciencia!... Huye, espantosa duda... Si la vida fuese la suprema finalidad del universo, entonces ¿qué sería de la ley del sacrificio?... Un absurdo.

ALEJ. (Soñando). ¡Viva la libertad!

OCT. Pronto se ha dormido... Ya está soñando.

ALEJ. ¡Llor a la vida!

OCT. ¡Llor a la vida, dice! ¿Quién le da ese anhelo? ¿Quién produce esa explosión tan grande de su alma? ¿No fuera un crimen atentar contra ese afán de vivir que se apodera de todo su ser?...

ALEJ. Soltadme, verdugos. No atormentéis mi cuerpo. Yo amo la vida. ¿Con qué derecho queréis arrebatármela? ¿Es vuestra, acaso? ¿La habéis creado vosotros? ¿Me la habéis prestado siquiera? Esta vida es mía, solamente mía...

OCT. Y también de Dios. Pero Dios, al dársela, ¿se la dio para el sacrificio? Esta es la sombra.

ALEJ. Yo quiero la vida para admirar la luz del sol. Para deleitarme en la contemplación de la Naturaleza... Para satisfacer mis ansias de amor... Mis deseos de libertad.

OCT. Este hombre pide lo que es suyo... Tiene ojos y quiere inundarlos de luz... Tiene corazón y quiere amar... Tiene conciencia y pide libertad... ¡Eh! ¿Quién se acerca? ¿Quién abre la puerta de esta cárcel?

ESCENA IV

DICHOS y GUARDIÁN por el foro

GUAR. (Con mucho misterio). ¡Señor Octavio! ¡Señor Octavio!

OCT. ¡Ah! Eres tú. Llámame Octavio a secas.

GUAR. ¿Y Alejandro?

OCT. Durmiendo.

GUAR. No le despertemos. ¡Que horror!

OCT. ¿Por qué pones ese gesto? ¿Qué desgracia vienes a anunciarme?

GUAR. Vengo a despedirme.

OCT. ¿Cómo?... ¿Dejas tu empleo?

GUAR. Hablemos bajo para que el otro no nos oiga. Há poco llegó a esta cárcel el Obispo Kellerman. Poco después un señor Coronel con tropas de relevo que han venido de uno de los cantones próximos. Según parece, había algún militar de la guarnición de esta cárcel, comprometido en el complot, fraguado por los revolucionarios, para salvar a los prisioneros; complot que ha sido descubierto, según parece, por el propio Kellerman. Ello es, que nos están relevando a todos; soldados, guardianes, calaboceros... hasta el mismo Alcaide ha sido objeto de igual medida... Y no es esto lo más malo. Señor, no es esto lo más malo...

OCT. Mi corazón se nubla. Prosigue.

GUAR. No me atrevo.

OCT. ¡Habla por piedad!

GUAR. Lo peor es que el Coronel trae orden de ejecutar en el patio de la cárcel... Esto se hace aquí muchas veces.

OCT. ¿Ejecutar, a quién?

GUAR. ¡Silencio! que puede oírlo.

OCT. ¿A mi amigo? ¿A mi Alejandro?

GUAR. Si, señor. Y mañana deberán salir deportados para la Siberia los demás prisioneros.

OCT. ¡Misericordia divina!

GUAR. Ya es cerca de la media noche. He oído decir que la ejecución deberá tener lugar muy pronto. No sé a qué hora. Adiós, señor, porque estoy corriendo un grave riesgo. Deme la mano para besarla. (Octavio le extiende la diestra sin decir palabra. El Guardián vase, descubriéndose al pasar cerca de la cama donde duerme Alejandro).

ESCENA V

OCTAVIO Y ALEJANDRO

ALEJ. (Soñando). ¡Tolstoi! ¡Tolstoi! Ese viejo romántico desconoce la ciencia de la vida. pide el misticismo de la Humanidad. ¿Y para qué? Para obtener una dicha futura... La dicha positiva, está en la vida que se conoce. Y por eso yo deseo vivir y quiero ser libre para satisfacer mis anhelos de hombre. ¡Abajo todo obstáculo que detenga mi paso! ¡Caigan Leyes y Dogmas y Sociedades que se opongan a esta

legítima aspiración! La vida es el amor universal... ¡Paso a la vida!

OCT. (Que a medida que fue hablando Alejandro, fuese acercando a él como atraído por aquellas palabras). No. No es la vida la que te aguarda... ¡Es la muerte negra y horrible!... Es la cuchilla fatal que segará tu garganta y hará enmudecer tu voz haciendo fracasar de un golpe todos tus deseos y esperanzas. Esa sonrisa que se dibuja en tus labios, se convertirá en mueca de dolor y agonía... ¡Ese afán de vivir que rebosa en tu pecho, será en breve silencio sepulcral!... (Pausa). ¿Cómo le despierto de ese sueño feliz, para decirle...? Levanta, Alejandro. La vida es un sueño. La muerte te espera abajo en el patio de la cárcel... ¡Esto es horrible! ¡Señor! ¡Esto es horrible! ¡Ningún dolor me has producirlo tan grande, como el que ahora siento!... Jamás la incertidumbre se apoderó con tanta fuerza de mi espíritu. ¡Ese hombre quiere libertad y los hombres le aprisionan!... ¡Quiere vivir y le matan!... Si no hay una ley de compensación infinita... ¿Cómo se remedia esta inmensa iniquidad? ¿Cómo se repara esta injusticia, que por sí sola hace ineficaz toda idea de amor y de justicia?... ¿Y para esto, divino Jesús, te sacrificaste en el Gólgota, derramando tu sangre por la Humanidad?... ¿Quién ha torcido el curso de aquella corriente generosa? ¿Tendrás tú razón, Alejandro, pidiendo la violencia y la revolución para combatir el mal que llega a tan espantosos extremos?... ¡Mi cabeza arde! ¡Paulowa! ¡Stobolk! ¡Alejandro... me desgarráis las sienes como una

Corona de espinas!... (Se acerca al foro para oír, pegando el oído a la puerta). ¿Qué oigo? ¿Qué ruido es ese? Ruido de pasos como de un piquete de tropas que se acerca. ¿Vendrán ya por Alejandro? ¡Luego es verdad! ¡Quiere el hombre matar al hombre! No No será... Pero, ¿cómo? ¿Cómo impedirlo? (Pausa larga y meditando). ¡Oh Dios mío! ¡Qué idea tan suprema me asalta!... ¡Qué luz invade mi cerebro! ¡Calma, calma! Según me ha dicho el guardián, han sido todos relevados. Esta es gente nueva que acaso no conozca ni usos ni costumbres de esta cárcel. Ni siquiera las personas... Si así fuera... ¿Por qué vacilo? ¿Qué pierdo con probarlo? Por lo pronto le salvo la vida. Luego... Luego... La bondad de Dios es infinita. Héme dispuesto al sacrificio... Ya llegan: ya están ahí...

ESCENA VI

CORONEL DE GRANADEROS con CUATRO SOLDADOS por el foro.

CORON. ¿El prisionero Alejandro Aleixeff?

OCY. Yo soy...

CORON. ¿Y el hijo del General Gobernador?

OCT. En su cama durmiendo. Mírele. No le despierte, porque está soñando y es feliz.

CORON. Tanto mejor. ¿No se hallaba usted hace poco declarando ante el Juez Militar?

OCT. Iba a empezar el interrogatorio cuando llegó la orden de que me volviesen a la prisión. Efectivamente. Yo mismo fui portador de esa orden.

OCT. ¿Y vienen para que comparezca de nuevo ante el Juez?

CORON. NO por cierto. El Juez ha terminado ya su misión y acaba de marcharse.

OCT. ¿Qué quieren de mí?

CORON. ¿NO sabe que esta misma noche ha de estallar un motín revolucionario en las calles de Moscú?

OCT. NO, señor.

CORON. ¿Ni que se trataba de libertarle?

OCT. ¡Lo ignoraba!

CORON. Santa ignorancia. Véngase con nosotros.

OCT. ¿Dónde?

CORON. Al patio de la cárcel.

OCT. ¿Con qué objeto, señor?

CORON. Eso no es cuenta suya. Ya lo sabrá usted luego.

OCT. (Aparte). ¡Mi espíritu vacila! ¡Mi corazón se estremece! ¡Señor, por qué me has abandonado! Evítame este cáliz de amargura. (Pausa).

CORON. ¿En qué piensa usted? ¡En marcha!

OCT. Cúmplase la voluntad de Dios. (Pausa).

CORON. Vamos.

OCT. (Decidido después de despedirse silenciosamente de Alejandro). ¡Vamos! (Vanse por el foro).

FIN DEL CUADRO NOVENO

CUADRO DÉCIMO

Consumatum est

Pasillo de Cárcel. El misino del cuadro séptimo.

ESCENA PRIMERA

Sale KELLERMAN por la izquierda

KELLERM. ¡Muere impenitente!... Igual que todos ellos... Dejan la vida en las tinieblas de la noche... Sucumben en el misterio de esta cárcel y nada les importa la vida eterna. No ha querido aprovechar el auxilio espiritual que le podía haber dado un Príncipe de la Iglesia... Yo no me confieso con los hombres, ha dicho a la persona que le envié en mal hora. Dios solo es mi confesor... No merece ese réprobo que el Obispo de Moscú haya intentado descender hasta él. ¡Ni siquiera ha querido verme! ¡Raza de descreídos! Espíritus revolucionarios, abortos de las sociedades modernas, a quienes hay que exterminar a sangre y fuego. ¡Allá se las haya con su suerte, mientras yo vuelvo a mi hogar, persuadido de que se ha desbaratado todo complot! (Dentro un gran rumor). ¿Qué rumor es ese?

IVAN. (Dentro en voz alta). Por orden del Zar, suspéndase toda ejecución ordenada contra los prisioneros.

KELLERM. ¿Qué escucho? La voz del General. ¿Qué significa esto?

ESCENA II

DICHOS y AURELIA seguida de IVANOFF y AYUDANTES por la derecha

AUR. ¡Ah! El Obispo.

KELLERM. ¿Usted aquí, señora?

AUR. Traigo orden de nuestro Soberano para poner en libertad a Octavio y todos sus compañeros. (Dentro suena un largo redoble de tambores). ¿Que es eso?

KELLERM. Que ha llegado tarde la justicia del Emperador. Uno de los reos acaba de ser ejecutado.

AUR. ¿Qué dices a esto, esposo?

IVAN. Que se han cumplido mis órdenes.

AUR. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgracia!

IVAN. El tiempo ha girado con más rapidez que nosotros.

AUR. Vamos a cerciorarnos de esta triste realidad.

ESCENA III

DICHOS y CORONEL por la izquierda atajando el paso de AURELIA. Esta retrocede

CORON. Mi General: en cumplimiento de las órdenes recibidas, acaba de ser ejecutado en el patio de la cárcel el prisionero Alejandro Aleixeff.

AUR. ¡Qué horror! ¡El amigo de Octavio!

IVAN. (Al Coronel). ¿Ha pronunciado alguna palabra? ¿Ha hecho alguna revelación importante en sus últimos momentos?

CORON. Se ha limitado a las exclamaciones propias de semejantes casos.

AUR. ¿Qué ha dicho ese desgraciado?

CORON. Todos sus pensamientos han sido para su madre.

AUR. ¿Para su madre?... ¡Infeliz! ¿No recuerda sus palabras?

CORON. No quisiera entristecer su ánimo con semejante relato.

AUR. Hable usted, Coronel... Hable usted.

CORON. Se despidió de ella como si tuviera su imagen presente. Desde su calabozo hasta el patio de la cárcel fue siempre murmurando las mismas palabras. ¡Madre mía! ¡Madre mía!...

AUR. Mi corazón se estremece pensando en ese inmenso dolor. ¿Y luego?

IVAN. Basta, Aurelia.

AUR. No... No... Necesito conocer todos esos detalles... Se trata de un hijo y de una madre, y mi alma, aun sufriendo como sufre, no puede evitar este fatal interés que me subyuga. Prosiga, Coronel. No olvide el menor detalle.

CORON. Próximo a la muerte exclamó: ¡Mundo! Adiós para siempre. ¡Adiós, madre mía! Dicho esto mostró la más firme resignación. El valor más sereno.

AUR. Termine su relato.

CORON. Por fin se inclinó de rodillas sin proferir palabra. Saltó la sangre... Rodó la cabeza y un revolucionario menos.

AUR. Coronel... Debió usted decir... Y un mártir más...

CORON. ¡Perdón, señora!

AUR. Ahora díganos. Nuestro hijo Octavio era compañero de prisión de ese desventurado. ¿Cuál fue su actitud cuando le separaron de su amigo?

CORON. Afortunadamente se hallaba durmiendo en su cama con la mayor placidez.

AUR. ¿Y no despertó?

CORON. No, señora... Yo al entrar llamé al prisionero Alejandro Aleixeff... Este se adelantó diciendo: Yo soy. ¿Y el hijo del Gobernador?, le pregunté. En su cama durmiendo. Mírele. No le despertéis porque está soñando y es feliz; me contestó...

AUR. Gran suerte ha sido para aquel magnánimo corazón. Sírvasse, Coronel, traernos a nuestro hijo... Ya es libre por mandato del Zar...

CORON. Me alegro, señora, de ser yo el portador de tan venturosa noticia. Voy al punto. (Vase por la izquierda).

ESCENA IV

AURELIA, KELLERMAN, IVANOFF

AUR. He aquí, esposo... He aquí, señor Kellerman, los frutos de esa política de sangre y exterminio que se ha convertido en ley en este territorio. Ese infeliz, cuya libertad se había ya decretado por la voluntad de nuestro Soberano, es decapitado con precipitación, como si su sangre fuese río fecundo, que debiera hacer la felicidad del Imperio.

IVAN. Ha sido ejecutado en cumplimiento de sentencia firme de un Consejo de Guerra.

AUR. ¿Y por qué tanta prisa en llevar a cabo la sentencia? En eso veo la mano del señor Obispo.

KELLERM. En tal caso, cúlpese a mi celo por salvar la Religión y los fundamentos del Estado con medidas de rigor, que yo creo las más saludables.

AUR. De la sangre que acaba de derramarse, son responsables dos hombres. Uno es el Gobernador, mi esposo. Otro es usted, Kellerman. ¡Pídale a Dios que esta sangre derramada no afecte tanto el corazón de mi hijo que haya hecho estéril mi viaje a San Petersburgo y el rasgo generoso del Emperador!...

KELLERM. Allí viene Octavio.

AUR. No, ese que llega no es mi hijo.

ESCENA V

DICHOS y ALEJANDRO por la izquierda

ALEJ. ¡Señores! ¡Ah! El General Gobernador. ¡La madre de Octavio!

IVAN. Viene usted descompuesto. ¿Qué ha sucedido?

ALEJ. Un suceso altamente trágico y que de ningún modo puedo explicarme. Esta emoción que notan en mi, es la honda sorpresa que me ha producido.

AUR. Explíquese pronto.

ALEJ. Acababa de despertar de uno de mis sueños de libertad, cuando oí que se abrió la puerta de mi cárcel, penetrando en ella un militar, creo que Coronel de Granaderos. ¡Octavio! ¡Octavio!, exclamó. Soy mensajero de su libertad... Venga conmigo al instante. Voy a llevarle a la presencia de las personas más queridas de su corazón... Yo no soy Octavio, exclamé. Entonces el Coronel, con un gesto de espanto y abriendo desmesuradamente los ojos, me preguntó: ¿Que usted no es Octavio, el hijo del General Gobernador?... Se lo juro, le repliqué, dándole a conocer mi nombre, y aún añadí: No me doy cuenta de la desaparición de mi amigo. El semblante del Coronel se demudó horriblemente... Era el otro, no hay duda, exclamó... Y antes

de que yo pudiera evitarlo, sacó la espada y se atravesó con ella el pecho, cayendo a mis pies bañado en sangre.

AUR. ¿Quién es usted?

ALEJ. El amigo del alma de su hijo... Me llamo Alejandro Aleixeff.

TODOS. ¡Alejandro Aleixeff!

ALEJ. ¿De qué se maravillan?

AJUR. ¿Dónde está mi hijo Octavio? Pronto.

ALEJ. Lo ignoro. Tuvimos una discusión... Luego yo me dormí, y al despertar, ya no se hallaba en el calabozo.

AUR. ¡Qué horrible angustia se apodera de mi espíritu!

KELLERM. ¡Qué es esto!

IVAN. ¿Y el Coronel tampoco le ha dicho dónde se encuentra?

ALEJ. No, señor.

KELLERM. ¿Qué ha pasado aquí?

IVAN. (Tomando las manos de Aurelia con suprema intención). ¡Aurelia!

AUR. ¡Petronio!

ALEJ. Pero, señores. ¿Qué negro misterio se esconde en todo esto?... ¿Le ha ocurrido alguna desgracia a mi amigo?

AUR. (A Ivanoff). ¿Tú tienes valor para revelarme tu sospecha?

IVAN. ¡No me atrevo!

AUR. Yo tampoco...

IVAN. ¡Nuestro hijo Octavio!

AUR. Eso es... ¡Nuestro hijo Octavio!

IVAN. Mi duda se va agrandando como un negro fantasma.

IVAN. ¡También la mía!

AUR. Aún estará allí el cadáver.

IVAN. Aún se hallará su sangre caliente...

AUR. ¡Salgamos de esta duda espantosa!

IVAN. Al punto... Corramos. (Vanse precipitadamente todos por la izquierda).

FIN DEL CUADRO DÉCIMO

CUADRO UNDECIMO

Resurrección

El patio de la cárcel a todo foro. El cadáver de Octavio en el suelo sobre un paño negro. Guardias de Granaderos inmóviles y rígidos con los fusiles terciados. Un rayo de luna invade débilmente la escena.

ESCENA FINAL

Aparecen por la izquierda, tras un buen espacio de verificada la mutación, AURELIA delante y en pos IVANOFF, KELLERMAN y ALEJANDRO

AUR. (Deteniéndose aterrada ante aquel espectáculo). ¡Ah! (Luego dominando en ella los sentimientos de madre, dice, con un grito desgarrador salido del alma, cayendo de rodillas y abrazándose al cadáver de su hijo). ¡Hijo mío!... ¡¡Hijo de mi alma!!...

IVAN. ¡Santo Dios!

KELLEKM. ¡Qué horror!

ALEJ. ¡Se ha sacrificado por mí!

IVAN. (Con gran desesperación). Ni Religión ni Autoridad han podido evitar esta inmensa catástrofe. ¿Ya qué queda en el mundo?

ALEJ. (Con voz solemne). ¡Señor General! ¡Señor Obispo! Ahí tienen ustedes su obra. Por culpa del César y el Fariseo, se ha repetido la tragedia del Calvario. La resurrección será el triunfo de la Justicia... ¡La conquista de la libertad para todos los hombres oprimidos! ¡El fruto que da la flor regada por la sangre de tantos mártires! ¡La luz de la razón que ha de extinguir por completo todas las oscuras supersticiones de la Humanidad!

FIN DEL DRAMA

NOTAS IMPORTANTES

El actor encarnado del papel de OCTAVIO, sin llegar a la completa tonalidad mística o carácter bíblico, debe rodearse de toda la majestad posible. Al empezar la obra viste de frac, y guarda todavía aquellos matices aristocráticos propios de la educación que ha recibido. Sólo a medida que se va apoderando del corazón de Paulowa, en la escena que ambos tienen en el primer acto, su acento se hace severo y solemne cuando dice... *hoy, mañana, siempre la misma cuenta*, etc. En la entrevista que tiene con su madre Aurelia, en el cuadro IV, sus palabras deben ser pronunciadas como si realmente se considerase el propio Jesús, y se repitiera la escena bíblica de la calle de la Amargura. Al aparecer ante el Obispo Kellerman, el tono debe empezar muy dulce y tranquilo, acabando por ser imponente en el pasaje... en vez de repudiaros como os repudia, etc., creciendo en augusta tonalidad hasta dar fin al parlamento con la frase... *sin más objeto que hacer desgraciada toda la Humanidad*. Al aparecer en el tercer acto, en el fondo de las minas de hierro,

viste blusa muy larga de color azul, no muy oscuro, para que no parezca negro en la escena, cubriendo su cabeza con el gorro clásico de piel que usan los trabajadores en Rusia, traje que ya no abandona hasta dar fin al drama.

El actor encargado del papel de OBISPO KELLERMAN, debe caracterizarse con muchísimo esmero para que su semblante resulte muy austero y venerable, con luenga barba canosa. Nada de desplantes melodramáticos. Su acento debe ser firme y seguro, pero sin subrayar las frases para causar efecto. Tenga presente el actor que la psicología de este personaje es la de un creyente persuadido que con las medidas de rigor que emplea sirve perfectamente a su Patria y Religión.

La actriz que desempeñe el papel de PAULOWA tiene que modular muy a tiempo en su escena con Octavio, del primer acto, presentándose con todo el poder voluptuoso de sus artes de seducción en el primer momento, para ir gradualmente fijando su atención en las palabras de su interlocutor, hasta quedar subyugada por las reconvenciones que le dirige; de este modo, su conversión resultará lógica y comprensible a los ojos del espectador, no apartándose del ritmo suave de la Naturaleza y de las leyes que rigen estos cambios profundos de la conciencia.

El papel de ALEJANDRO debe ser desempeñado con gran fogosidad. Con el calor del revolucionario exaltado que quiere librar al Pueblo de las injusticias sociales. No importa

que el actor exagere algún tanto esta nota para contrastarla con el carácter dulce y majestuoso de Octavio, que es un polo opuesto.

Los demás personajes deben ser interpretados con toda la realidad humana que les corresponde, sin afectaciones ni convencionalismos de ningún género.

EL SOL DE LA HUMANIDAD

Drama moderno de tendencias sociales en 5 actos divididos en 13 cuadros, estrenado con extraordinario éxito en el teatro Apolo de Barcelona la noche del 8 de septiembre de 1910

El Sol de la Humanidad

Drama moderno de tendencias filosófico-sociales, en prosa,
en cinco actos, divididos en trece cuadros

ORIGINAL DE

D. JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con extraordinario éxito
en el TEATRO APOLO, de Barcelona, la noche del
8 de Septiembre de 1910



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

A mi antiguo y querido amigo el distinguido primer actor D. Federico Parreño

Hace ya muchos años, siendo usted galán joven, estrenó mis primeros dramas «Teresa» y «El Clown». Más tarde dio un gran relieve escénico a la figura del Jaime de «La Pilarica», y ahora acaba de hacer la creación de Roberto Padewski.

Por muchos títulos tiene usted perfecto derecho a mi admiración y gratitud, así como los artistas que forman su compañía, quienes, con su inspiración y talento han coadyuvado al éxito verdaderamente extraordinario que ha obtenido “El sol de la humanidad”.

El autor

PERSONAJES

Catalina, esposa del filósofo Ovaldo Padewski

Beatriz, Julia y Emma, hijas de Padewski y Catalina

Ovaldo Padewski, humanista y filósofo

Roberto Padewski, ingeniero mecánico y miembro del Comité revolucionario de Rusia.

Guillermo Padewski, capitán de granaderos del ejército ruso

Kurok, viejo revolucionario

General Gurben, presidente del Consejo de ministros de Rusia

Coronel Silok, alcaide de las cárceles militares de San Petersburgo

Presidente del Comité revolucionario

Ciudadanos 1, 2 y 3

Un revolucionario

Oficial de granaderos

Oficial de policía

Oficial de cosacos.

Capitán ayudante de órdenes

Un polizonte

Un cosaco

Un guardián

Ciudadanos, Ministros del Imperio, Granaderos, Cosacos,
Individuos de la policía.

La acción transcurre en Rusia a comienzos del siglo XX

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala de lujo. Puertas laterales, primero y segundo término y al foro. Mesa al lado derecho.

ESCENA PRIMERA

Aparecen CATALINA, sentada en primer término izquierda, rodeada, en posiciones adecuadas, por sus hijas BEATRIZ, JULIA y EMMA

CATALINA. *(A Julia)* Pero ve de puntillas.

JULIA. No haré el menor ruido. (*Va hacia la puerta del cuarto primer término derecha. Observa desde allí lo que ocurre en el interior, y dice*): Ni el de los siete durmientes.

CATALINA. Nada tiene de extraño, porque el viaje es largo y penoso. No se viene en una hora de Berlín, a San Petersburgo. Dejémoslo que duerma.

JULIA. (*Volviendo al lado de su madre*) Seis horas de un tirón.

BEATRIZ. Bien puede haber descansado

CATALINA. Veo que tenéis impaciencia por hablarle de nuevo.

EMMA. ¿Y no lo hallas natural, después de una, ausencia tan prolongada?

JULIA. Más de cuatro años.

CATALINA. Como que erais unas chiquillas cuando Roberto se fue a Alemania para terminar su carrera de ingeniero mecánico.

BEATRIZ. (*A Catalina*) ¿No encuentras que ha perdido algo de su carácter expansivo?

EMMA. Es verdad. Yo también lo he notado. Antes no era así, tan callado y taciturno.

JULIA. ¿Qué querías que hiciese, con los huesos molidos y cayéndose de fatiga?

BEATRIZ. No sé explicarlo, pero...

CATALINA. *(Interrumpiéndola)* Las opiniones que se adquieren sin fundamento deben desecharse; para eso sirve el buen sentido.

BEATRIZ. Pero ésta no es una de esas opiniones.

CATALINA. ¿Por qué?

BEATRIZ. Porque has coincidido con la de mis hermanas.

CATALINA. Eso no importa para la mala apreciación de un hecho. ¿Acaso no hay errores comunes?

BEATRIZ. Me has vencido, mamá,

EMMA. Tú nos enseñas a distinguir lo bueno de lo malo, lo falso de lo verdadero.

CATALINA. No soy yo. Es vuestro padre quien nos enseña a todos.

JULIA. Bien dicen que es un sabio.

CATALINA. Diga la fama lo que quiera; nosotras debemos reconocer la superioridad de su entendimiento.

BEATRIZ. Como tú le queremos

EMMA. Y como tú le admiramos.

CATALINA. Bien podéis admirarle y quererle, hijas mías; no tanto por su saber como por su buena voluntad. Es un hombre justo.

JULIA. *(Tratando de dirigirse al cuarto derecha)* ¿Le despierto, mamá?

CATALINA. *(Atajando su acción)* No seas impaciente. Deja en paz a tu hermano.

JULIA. *(Acercándose de puntillas al cuarto)* Yo me acerco de nuevo. ¿Oyes?

CATALINA. ¿Qué?

JULIA. Sueña en voz alta... No sé qué dice del emperador...

CATALINA. Ven acá al punto. *(Julia obedece a su madre)*. Quien sueña en alta voz no sabe lo que dice. Está indefenso.

JULIA Nueva enseñanza que quisiera pagarte con un beso. *(La besa en la frente)*.

CATALINA Aquí no hay pecado.

JULIA. ¡Oh, dulce madre mía!

CATALINA. Ni error tampoco.

BEATRIZ. ¿Cómo ha de haberlo si eres tan buena?

EMMA. ¡Y tan cariñosa!

JULIA. ¡Y tan indulgente!

CATALINA. Dejad ese ramillete de elogios para el día de mi santo.

JULIA. ¿Pecamos en esto?

CATALINA. Quiero deciros que el elogio muy prodigado se parece a la flor delicada que se manosea mucho; pronto se desvirtúa. Queredme cuanto queráis, mas sin decirlo. El perfume de las flores, como el de las almas, se comunica en silencio; no lo olvidéis.

BEATRIZ. Alto ahí. Levanto bandera de rebelión«

EMMA. Yo me voy contigo,

JULIA. Yo también.

CATALINA. ¡Donosa rebeldía! ¿Qué queréis?

BEATRIZ. Decir lo que sienten nuestros corazones.

JULIA. Pero bien alto.

EMMA. Bien alto.

BEATRIZ. El cariño debe salir a los labios.

JULIA. ¡Abajo el silencio!

BEATRIZ. ¡Te queremos!

EMMA. ¡Te queremos!

JULIA. ¡Te queremos!

CATALINA. Me habéis acobardado. Capitulo.

BEATRIZ. ¡Viva mamá!

TODAS. ¡Viva!

CATALINA. (*Señalando la puerta derecha*). Silencio, desventuradas.

EMMA. ¡Ay! Es verdad.

BEATRIZ. ¡Nos habíamos olvidado de Roberto!,

JULIA. A nuestro hermano no le despierta ni el estampido de un cañonazo.

EMMA. Ni que fuera un gusano de seda,

BEATRIZ. Aquí viene papá.

ESCENA II

Dichas y OVALDO PADEWSKI, por el foro.

OVALDO. ¿Duerma todavía?

CATALINA. Sí,

JULIA. De eso nos quejamos.

OVALDO. Hacéis mal, porque atentáis contra su reposo. Idos. Dejadme a solas con vuestra madre.

BEATRIZ. Yo, a ms flores.

JULIA. Yo, a mi pintura.

EMMA. Yo, a mi música. *(Vanse Beatriz y Julia por la segunda derecha y Emma por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

CATALINA Y OVALDO

OVALDO. Que duerma, que bien lo necesita.

CATALINA *(Con cierta intención, aproximándose cariñosamente a su esposo)*. Ovaldo, esposo mío...

OVALDO. *(Adivinando el pensamiento de su esposa)*
Admiro tu sagacidad. Nada puedo ocultarte.

CATALINA. ¿Qué tienes?

OVALDO. Una sombra que trata de convertirse en arruga.
¡Llevo ya tantas en la frente!

CATALINA. No me había equivocado.

OVALDO. Recupera tu asiento y hablemos; pero aguarda.
(Váse al cuarto primer término derecha, y parece escuchar.)
Nada hay que temer. Su sueño se parece al de los justos.

CATALINA. ¿Y no lo es?

OVALDO. Nadie sabe a ciencia cierta dónde se halla la verdadera justicia. Quizá lo sea.

CATALINA. Me debes una explicación.

OVALDO. Confieso mi deuda, pero prepárate para que tu ansiedad vaya modulando. Este es el modo de evitar el choque, la sacudida.

CATALINA. Grave es lo que tienes que decirme.

OVALDO. Fuerza es que sepas que nuestro hijo Roberto... pero no, no es así como debo empezar.

CATALINA. Ahórrate camino si tropiezas con muchas espinas.

OVALDO. Todo se andará haciendo un pequeño rodeo. Ya sabes que ha terminado su carrera de ingeniero mecánico.

CATALINA. Con notas sobresalientes.

OVALDO. Podemos vanagloriarnos de ello. Sus maestros le consideran como uno de los técnicos de mayor ilustración.

CATALINA. Efectivamente.

OVALDO. Hasta aquí hemos ido por senda dé flores, pero hoy ha llegado a mis manos un heraldo funesto.

CATALINA. ¿Un heraldo?

OVALDO. Una carta de Berlín, de su profesor de matemáticas, el sabio Lambert, que me honra de antiguo con su amistad.

CATALINA. ¿Y qué dice?

OVALDO. ¿Quieres leerla? Aquí la traigo.

CATALINA. No hace falta; refiéreme su contenido.

OVALDO. Me escribe que nuestro hijo Roberto se halla afiliado al partido de la Revolución, que tan poderosamente germina en las entrañas de Rusia.

CATALINA. ¡Roberto! ¿Nuestro hijo?

OVALDO. No he terminado.

CATALINA. Aguarda Un poco. Ahora soy yo quien pide aliento.

OVALDO. Toma el que quieras. *(Pausa)*

CATALINA. Ya he respirado; prosigue.

OVALDO. Afirma el sabio Lambert, en su carta, que las ideas más violentas y radicales se han apoderado del cerebro de nuestro hijo, hasta tal punto, que cree de su deber recomendarnos la mayor Vigilancia, porque le inspira mucho cuidado su venida a San Petersburgo.

CATALINA. ¿Y qué quiere suponer con esa obscura reticencia? ¿Qué ha venido Roberto para llevar a cabo alguna mala acción? Eso, no. Respondo de las intenciones de nuestro hijo. La sabiduría humana yerra también, porque no es infalible. Lambert equivoca.

OVALDO. ¡Qué hermosa explosión acaba de tener tu amor de madre! ¡Qué chispa tan sublime la ha producido!

CATALINA. ¿Pero tú crees?...

OVALDO. Lo que dice mi amigo.

CATALINA. ¿De modo que soy yo quien mira al través de un falso cristal?

OVALDO. No llares falso cristal al amor de madre. En ese estallido de tu alma se esconde la ley de la verdadera vida. Si Dios hubiese transferido su poder a una madre para que ésta hubiera formado el mundo desde su origen, ¡qué obra tan magna hubiera salido de sus manos! ¡La vida humana sería una hermosa realidad!

CATALINA. Bello es lo que dices, pero no me persuade de que nuestro hijo haya venido a San Petersturgo con malos propósitos.

OVALDO. Así es la verdad.

CATALINA. ¡Tan justo en tus opiniones y tan seco en tus respuestas!... Noto que ya empieza a desmayar mi espíritu.

OVALDO. Ponte en el fiel de la balanza, que se halla en la serenidad de la conciencia. Ni tú ni yo somos responsables de lo que sucede. Le llevamos a Berlín para que estudiara leyes mecánicas, pero los tiempos andan revueltos, exaltando las ideas de la Juventud, y Alemania nos lo ha devuelto convertido en un revolucionario, enamorado de las utopías más radicales. No es nuestra la culpa.

CATALINA. ¿Y qué temes?

OVALDO. *(Sacando un diario y entregándoselo a Catalina)*
Lee aquí lo que dice este diario.

CATALINA. *(Leyendo)* «Telegrama de Berlín.»

OVALDO. Ahí.

CATALINA. «Ha sido denunciada a las autoridades berlinesas la existencia de un complot fraguado por algunos miembros del Comité revolucionario de Rusia, que se hallan emigrados en esta capital. Afírmase que algunos de ellos han salido ya para San Petersburgo, con objeto de llevar a vías de hecho un nuevo atentado contra la vida del Zar *(Pausa. En voz muy baja)* ¿Pero esta noticia?...

OVALDO. Por sí sola no constituye prueba, convenido; pero debemos aceptarla como un grave indicio.

CATALINA. Sería monstruoso que Roberto... [Ah] y ahora caigo en otro hecho significativo, muy significativo.

OVALDO. ¿Cuál?

CATALINA. ¿No observaste la impresión que le produjo la noticia que le dimos del ascenso a capitán de su hermano Guillermo, con traslado a la guarnición de San Petersburgo?

OVALDO. Un relámpago de sombra que anubló su semblante.

CATALINA. Pasó como un ave oscura. ¡Ay, esposo de mi alma! Ya tengo miedo.

OVALDO. No vayamos ahora demasiado lejos, Catalina.

CATALINA. Te llaman el sabio, el filósofo, el maestro del pueblo. Tus obras se traducen a todos los idiomas. Confío en tu ciencia del Mundo y de la Vida.

OVALDO. ¡La Vida y el Mundo! Antes sería preciso desentrañar el misterio que encierran esas dos esfinges.

CATALINA. ¿Acaso no hay esperanza?

OVALDO. Comprendo la intensidad de tus angustias. Procuraré, con esta deleznable ciencia que poseo, llevar algún rayo de luz al cerebro de nuestro hijo. Este es el gran problema, esposa mía; doblegar una voluntad.

CATALINA. ¿Oyes ruido?

OVALDO. Ha debido despertar Se estará vistiendo.

OVALDO. Apercibámonos para la lucha.

CATALINA. ¿Qué debo hacer?

OVALDO. Inúndale con el amor de tu alma-

CATALINA. Aquí viene.

ESCENA IV

Dichos y ROBERTO, por la primera
puerta derecha

ROBERTO. ¿Estábais aquí mientras yo dormía?

CATALINA. Profundo ha sido tu sueño.

OVALDO. Y largo. Más de seis horas.

ROBERTO. Mi sueño nunca es completamente tranquilo.
Lo atribuyo a mi temperamento nervioso.

CATALINA. ¿Pero te encuentras bien? ¿Ha desaparecido ya aquella fatiga?

ROBERTO. Eso sí.

OVALDO. La intranquilidad de tu sueño puede explicarse. El tren nos comunica sus vibraciones, y el organismo se agita por un exceso de dinamismo molecular.

ROBERTO. Decidme: ¿Cómo os halláis?

OVALDO. Hay diversidad de pareceres.

ROBERTO. ¿Pero, mejor o peor?

CATALINA. Por mi parte...

OVALDO. (*Interrumpiéndola*). Que nos diga primero su opinión. ¿Cómo crees tú hallarte?

ROBERTO. No sé qué deciros.

OVALDO. Malo.

ROBERTO. ¿Por qué?

OVALDO. Porque si tú mismo no sabes cómo te encuentras, ¿cómo quieres que lo sepamos los demás?

CATALINA. Yo te encuentro desmejorado; cuanto a tus hermanas, te han hallado poco expansivo, algo taciturno.

ROBERTO. Sin embargo, nunca me consideré con mayor brillo. Me siento vigoroso; casi atlético.

OVALDO. No lo revela así tu semblante. Temo que tanta bizarría se deba a un exceso de imaginación. Tú crees que abundan en tu sangre los glóbulos rojos, y, por el contrario, su pobreza es la que da origen a esas exaltaciones de los nervios, que piden una sangre más generosa. Te creerás lleno de salud, y estarás enfermo. Te creerás un gigante, y no serás en el fondo más que un pobre pigmeo.

ROBERTO. Doblemos la hoja, si os parece. ¿Y mi hermano Guillermo?

CATALINA. No tardará en venir. Arde en deseos de darte un abrazo.

ROBERTO. ¿Vive aquí con vosotros?

CATALINA. Naturalmente, Este es y será su hogar mientras permanezca soltero.

ROBERTO. ¿No se hallaba bien en Moscú?

OVALDO. Pero se encuentra mucho mejor en San Petersburgo, al lado de sus padres.

ROBERTO. ¿Ascendido a capitán? Se hallará muy ufano con sus nuevos galones. ¿Qué méritos hizo?

OVALDO. Llevó a cabo con gran éxito una delicada y peligrosa misión que le confiaron sus Jefes.

ROBERTO. ¿Tomaría parte en los sucesos que ensangrentaron las calles de Moscú?

OVALDO. Cumplió con su deber.

CATALINA. Con harto disgusto mío, que no vivo ni sosiego desde que se ha iniciado esta serie de asonadas por las calles.

ROBERTO. Tú no querías que fuese militar.

CATALINA. De ningún modo, pero era tanta su vocación, que no hubo más remedio que transigir.

OVALDO. Yo también me opuse, pero al cabo cedí.

ROBERTO. Tiene un carácter duro, mi hermano. Bueno para su carrera.

CATALINA. Para otros será duro; no para su madre.

ROBERTO. Y para ti también, porque pudo ahorrarte muchas penas siguiendo cualquiera otra profesión más liberal y menos llena de alarmas y peligros.

OVALDO. Muy bien, Roberto. Así habla un buen hijo.

ROBERTO. ¿Me aplaudes?

OVALDO. Sí; porque, a juzgar por lo que dices, te hallas dispuesto a no hacer nada que disguste a tu madre.

ROBERTO. No he pretendido tampoco zaherir a mi hermano.

CATALINA. ¿Y por qué le habías de zaherir? ¿Por su carrera militar? ¿Se trata, acaso, de alguna profesión deshonrosa?

ROBERTO. Ni mucho menos; pero sí poco en armonía con los tiempos que atravesamos. Apelo al testimonio de papá.

OVALDO. Esa es cuestión muy delicada para ser debatida tan a la ligera. Ya la discutiremos más adelante,

ROBERTO. Que se lo pregunte a las familias de los obreros muertos en Moscú.

OVALDO. Ahora soy yo quien dobla la hoja.

ROBERTO. ¿Y mis hermanas?

CATALINA. Aquí estuvieron aguardando a que despertases.

ROBERTO. Llámalas.

OVALDO. Antes hablemos de tu estancia en Berlín. ¿Estás satisfecho de tus maestros? ¿Quedaste contento del profesor Lambert?

ROBERTO. A él debo mis conocimientos en ciencias exactas. Es un matemático ilustre, pero le encuentro muy apegado a lo viejo; demasiado doctrinal. Carece de espíritu progresivo, aferrado a muchas teorías anticuadas.

OVALDO. Pero es un espíritu hondamente analítico^ Nada resiste a su escarpelo científico.

ROBERTO. Admira tu libro *El Sol de la Humanidad* y tu sistema simbólico para explicar los problemas más transcendentales del Universo. Allá le dejé muy preocupado con el estudio de los símbolos.

OVALDO. Le conozco a fondo. Será mi discípulo predilecto.

ROBERTO. ¡Oigo ruido de espuelas!

OVALDO. Tu hermano que llega. Aquí le tienes.

ESCENA. V

Dichos y GUILLERMO, Capitán de granaderos del ejército ruso.

GUILLER. (*Abrazando efusivamente a su hermano*) ¡Oh mi querido Roberto!

ROBERTO. ¡Hola, Guillermo!

GUILLER. Aprieta, hombre, aprieta, que bien lo me rece tan larga ausencia.

ROBERTO. Cuatro años sin vernos.

GUILLER. Aquí me tienes convertido en un guerrero.

ROBERTO. Dichoso tú que puedes lucir tan magnífico uniforme.

ROBERTO. Pero tú puedes lucir tu gran inteligencia, que es el traje de gala de los cerebros privilegiados, aunque no se luzca por fuera. ¡Oh! Ya sé que vienes hecho un maestrazo.

ROBERTO. ¡Pobre de mí! Valiente cosa, ¡Un ingeniero mecánico! La espada es la que priva hoy en todos los países del mundo. Estás de enhorabuena. Llagarás a general

CATALINA. No llegará, si atiende a mis consejos.

GUILLER. (*Abrazando efusivamente a su madre*). Aquí la tienes tan madraza como siempre. Tratándose de cualquiera de sus hijos se asusta hasta del ruido de un pájaro.

CATALINA. Así, con palabras dulces, te apoderaste de mi voluntad. Buenos sobresaltos me cuesta.

GUILLER. Dejadme vivir, ¡qué diablo!

ROBERTO. Y acuchillar a medio San Petersburgo si viene el caso. ¿No es verdad, Guillermo?

GUILLER. Tú lo has dicho. Me gusta el oficio. Cierto que tiene sus quiebras, pero no carece de encantos.

ROBERTO Siempre fuiste arrojado. Siempre amaste el peligro.

GUILLER. Y tú amaste siempre la ciencia. Allí donde veías una rueda dentada, te detenías a reflexionar.

OVALDO Son vocaciones innatas que se desarrollan al par que el organismo. Uno de los términos del proceso de la generación y evolución de cada individuo. Estas predisposiciones naturales suelen tener una fuerza incontrastable. Por eso yo no me opuse tenazmente a que siguieseis cada cual la corriente de vuestras espontáneas inclinaciones.

GUILLER. Y por eso tienes la gratitud con el cariño de tus hijos. ¿Vas a permanecer con nosotros mucho tiempo?

ROBERTO. Según las circunstancias.

GUILLER. Aquí estamos siempre sobre las armas. No salgo del cuartel. Con perdón de nuestro padre, ya estoy harto de esos malditos revolucionarios.

ROBERTO Que harán triunfar la Revolución; no lo dudes.

GUILLER. No digas eso muy alto aquí, en San Petersburgo.

OVALDO Ni tú tampoco, Guillermo, debes expresarte en términos tan vehementes contra los hijos del pueblo, que luchan para que nuestro país se ponga al nivel de la moderna civilización.

ROBERTO. Oye lo que dice nuestro padre.

GUILLER. Siempre le oigo con respeto y admiración, mi querido hermano.

OVALDO Todo puede decirse en el seno del hogar. La Revolución empieza con fulgores de sangre y acaba despidiendo brillantes y humanos resplandores, pero sólo debe aceptarse a título de accidente en la marcha y progreso de las Sociedades. La ley de la Historia se encuentra sólo en la Evolución. Hemos tocado al punto magno de las dudas de todos los pensadores... La vida humana lleva oculto ese pavoroso problema que justifica ilógicamente la necesidad de la violencia.

ROBERTO. La Revolución en las Sociedades es tan precisa como la tempestad en la Naturaleza.

OVALDO. ¿Qué opinas tú, Guillermo?

GUILLER. No me considero con bastante capacidad para dilucidarlo. Me mandan cargar al frente de mi compañía de

granaderos, y cargo. Me ordenan que pegue un tajo, y lo pego.

ROBERTO. ¿Pero a quien? Este es el caso.

GUILLER. Al primero que ponga la cabeza o el cuello debajo de mi sable. Mi oficio no tiene tan intrincadas ni hondas filosofías.

OVALDO. Tú representas una fuerza social. Lo malo es que no siempre la ordenanza te pone al servicio de la Razón y de la Justicia.

CATALINA. En eso consiste el fundamento de mis temores. Grande sería mi dolor si te trajesen a mis brazos herido y ensangrentado, pero aun sería mayor mi duelo si llegase a mi conocimiento que te hayan mondado hacer mal uso de tus armas.

ROBERTO. Dalo por hecho, madre.

CATALINA. Ya asoman tus hermanas. No ha sido necesario llamarlas.

ESCENA VI

Dichos, BEATRIZ, JULIA y EMMA, por donde se fueron

Beatriz. ¡Bendito dormilón!

ROBERTO. Ya desperté. Echad las campanas al vuelo.

JULIA. ¿Has descansado?

ROBERTO. Sí.

JULIA. Eso es lo principal

ROBERTO. Dispensad que al llegar esta mañana no estuviese con vosotras más risueño y solícito. Venía muy fatigado.

EMMA. No necesitas darnos explicaciones.

BEATRIZ. Molido llegarías.

ROBERTO. Tened por entendido que, a pesar de mis graves estudios, os he recordado siempre.

BEATRIZ. Como nosotras, porque no ha pasado día que no hayamos hecho mención, de alguna de tus travesuras de muchacho.

RROBERTO. ¿He sido yo travieso, madre?

CATALINA. Pregúntalo a tus hermanas.

ROBERTO. ¿He sido yo travieso?

JULIA. Un poco nada más.

EMMA. No tanto como Guillermo.

GUILLER. Reclamo mi puesto de honor.

BEATRIZ. Nos perseguías con un palo. Nos escondías las muñecas.

ROBERTO. Pero no las descabezaba, como hacía nuestro hermano.

OVALDO. Ya salió lo del tajo, Guillermo.

GUILLER. Es verdad.

ROBERTO. Para ser completamente imparciales, deberíais también decir quién era aquel muchacho que en nuestras excursiones campestres asaltaba las tapias de los jardines para traeros las llores más delicadas y olorosas.

CATALINA. Y los frutos más exquisitos.

EMMA. Tú eras, tú

JULIA. Tienes razón, pobre Roberto

BEATRIZ. ¿Y quién era aquel gato que asomaba por los aleros de los tejados para atrapar nidos de jilgueros?...

ROBERTO. Yo era, yo.

JULIA. No nos hemos olvidado nunca de tus hazañas.

ROBERTO. Beatriz, has crecido mucho.

CATALINA. Há cosa de un año, todo de un tirón.

GUILLER. Pero no ha sido sólo de estatura, sino también de inteligencia.

CATALINA. Es una especialidad en bordados y flores.

BEATRIZ. ¡Mamá!

CATALINA. Modestia a un lado, hija mía

ROBERTO. ¿Y Julia?

GUILLER. Pinta admirablemente

JULIA. Sin lisonja, ¿eh? Sin lisonja.

GUILLER. Ha copiado con toda fidelidad unos cuadros de Velázquez, el gran pintor español.

ROBERTO. ¡Hola!

EMMA. Dos pasos al frente. Yo toco el piano a las mil maravillas. Paderewski, a mi lado, resulta un aprendiz. Lo digo antes que otro se anticipe.

ROBERTO. Tú siempre fuiste la más vivaracha *j* alegre.

EMMA. Soy Emma, no lo olvides.

CATALINA. Ya te enseñarán luego su colección de cuadros y bordados. Dígase también entre nosotros. Beatriz, con sus flores, y Julia, con sus cuadros, ya tienen mercado.

ROBERTO. ¿Ganan con su arte?

OVALDO. Para los pobres

ROBERTO. Ah. ¿Para los pobres?

OVALDO. Y no es una bicoca.

CATALINA. Sí; para los obreros que quedan sin trabajo.

OVALDO. Todo no ha de ser acuchillarles, como Guillermo.

GUILLERMO. Buena frase, papá.

EMMA. Yo soy improductiva. No gano nada. Lo mismo que el ruiñeñor, que canta de balde. Por eso no he dado ahora dos pasos ni frente.

OVALDO. ¡Es el ángel de esta casa!

EMMA. Ángel con caja de música.

OVALDO. Hasta mi gabinete de estudio llegan los dulces ecos de su instrumento favorito. El genio de Mozart, la sublimidad de Beethoven, las tristezas de Chopin.

EMMA. Etcétera, papá, etcétera.

OVALDO. Bueno, etcétera; genio, sublimidad y tristeza parece que aletean en sus manos.

EMMA. Esa imagen te ha salido muy bien.

GUILLER. Todo eso no es nada, Roberto.

ROBERTO. ¿Qué queda?

GUILLER. Nuestras hermanas constituyen los tres símbolos de que se sirve nuestro padre. Se han aprendido de memoria todo su sistema filosófico.

OVALDO. Algo añaden de su propia cosecha. ¿Quieres oírlas?

ROBERTO. Lo deseo con toda mi alma

BEATRIZ. (*Asus hermanas*) A formar, como diría Guillermo. (*Se sitúan en línea recta frente al público.*)

EMMA. Ya estamos

OVALDO. Empezad.

BEATRIZ. Yo soy la Idea.

JULIA. Yo soy la Forma.

EMMA. Yo soy la Materia.

OVALDO. Tomando como base esos tres símbolos, verás qué luz tan poderosa derrama en nuestro espíritu la forma hablada, conforme al modo de ser de cada una de ellas.

ROBERTO. No pierdo sílaba.

OVALDO. Tú, Beatriz, que simbolizas la Idea: muévete.

Beatriz. No puedo moverme sin Una Ley que me sirva de Principio.

OVALDO. Muévete, Forma.

JULIA. No puedo moverme sin Una Idea que me dé dirección.

OVALDO. Muévete, Materia.

EMMA. No puedo moverme sin Una Forma que me dé sus límites.

ROBERTO. Admirable.

OVALDO. (*A Roberto.*) ¿Qué interpretación les das a estos símbolos?

ROBERTO. La que tienen, muy clara y sencilla. No hay Idea sin Principio, ni Forma sin Idea, ni Materia sin Forma.

OVALDO. Las tres van unidas en todos los seres y en todos los fenómenos de la Vida.

ROBERTO. ¿Contestarán a mis preguntas?

OVALDO. Como quieras.

ROBERTO. ¿De dónde toma origen vuestra infinita variedad?

BEATRIZ. En el movimiento se halla la variedad de mis ideas.

JULIA. El movimiento produce la variedad de mis formas,

EMMA. Al movimiento se debe la variedad de mis sustancias.

ROBERTO. ¿Luego sois?

BEATRIZ. Fuerza.

JULIA. Fuerza.

EMMA. Fuerza.

OVALDO. Así resultan muy comprensibles las ideas filosóficas. ¿No es verdad?

GUILLER. Tanto, que son asequibles hasta para mi pobre entendimiento.

OVALDO. Fíjate ahora bien en las respuestas que van a dar a mis preguntas.

ROBERTO. Me hallo absorto.

OVALDO. Decidme: ¿qué es la vida?

BEATRIZ. Yo le doy conciencia.

JULIA. Yo le doy presencia.

EMMA. Yo le doy esencia.

OVALDO. ¿Cuál es el concepto más superior que tenéis de la vida?

BEATRIZ. Es inviolable como principio.

JULIA. Es sagrada como imagen.

EMMA. Es eterna como substancia.

ROBERTO. Esa es la vida en conjunto, pero no la existencia en particular. La vida de un hombre, por ejemplo, ¿qué valor tiene?

OVALDO. *(Tras larga pausa.)* Las has sorprendido con esa pregunta. Habré yo de contestarla.

BEATRIZ. No es necesario, papá. He reflexionado y puedo dar la respuesta. Es muy sencilla. '

ROBERTO. Ya te escucho, Beatriz.

ROBERTO. La vida de un hombre es inviolable, porque siéndolo el todo también debe serlo la parte.

OVALDO. Bien, hija mía, muy bien,

GUILLER. Bravo, hermana,

CATALINA. Lo has acertado, Beatriz.

ROBERTO. *(Muy contrariado.)* Me siento avergonzado. Deseo tomar algunas notas, padre.

OVALDO. Cuando quieras. Sobre la mesa tienes papel y pluma.

ROBERTO. *(Sentándose.)* (Me ha impresionado profundamente la respuesta de mi hermana. ¿Habrán notado mi turbación?)

OVALDO. Marcháos sin hacer ruido. Quiero hablar a solas con Roberto.

GUILLER. Está bien.

CATALINA. Vamos, hijas. *(Vanse Catalina y Guillermo por el foro. Beatriz y Julia, por la segunda derecha, y Emma por la segunda izquierda.)*

ESCENA VII

Roberto y Ovaldo.

ROBERTO. La vida 'del hombre es inviolable, pero no la del déspota, la del verdugo, la del tirano.;

OVALDO. ¿No has concluido todavía?

ROBERTO. ¿Cómo? ¿Se han marchado?

OVALDO. No importa, estoy yo aquí para hacer sus veces.

ROBERTO. Me adhiero a tus símbolos

OVALDO. Yo deseo también hacerte algunas preguntas.

ROBERTO. ¿Qué luz puedo prestarte?

OVALDO. Mucha, si eres sincero. Sírvenme de símbolo.

ROBERTO. ¿Qué condiciones se requieran para ello?

OVALDO. Despójate de todo prejuicio. Escudriña el fondo de tu alma hasta encontrar la verdad, y luego contesta. *(Sentándose frente a Roberto.)* Mesa por medio. Haremos una experiencia.

ROBERTO. Pregunta.

OVALDO. ¿Quién eres como símbolo?

ROBERTO. La ciencia mecánica.

OVALDO. Examínate más profundamente hasta conocerte a ti mismo. ¿Quién eres?

ROBERTO. Un ideal humano moderno y progresivo.

OVALDO. Más adentro.

ROBERTO. Soy la revolución.

OVALDO. Ese es el símbolo. Ahora dime ¿la vida de un hombre es inviolable?

ROBERTO. La del hombre bueno. No la del malo.

OVALDO. ¿Y quién establece la línea divisoria que debe distinguir al hombre bueno del hombre malo?

ROBERTO. El hombre bueno.

OVALDO. ¿Y dónde está el hombre bueno que tiene que fijar esta línea divisoria, cuando esta misma línea divisoria es la que se necesita de antemano para determinar al hombre bueno?

ROBERTO. Me has confundido.

OVALDO. ¿Debe o no ser respetada la vida humana? Esta es la pregunta.

ROBERTO. No me atrevo a decirlo.

OVALDO. Vamos a ver. ¿A qué has venido a San Petersburgo?

ROBERTO. *(Desconcertado.)* ¡Padre!

OVALDO. *(Dando a su frase creciente autoridad.)* ¿A qué has venido a San Petersburgo?

ROBERTO. *(Balbuceando.)* ¿Pero esa pregunta?

OVALDO. *(Con irresistible acento de autoridad.)* ¿A qué has venido a San Petersburgo? *(Pausa.)* La verdad, Roberto.

ROBERTO. (*Con resignación.*) Sea la verdad. A luchar contra el Emperador. Ya me has arrancado el secreto. (*Ocultando el rostro con la mano*»).) (*Pausa.*)

OVALDO. No te amilanes ni avergüences: ya lo sabía.

ROBERTO. ¡Ah! ¡Lo sabías!

OVALDO. Los años me dan mucha experiencia.

ROBERTO. ¿Y no me apostrofas y denigras? ¿Y no me pulverizas con el rayo de tu cólera?

OVALDO. En Vez de encolerizarme, reflexiónO.

ROBERTO. Castígame,

OVALDO. No debo hacerlo.

ROBERTO. ¿Qué intentas?

OVALDO. Convencerte de que tratas de infringir una ley moral, acaso lamás imperiosa del Universo: el respeto a la vida.

ROBERTO. ¿Aceptas también la ley de defensa?

OVALDO. Aceptada.

ROBERTO. ¿Puedo defenderme?

OVALDO. Defiéndete.

ROBERTO. ¿Hasta dónde, padre?

OVALDO. Hasta olvidar que eres mi hijo, si así conviene al interés de tu defensa. Emplea todos los explosivos de tu entendimiento para hacerlos estallar dentro de mi cerebro, y que hagan pedazos mis ideas si a tanto llega su poder. Esa es la dinamita sublime. Empieza cuando quieras.

ROBERTO. Yo soy la Revolución y no puedo, respetar la vida del tirano.

OVALDO. No matarás, replica mi ley. Ni al mismo juez le es permitido dictar sentencia de muerte contra el hombre.

ROBERTO. Entonces dime: ¿por qué mata la Naturaleza?

OVALDO. (*Abatido*). ¡Esa es la Esfinge!

ROBERTO. ¿Por qué hace el sacrificio de unos seres la dicha de otros? ¿No es nuestra madre común? ¿Por qué mata a sus hijos?

OVALDO. Explica, explica esto.

ROBERTO. Párate a mirar aquella mariposita que gira alegre con la dicha de vivir manifestada en todos sus revuelos. De pronto se siente enganchada por una forma poligonal casi invisible, tendida allí con pérfida voluntad y

con el estímulo feroz que presta la conservación de la vida. La pobre mariposa aletea inútilmente para recobrar su libertad dentro, de la viscosa red que la aprisiona, y a poco sale a escena el negro y repugnarle personaje, autor de la emboscada, que saborea con deleite las mieles que le proporciona aquel doloroso sacrificio. ¿Es esto justo? ¿Es ético? ¿Es bello siquiera?

OVALDO. No lo es. La mariposilla podría llevarle a la araña el necesario alimento, bien extraído del cáliz de ciertas flores, bien tomado de otros jugos alimenticios, y la araña podría dedicarse a perfeccionar sus polígonos. Soy adversario leal. Sigue.

ROBERTO. ¿Dónde está ese respeto que tanto encomias? ¿No ves en qué tiempo tan breve se lleva a cabo tan estupendo sacrificio que descompone y destruye la maravillosa máquina de nuestra vida, como cosa inútil y superflua?

OVALDO. ¡Es verdad!

ROBERTO. Mañana, cuando yo ejerza mi profesión de mecánico, emplearé toda mi ciencia en la construcción de un mecanismo prodigioso. Atraeré sobre mi obra la admiración universal, y cuando la máquina haya tomado movimiento, maravillando a todos con la regularidad de sus funciones, la haré pedazos. Esto es lo que hace la Naturaleza con sus organismos. Pide respeto para la vida, padre.

OVALDO. ¡A qué absurdo tan obscuro nos conduce tu implacable lógica!

ROBERTO. Tú llegas a ese absurdo. Yo llego a esta conclusión. Puesto que la Naturaleza nos enseña a matar, y ella es la que nos sirve de modelo para regir las funciones, de nuestra vida, aprovechemos sus enseñanzas, no para imitarla, destruyendo sin causa racional a infinidad de seres inocentes, sino para llevar a cabo la revolución como principio de vida y salud de los pueblos, haciendo que muerdan el polvo los tiranos de todas las castas y los verdugos de todas las especies.

OVALDO. ¡Aguarda! Aguarda a que se desprenda alguna luz de ese aluvión de sombras que han descargado sobre mi cerebro.

ROBERTO. *(Paseándose por la escena mientras Ovaldo medita.)* Medita, que aún me propongo auxiliarte. Supongamos que todos esos daños se nos infieren a título de compensaciones futuras. Aceptemos la doctrina religiosa.

OVALDO. No, eso no. Hacer un daño para repararlo luego nunca puede servir de fundamento de justicia.

ROBERTO. Abandona tu ley de respeto a la vida y déjame en libertad para obrar conforme a mis principios.

OVALDO. *(Irguiéndose majestuosamente)*. No, y mil veces no. La conciencia se rebela contra toda doctrina de muerte,

y la conciencia es la luz de nuestra vida, ¿Sacas tus ejemplos de la propia Naturaleza? No basta. Si ella te enseña a destruir matando, yo te enseño a edificar viviendo... ¡Matar es malo! Eso no podrá justificarse jamás por ninguna enseñanza. Si mata la Naturaleza es porque hay algo en ella que no descansa sobre los principios de la Moral eterna.

ROBERTO. Entonces dejemos a los oprimidos que sucumban en manos de los opresores. ¡Abandonemos a los pueblos a una eterna esclavitud!...

OVALDO. No me has comprendido, Roberto. Antes has oído decir que la Revolución, si no como ley, era precisa como accidente. Fíjate bien en mis palabras. Lo que tu padre no quiere es que tu conducta pueda dar lugar a que mañana se lea en las páginas de la Historia: Ovaldo Padewski, humanista y filósofo. Roberto Padewski, asesino del Emperador de Rusia.

ROBERTO. ¡Ah! Ya te comprendo.

Ovaldo. Quítame esa sombra y vete luego a morir en una barricada, si te place, en pro de tu ideal revolucionario.

ROBERTO. ¡No me es posible, padre!

OVALDO. ¿Quién te lo impide?

ROBERTO. Compromisos de honor que no pueden dejar de cumplirse sino a merced de determinadas circunstancias.

OVALDO. Hemos terminado, *(Va al foro.)* ¡Catalina!
¡Catalina! *(Suenan dentro los acordes del piano en que Emma ejecuta una melodía sentimental).*

ESCENA VIII

Dichos y CATALINA por el foro.

CATALINA. ¿Llamas, Ovaldo?

OVALDO. Dale un beso a tu hijo. Se va de esta casa para siempre.

ROBERTO. ¡Oh!

CATALINA. ¿Qué escucho? ¡No esperaba este desenlace!
(Dejándose caer en una silla.) ¡Me has matado, Roberto!

OVALDO. Despidete de tu madre.

ROBERTO. ¡Mi madre llora! No sabía que las lágrimas de una madre fuesen como los eslabones de una cadena. Atan mi voluntad.

CATALINA. (*Abismada en su pena*) ¡Ay! ¡Cuán grande es mi dolor! ¡Cuán grande es mi dolor!

OVALDO. ¿A qué aguardas?

ROBERTO. Puesto que ya no he de volver a la casa donde nací, te pido una gracia

OVALDO. ¿Cuál?

ROBERTO. Déjame permanecer en ella por esta noche.

OVALDO. Sea. Esta noche. Hasta mañana. (*Vase con paso firme por el foro.*)

ROBERTO. ¡Mi madre llora! (*Se acerca.*) ¡Madre!

CATALINA. (*Arrojándose en los brazos de su hijo.*) ¡Hijo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Sala subterránea, como las que ofrecen las grandes grutas, llenas de estalactitas y estalagmitas, afectando formas monstruosas. Debe tener la decoración un aspecto salvaje y sombrío, pareciendo que ha sido abortada por la Naturaleza. A la izquierda, una mesa cubierta con tapete rojo, y junto a ella, una silla rústica. A la derecha, enfrente, otras sillas rústicas formando una especie de semicírculo. En un ángulo arde un hacha de viento iluminando fantásticamente la escena. No hay más salida que la del foro por un boquete abierto en las rocas.

ESCENA PRIMERA.

Transcurrido algún espacio de tiempo, y después de levantarse el telón, aparecen el PRESIDENTE del Comité

revolucionario, y tras él, SPIRIDOFF y UN REVOLUCIONARIO y otros, hasta el número de siete. Visten capuchones negros y traen cubierto el rostro con antifaces negros. El presidente toma asiento junto a la mesa, y los demás, en las sillas que hay situadas enfrente.

PRESIDENTE. Compañeros, es preciso ejecutar un acto severo de justicia. Ya lo sabéis, Roberto Padewski ha faltado a su deber. El Comité revolucionario debe ejecutarle. Esta es la justicia que demanda la salud del pueblo. Alargad el brazo para demostrar vuestro asentimiento. *(Todos alargan el brazo.)* Por unanimidad. Ahora, oigámosle. Sepamos lo que alega en su defensa. *(Dirigiendo el mandato a uno de los individuos del Comité, que habrá aguardado inmóvil y rígido en el boquete situado en el foro.)* Compañero, conducidle a nuestra presencia. *(Vase el individuo para ejecutar la orden que recibe.)*

ESCENA II

Aparece ROBERTO por el foro. Trae los ojos vendados y va conducido del brazo por dos revolucionarios.

PRESIDENTE. Quitadle la venda. (*Le quita la venda. Pausa*). Roberto Padewski, el Comité revolucionario de Rusia te ha condenado a muerte.

ROBERTO. Cúmplase la sentencia.

PRESIDENTE. Escucha los cargos que se hacen contra ti.

ROBERTO. Ya escucho.

PRESIDENTE. En Berlín hiciste un juramento solemne. No lo has cumplido.

ROBERTO. No.

PRESIDENTE. El Comité, fiando en tu promesa, te reveló sus más importantes secretos.

ROBERTO. Así es la verdad.

PRESIDENTE. Viniste a San Petersburgo decidido a cumplir con tu deber sólo en apariencia. Sabías, porque así te lo revelamos, que el Emperador debía hacer un viaje de incógnito a Moscú. Conocías las personas que le acompañaban... El sitio por donde debía pasar. La hora de su salida... ¿Qué hiciste, Roberto Padewski? ¿Te faltó valor para derribar al tirano?

ROBERTO. Contempladme tranquilo y sereno. Sé que voy a morir, y mis latidos no se han alterado. Mi mano no tiembla. Mis piernas no flaquean. Mi acento es firme y seguro. Decidme, compañeros... decidme si un hombre en tales condiciones, al borde de la tumba, puede desmayar por falta de valor en ninguno de los actos de su vida.

SPIRIDOFF. Entonces tú mismo te haces reo.

REVOL. No mereces ningún género de piedad, porque, una de dos cosas: o eres un cobarde, o un traidor.

ROBERTO. Enmudece, compañero. Amo la libertad con toda la vehemencia de mi espíritu. Por ella me he sacrificado. Por ella muero, tranquilo. Erguido veis mi pecho, mas, con todo, llamadme cobarde, si os parece, pero traidor, ¡jamás, compañeros, jamás!

PRESIDENTE. No se explica, entonces tu conducta. Quieres sacrificarte abandonando el móvil de tus acciones a la duda y al misterio. ¿Nada grande, nada digno dejas como rastro de tu memoria? ¿Nada alegas en abono de tu conducta?

ROBERTO. Voy a decirlo; no en solicitud de gracia. Sino para que no caiga sobre mi tumba vuestra execración o desprecio. Vine a San Petersburgo a poner en práctica mi pensamiento... ¿Cómo llamáis vosotras a mi padre Ovaldo Padewski?

SPIRIDOFF. El gran filósofo.

REVOL. El genio universal.

PRESIDENTE. El Maestro del Pueblo.

ROBERTO. Pues bien; mi padre penetró en mi pensamiento. Me dijo que no era lícito matar. Yo sostuve la tesis contraria, y vencí en la discusión. Toda la profunda sabiduría de mi padre se estrelló contra mi férrea voluntad. Sigo creyendo que todos los déspotas y tiranos deben desaparecer de la faz de la tierra... Mas luego, lo que no pudo conseguir mi padre con su inmensa autoridad, consiguiólo la madre... ¿Cómo? Diréis. Llorando. Matadme, compañeros... No he tenido valor para soportar sus lágrimas.

SPIRIDOFF. ¿Te olvidaste de las lágrimas de las otras madres?

REVOL. ¿No pesó en tu ánimo el doloroso espectáculo que ofrece el pueblo de Rusia viendo cómo son deportados, fusilados y ¡descuartizados sus hijos?

PRESIDENTE. ¿Influyó más en tu corazón un rio de pena que un océano de sangre y de dolor?

ROBERTO. ¡Callad! ¡Callad! Tenéis razón... Debo morir.
(Pausa.) .

PRESIDENTE. Ya habéis oído su alegato. Volved a extender el brazo si creéis que debe cumplirse la sentencia. *(Todos extienden el brazo.)* Roberto: el Comité no toma en cuenta el motivo que alegas para justificar tu conducta, y mantiene su fallo.

ROBERTO. Está bien.

PRESIDENTE. *(Dirigiéndose a uno de los individuos que controlan a Roberto)*. Llégate a mí, compañero. Toma este puñal. En la empuñadura se halla esculpida en una sola frase nuestra ley: Justicia que hace el pueblo ruso. Si tienes valor, como dices, sepúltate por ti mismo en el corazón este puñal.

ROBERTO. Venga. *(El revolucionario que tomó el puñal de la mano del presidente se lo entrega a Roberto. Este extiende el brazo sin ejecutar la orden. Pausa)*.

PRESIDENTE. ¿Qué haces?

ROBERTO. Medito.

PRESIDENTE. ¡Pronto!

ROBERTO. Oíd, compañeros... Mañana, domingo, estallará la revolución obrera en las calles de San Petersburgo... Permitid que el derramamiento de mi sangre no sea infecundo para la causa de la Libertad. Yo acaudillo un gran número de ciudadanos que están dispuestos a secundar el movimiento. Dejadme morir mañana bajo el rojo estandarte

que es la insignia del pueblo. Permitid que me sirva de mortaja nuestra bandera.

PRESIDENTE. Aguarda un instante. El caso es muy grave y solemne, y merece ser consultado.

ROBERTO. Tomaos el tiempo que gustéis. *(Pausa. Los revolucionarios se levantan y se acercan al presidente entablando una consulta en voz baja)*

ROBERTO. *(Interín)*. Si no lo consideráis de justicia, se cumplirá vuestra sentencia. Al instante veréisme caer sin vida a vuestros pies.

PRESIDENTE. *(Después de haber ocupada de nuevo sus puestos los conferenciantes)* El Comité acepta sin reserva alguna tu proposición.

ROBERTO. Gracias, en nombre de La causa del pueblo.

PRESIDENTE. Tus francas y nobles manifestaciones nos han conmovido. No es necesario que llegues al total sacrificio; basta sólo con que se derrame tu sangre. Aun puedes salvar la Vida.

ROBERTO. Quisiera daros un abrazo para demostraros mi gratitud.

PRESIDENTE. Aquí aguardo en representación de todos. *(Se abrazan. Los demás se ponen en pie.)*

ROBERTO. (*Yéndose al foro*) Adiós, compañeros ¡A morir por la Libertad!

CUADRO III

Telón corto de bosque

ESCENA PRIMERA

Aparece por la izquierda un grupo de obreros rusos. Uno de ellos trae un libro, que se supone es el que tiene por título *El Sol de la Humanidad*, escrito por el filósofo Ovaldo Padewski. Estos obreros se hallan dirigidos por KUROK y los CIUDADANOS 1º, 2º y 3º.

CIUDA. 1. Venid aquí... En la soledad de este bosque podremos dedicarnos a la lectura de ese libro, mientras viene Roberto. Buen título: *El Sol de la Humanidad*.

KUROK. Y su autor es el padre de Roberto; el 'Maestro del Pueblo'.

CIUDA. 1. A ver lo que nos enseña.

KUROK. ¿Dónde leo?

CIUDA. 3. En cualquier página.

KUROK. (*Leyendo*). «¿Qué es la fuerza? El elemento Universal. A él se debe la existencia de todos los seres. No hay realidad sin fuerza. Esta es más intensa o menos intensa según su estado de condensación desde su espíritu a la materia.»

CIUDA. 1. ¿Cómo puede ser que un espíritu sea materia?

CIUDA. 3. Eso no lo entendemos. ¿Y tú, Kurok?

KUROK. Yo sí que lo entiendo. Aquí lo dice: «La materia es fuerza del espíritu invertida.»

CIUDA. 1. Y nosotros, ¿qué somos? ¿Materia o espíritu?

KUROK. Materia. Si fuésemos espíritu, no seríamos esclavos del despotismo.

CIUDA. 1. Pasa eso.

CIUDA. 3. Sigue adelante.

KUROK. «¿Qué es la vida? El movimiento de transformación de la fuerza; ya en sentido directo, ya en sentido inverso...» Esto sí que no lo comprendo yo tampoco.

CIUDA. 1. A; otra cosa.

KUROK. «¿Qué es el trabajo?»

CIUDA. 3. ¡Por ahí! ¡Por ahí!

KUROK. (*Leyendo.*) «El trabajo es la función natural de la vida; mejor dicho: su fundamento; porque sin lucha, y, por consiguiente, sin trabajo, la vida carecería de objeto.»

CIUDA. 3. Eso sí que está claro.

CIUDA. 1. Esto quiere decir que debemos luchar, hasta perder la vida si es necesario.

KUROK. (*Leyendo.*) «La lucha se entabla contra los yerros de la Naturaleza. La libertad lucha contra la fatalidad. La ley contra el accidente. El derecho contra el privilegio; pero ambos polos de acción de la vida son necesarios. Suprimido uno cualquiera de ellos, la lucha no tendría razón de ser...» ¿Y esto, Lo entendéis?

CIUDA. 1. Un poco nada más.

CIUDA. 3. Por ese camino puede que aun diga el Maestro que los dolores que se infieren al pueblo se hallan justificados.

KUROK. Oíd lo que dice más adelante respecto del dolor: «El dolor universal por medio del trabajo, se convierte en dicha universal.»

CIUDA. 3. Pero es que unos trabajan, y otros no.

CIUDA. 1. Bien dicho, compañero.

KUROK. A eso dice el Maestro: «Los que no trabajan constituyen la materia inerte que sirve de yunque para que puedan hacer su oficio los trabajadores.» Nos ha salido al paso.

CIUDA. 1. Y que eso está bien claro.

KUROK. «Fundamentalmente no hay premio ni castigo.»

CIUDA. 1. ¿Cómo que no hay premio ni castigo?, ¿Eso dice?

KUROK. Eso.

CIUDA. 3. Vuélvelo a leer

KUROK. (*Leyendo.*) «Fundamentalmente no hay premio ni castigo.»

CIUDA. 1. Sigue leyendo; a ver si lo explica mejor.

KUROK. (*Leyendo*). «EL bien que se obtiene trabajando, ya se halla contenido en el propio trabajo. Moralmente nadie puede castigar a otro. El mal de uno es el mal de todos. La dicha, si no es común, tampoco tiene razón de ser.»

CIUDA. 3. Pero bien... Apliquemos esas verdades al pueblo ruso: ¿debemos o no castigar a los culpables de nuestra miseria y esclavitud?

CIUDA. 1. Esa es la cuestión.

KUROK. Lo que el Maestro quiere decir, es que debemos luchar para el bien de todos sin pensar en el premio que nos pueda reportar el sacrificio,.

CIUDA. 1. Conformes,

TODOS. Conformes.

KUROK. AQUÍ ESTABLECE LAS TRES FASES DE LA VIDA HUMANA.

CIUDA. 1. Oigámoslo.

KUROK. (*Leyendo.*) «En la primera fase, el hombre lucha por la conservación de su organismo contra la Naturaleza. En la segunda fase la lucha se entabla por la extensión y dominio del territorio. El hombre lucha contra el hambre. En la tercera

y última fase, el hombre lucha consigo mismo. Lucha por la Naturaleza; lucha por el especio, y lucha por el espíritu. Primero, por la conservación de la vida; luego, por el hogar, y después, por la idea. El hombre, como ser libre, lo es sólo cuando subordina todos los actos de su vida al principio del bien común. Cuando es señor y amo de todas sus acciones. Sólo entonces merece el don preciado de la Libertad.»

CIUDA. 1. Eso tampoco está claro.

CIUDA. 3. Si no se nos ilustra, si se nos tiene siempre como bestias de carga y no sabemos más, nunca seremos hombres libres,

KUROK. Aquí viene Roberto,

ESCENA II

Dichos y ROBERTO, por la derecha

ROBERTO. Salud, ciudadanos.

CIUDA. 1. Bienvenido, compañero.

ROBERTO. Estabais leyendo, ¿Qué libro es ese?

CIUDA. 3. *El Sol de la Humanidad.*

KUROK. Mira lo que dice aquí tu padre. Sácanos de dudas.
(le da a leer a Roberto. Pausa.)

ROBERTO. *(Después de haber leído donde le indica Kurok.)*
Cierto es que el hombre sólo tiene derecho a ser libre cuando puede hacer buen uso de su libertad, pero si al pueblo esclavo se le cierra todo camino... entonces el derecho se encarna en La fuerza, y se hace precisa la revolución.

KUROK. ¿Aunque produzca males

ROBERTO. Aunque se desplome el Universo. El espíritu tiene que luchar contra la materia, que es la fatalidad.

CIUDA. 3. *(Dándole la mano)* ¡Magnifico, ciudadano!

KUROK. Bien se conoce que eres hijo del Maestro.

CIUDA. 1. ¡Viva Roberto!

TODOS. ¡Viva!

ROBERTO. Silencio; no déis vivas. Los cosacos patrullan por todas partes. Mañana será nuestro gran día. Mañana lucharemos por la libertad del pueblo oprimido. Ahora, enmudeced. Hasta mañana, compañeros. *(Dándoles a todos la mano.)*

TODOS. Hasta mañana. *(Roberto sale por la izquierda. Los demás hacen mutis por la derecha.)*

CUADRO IV.

Gabinete de estudio del filósofo Ovaldo Padewski. Salidas laterales y foro. Decoración muy severa. Sobre una mesa escritorio, que se hallará situada al lado izquierdo primer término, esferas, círculos y otros símbolos geométricos.

ESCENA PRIMERA

Aparecen CATALINA, BEATRIZ, JULIA, EMMA, OVALDO y GUILLERMO

OVALDO. Acércate, Beatriz.

BEATRIZ. Manda lo que quieras, serás obedecido.

OVALDO. Vé a un taller de flores. Toma unas cuantas hojas, pero hazlo sin mirar al fondo del canastillo que las contiene; no las elijas; júntalas luego sin reparar en la buena o mala forma con que se lleva a cabo su enlace.

BEATRIZ. ¡Ay, papá! ¿Qué resultado te prometes de obra tan imperfecta?

OVALDO. Ya lo verás cuando traigas hecha la labor que te encomiendo.

CATALINA. No le repliques, Beatriz.

GUILLER. Haz lo que te ordena.

BEATRIZ. Voy al punto. (*Vase Beatriz segunda puerta derecha.*)

ESCENA II

Dichos menos Beatriz.

OVALDO. Ven acá, Julia.

JULIA. Aquí me tienes.

OVALDO. Coge un pequeño lienzo y esboza en él un paisaje; mas cuando vayas a tomar el color de tu paleta, cierra los ojos.

JULIA. Así no veré si es azul rojo, negro o blanco.

OVALDO. Eso es precisamente lo que deseo.

JULIA. ¿Y traigo después el lienzo?

OVALDO. Sí.

JULIA. Lo haré como dices (Van Julia por la puerta derecha.)

ESCENA III

Los mismos menos Julia

OVALDO. A ti, Emma, te corresponda el desempeño del papel principal.

EMMA. ¿Qué debo hacer?

OVALDO. Escoge entre tus piezas de música Una que sea bien melódica. Vuelve el papel de arriba abajo, y así, en posición totalmente invertida, tócala al piano.

EMMA. No podrá oírse, papá.

OVALDO. No importa, con tal que llegue a nuestros oídos.

EMMA. ¿Debo tocarla mucho tiempo?

OVALDO. Sólo un instante. Luego vuelve con la partitura, cuando tus hermanas traigan su labor.

EMMA. Al momento.

ESCENA IV

Los mismos menos Emma

OVALDO. Los sonidos musicales llegarán hasta nosotros irradiando sus ondas sonoras en la misma forma con que se irradian las ondas en el lago al choque de una piedrecilla. *(Dentro, música de piano muy extraña y discordante.)* Ya empezó la música,

CATALINA. ¡Que desafinación tan horrible!

OVALDO. ¿No se embelesa vuestro espíritu con semejante audición?

GUILLER. No, padre; nos produce, por el contrario, una impresión muy desagradable.

CATALINA. Parece un ruido infernal.

OVALDO. Eso es lo que quería oír de vuestros labios; que es infernal ese ruido. *(Cesa la música)*. Ya ha cesado. Ya no nos atonta. ¿Qué ha ocurrido? Que al invertir la forma se ha invertido también el sentido de la música. Las notas subsisten. Allí están todas en el pentagrama... pero la armonía ha desaparecido.

CATALINA. Es verdad.

GUILLER. Tienes razón.

ESCENA V,

Dichos y BEATRIZ, por la segunda derecha

BEATRIZ. Aquí está el adefesio *(Entregándoles un grupo abigarrado de hojas de flores.)*

OVALDO. Ya lo véis... Beatriz nos ofrece con este ejemplo uno de los testimonios del desorden que se produce en todas las cosas cuando se llevan a cabo sin una fuerza o voluntad directriz.

ESCENA VI

Dichos y JULIA, con un pequeño cuadro,
por la segunda derecha

JULIA. Esto no es un paisaje: es una algarabía de colores.

OVALDO. *(Tomando el cuadro.)* Claramente se ve que aquí sólo hay dirección en lo que se refiere al dibujo. Mirad; el cielo ha resultado amarillo; el mar, encarnado, y la tierra, azul. Esto no es un paisaje, es una caricatura de la Naturaleza.

ESCENA VII

Dichos y EMMA, por la segunda
derecha, con una pieza de música

EMMA. Ha resultado una cosa horrible.

OVALDO. Venga esa página.

EMMA. Es una melodía de autor alemán.

OVALDO. Como obra de un cerebro bien organizado no se le ocurrió al maestro compositor inspirarse en unas notas inarmónicas entre sí. Ha sido preciso un giro, una inversión ilógica, para que se opere el malogro de su artística inspiración.

BEATRIZ. Traigo también una flor bien hecha. Mírala.

OVALDO. *(Tomando la flor.)* ¡Bellísima imitación! Parece arrancada de un jardín. Sólo, le falta el aroma.

BEATRIZ. ¡Qué dos obras tan distintas!

OVALDO. Esta que se ha construido sin principio ni evolución, es la imagen fea de la vida terrestre. Esta otra se ha construido con arte, obedeciendo a un pensamiento bien dirigido, y nos ofrece un hermoso símbolo de la vida universal. Ahora, mi querida Emma, vuelve a tu piano y toca esa misma pieza de música como pide la ley bien ordenada.
(Vase Emma por la segunda entrada.)

ESCENA VIII

Los mismos menos EMMA

OVALDO. No ha sido preciso modificar ninguna de las notas de esa página musical. Oigamos ahora. (*Dentro, al piano, una pieza bien melódica hasta la terminación de la escena*). ¡Qué dulces son los ecos que nos envían las ondas mensajeras de la armonía! ¿Quién ha realizado semejante prodigio? Una inversión. Un giro. ¿Sabéis Lo que significa todo esto?... Que la inteligencia es la que da hermosura al Mundo, y que el fanatismo, la superstición y la ignorancia, que son torpes y ciegas inversiones del espíritu, producen todas las notas feas de la Humanidad.

GUILLER. ¡Hermosa es tu lección, padre mío!

CATALINA. ¡Sublime!

OVALDO. Esperad, que todavía se saca Una enseñanza más profunda. No consiste el bien en destruir las cosas que nos parecen malas, sino en obligarlas a que giren para que se inviertan y resulten buenas

BEATRIZ. La tendremos presente.

JULIA. Y no la echaremos jamás en olvido.

ESCENA IX

Dichos y Roberto, por el foro

ROBERTO. ¿Hay consejo de familia?

OVALDO. Hola, Roberto. Me sorprendes en medio de mis símbolos. Por el semblante que traes, noto que vienes a decirme alguna cosa.

ROBERTO. Todo lo adivinas, padre.

OVALDO. Dejadme con Roberto.

CATALINA. Vamos (*Vanse todos menos Ovaldo y Roberto.*)

ROBERTO. Vengo a decirte que ya soy libre. Nada temas. Tu hijo Roberto no figurará en las páginas de la Historia como "asesino del Emperador."

OVALDO. En eso revelas la energía de tu espíritu. Me descargas de un gran peso.

ROBERTO. Ya puedo sacrificar mi vida por la causa de la Revolución. Tales fueron tus palabras.

OVALDO. No las retiro. Mi autoridad no ejercerá violencia alguna en tu espíritu cuando éste se inspire en elevados propósitos. No importa que mi corazón de padre se anuble y estremezca. Lo dicho, dicho está.

ROBERTO. ¡Cuán grande te contemplo! ¡Amas como yo la libertad del pueblo ruso!

OVALDO. Yo deseo la libertad de todos; pero ¡ay, Roberto!, ¡ay, hijo mío!; existe un poder superior a nuestra voluntad que lo impide.

ROBERTO. Muy grande debe ser cuando así inclinas tu frente venerable.

OVALDO. Nadie acierta a penetrar en el secreto de la misteriosa esfinge. La eterna pesadilla de los filósofos resiste al giro de los tiempos. Todos se preguntan inútilmente dónde se oculta ese inquebrantable poder que hace de la vida humana un infierno pudiendo ser un paraíso.

ROBERTO. Sí, sí.

OVALDO. Estás preocupado, sombrío. ¿En qué piensas?

ROBERTO. No sé qué extraña majestad encuentro en este recinto.

OVALDO. Ven aquí, Roberto. Deja que te mire al semblante.

ROBERTO. Bien, padre. Mírame cuanto quieras. *(Pausa.)*
Has penetrado en mi alma *(Se sienta en una silla y queda profundamente abismado.)*

OVALDO. ¿De modo que...?

ROBERTO. ¡Mañana!

OVALDO. ¿Y con qué medios cuenta el pueblo para entablar la lucha?

ROBERTO. Con su abnegación; con su heroísmo.

OVALDO. ¿Tenéis armas?

ROBERTO. Unos, sí. Otros, no.

OVALDO. Destrozará vuestros parapetos la artillería. Os pasarán a cuchillo los cosacos.

ROBERTO. No importa. Ya no es posible retroceder. Millares de obreros darán el grito de revolución por las calles... Lucharemos hasta perder la vida.

OVALDO. ¿Y has venido a verme para...?

ROBERTO. Sí; para despedirme de ti.

OVALDO. ¿Tan pronto? ¿No esperas a mañana?

ROBERTO. Tengo que conferenciar en breve con algunos de mis compañeros. Esta noche la pasaremos en vela organizando los preparativos.

OVALDO. ¿No tenéis jefes?

ROBERTO. Nuestro jefe es el alma del pueblo

OVALDO. ¿Ni plan?

ROBERTO. Sólo tenemos entusiasmo: Tú dirás: ¡Estéril sacrificio!

OVALDO. No digo tanto. Ya sé el valor que tiene una idea de libertad bañada en sangre.

ROBERTO. ¡Ah! ¡Cuán profundamente humano eres Ovaldo!

OVALDO. ¡Silencio! Aquí vienen tus hermanas, da Un giro a tus pensamientos.

ESCENA X

Dichos y BEATRIZ, JULIA y EMMA

OVALDO. *(Va a su encuentro.)* ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

BEATRIZ. ¡Venimos trastornadas!

ROBERTO. ¿Por qué?

BEATRIZ. Dílo tú, Julia

JULIA. Me hallaba retratando a Guillermo. Ya sabe usted lo difícil que es retenerle junto al lienzo. Beatriz y Emma se reían por lo bajo al notar su impaciencia. En, esto llegó el teniente Gurko, de su compañía. Entregó un pliego... Lo leyó, y al punto se fue a su cuarto, pero con tanta precipitación, que echó a rodar el caballete, tropezando con todos los muebles que hallaba a su paso.

OVALDO. Habrá recibido algún aviso urgente. La milicia tiene esos accidentes. Tranquilizaos.

EMMA. Nunca le hemos visto tan agitado.

BEATRIZ. Ni tan nervioso.

OVALDO. ¿Y vuestra madre?

JULIA. Llegó en aquel instante, recelando que la visita del teniente tuviese alguna importancia, y fuése en pos de Guillermo. Miradles. Aquí vienen. (*Al fondo.*)

ESCENA XI.

Dichos, CATALINA y GUILLERMO, vestido de todo uniformi

GUILLER. Padre, adiós. Hasta otra visita,

OVALDO. ¿Qué ocurre?

ROBERTO. ¿Por qué tanta precipitación?

GUILLER. Acabo de recibir un aviso urgentísimo para que vaya, sin pérdida de momento, a ponerme al frente de mi compañía. Se añade en la orden que así lo exige la salud del Imperio. Esta noche estaremos en el cuartel en pie de guerra. Y mañana ¡ay de los que intenten, padre, levantarse en armas por Las calles! La orden de exterminio no puede ser más implacable ni más cruel. Adiós.

CATALINA. Prudencia, hijo mío.

OVALDO. Cumple con tu deber, pero no lo rebases... No olvides, en ningún caso, que vas a pelear contra los hijos del Pueblo.

EMMA. No luches contra nadie Guillermo, No; no te vayas.

GUILLER. ¿Estáis locas? ¡Dejadme! ¡Adiós! (*Vase por el foro*).

ESCENA XII

Los mismos menos GUILLERMO

OVALDO. Ya lo has oído, Roberto.

ROBERTO. No he perdido ni una sílaba.

OVALDO. Tienen orden de exterminar a todos los que se levanten en armas.

ROBERTO. Esa es la Ley del Tirano.

CATALINA. Tú si que no saldrás de casa, Roberto. ¡El tiempo está de revolución!

ROBERTO. Tengo que salir ahora, un momento; mas pronto me hallaré de regreso. Nada temáis por mí.

EMMA. De ningún modo. *(Rodeándolo las tres.)*

JULIA. No lo consentiremos

BEATRIZ. Tú no eres militar.

EMMA. ¡Cualquiera te separa de nuestros brazos!

CATALINA. Tienen razón tus hermanas. No aumentes la zozobra de nuestros corazones, hijo mío.

ROBERTO. No os Inquietéis. Mañana permaneceré todo el día a vuestro lado; pero hoy... hoy necesito salir un instante. Luego volveré.

EMMA. ¡No te dejamos!

JULIA. ¡No es posible!

CATALINA. No te será fácil romper esa cadena de flores que te aprisiona. No tendrás más remedio que capitular.

ROBERTO. Reclamo tu auxilio, padre.

OVALDO. (¡Oh, Corazón de padre! Ahoga tus latidos.) No detengas a tu hijo, Catalina... Soltad a vuestro hermano, hijas mías. Roberto tiene que salir... Soy yo quien lo ordena.

ROBERTO. (*Acercándose conmovido.*) ¡Gracias, padre!

OVALDO. Libre tienes el paso.

ROBERTO. Como he de volver al punto, no me despido.
¡Adiós a todos!

EMMA. Nosotras te acompañaremos hasta la salida.

BEATRIZ. Vamos.

JULIA. Vamos.

CATALINA. No tardes, Roberto.

ROBERTO. (¡Padre de mi vida! ¡Madre de mi alma!) (*Vase acompañado de sus hermanas*)

CATALINA. ¿Le permites salir en estas circunstancias conociendo sus ideas?

OVALDO. No es posible retenerlo,

CATALINA. ¿Qué veo? Tus ojos están humedecidos... No. No trates de ocultarlo...

OVALDO. ¿Humedecidos? Esto sería señal de llanto.

CATALINA. ¿Qué pasa aquí? Sácame de esta angustia. Acaso nuestro hijo... Aun es tiempo. Corro a detenerle. ¡Roberto!

OVALDO. ¡Catalina! Ni un paso más. ¿Desde cuándo desconoces el valor que tienen mis frases? Ya he dicho que no es posible detenerle.

CATALINA. ¡Ovaldo! ¡Ovaldo! Dime, por piedad, lo que ocurre, aunque la verdad se clave como un dardo en mi corazón.

OVALDO. ¡Pobre esposa mía! ¡Triste madre que ve alejarse al hijo de sus entrañas!... Ven aquí. Desfallece sobre mi pecho. Este será el pedestal de tu dolor.

CATALINA. ¿A dónde va Roberto?

OVALDO. ¡A la lid fratricida! ¡A luchar contra su hermano!

CATALINA. *(Cayendo en brazos de Ovaldo)* ¡Ay! ¡Ya me has herido!

OVALDO. ¡La guerra entre los hombres ¡Maldita sea!
¡Maldita sea!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Una plaza de San Petersburgo. Comienza a oscurecer

ESCENA PRIMERA

Muy lejos, los cantos del pueblo, entonando «La Marsellesa, glosando con vivas a la libertad, descargas y estampidas de cañón, significándose la épica lucha entre el pueblo y el ejército. Debe graduarse bien este efecto, para que el ambiente adquiriera el tono trágico de las circunstancias. Salen por el primer término derecha, CIUDADANOS 1º, 2º y 3º, al frente de un grupo muy nutrido de obreros armados con fusiles, pistolas y sables. Algunos traen la cabeza vendada, otros, el brazo, etc.

CIUDA. 1. No podemos resistir... Huyamos.

CIUDA. 2. Detengámonos aquí... Serenidad, compañeros. No abandonemos, como si fuéramos unos cobardes, a Roberto y Kurok, que aun luchan como leones.

CIUDA. 1. Yo estoy herido.

CIUDA. 3. Y yo.

CIUDA. 1. Las calles están sembradas de cadáveres.

CIUDA. 3. La artillería ha deshecho nuestras barricadas, destrozándolo todo.

CIUDA. 2. Aun podríamos defendernos algo más... Volvamos a la línea de fuego.

CIUDA. 3. No, compañeros. No se puede pedir al hombre más fuerzas de las que tiene.

CIUDA. 2. Oíd a lo lejos los cantos del pueblo... Todavía luchan nuestros hermanos. Aun hay esperanza.

CIUDA. 1. Por este lado hemos sido vencidos. Se nos echó encima el grueso de las tropas.

CIUDA. 3. Las descargas no cesan.

CIUDA. 1. El cañón retumba.

CIUDA. 3. ¿Visteis la muerte espantosa de Siroff?

CIUDA. 1. Se le llevó una bala la cabeza. El tronco cayó a mis pies.

CIUDA. 2. ¡Mirad! ¡Mirad i Ya retrocede también Roberto. Ahora sí que no hay remedio, compañeros.

CIUDA. 3. ¡Sálvese quien pueda! (*Vanse.*)

ESCENA II

Aparecen por la derecha ROBERTO y SPIRIDOFF

SPIRIDOFF. Aquí... Aquí podemos ventilar la cuestión, antes de que se echen encima los cosacos.

ROBERTO. Habla, ¡Ira de Dios! Dime por qué me agarraste el brazo de tan mal modo, llamándome traidor.

SPIRIDOFF. Porque advertí tu traición. Vigilaba tus acciones como miembro del Comité revolucionario.

ROBERTO. ¿Luego eres un espía?

SPIRIDOFF. Como quieras... Has faltado dos veces a tu deber... Dejaste con vida al Tirano, y ahora, en la ruda pelea, en el fragor del combate, cuando hacíamos frente a la terrible acometida de los granaderos, cuando tuviste al alcance de tu revólver a su capitán, podías haberle muerto, salvando la vida de muchos de nuestros compañeros... Le apuntaste, y no hiciste fuego, bajando el, brazo. Yo lancé un grito de rabia y juré hacer justicia. ¿Por qué no le mataste?

ROBERTO. Porque era mi hermano.

SPIRIDOFF. ¡Tu hermano!

ROBERTO. Sí; mi hermano Guillermo. Mas no, importa. Tienes razón... Debí matarlo. Haz justicia, compañero.

SPIRIDOFF. (*Disparando sobre él*) Muere, pues, por débil y cobarde. (*Le hiere en la mano izquierda.*)

ROBERTO. ¡Torpe! ¡Me has herido sólo en la mano!
¡Apunta bien! ¡Aquí está mi pecho!

ESCENA III

Antes de que Spiridoff dispare nuevamente sobre Roberto, se oye un segundo disparo, hecho por Kurok sobre Spiridoff. Este cae muerto. KUROK aparece en escena por la derecha.

ROBERTO. ¡Kurok! ¡Amigo Kurok! ¿Has sido tú quien le ha matado?

KUROK. Vi al acercarme que disparó sobre ti, y entonces hice fuego contra él. ¿Te ha herido?

ROBERTO. En una mano. No. es nada. Un rasguño. *(Sacando un pañuelo y envolviéndose la mano herida.)*

KUROK. Viertes mucha sangre. ¿Te has quedado inmóvil contemplando el cadáver de ese traidor?

ROBERTO. No. ¡No le llames traidor!... En esta trágica contienda sólo Dios sabe dónde están los leales...

KUROK. Huyamos, Roberto, si no queremos ser envueltos por los cosacos.

ROBERTO. Aguarda un instante. *(Se acerca al cadáver de Spiridoff. Se arrodilla. Le coge una mano y se la besa.)* ¡Adiós, Spiridoff! ¡Adiós, corazón esforzado y valeroso! Los dos hemos cumplido como buenos. En mí, la naturaleza hizo su oficio. Tú quisiste oficiar de juez... Te debo gratitud eterna...

Ya se ha derramado mi sangre como exigía el Comité. Queriendo tú darme la muerte, me has salvado la vida. ¡Adiós, compañero! (*Vanse por la izquierda. Hasta ahora no ha dejado de retumbar el cañón a lo lejos.*)

CUADRO VI

Telón corto con decoración de calle. Ya es de noche

ESCENA PRIMERA

ROBERTO por la izquierda. Después, KUROK

ROBERTO. ¿Qué habrá sido de Kurok... ¿Tiró por otro lado huyendo de las patrullas? ¿Estará libre el paso por esta calle? (*Se acerca al extremo derecha.*) No lo está... Me cierra el paso una legión de sombras. ¡Los cosacos! ¡Los buitres del Imperio! ¿Debo retroceder?... (*Se acerca al extremo izquierda.*) Tampoco... ¡Ni avanzar ni retroceder! ¡Oh! ¿Quién viene?

ROBERTO. ¡Kurok!

KUROK. ¡Roberto!

ROBERTO. La suerte nos Une de nuevo. ¡Pero en qué circunstancias! No podemos salir de esta calle. Las patrullas nos cierran el paso por ambos extremos.

KUROK. Yo no puedo detenerme. Estoy poseído de un vértigo... Por aquí... Por allí... Con tanto rodar por las calles mi cabeza gira...

ROBERTO. ¡Calma, Kurok!... Teniendo serenidad, aun podemos salvar la vida.

KUROK. ¿No te has fijado en el espectáculo horrible que ofrecen nuestras calles?

ROBERTO. Millares de cuerpos las alfombran con manchas negras y flores rojas. Si no estuviera la noche tan oscura verías mis borceguíes salpicados.

KUROK. Y tú verías los míos como dos esponjas. Hay que salir de este círculo de hierro. Yo me voy.

ROBERTO. ¿Por dónde?

KUROK. Por donde quiera; como el judío errante... Por aquí. *(Yendose hacia la derecha.)*

ROBERTO. No, Kurok. Mira aquellas sombras que pasan, y traspasan. Son nuestros enemigos.

KUROK. Llevo cargado el revólver... No me detengas. Me arrastra un torbellino de sangre... ¡Moriré matando! (*Vase.*)

ROBERTO. ¡Ya se aleja! ¡Qué ciega temeridad la suya! Mis ojos quisieran tener luz para verle. Se ha contundido en las tinieblas de la noche. ¡Animo, Kurok! ¡Sálvate tú siquiera! Nada se oye... ¡Me late el corazón como si se tratara de mí mismo! (*Suenan por la derecha varios tiros.*) ¡Ah! Ya ha tropezado con los soldados. ¡Ya se ha perdido! ¡Otro mártir de la Libertad! Al egoísmo de la vida... A pensar sólo en mi salvación. ¿Qué hago? ¿Trato de abrirme paso como Kurok? Me siento algo débil. He perdido mucha sangre, pero mi espíritu no decae... Como Kurok, siento una especie de vértigo que hace girar mi cabeza, pero soy Roberto Padewski. Lucharé a brazo partido con todos los fantasmas que me rodean. ¡Calma! ¡Calma! Veamos si se ha despejado la calle. (*Se dirige hacia el extremo izquierda.*) ¿Qué veo? ¡Viene hacia aquí una patrulla! Llegó mi última hora. Alguno me abrirá camino... ¡oh! ¡Qué ideal La serenidad me salve... Las calles están sembradas de cadáveres... Me fingiré muerto... ¡Sangre! ¡Mucha sangre sobre mi cabeza! (*Se restriega la cabeza con la propia sangre de su herida.*) Caiga, ahora, mi cuerpo sobre el suelo.

ESCENA II

Aparéele por la izquierda un OFICIAL DE COSACOS y una patrulla de individuos del mismo cuerpo a sus órdenes con los sables desenvainados. COSACO 1º, con una linterna sorda encendida.

COSACO 1. *(Fijándose, al resplandor de la linterna, en el cuerpo de Roberto.)* Aquí ha caído uno.

OFICIAL. ¿Muerto o herido?

COSACO 1. ¡Bien muerto! Tiene la cabeza atravesada de un balazo.

OFICIAL. ¡Adelante!

COSACO 1. ¡Adelante! *(Vanse precipitadamente por la derecha. Roberto apera un momento a que se aleje la patrulla, y se levanta.)*

ROBERTO. ¡Ja, ja, ja!... ¡La guerra tiene también sus comedias! Les he burlado, y, lo que es aun mejor, me dejan Libre el paso... Con semejante lucha se ha despertado en mi alma, de un modo feroz, el interés de conservar la vida. ¡Buenas noches, cosacos! ¡En marcha, Roberto! *(Vase por la izquierda.)*

CUADRO VII

La decoración del acto primero en casa
del filósofo Ovaldo

ESCENA PRIMERA

CATALINA sentada y rodeada de
BEATRIZ, EMMA y JULIA

BEATRIZ. ¡La revolución! ¡Ay, mamá! ¡Qué amarguras y sobresaltos produce!

EMMA. ¡Qué intranquilidad! ¡Qué zozobra!

JULIA. ¡Tan buena que es la paz!

CATALINA. Para quien saca provecho de sus bienes; mas no para aquellos que, en plena paz, tienen que vivir en cruda guerra con las necesidades más apremiantes de la vida.

JULIA. Yo no sé qué clase de persona es nuestro Emperador. ¿No pide el pueblo la libertad? Pues dársela, y se ha terminado. él viviría más tranquilo y nosotras también.

EMMA. Yo, en su lugar, publicaría este *úkase*: Artículo primero. Desde hoy reinará la paz en todas las Rusias. Artículo segundo. Cada cual es libre para hacer su santa voluntad siempre que no moleste a los demás, :

BEATRIZ. Ya parece que ha terminado la lucha por las calles.

EMMA. Ya no retumba el cañón.

JULIA. Ni se oyen aquellas descargas tan terribles !

BEATRIZ. ¡Qué día, mamá! ¡Qué día!

EMMA. Tú no has salido aún del sobresalto.

CATALINA. Hasta que vea en mis brazos a mis hijos, no me pidáis tranquilidad.

EMMA. Distrae tu pensamiento.

JULIA. No hemos de estar siempre así pensando.

BEATRIZ. Bastante hemos sufrido en el transcurso del día.

CATALINA. Bueno. Hablad de lo que gustéis.

EMMA. Mamá, Julia es sonámbula.

BEATRIZ. Todo lo adivina.

EMMA. Es muy curioso. Escúchalo, mamá, y distrae tu pena. Me hallaba ayer tocando al piano una sonata de Mendelssohn, pero mi idea fija estaba en otra parte. ¿Dónde dirás? En la sala donde colocaste el ramo de flores que nos mandaron las vecinas. Julia se encontraba a mi lado. De pronto desaparece, y a poco vuelve con una de las flores del ramo, precisamente la que más me había llamado la atención, y así que se acerca me dice: «Toma la flor que tanto te gusta... He adivinado tu pensamiento.» Ahora, que diga Beatriz lo que ha observado.

BEATRIZ. La otra noche no podía pegar los ojos pensando en mi hermana, sin saber por qué. De pronto suenan unos golpecitos dados sobre el tabique que divide nuestras alcobas, y oigo la voz de Julia que dice: –Me estás desvelando, hermana. –¿Por qué?, le pregunto, y me contesta: –Porque piensas demasiado en mí, y no puedo quitarme de encima tu pensamiento. –¡Me quedé atónita!

EMMA. ¿Cómo adivinaste mi pensamiento?

JULIA. Me hallaba a tu lado oyendo la sonata de Mendelssohn. pero advertí que las notas carecían de expresión. –¿En qué estará pensando mi hermana? –me pregunté a mi misma... y no tardé en saberlo. Noté claramente que tu idea había emigrado de la sala y se hallaba fija en el ramo de flores. Fuíme a ellas y advertí al punto cuál

era la que atraía tu pensamiento. Cogí entonces la flor elegida, y ya sabéis lo demás.

BEATRIZ. ¿Y el mío? ¿Cómo lo adivinaste?

JULIA. No podía conciliar el sueño de ningún modo, porque notaba en mi cerebro como, que quería brillar una luz sin resplandor, o, por lo menos, sin esos rayos que nos hieren la vista. Entonces reconcentré toda mi atención para ver si podía adivinar de dónde procedía semejante claridad, y noté que germinaba al otro lado del tabique donde se hallaba Beatriz, y que era su pensamiento el que trataba de apoderarse del mío. *(A lo lejos, un disparo de fusil, seguido de seguido de continuos cañonazos.)*

CATALINA. ¡Callad! ¿Habéis oído?

BEATRIZ. Sí; a lo lejos.

EMMA. ¡Otra vez el cañón!

JULIA. ¡Otra vez las descargas!

ESCENA II

Las mismas y OVALDO por el foro

OVALDO. Se ha reanudado el combate

CATALINA. *(Saliéndole al encuentro).* ¡Ovaldo!

BEATRIZ. ¡Papá!

JULIA. ¡Papá!

OVALDO. Dejadme.

EMMA. *(Ofreciéndole una silla.)* Toma asiento.

OVALDO. ¡Y en las sombras de la noche! *(Va a su asiento.)*

CATALINA. ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¡Y Roberto sin venir!

JULIA. Y Guillermo en la refriega.

CATALINA. ¡Bendito sea Dios!

EMMA. ¡Ay, madre mía!

JULIA. ¡Yo tiemblo!

BEATRIZ. Las descargas no cesan.

JULIA. ¡Qué horror!

EMMA. ¡Qué espanto!

OVALDO. Más entereza, hijas mías. También las emociones fuertes piden sencillez. No hay que revestirlas de tanta hojarasca. Si esto hacéis ante un daño probable, ¿qué vais, a hacer ante un daño positivo?... Idos a la sala donde no se oigan los tiros y donde yo no os oiga tampoco a vosotras.

BEATRIZ. No nos separemos.

JULIA. No, no.

EMMA. Vamos juntas, *(Vanse las tres por el foro.)*

ESCENA III

CATALINA y OVALDO

CATALINA. Madres que ponéis el alma en el amor de vuestros hijos... ¡sacrificaos para esto!

OVALDO. *(Dando paseos sombríamente por la escena)*
¿Cabe nada más bárbaro y espantoso? Lanzarse brutalmente

unos hombres contra otros para justificar la frase de Hobbes... "El hombre es lobo del hombre".

CATALINA. Primero, los dolores más intensos para darles a luz... Luego, los cuidados más exquisitos para desarrollar su tierna existencia... Después, los desvelos que pide la educación, los afanes que exige el cultivo del entendimiento... Y todo, ¿para qué? Para que al verles ya criados y en uso de razón, ¡venga la bala de un fusil o el hierro de una espada a derribar y destruir de un solo golpe el amoroso fruto de tantas fatigas y sudores!

OVALDO. ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! ¡Semillas de bendición esparcidas a todos los vientos desde las altas cimas del Calvario! ¡Cuántos jardines hubieran podido florecer con el río de lágrimas que habéis costado a la Humanidad! Sois la dicha de los pueblos... mas para que todo resulte ilógico en la vida, vuestro jardinero es el dolor y vuestro riego es de sangre.

CATALINA. ¿Y no habrá una mano piadosa que detenga el giro de esos odios?

OVALDO. ¡El choque! ¡Siempre el choque!

CATALINA. ¡Ay de mí!

OVALDO. ¡Ay de ti y de todas las madres que en este momento pierden a sus hijos!

CATALINA. Por todas se me oprime y angustia el corazón.

OVALDO. (*Acercándose amoroso*) ¡Pobre esposa mía!

CATALINA. Haces bien en acercarte, Ovaldo.

OVALDO. Apóyate en mi alma.

CATALINA. Y tanto como lo necesito. (*Dentro, más cerca, un disparo de fusil*)

OVALDO. ¡Undisparo! ¿Qué será?

CATALINA. Ha sonado muy cerca.

OVALDO. Voces que gritan: "Por aquí... ¡Por esta calle!"

CATALINA. ¿Oyes? ¡Galope de caballos! (*Dentro, golpes dados violentamente sobre una puerta*)

CATALINA. Lllaman a nuestra puerta.

OVALDO. Alguien debe ser. Ve, Catalina; dale entrada.

CATALINA. Tengo miedo, Ovaldo.

OVALDO. Yo iré entonces.

CATALINA. No; ya he recobrado el valor. Voy al punto.

OVALDO. No hace falta... Mira quién viene hacia aquí.

ESCENA IV

Dichos y Roberto, herido en la mano izquierda, apoyándose con la mano derecha en el hombro de Beatriz, que le acompaña.

CATALINA. ¡Roberto!

OVALDO. ¿Vienes herido?

ROBERTO. Sí; pero no hay que alarmarse. No es nada... ¡Un rasguño en la mano!

CATALINA. ¡Misericordia divina! ¿Y esa sangre en las sienes?...

ROBERTO. Esa sangre me ha salvado la vida. Es también de la mano.

OVALDO. Ve corriendo a traer un vendaje.

BEATRIZ. ¡Al punto! ¡Ay Dios mío!

ROBERTO. Ánimo, Beatriz. *(Beatriz base por el foro)*

OVALDO. De ésta no te mueres... de otra ya veremos.

ROBERTO. Como que no es nada. ¡Una sangría! ¡No te aflijas, madre!

OVALDO. ¿Qué ha sucedido?

ROBERTO. Una cosa inaudita, padre, una cosa inaudita. Centenares de obreros muertos en la calle a tiros y ametrallados. ¡Ellos también hicieron fuego! Yo lo hice con mi revólver batiéndome a la desesperada, pero el máuser nos ha barrido a todos. ¡Luego los cosacos! Persiguiéndonos y acorralándonos por doquier. Como la noche es oscura y están apagadas las luces de las calles, yo pude evadirme de un grupo de soldados que casi me dio caza al doblar la esquina. Tuve tentación de hacerles frente y resistir hasta caer, pero me acordé de vosotros y aquí me tenéis. ¡Vuestro recuerdo me ha salvado! ¡Por dos veces os soy deudor de la vida!

CATALINA. ¡Bien haya el pensamiento que te ha traído!

ROBERTO. No puedo separar de mi mente aquella oscura tragedia. Este domingo será esculpido en los mármoles de la Historia con el título de Domingo Rojo. Este será el domingo rojo de la historia.

ESCENA V

Dichos y Beatriz, por el foro, con un vendaje.

BEATRIZ. Aquí está el vendaje.

OVALDO. ¿Cómo has tardado tanto?

BEATRIZ. Porque... ¡Ay, papá; fuerza es decirlo!

OVALDO. ¿De qué nueva desgracia eres mensajera?

BEATRIZ. Por la escalera suben y bajan unos soldados haciendo abrir las puertas de las habitaciones.

CATALINA. ¡GranDios! ¡Te persiguen!

OVALDO. ¡Vienen en tu busca!

ROBERTO. *(Irguiéndose valerosamente)* ¡Que vengan! Aquí les espero con la frente erguida. ¡Prisión o muerte... da lo mismo! Todo lo arrostro con igual fuerza. Así verán esos soldados, siervos del Emperador, lo que vale un hijo de la libertad.

CATALINA. No, hijo mío; ven conmigo. Quizá pueda ocultarte en un pequeño aposento muy retirado.

OVALDO. Llévale allá, Catalina.

CATALINA. Vamos, Roberto.

ROBERTO. No, madre.

CATALINA. ¡Por tu vida! ¡Por mi amor!

OVALDO. ¡Pronto!

ROBERTO. Puesto que yo he provocado esta tempestad, que caiga el rayo sobre mi cabeza. Abandonadme.

CATALINA. ¡Eso nunca!

OVALDO. ¿Ha roto ya sus cadenas el pueblo ruso? ¿Ya no hay déspotas que combatir ni pueblos que libertar?

ROBERTO. ¡Ah! Tienes razón. Llévame donde quieras, madre. *(Vanse Catalina y Roberto por la primera puerta derecha)*

BEATRIZ. Ahora que estamos solos... ¡Estremécete, padre!

OVALDO. ¿Más todavía?

BEATRIZ. El jefe que manda los soldados que están registrando las habitaciones de los vecinos, es Guillermo.

OVALDO. ¿Dices que Guillermo?

BEATRIZ. Sí, mi hermano, con el teniente Gurkó.

OVALDO. ¡Triunfó el monstruo de la guerra! ¡No podía ser otro!

BEATRIZ. Se oye la voz de Guillermo que dice al pasar por nuestra puerta: "Aquí termina la sangrienta huella... pero esta es mi casa. No puede ser".

OVALDO. Tendrá que registrarla para dar satisfacción a sus soldados. (*¿Qué debo hacer en este conflicto?... ¡Ah!... Ya lo sé. Pronto bajó la luz a mi cerebro*) Corre Beatriz, anticipáte a los hechos. Abre la puerta, y cuando entre Guillermo con sus soldados dile que le espero. (*Vase Beatriz*)

OVALDO. Lo difícil es dar solución al más pequeño de los enigmas del Universo. Lo que debo hacer es muy sencillo. Al registrar la casa hallarían al fugitivo. Le entregarían a un consejo de guerra y sería fusilado. ¡Pobre Roberto! Tu padre será tu salvación. Yo soy también una fuerza. No media tanta distancia del filósofo al Emperador. ¿Dudará Guillermo? ¿Qué falta? La sangre que hizo la huella. ¡Sin ese rojo licor no puede llevarse a cabo ninguna acción meritoria! Bastará con una herida insignificante. Me la inferiré con este cuchillo de cortar papel. Cuando se vierte a ríos por la calle, ¿qué importa un pequeño afluente? (*Apoya la mano izquierda sobre la mesa y con la derecha se infiere la herida*) ¡Ya salió el néctar de la vida! ¡Ni me ha dolido siquiera! En semejantes crisis, la fuerza del espíritu se sobrepone a la carne que protesta. (*Bumores dentro*) ¡Como anillo al dedo! Ya están ahí.

ESCENA VI

Ovaldo, Guillermo, con ocho granaderos, y Un oficial. Al penetrar en la estancia envainan las armas.

GUILLERMO. ¡Padre!

OVALDO. Presumo a lo que vienes.

GUILLERMO. Perdón te pido por haberte interrumpido en tus profundas meditaciones.

OVALDO. Lo has hecho en cumplimiento de tu deber. Adelante.

GUILLERMO. Íbamos en persecución de uno de los fugitivos, a quien se ha visto penetrar en este edificio. Se han registrado todas las habitaciones de los demás vecinos, sin ningún resultado. Comprende mi turbación. Yo jamás hubiera penetrado en mi hogar con tales arrestos; pero hay huellas en la escalera que marcan el paso del hombre a quien buscamos. ¡Esas huellas le han delatado! Ha caído al suelo una gota de sangre, de tal modo, que parece que está

llamando a la puerta de esta casa. Por eso he penetrado en ella en medio de la completa turbación de mi espíritu.

OVALDO. Serénate, Guillermo. Nadie puede torcer la marcha de los sucesos. Yo soy el hombre que buscáis.

GUILLERMO. ¡Tu!

OVALDO. Yo mismo.

GUILLERMO. ¡Imposible!

OVALDO. ¿Quieres saber más que tu padre? Si reconoces en mí alguna sabiduría, acepta los hechos tal como yo los acepto.

GUILLERMO. No puedo convencerme.

OVALDO. Cada cual defiende sus ideas con arreglo a su conciencia. Yo creí que debía unirme a los hijos del pueblo.

GUILLERMO. ¿A tu edad, padre, a tu edad?

OVALDO. Y a todas las edades. *(Extendiendo su mano izquierda, que hasta entonces habrá tenido oculta)* ¡Mira la prueba!

GUILLERMO. *(Olvidándose por completo de su situación; con sobresalto verdaderamente filial)* ¿Estás herido?

OVALDO. No te acerques a mí; te lo prohíbo... Yo, en este momento, ni debo ni puedo ser tu padre.

GUILLERMO. ¿Luego, eres tú?

OVALDO. Cumple con tu deber. Llévame preso.

GUILLERMO. *(Mano a su revólver)* Antes me daré la muerte.

OVALDO. ¡Detenedle, soldados!

OFICIAL. *(Deteniendo la acción del capitán, sujetándole por los brazos)* ¡Por Dios, mi Capitán! *(Gran pausa)*

OVALDO. *(Acercándose majestuosamente a su hijo)* ¡Guillermo!... ¡Manda la ley que rindas obediencia a tu código; que respetes la voluntad de tu padre y que tengas dominio sobre ti mismo... y cuando llega el momento crítico, la ocasión augusta y solemne de demostrar a la faz de tus soldados el temple que tienen en tu alma esas virtudes, faltas a tu obligación, faltas a tu padre y pretendes faltarte a ti mismo! ¡De tres maneras dejas de ser hombre!

GUILLERMO. ¡Señor!

OVALDO. *(Con irresistible imperio)* ¡Capitán Guillermo, cumplid con vuestro deber!

GUILLERMO. Voy a obedecerte, padre. ¡Me avergüenzo del acto indigno que iba a cometer! (*Desnuda la espada y llega hasta su padre*) ¡Ovaldo Padewski! ¡En nombre del Emperador, daos preso!

OVALDO. ¡Vamos! ¡Le he salvado! (*Señalando majestuosamente la puerta del foro, por donde se van*)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Cuadro VIII: Los Dos Héroes

La misma decoración del cuadro cuarto.

Escena I

Guillermo, de uniforme. Catalina y Beatriz, Un oficial de la policía rusa y varios individuos a su orden que se hallan practicando un registro.

GUILLERMO. Nada dejen ustedes por registrar.

OFICIAL. Rogándole nos dispense.

GUILLERMO. La ley está sobre todos

CATALINA. En el cajón hallarán las cartas más importantes que mi esposo recibía del extranjero.

OFICIAL. Sí, aquí hay un paquete... ¿Y estos papeles?...

GUILLERMO. Borradores de una obra que todavía no se ha impreso.

CATALINA. En esas cuartillas está su alma estampada. Pueden arrojar mucha luz en el proceso.

OFICIAL. Gracias, señora.

GUILLERMO. En los estantes, muchos libros de filosofía.

OFICIAL. *(Tomando uno) El Sol de la Humanidad.*

GUILLERMO. Esa es su obra inmortal.

OFICIAL. *(A los individuos a sus órdenes)* ¿Habéis hallado algún documento importante?

POLICÍA 1°. Aquí están todos los que hemos creído relacionados con el asunto. Oficial. Damos nuestra tarea por terminada. A la orden, mi capitán. Guillermo. Queden con Dios. *(Vanse por el foro)*

GUILLERMO. *(Dejándose caer desalentado en una silla)* ¡Registrado este sagrado recinto!... ¡Los esbirros poniendo mano en las obras inéditas de mi padre!

CATALINA. Comprendo tu dolor, Guillermo.

BEATRIZ. CÁLMATE, HERMANO MÍO.

CATALINA. Considera que estamos atravesando un estado verdaderamente excepcional. La represión es cruel y sangrienta... Los fusilamientos se suceden sin interrupción... La menor denuncia sirve para perder a un ciudadano; quizás a un trabajador honrado que es el único sostén de su familia. San Petersburgo, callado y sombrío, parece como que se halla angustiado bajo el peso de una maldición.

GUILLERMO. ¡Oh, madre!... Yo sólo tengo sentimientos de hombre para sufrir por mi padre. Sólo tengo cerebro para dar a luz esta oscura idea que me martiriza sin cesar... ¡Mi padre es inocente!

CATALINA. Piensa también en tu hermano.

BEATRIZ. Eso es: piensa también en Roberto.

GUILLERMO. Roberto habrá ya ganado la frontera y se hallará en Alemania libre de todo peligro.

CATALINA. ¿Y si así no fuese?... Ya sabes que la persecución se ha extendido por todo el Imperio... ¡Sólo Dios sabe cuál ha sido su suerte!

GUILLERMO. Pero Roberto tomó parte en la revolución... ¡Roberto es culpable!

CATALINA. ¡Culpable! ¡Ay, hijo mío! Cómo extravía el dolor tus buenos sentimientos... Aquí no hay culpables... No hay más que ríos de sangre. ¡Una gran fatalidad! ¡Un inmenso dolor!

GUILLERMO. ¡Sí, sí! Tienes razón... Perdóname, madre. El egoísmo del cariño filial me extravía. Esta persecución implacable que ahora se hace contra los hijos del pueblo subleva mi conciencia, no como ser moral, sino hasta como militar. Comprendo la guerra, pero en el campo de batalla, con el enemigo en frente y con la muerte por peligro. Así se da honor a los soldados. Sí, madre. Esto es inicuo y vergonzoso.

CATALINA. Pero no lo digas, por Dios, fuera de aquí.

BEATRIZ. No lo digas, Guillermo.

GUILLERMO. Lo seguiré pensando, que es lo mismo. Y ahora os digo más. No pueda creer que mi padre sea sentenciado por el Consejo de Guerra a la última pena... pero si así fuere, ¡horror me causa semejante idea! No será ejecutado siendo su hijo Guillermo capitán de granaderos del ejército ruso. Antes arrojaré mi espada a los pies del Emperador.

CATALINA. ¡Hijo mío!

BEATRIZ. ¡Hermano!

CATALINA. No; no le matarán... Tranquilízate... Los últimos telegramas que se han recibido dan cuenta de la inmensa sensación que en toda Europa ha producido la prisión de tu padre. Las Universidades, las Academias, los Ateneos... cuantos aman la civilización... moralistas y hombres de ciencia piden la libertad del gran filósofo. No, no le matarán.

GUILLERMO. Que Dios te oiga. ¡Adiós!

CATALINA. ¿Dónde vas?

GUILLERMO. A verle.

CATALINA. ¿Cómo? ¿Has conseguido...?

GUILLERMO. Lo que deseaba... Mira el permiso.
(Sacando un pliego y entregándolo a su madre)

CATALINA. Sí, sí. Se halla extendido en toda regla.

BEATRIZ. ¿Y lo tenías callado?

GUILLERMO. Nada he podido decirlos hasta este momento... ¿Olvidáis que llegué cuando ya se hallaba en esta casa la policía?

CATALINA. ¿Qué le vas a decir, Guillermo?

BEATRIZ. ¿Qué le vas a decir?

GUILLERMO. Lo que le dirán mis labios... no lo sé. Lo que le dirá mi alma... en la expresión de vuestros semblantes se retrata; en vuestros ojos humedecidos se refleja...

CATALINA. ¡Esposo de mi vida!

BEATRIZ. ¡Padre de mi alma!

ESCENA II

Dichos y Emma, por el foro. Después Roberto, por el foro también, con la mano izquierda envuelta con una venda negra.

EMMA. *(Desde el foro)* ¡Mamá!

CATALINA. ¿Qué hay?

EMMA. ¡Roberto!...

GUILLERMO. ¿Cómo, que Roberto?

CATALINA. ¡Gran Dios!

BEATRIZ. ¡Nuestro hermano!

EMMA. El mismo. Aquí viene.

ROBERTO. Aquí estoy... Nada de preguntas. Nada de zozobras.

CATALINA. ¡Desdichado! ¿Qué has hecho?

GUILLERMO. No salgo de mi asombro.

ROBERTO. ¿Queríais que yo me fuese a Alemania dejando preso a mi padre en San Petersburgo?

CATALINA. ¡Te habrán espiado!

BEATRIZ. ¡Te habrán seguido!

ROBERTO. Tranquilizaos... Aquí soy forastero. Nadie me conoce. Vamos a lo que importa. Tengo que hablar con mi hermano Guillermo... ¡Madre! ¡Hermanas! Dejadme con él a solas por unos instantes. Os lo suplico.

CATALINA. ¿Pero...?

ROBERTO. Lo exigen así las circunstancias. Lo reclama la vida de mi padre.

CATALINA. Vamos, hijas mías. Solo quedas con Guillermo.
(*Vanse por el foro Catalina, Beatriz y Emma*)

Escena III

Roberto y Guillermo.

GUILLERMO. ¿No te fue posible ganar la frontera?

ROBERTO. Si me lo hubiera propuesto, ya me hallaría en Berlín.

GUILLERMO. ¿Dónde te has ocultado?

ROBERTO. Donde he podido. No hablemos de esto.

GUILLERMO. ¿Qué misión te trae? ¿Qué secreto tratas de revelarme?

ROBERTO. Nuestro padre fue detenido por tus soldados.

GUILLERMO. Así fue.

ROBERTO. ¿Sabías tú que era inocente?

GUILLERMO. Lo supe luego.

ROBERTO. ¡Cómo, entonces, tuviste valor para prenderle!

GUILLERMO. ¿Sabes tú lo que es el honor militar? No. No lo sabes. Si lo supieras no te hubieras afiliado al partido de la Revolución.

ROBERTO. Prosigue.

GUILLERMO. Perseguíamos a un fugitivo que iba dejando tras sí una roja huella, la cual nos guió hasta la puerta de esta casa. Aquel fugitivo eras tu. No tuve más remedio que penetrar en ella. Lo exigía mi honor; y la imperiosa satisfacción que debía a mis soldados. Encontré a nuestro padre. Me dijo que él era el hombre a quien buscábamos. No quise darle crédito, y entonces me enseñó su mano ensangrentada.

ROBERTO. ¿Se había herido?

GUILLERMO. Para probar así la certeza de sus palabras.

ROBERTO. ¡Horror!

GUILLERMO. Comprende mi situación. ¿Cómo habría de llevarle preso siendo su hijo? ¿Quién era, ante mi padre, ni el mismo Emperador? ¿Qué significaba, ante aquella noble faz, mi severa ordenanza? Mi honor de soldado... mi limpia historia militar... todo lo hubiera hecho pedazos antes que poner mi mano de esbirro sobre aquella venerada imagen...

Pero nuestro padre reclamó, en aquel supremo instante, la obediencia que le debo... Mandó que le prendiese, yyo ejecuté aquel mandato como si Dios le hubiese transferido todo su poder. Esa es la verdad, Roberto. ¿Crees que hice mal? Acaso tú...

ROBERTO. ¿Sabes el valor que tiene una idea? No. No lo sabes. Si lo supieras, no serías capitán del ejército ruso.

GUILLERMO. Adelante.

ROBERTO. Llevaba en mi cerebro enroscada una idea... oscura... muy oscura... pero grande... muy grande. Aquel pensamiento tomó naturaleza en mi ser como la misma carne. Prometí a Rusia el sacrificio de mi vida para librarla de tu Emperador. Desde Berlín vine guiado por este pensamiento como una sombra envuelta en una aureola de luz. Nuestro padre adivinó mi propósito. No quiso que en la historia fuese unido su nombre al de un asesino... Cayeron luego las lágrimas de nuestra madre sobre mi corazón, y giró mi voluntad de roca como si obedeciese a un poder sobre humano... Así es que puedes estrechar mi diestra, Guillermo. Los dos tenemos una misma ley... La voluntad soberana de nuestro padre.

GUILLERMO. Ahora dime... (*Se dan la mano*)

ROBERTO. Voy a abrirte las puertas de roca de mi pecho. He venido para decirte: Guillermo, ¿quieres que

salvemos a nuestro padre de la prisión oscura donde le aguarda la muerte?

GUILLERMO. ¿Crees tú que...?

ROBERTO. Que será fusilado si no lo impedimos nosotros. Todos los odios del imperio se han concitado contra él.

GUILLERMO. ¿Y el alma de Europa sublevada?

ROBERTO. Tampoco le salva... Sólo nosotros le salvamos.

GUILLERMO. ¿Pero cómo...? ¿Cómo?

ROBERTO. Nadie nos oye... ¿verdad, Guillermo?

GUILLERMO. *(Yendo al foro y escuchando)* Habla sin temor... Baja la voz, por si acaso.

ROBERTO. Debes sospecharlo. Yo formo parte del Comité revolucionario de Rusia. Soy miembro del mismo desde ayer. He ganado este honor el Domingo Rojo, sobre los escombros de la barricada que interceptaba la calle de San Pedro...

GUILLERMO. ¿Allí estabas tú?

ROBERTO. Allí estaba.

GUILLERMO. Yo la asalté al frente de mis granaderos.

ROBERTO. Y te pusiste al alcance de mi revólver cuando te mataron el caballo y caíste rodando al suelo.

GUILLERMO. ¡Ah!

ROBERTO. Dejemos esto... Los regimientos que han venido de Moscú están comprometidos a secundar nuestros planes con otras fuerzas de la guarnición. Así que estalle el movimiento, nosotros, los ciudadanos, reliquias de la hecatombe del domingo, asaltaremos la cárcel para salvar a nuestro padre, y con él, a todos los ciudadanos que gimen en aquellos calabozos. ¿Quieres tomar parte?

GUILLERMO. ¿En qué forma?

ROBERTO. Sublevándote al frente de tu compañía de granaderos, y atacando, a la vez, el palacio imperial.

GUILLERMO. No, Roberto.

ROBERTO. ¿No llegan hasta el fondo de tu alma los males que afligen al pueblo?

GUILLERMO. Yo no mancho mi historia militar, la he jurado y he de cumplir mi juramento... Pero aguarda. ¿No oyes?

ROBERTO. Sí, sollozos en la pieza inmediata.

GUILLERMO. *(Yendo a escuchar al foro)* Nuestras hermanas que lloran.

ROBERTO. ¡Las lágrimas! ¡Este es su ambiente trágico!

GUILLERMO. Aquí viene Beatriz.

Escena IV

Dichos y Beatriz, por el foro, con un periódico.

BEATRIZ. Dice mamá que leáis lo que trae este periódico. Tomad. Yo me voy. No quiero oírlo de nuevo. *(Vase por el foro)*

GUILLERMO. *(Lee)* "Cuestión palpitante". Aquí debe ser... *(Leyendo)* 'Ya ha desaparecido todo equívoco. Según parece, los hechos se han demostrado plenamente. Ovaldo Padewski no sólo soliviantó al pueblo con sus escritos y proclamas, sino que dirigió el movimiento revolucionario". ¡Qué impostura tan infame!

ROBERTO. Sigue leyendo.

GUILLERMO. *(leyendo)* "Nada importa que los anarquistas de la ciencia, del arte y la política apostrofen y vituperen al Imperio ruso desde las grandes ciudades europeas. El gobierno sabrá cumplir con su deber poniendo inmediatamente en ejecución el fallo que dicte el tribunal que conoce en la causa que se sigue a tan peligroso revolucionario". ¡Poder de Dios! *(Estrujando el periódico')* ¡Qué horrenda injusticia!

ROBERTO. ¿Vale más tu historia militar que la vida de nuestro padre y la justicia del pueblo?

GUILLERMO. Con un plazo y una condición.

ROBERTO. Habla.

GUILLERMO. Sepamos antes si la pena impuesta es de muerte... Yo pediré la vida de mi padre al poder público, y ante una negativa devolveré mi espada al Emperador. Entonces seré libre y me tendrás, a tus órdenes.

ROBERTO. Aceptado... Ahora dime... Yo necesito hablar con nuestro padre para prevenirle de todo cuanto intentamos. ¿Pero cómo penetro en su prisión?

GUILLERMO. ¿No sería lo mismo que yo...?

ROBERTO. ¿Tú puedes verle...?

GUILLERMO. Mira. *(Le enseña el permiso')*

ROBERTO. ¡Oh, qué idea! ¿Quién es el alcaide de aquella cárcel?

GUILLERMO. El coronel Silok... furibundo imperialista. Un perro de presa.

ROBERTO. ¿Te conoce personalmente?

GUILLERMO. No... A mí me conoce muy poca gente en San Petersburgo. Soy muy retraído; de mi casa al cuartel, del cuartel a mi casa.

ROBERTO. ¿Y de los oficiales que tiene el coronel Silok a sus órdenes?

GUILLERMO. Tampoco. Puedo asegurártelo.

ROBERTO. Me quedo este salvoconducto... Me servirá para mi propósito.

GUILLERMO. ¡Pero tú no eres capitán de granaderos!

ROBERTO. Me pondré uno de tus uniformes...

GUILLERMO. Pero...

ROBERTO. No me repliques, Guillermo. Tú no sabes la tempestad que bulle en mi cerebro desde que he adquirido noticia del arresto de nuestro padre... Aquella noche de sangre, después que me vendaron la herida y por temor a un nuevo registro, huí de esta casa sin que nadie lo advirtiese;

notando, empero, que algo extraordinario había ocurrido en ella. El semblante de nuestra madre parecía el de un cadáver, y nuestras hermanas no podían contener su llanto. Logré ocultarme; mas cuando supe la verdad de lo que había ocurrido, creí enloquecer... Mi primer pensamiento me indujo a presentarme al juez militar para decirles: "Yo soy el culpable; deshágase el error de la justicia".

GUILLERMO. Te hubieras sacrificado inútilmente. Ya lo ves... Acusan a nuestro padre de haber sido el alma del movimiento que ha fracasado.

ROBERTO. Reflexioné que no debía hacerlo sin valirme de su consejo... Además... yo no me pertenezco, Guillermo... Los representantes del pueblo ruso me han hecho depositario de sus confianzas y secretos. ¿Podría yo callarlos sometido a la bárbara inquisición del tormento?... ¿Resistiría mi flaca naturaleza al espantoso dolor de los huesos descoyuntados y la carne abrasada a fuego lento?... Esta duda es la que me detuvo... Primero, el llanto de la madre desarmó el brazo que debía derribar al Emperador... Después, el cariño fraternal que te profeso impidió el disparo de mi revólver... Y ahora, por tercera vez, el amor del hijo comprometería la causa de la libertad y la vida de sus más leales partidarios. ¡Esto es horrible!... Caros son los afectos de la familia, pero los hombres que no tengan el valor suficiente para desligarse de ellos cuando así conviene a las ideas que sustentan, no deben afiliarse a las grandes causas... ¿Qué me resta? Ver a nuestro padre y darle a

conocer el infierno en que batallo, para que él decida y ponga claridad en las sombras de mi alma con aquella luz tan intensa de su espíritu.

GUILLERMO. Me has convencido; debes consultarle.

ROBERTO. Condúceme a tu gabinete. Me ayudarás a cambiar de traje. Seré por un día capitán del ejército ruso.
(Vanse por el foro)

Cuadro IX: Cómo se libra Kurok de las garras de la policía
La decoración del bosque del cuadro tercero.

Escena I

Aparecen por la derecha Ciudadanos 1º, 2º y 3º.

CIUDADANO 1º. No hay nadie. Aquí podremos hablar.

CIUDADANO 2º. ¡Cárcel maldita! ¿No la ves?

CIUDADANO 1°. Allá a lo lejos, levanta sus viejos murallones, como la antigua Bastilla de la revolución francesa.

CIUDADANO 3°. No hables alto... Que hasta el viento es traidor en estas circunstancias.

CIUDADANO 1°. ¿Sabes que han preso al valeroso Roff?

CIUDADANO 3°. Tu reloj está retrasado, amigo. Ya le han fusilado.

CIUDADANO 1°. ¿Cuándo?

CIUDADANO 3°. Esta mañana, como a nuestro compañero Raquit... ¿Te acuerdas de Raquit?

CIUDADANO 1°. ¡Ya lo creo!

CIUDADANO 2°. ¿Y el padre de Roberto? ¿Crees tú que también será fusilado?

CIUDADANO 1°. No cabe la menor duda.

CIUDADANO 3°. Se levantarían hasta las piedras. Estallaría la revolución universal.

CIUDADANO 1°. Pero será fusilado... No olvides que sus libros favorecen la causa del pueblo.

CIUDADANO 3°. Tanto mejor para nosotros, aunque haya una víctima más y quede su casa como la de otros muchos, convertida en un desierto de dolor... Así se irá formando el gran bloque que aplaste a los enemigos del pueblo.

CIUDADANO 1°. No te entusiasmes, compañero. Hablemos como si se tratara de cosas que no tienen la menor importancia. Pensemos algo en nosotros.

CIUDADANO 3°. ¿Qué haremos?

CIUDADANO 1°. Qué sé yo.

CIUDADANO 2°. Mientras no nos atrape la policía.

CIUDADANO 1°. Nuestra vida pende de un cabello.

CIUDADANO 3°. Y tanto.

CIUDADANO 1°. ¿No has pensado en huir?

CIUDADANO 2°. ¿Y cómo?

CIUDADANO 1°. Es verdad. Tenemos el cuello amarrado a una argolla.

CIUDADANO 2°. Tú, ¿dónde duermes por la noche?

CIUDADANO 1°. En el campo; sólo me doy a luz cuando anochece.

CIUDADANO 2°. Yo también.

CIUDADANO 1°. ¿Qué has hecho de tus pequeñuelos?

CIUDADANO 2°. Por ahí andan vagabundos. Como les faltó el amparo de su padre, que era su único sostén, no hay hogar que les dé asilo. Además, tienen mala nota: son hijos de un revolucionario.

CIUDADANO 1°. ¿Suelen verte?

CIUDADANO 3°. Nos vimos por casualidad, el otro día. Me pidieron limosna sin conocerme. Era entre dos luces.

CIUDADANO 1°. ¿Y se la diste?

CIUDADANO 2°. ¡Qué había de dar, si no llevaba encima ni una moneda!... Les di un beso a cada uno, o muchos... no sé cuántos. Por cierto que me hicieron llorar con la alegría que sintieron los pobrecitos al reconocirme. Estaban ateridos de frío y muertecitos de hambre... Yo les dije que me esperasen allí todos los días, a la misma hora, sin decir nada a nadie, con objeto de verles y de llevarles cuanto pudiese. Así quedamos; mas yo no puedo ir todos los días a verles por el motivo de que nada puedo llevarles... Hablando de esto siento que me arrancan pedazos de carne de dentro de las entrañas.

CIUDADANO 1°. *(Dándole algunas monedas)* Toma, hombre.

CIUDADANO 2°. ¿Qué haces? Me das dos rublos. Es demasiado. ¿Ytú?

CIUDADANO 1°. No alcanzo a más. Yo he de cuidar solo de mí.

CIUDADANO 2°. ¿Y Dovaska, tu mujer?

CIUDADANO 1°. ¡Mi pobre Dovaska!

CIUDADANO 2°. ¿Qué ha sucedido?

CIUDADANO 1°. Fue la policía a nuestra casa en mi busca cuando afortunadamente ya no estaba yo en ella. Lo registraron todo, y hallaron el libro aquel que ya conoces, que se titula *El Sol de la Humanidad*. Les vino de perlas el hallazgo para dar satisfacción a sus malos instintos. Se llevaron a Dovaska, después de apalearla brutalmente.

CIUDADANO 2°. ¿Cómo lo has sabido?

CIUDADANO 1°. Todo se sabe cuando hay interés en averiguarlo. Se la llevaron, y Dovaska enfermó del susto y falleció a los pocos días en la cárcel... La infeliz estaba encinta... me ha dejado solo, sin mujer y sin hijo. ¡Esto es muy cruel, compañero!

CIUDADANO 2°. (*Alargándole la diestra*) Toma mi limosna.

CIUDADANO 1°. Gracias, hombre.

CIUDADANO 2°. Silencio y disimulo, que hacia aquí se dirige un militar.

CIUDADANO 1°. Sigamos nuestro camino como si tal cosa.

CIUDADANO 2°. Andando.

CIUDADANO 1°. Pero sin prisa, para no despertar sospechas.

(Vanse por la izquierda)

Escena II

Aparece Roberto, por la derecha, vestido de capitán de granaderos.

ROBERTO. ¿Será preocupación mía o habrá algo en mi uniforme que llame la atención?... Me ha saludado un grupo de cosacos, y me pareció notar que se fijaban en mí con sobrada insistencia. ¿La espada? Bien ceñida. ¿El uniforme? Como hecho para mí. Creo que estos recelos son infun-

dados... Ya no está muy lejos la funesta cárcel... ¿Por qué me asalta tan profunda emoción? Ciertamente es que hay algún peligro; pero, ¿acaso no es superior la fuerza de mi espíritu a todo riesgo y a todo obstáculo?... *(Mirando a la derecha)* Por todos los diablos del infierno juntos. ¿No es aquél a quien traen preso mi amigo Kurok? El es. No es ningún espectro. ¿Luego, escapó con vida después de haber salvado la mía?... ¡Buena ocasión para pagar mi deuda! Yo le libero de las garras de esos esbirros, cueste lo que cueste. Para eso soy capitán de granaderos. Aquí llegan.

Escena III

Dicho y Kurok, con las manos atadas a la espalda y custodiado por dos polizontes rusos.

POLICÍA. A la orden, mi capitán.

ROBERTO. ¡Kurok! Mi buen amigo Kurok. ¿Cómo es eso? ¿Por qué le traen preso?

POLICÍA. Por revolucionario.

ROBERTO. ¡Rayos y truenos! ¿Qué lío es este? Se trata de uno de los súbditos más fieles del Imperio... Como que ha pertenecido a la servidumbre del propio Emperador... ¡Cara les va a costar a ustedes la equivocación!

POLICÍA. Mi capitán. Al prenderle nada nos ha dicho.

KUROK. ¿Cómo había de decirlo, si ustedes no me dejaban abrir la boca? Además, yo soy hombre de muy pocas palabras.

ROBERTO. ¿Y por qué causa le detuvieron? ¿Hay mandato del juez militar?

POLICÍA. No, señor.

ROBERTO. ¿Y sin mandato judicial le prenden ustedes?

POLICÍA. Perdón, mi capitán. Como existía una denuncia.

ROBERTO. Y para hacer méritos... ¡Mil rayos! Suelten sus ligaduras al inocente y déjenle en libertad, (los *dos policías asustados, ejecutan con gran ligereza la orden*)

POLICÍA. Mi capitán, le rogamos que...

ROBERTO. (*Muy secamente*) Bueno... Pueden irse... Paso por esta vez. ¡Cuidado con otra!

POLICÍA. Ala orden.

ROBERTO. En marcha.

POLICÍA. *(Al hacer mutis, por la derecha, a su compañero)* ¡De buena nos hemos librado!

Escena IV

Roberto y Kurok, estrechándose la mano.

KUROK. Amigo, pronto me has pagado la deuda.

ROBERTO. ¿Cómo saliste con vida de aquella noche?
Ya te creía en el paraíso.

KUROK. Maté de un tiro al primero que quiso darme alcance y me escabullí entre las sombras. Pero, ¿y tú? ¡Con uniforme de capitán!...

ROBERTO. Me he pasado con armas y bagajes a la milicia del Emperador y de un golpe me hicieron capitán.

KUROK. Algo bueno maquinas. ¡Oh Roberto! ¡Te admiro! A tu lado me considero un pigmeo.

ROBERTO. Oye. Me valgo de este uniforme para ver a mi padre. Si el consejo de guerra le condena a ser pasado por las armas...

KUROK. No lo dudes.

ROBERTO. Asaltaremos la prisión...

KUROK. ¡Un asalto a esa cárcel maldita! ¿Yno contabas conmigo? No te lo perdono.

ROBERTO. ¿No has oído que te creía muerto?

KUROK. Bueno, sigue.

ROBERTO. Pronto arderá de nuevo la guerra.

KUROK. *(Frotándose las manos)* ¡Magnífico!

ROBERTO. Los soldados que han venido de Moscú...

KUROK. No digas más. ¡Soberbio! ¿Cuándo?

ROBERTO. Ven esta noche a verme. Allí hablaremos.

KUROK. ¿Dónde?...

ROBERTO. ¿Ya lo has olvidado?

KUROK. ¡Ah! Sí. No faltaré.

ROBERTO. Allí mismo...

KUROK. *(Cuadrándose)* Hasta la vista, mi capitán.

ROBERTO. ¡Buen soldado, Kurok! ¡Buen soldado!

(Vanse Kurok, derecha y Roberto izquierda)

Cuadro X: Luz y Sombra: Evolución y Revolución

Una de las prisiones en la cárcel de San Petersburgo. En el foro, dos grandes ventanas con gruesos barrotes de hierro. Se supone que desde ambas ventanas, y al través de los hierros, se ve el foso de las murallas que rodean al vetusto edificio. Puerta a la derecha.

Escena I

Ovaldo, en actitud meditabunda, sentado junto a la mesa.

OVALDO. Todo aparece confuso y mezclado en la misma forma. Se falsea el concepto del honor para convertirlo en una conveniencia, cuando no en una máscara social. La

virtud adinerada se sobrepone a la virtud sin dinero. La sangre derramada en el Gólgota sirvió sólo como preludio para enrojecer al cabo de algunas centurias las aguas del Sena con sangre de hugonotes, en aquella noche luctuosa de París que se ha incrustado en la mente de la Historia como una terrible pesadilla... ¡Por todas partes señales y recuerdos de lucha y exterminio! ¡Los campos cataláunicos! ¡Las cruzadas! ¡Friedland! ¡Leipzig! ¡Waterloo! ¡Sedán! ¡Port-Arthur!... ¿Qué son sino mares de sangre donde empaparon sus laureles los héroes y los guerreros?... No puede ser más espantoso el cuadro que ofrece la Humanidad, convertida en inmenso campo de batalla, como dijo: el conde de Maistre. *(Pausa)* ¿Cómo se justifican esas monstruosidades? ¿Dónde está la ley que autoriza semejantes desórdenes?

Escena II

Dicho y Guardián de la cárcel. En pos, Roberto.

GUARDIÁN. Allí le tiene usted, mi capitán.

OVALDO. ¿Quién es? ¿Qué miro? ¿Eres tú?

ROBERTO. Sí. Tu hijo Guillermo.

ROBERTO. *(Al guardián.) Dé unos golpes en la puerta para salir. Me servirán de aviso. (Vase el guardián, cerrando tras sí la puerta)*

ROBERTO. *(Arrojándose en los brazos de su padre)*
¡Padre!

OVALDO. Bienvenido, Roberto.

ROBERTO. ¿Me has reconocido?

OVALDO. Al instante.

ROBERTO. ¿A pesar de mi uniforme?

OVALDO. Ya lo ves... ¿Pero cómo te atreves a tanto?
¿Cómo expones así la vida? Ante todo, dime: ¿Y tu madre?
¿Y Guillermo? ¿Y tus hermanas?

ROBERTO. Deseando volver a verte, libre de esta
obscura prisión.

OVALDO. Me verán, pero no libre... Sus ojos mortales
no podrán ver mi libertad. ¡Supongo que te has puesto de
acuerdo con Guillermo!...

ROBERTO. Sí.

OVALDO. ¡Y que este uniforme es una estratagema que te abrió las puertas de esta cárcel!

ROBERTO. Con efecto.

OVALDO. Conviene que ahorremos explicaciones inútiles...

ROBERTO. ¿Has dicho que tu libertad no puede verse por ojos mortales?

OVALDO. No me hago ilusiones... Conozco perfectamente a mis enemigos.

ROBERTO. Pero tú no has delinquido, padre. Aquí sólo hay un culpable, y ese soy yo.

OVALDO. ¡Pobre Roberto! ¡Pobre hijo mío! A ti acaso te indultaran... A mí no pueden indultarme. Aunque tú tratases ahora de restablecer la verdad, para ponerte en mi lugar, no lo conseguirías... Porque es a mí, al filósofo que vertió la idea, a quien temen, y no al brazo que quiso ejecutarla... Se ceban en los cuerpos, sin reparar en que las ideas florecen luego en otros cuerpos y espíritus más fuertes y más vigorosos y más fecundos para la causa del progreso y la libertad.

ROBERTO. ¡Oh padre! ¡Oh padre mío! ¡Qué fulgores tan grandes derramas en mi cerebro!

OVALDO. *(Paseándose sombrío)* Bueno... ¿A qué has venido?

ROBERTO. Para decirte...

OVALDO. Sí; que vas a librarme por medio de un golpe de mano... Que, unido a tus compañeros, asaltaréis esta cárcel... Y no me hagas decir también que tu hermano Guillermo es capaz de hacer lo propio al frente de su compañía de granaderos...

ROBERTO. Pues ya que todo lo penetras, eso es... Te libraremos de las garras del odioso espíritu.

OVALDO. Y si sois vencidos amontonaréis los males. Lo mejor es que muera yo solo.

ROBERTO. Entonces quien debe morir...

OVALDO. *(Con gran energía)* ¡Ovaldo Padewski! Tu trabajo se ha cumplido; deja que se cumpla el mío. No es la violencia la que consigue espiritualizar la materia... es la evolución la que transforma la materia en espíritu. El golpe violento la fracciona sólo para que disminuya su resistencia. La funde el calor de las ideas.

ROBERTO. Me atengo a tu propia doctrina. ¡Fraccionar la materia!... Eso intentamos. Sacarte del seno oscuro de esta cárcel. Eso queremos. Pero la piedra es muy

dura; y estas murallas son muy recias y no es posible evitar el choque. La violencia se impone.

OVALDO. Nunca sales de la pasión que te cautiva.
¿Deseas mi libertad?

ROBERTO. Con toda el alma.

OVALDO. Antes fuera mejor que recobrases la tuya.
¡El choque! ¡Siempre el choque! ¡Las mismas batallas!
¡Iguales desbordamientos!... ¡Finalidad suprema!... ¡La
catástrofe! ¡No! No quiero la libertad que me ofreces.

ROBERTO. ¿Vas a seguir aquí prisionero?

OVALDO. ¡Insensato! No es justo que para sacar a un
hombre de la cárcel se derrame la sangre del pueblo.

ROBERTO. Tú no eres un hombre... ¡Eres una idea!

OVALDO. Está bien; pero se muere por las ideas... no
por los hombres. ¿Tan ciego eres que no has advertido que,
al perder yo la libertad, se ha extendido el radio de acción de
mi doctrina?

ROBERTO. No puede negarse.

OVALDO. Cuanto más me opriman, mayor extensión
tomará aquel radio.

ROBERTO. ¿Y si el consejo de guerra te condena a la última pena? ¿Y si el fallo se cumple?

OVALDO. Alégrate por tu causa, que es, la del pueblo. Fusilarán mi cuerpo, pero no podrán fusilar mi espíritu. Así éste llegará hasta el fondo de la conciencia universal.

ROBERTO. A costa de tu sacrificio.

OVALDO. Ven aquí... tu que elaboras el rayo en las fraguas de la Revolución... Toma un bloque de mármol y golpéalo con cuanta violencia quieras. Válete, como hace el escultor, de un cincel y un martillo... Y ahora dime: si tu mano no está bien dirigida por la fuerza del numen creador, ¿podrá nunca salir de tal trabajo y de semejante bloque la hermosa estatua de la libertad?

ROBERTO. ¡Absorto te escucho!

OVALDO. Pues eso hacéis vosotros con el pueblo. Le dais un cincel y un martillo, y le decís: ¡Golpea! Golpea con toda tu fuerza sobre el bloque de mármol... Y el pueblo, cuando no tiene capacidad o numen suficientes, hace pedazos el bloque, pero, la estatua no resulta.

ROBERTO. ¡Oh padre!

OVALDO. ¿Sabes quiénes le dan al pueblo ese numen para que su titánico esfuerzo resulte lo más fecundo y menos doloroso? El Libro, la Escuela, la Cátedra, la Universidad.

ROBERTO. Me subyugas... No puedo discutir contigo, padre. No tiene mi cerebro tan divinos resplandores; pero yo debo decirte la verdad. Oigo interiormente una voz que me grita: "¡Por ti le matan!" Y he de apelar a todos los medios, por violentos que parezcan para salvarte la vida. Si así no lo hiciera, sería yo, después de tu muerte, la sombra del hogar. Allí donde pusiera los ojos vería estampada aquella acusación terrible... Esta idea me quita el sueño y gravita sobre mi mente como el cuerpo de una montaña convertido en obscura pesadilla. ¡Yo te he perdido, padre! ¡Yo te he perdido!

OVALDO. ¡Roberto!...

ROBERTO. No; no prosigas... Todo el poder de tu sabiduría no basta para calmar la pena que siento. No es con luz del espíritu, sino con miel del corazón como se han de mitigar las angustias de mi conciencia perturbada. ¡Mírame a tus pies para pedirle perdón de rodillas por el inmenso dolor que he producido! Mi frente está abatida... Si aún me crees digno de tu generosa clemencia, dame tu bendición, padre mío, si no quieres que sucumba como un ser miserable, al peso del dolor que me oprime.

OVALDO. Aguarda. Déjame estudiarte. Déjame ver la luz de tu alma, que es un destello de la mía. Aguarda a que el joyero del Espíritu tase el valor de esa piedra preciosa. *(Pausa)* Tranquiliza tu conciencia, Roberto. *(Luego dice,*

extendiendo los brazos majestuosamente) ¡En nombre de la Libertad!... ¡Yo te bendigo!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Cuadro XI: Ante el Consejo de Ministros

Salón regio en el palacio del emperador de Rusia.

ESCENA I

Junto a una mesa que habrá a la izquierda, aparecen sentados el General Gurben y otros generales y personajes, vestidos de rigurosa etiqueta; constituyen el Consejo en pleno del Gobierno ruso. A la derechamente al lugar que ocupa el general Gurben, jefe del gabinete, aparece Guillermo, en respetuosa actitud, cuadrado militarmente.

GURBEN. Capitán Guillermo... Su majestad el Emperador dispone que el Consejo en pleno le escuche para tomar nota

de sus declaraciones, en gracia a la demanda que usted le ha dirigido y a la fama que goza en el ejército como soldado leal y valeroso.

GUILLERMO. Gracias, mi general.

GURBEN. Puede empezar cuando guste.

GUILLERMO. Público es y notorio que el Consejo de guerra ha condenado a mi señor padre, Ovaldo Padewski, a la última pena.

GURBEN. Así es.

GUILLERMO. Comprenda el Consejo cuál será el estado de mi ánimo.

GURBEN. Ya nos hacemos cargo, porque también nos consta que es usted un buen hijo.

GUILLERMO. No he de discutir el fallo del Consejo.

GURBEN. Ni se lo consentiríamos.

GUILLERMO. Convenido, mi general. Conozco a la mayor parte de los vocales que lo han constituido, y a todos les tengo por perfectos caballeros y pundonorosos militares... pero hay un cargo que no es justo... Por mi honor, y con la mano puesta en la empuñadura de mi espada, juro que el movimiento revolucionario que estalló en esta ciudad no fue

obra ni inspiración de mi padre, como se afirma en la sentencia.

GURBEN. ¿Lo hizo así constar en su declaración?

GUILLERMO. Sí, mi general.

GURBEN. Entonces tranquilícese. Puesto que no lo ha tomado en cuenta el Consejo, debe usted comprender que no habrá encontrado méritos para ello.

GUILLERMO. Puede haber sido sorprendida la buena fe de los jueces.

GURBEN. Es muy peligroso que continúe usted por ese camino. Díganos. ¿Quién soliviantó la conciencia del pueblo con libros, artículos y proclamas?... ¿No fue el padre de usted, Ovaldo Padewski? ¿No tuvo usted mismo que prenderle, encontrándole herido en su propia casa? ¿No se delató en presencia de los soldados que usted mandaba?

GUILLERMO. Así fue, pero...

GURBEN. Además... Para robustecer aquella confesión, aparecen en los autos muchas declaraciones de soldados que en el mismo día del combate oyeron a los revolucionarios dar vivas a un Padewski que se batía encarnizadamente.

GUILLERMO. Mi general; ese Padewski... ¡Ah!

GURBEN. ¿Supongo que no era usted?

GUILLERMO. No; no, señor.

GURBEN. ¿Luego era su padre?

GUILLERMO. Mi padre... sí. ¡Mi padre! (*¡Oh fatalidad!*)

GURBEN. Ya ve usted que, en justicia, no cabe apelación contra la sentencia dictada.

GUILLERMO. Pero hay otra justicia más alta, mi general, que se sale de la esfera de los hechos, que no pueden rebatirse... La historia de mi padre... Su fama universal...

GURBEN. Ese es un cargo más que hace mayor la responsabilidad contraída... El gobierno ruso no se arredra por las manifestaciones tumultuosas que se están verificando en París, Roma y Berlín... Tiene conciencia de su alta misión, y la cumplirá, pese al mundo entero.

GUILLERMO. Mi general, a veces la clemencia es más conveniente que la más rigurosa justicia. Carezco de palabras para elevar mi pensamiento hasta donde yo quisiera elevarlo... Mi lenguaje es rudo. Mi ciencia es la del soldado. No conozco a fondo más código que la ordenanza militar... mas, por instinto, alcanzo a ver que el indulto de mi padre, en vez de ser mal recibido por la conciencia pública, mitigaría los ardores con que hoy se agita la opinión... llevando la paz y la calma por todos los ámbitos del Imperio... Mi general,

señores todos que forman el Consejo, yo les ruego que no desoigan este grito de mi alma. ¡Piedad para mi padre! ¡Piedad para mi padre!

GURBEN. *(Pausa)* No fatigue usted en un trabajo estéril las fuerzas del espíritu. No es posible acceder a lo que usted solicita. Hay altas razones de Estado que lo impiden. Lo sentimos mucho.

GUILLERMO. *(Irguiéndose con gran dignidad)* Entonces, mi general, con el respeto que le debo y con el corazón hecho jirones, tengo que despojarme de mi espada... *(Sacando la espada)* Está limpia, mi general... No se ha manchado con ninguna alevosía. Con ella defendí las leyes del Imperio; mas ya no puede estar colgada a mi cinto... Reciba mi ósculo de despedida. *(La besa en la cruz, colocándola encima de la mesa)* Ruego a Vuecencia que la rinda a los pies, del Emperador... Devuelta queda la prenda que era mi orgullo de soldado. Consideren todos que no puede ser capitán del ejército ruso el hijo que ha de ver como sus compañeros fusilan al padre... ¡Mi general, he terminado! Con su permiso me retiro. *(Vase en medio del más profundo silencio)*

GURBEN. ¡Es un buen hijo! Pero no acaba de ser un buen soldado.

Escena II

Dichos y Ayudante de órdenes, con un pliego.

AYUDANTE. Mi general. Un pliego urgente.

GURBEN. Venga. *(Toma el pliego)* Espere órdenes. *(El ayudante se retira al foro sin salir de escena. Los ministros se reúnen en grupo aparte. El general lee el pliego por lo bajo)* ¡Hola! ¡Hola!... Esa es la respuesta que podía haberse dado al capitán Guillermo... Aquí se manifiestan graves temores de próxima sedición militar. Según parece, las fuerzas que vinieron de Moscú tratan de cubrirse de ignominia... También los granaderos aflojan los lazos de su disciplina... ¡Ira de Dios! Las noticias que se reciben del extranjero caldean los ánimos... La causa, Ovaldo Padewski. Es preciso acabar... *(Escribe y luego cierra el pliego)* Venga Usted. *(El oficial se acerca)* Lleve inmediatamente este pliego al coronel Silok, alcaide de las prisiones militares... Encárguele de viva voz el exacto y fatal cumplimiento de las órdenes que se le transmiten. *(Vase el ayudante)*

GURBEN. ¡Cuanto antes!... Así lo reclama la salud del Imperio. *(Se une a sus compañeros de gabinete, mostrándoles el pliego)* Al despacho, señores; se trata de asuntos de la mayor urgencia y gravedad.

CUADRO XII: Preparando el asalto

Decoración de bosque del cuadro tercero.

ESCENA I

Aparece Kurok por la derecha. Es de noche.

KUROK. Ya ha descendido la noche por calles y plazas... Lo malo es que no tardará en salir la luna... No importa... Asaltaremos la cárcel a sus resplandores. ¡Y que está abarrotada de prisioneros!... ¡Buena sorpresa les preparamos! A mí me entusiasman estos episodios, o como se llamen... Las cosas deben hacerse así, de sopetón... Duro y a la cabeza... ¿Y Roberto? No tardará en venir. ¡Vaya un mozo con coraje y cerebro! Por eso me tiene a sus órdenes... Y muy a gusto, porque a Kurok no le manda nadie como no tenga el corazón en su punto. ¿No lo dije? Aquí viene.

ESCENA II

Dicho y Roberto, por la derecha.

ROBERTO. ¡Kurok!

KUROK. El mismo.

ROBERTO. ¿No hay novedad?

KUROK. Ninguna... Todo va como una seda.

ROBERTO. ¿Nuestros amigos?...

KUROK. No tardará la noche en vomitarlos por estos alrededores como fantasmas de carne y hueso, armados hasta los dientes.

ROBERTO. ¿Dónde se ocultan?

KUROK. Agazapados como conejos en las quiebras de las rocas... Un centenar de ellos se ha esparcido por los cafés-conciertos que hay por estos barrios extremos... Dijéronme que en uno de ellos se exhibe una mujer completamente desnuda, y que en otro se representan funciones muy obscenas. Allí acudieron nuestros compañeros, porque en semejante lugar no infunden sospechas a la policía.

ROBERTO. ¿Sabes por qué?

KUROK. Lo presumo.

ROBERTO. Porque la policía sabe perfectamente que todos los que frecuentan semejantes espectáculos tienen muy poco de hombres, y no hay que temer nada de ellos. La raza varonil huye de esos teatros indecentes, donde se desfloran los encantos de la honestidad y se debilita el vigor de la noble especie humana.

KUROK. Bien dicho.

ROBERTO. En cambio, se clausuran las escuelas y centros de enseñanza popular.

KUROK. Y eso, ¿cómo se explica?

ROBERTO. Está relacionado con lo otro. A los déspotas no les conviene que haya obreros ilustrados. Prefieren que el Arte manche sus alas de oro en la escena prostituida, para que se rebaje el nivel moral de los espectadores. De este modo se pierden las energías del espíritu, y así es como un pueblo merece ser esclavo.

KUROK. ¡Demonio! Si yo tuviera tu talento y pudiera explicarme de esa manera...

ROBERTO. ¿Qué harías?

KUROK. Nada; porque ya me hubieran fusilado.

ROBERTO. Pero tienes un gran corazón y una voluntad de hierro.

KUROK. Eso sí... Aunque ponga una mano en el fuego no siento el dolor que produce la carne abrasada, como yo me empeño en que no me duela. Soy piedra muy tosca, compañero.

ROBERTO. Volvamos a nuestro principal asunto. El asalto será muy duro si los oficiales comprometidos no cumplen su promesa dejándonos la entrada libre.

KUROK. Los pasaremos a cuchillo.

ROBERTO. Los manda el coronel Silok. El soldado más implacable y duro del ejército ruso.

KUROK. ¿Más duro que Kurok el revolucionario? ¡Bah! ¡Puede que nos veamos las caras esta noche! El no ha sido deportado a la Siberia como yo... Allí aprendí a luchar cuerpo a cuerpo con los osos... ¡A ese lobo le tengo yo ganas!...

ROBERTO. ¿No sabes quién forma parte de la partida?

KUROK. ¿Quién?

ROBERTO. Mi hermano Guillermo.

KUROK. ¿El capitán?

ROBERTO. El mismo.

KUROK. Valiente mozo... Ya le vi luchar bravamente contra nosotros. El valor bien está allí donde se encuentra. ¿Pero cómo es que...?

ROBERTO. No tardará... Nos hemos citado en este mismo lugar... Fue a pedirle al Emperador el indulto de mi padre, decidido a devolverle la espada si no lo consigue.

Escena III

Dichos y Guillermo, vestido de paisano, por la derecha.

GUILLERMO. Bajad la voz, con mil de a caballo. Todo se oye.

ROBERTO. Bienvenido, Guillermo.

GUILLERMO. Ya soy libre... Ya puedo luchar en vuestra compañía.

ROBERTO. ¿Se negó el Consejo?

GUILLERMO. Inútil ha sido que apelara a las conveniencias de Estado y a la piedad de sus corazones.

Nuestro padre será fusilado mañana al rayar el día, si no le salvamos nosotros esta noche.

ROBERTO. Te presento a Kurok. ¿Sabes? A Kurok.

KUROK. Le salvaremos.

GUILLERMO. Bien le conocen mis granaderos.

KUROK. Ya nos hemos puesto en contacto algunas veces.

GUILLERMO. Venga esa mano. Es usted un valiente.

KUROK. Muchas gracias. Yo no le devuelvo el piropo para que no crea que es interesado. *(Señalando la derecha)* Por allí veo deslizarse algunos bultos negros. Es nuestra gente, que empieza a unirse por grupos para emboscarse en torno de la cárcel.

ROBERTO. Ve tu, Kurok... ponte al frente de los tuyos... Yo iré con los míos... Ya lo sabes, la señal, dos disparos de revólver... Habrá lucha dentro y fuera...

KUROK. No hay más que hablar. Hasta luego. *(Vase Kurok por la izquierda)* Guillermo. ¡Hermano! Si no fuera de noche verías mis ojos enrojecidos. Roberto. Mis lágrimas corren por dentro, y son de sangre.

GUILLERMO. Perezcamos antes que consentir en que se lleve a cabo la inicua sentencia.

ROBERTO. ¿Y nuestra madre?

GUILLERMO. Ya sabe la fatal noticia. "¡Esposo mío! ¡Esposo mío!" gritó, y allá se fue con sus hijas en un coche.

ROBERTO. ¡Acaso el último adiós!

GUILLERMO. ¡La postrera despedida!

ROBERTO. Ahora que nadie nos ve. ¿Quieres darme un abrazo, Guillermo?

GUILLERMO. Eso iba a pedirte. *(Se abrazan)*

ROBERTO. ¡Hermano!

GUILLERMO. ¡Hermano!

ROBERTO. Basta... Sígueme. *(Desasiéndose de sus brazos)*

GUILLERMO. Ya te sigo. *(Vanse por la izquierda)*

CUADRO XIII: CÓMO MUERE UN FILÓSOFO

La cárcel del cuadro décimo. Una mesa escritorio a la izquierda.

ESCENA I

Aparecen Ovaldo sentado junto a la mesa. A su lado, sentada también, Catalina, que solloza profundamente. Al ángulo derecho, en otro grupo, Beatriz, Emma y Julia, vestidas de negro.

OVALDO. ¡Catalina! Esposa mía. Cese ya tu llanto.

CATALINA. No puedo, Ovaldo, no puedo.

OVALDO. Piensa en que los instantes son preciosos.

CATALINA. ¡Cómo desvanecer esta angustia! ¡Ay de mí!...

OVALDO. Da buen ejemplo a tus hijas mostrando el valor del alma en las crisis más amargas de la vida. Piensa en que hoy el mundo entero tiene puesta la mirada en esta cárcel, y que yo debo aparecer a sus ojos como el hombre convencido de la firmeza de su doctrina.

CATALINA. ¡Ovaldo de mi vida!

BEATRIZ. ¡Ay Julia!

JULIA. ¡Ay Beatriz!

EMMA. ¡Ay hermanas!

OVALDO. Esto nunca acaba, Catalina. Vais a conseguir que pierda la serenidad... Siento mucho ser desobedecido, precisamente en la hora crítica en que mejores frutos pensaba sacar de vuestra obediencia.

CATALINA. *(Después de dar un gran suspiro)* ¡Ay! Bueno, Ovaldo... Ya te escucho...

BEATRIZ. Ya te obedecemos, papá.

OVALDO. *(Tomando un fajo de cuartillas que habrá sobre la mesa)* Toma estas cuartillas... únelas a las que tengo escritas, y que hallarás en uno de los cajones, de mi mesa-escritorio. Prisionero en esta cárcel, he terminado mi obra *Filosofía del Bien*. La edición de esta obra ha de producirte, pecuniariamente, muy buenos resultados, a la vez que satisfacías las aspiraciones de tu esposo, procurando que obtenga la mayor publicidad...

CATALINA. Así lo haré, esposo del alma.

OVALDO. Procura que nuestras hijas sigan dedicando el producto de sus labores artísticas al socorro de los obreros faltos de trabajo.

CATALINA. Ese es su mejor deseo

OVALDO. Ahuyenta de sus almas toda ambición de lujo... Prefiero que sean pobres y que se unan a hombres modestos, pero honrados y trabajadores.

BEATRIZ. Ya te oímos, padre; ya te oímos.

JULIA. Seguiremos tus consejos.

OVALDO. Que me place, hijas mías. ¡Esta es noche de tristeza, pero también de gloria! ¡Se esculpirá en mármoles! Voy a pedir os un favor muy grande. De paso le impondremos alguna disciplina a nuestro mutuo dolor.

EMMA. Manda.

JULIA. Pídenos la vida, padre.

BEATRIZ. ¡Morir! ¡Qué dicha para nosotras!

OVALDO. Deseo oír de vuestros labios, por última vez, mis frases simbólicas, mi filosofía humanizada, como en mejores tiempos. *(Beatriz, Julia y Emma, con voz trémula, llorando, sin poder contener la emoción que sienten)*

BEATRIZ. Yo soy la idea.

JULIA. Yo soy la forma.

EMMA. Yo soy la materia

OVALDO. Muévete, idea.

BEATRIZ. No puedo moverme sin una ley que me sirva de principio.

OVALDO. Muévete, forma.

JULIA. No puedo moverme sin una idea que me de dirección.

OVALDO. Muévete, materia.

EMMA. No puedo moverme sin una forma que me de sus límites.

OVALDO. ¿Qué sois?

BEATRIZ. Fuerza.

JULIA. Fuerza.

EMMA. Fuerza.

OVALDO. También el dolor es una condensación de la fuerza. No hay realidad sin fuerza, hijas mías. Cogeos de las manos. *(Beatriz, Emma y Julia ejecutan el mandato de su padre)* Ya están unidas la idea, la fuerza y la materia. Habéis

establecido una corriente y organizado una existencia. Ahí tenéis, la imagen de la vida. ¿Queréis saber ahora lo que vale y significa la muerte? Soltaos. Dejad las manos libres. Ya os habéis desunido, sin que se pierda ninguno de vuestros elementos de fuerza. ¡Esa es la imagen de la muerte!

CATALINA. ¡Resplandor de tu cerebro! ¡Hermosa enseñanza que jamás olvidaremos!

BEATRIZ. Nos servirá de recuerdo para siempre.

OVALDO. Así fortaleceréis vuestra alma y veréis sin pavor acercarse el último trance de la vida. Sepárate un momento, esposa. Ve allá con tus hijas. Que sea tu amor de madre el dique que contenga su pena desbordada. Ven a mi lado un momento, Beatriz. *(Catalina obedece a su marido. Beatriz ocupa el asiento que deja su madre)*

BEATRIZ. Aquí me tienes.

OVALDO. Beatriz... ¡Flor de mi vida! ¡Eres hermosa como un ángel! Sigue siendo buena... En la bondad de tu ser está tu mejor belleza. No desampares nunca a tu madre. Sírvele de consuelo en este doloroso paso de nuestra vida.

BEATRIZ. ¡Ay, padre mío!, ¡padre mío! ¡Cómo no seguir tu consejo!

OVALDO. Que Venga Julia. *(Beatriz se incorpora al grupo que forman sus hermanas, llorosas y afligidas, apoyadas en*

los brazos de su madre, Julia acude al llamamiento de su padre)

JULIA. *(Arrodillándose)* Aquí estoy.

OVALDO. ¿Por qué te arrodillas?

JULIA. Para adorarte como a Dios se adora, porque tú has sido y eres nuestro Dios.

OVALDO. Dios es más grande que sus criaturas... Julia, encanto de mi espíritu... Tú te distingues por tu cariño a los pobres... Que nunca se agote esa hermosa fuente de tu corazón, porque es pura y cristalina.

JULIA. Pensando en ti se acrecentarán sus raudales. Queda tranquilo. Vivirás eternamente en el recuerdo de tu hija y en el alma de los pobres.

OVALDO. ¡Emma! *(Se repite el cambio como antes)*

EMMA. *(Abrazándole)* ¿Qué quieres de tu hija?

OVALDO. ¡Emma! ¡Luz de mis ojos!... Acuérdate de mí cuando hagas gemir a tu piano en alguna de las sonatas de Beethoven. Ya sabes que es mi maestro favorito... ¡Las veces que has endulzado mi vida con su música inmortal!

EMMA. ¡Beethoven! ¡Ay, padre! ¡No lo olvidaré nunca! ¡Ya, cuántas lágrimas tiene que arrancar a mis ojos!

OVALDO. Adiós, Emma. (*Emma se une a sus hermanas*)

ESCENA II

DICHOS/GUARDIÁN, ABRIENDO LA PUERTA DE LA CÁRCEL.

GUARDIÁN. Pasó la hora.

CATALINA. (*Volviendo al lado de su esposo. Éste se habrá levantado*) ¡Ovaldo! Ovaldo. Ya lo veis... Hemos hecho demasiado larga esta despedida. Beatriz. ¡Ay, hermanas!

CATALINA. ¡Que vengan a arrancarme de tus brazos! ¡Quiero morir contigo!

JULIA. ¡Y nosotras también!

EMMA. ¡Que nos quiten la vida!

OVALDO. (*Con mucha firmeza a Catalina*) ¡Mis piernas flaquean! Mi espíritu decae. Ayúdame, Catalina, a salir de esta angustiosa situación.

CATALINA. *(Como tomando una enérgica y salvadora resolución)* Beatriz, cógete del brazo de Julia. Emma, cógete a mi brazo. Salid vosotras las primeras. ¡Adiós, esposo adorado!

OVALDO. ¡Adiós, esposa mía!

BEATRIZ. ¡Adiós, padre!

OVALDO. ¡Adiós, hijas de mi alma! *(Vanse derecha)* ¡Ya estoy solo! ¡Ya puedo llorar! *(Se sienta junto a la mesa, apoya los codos sobre ella y hunde la cabeza entre ambas manos. Después de una pausa)* ¡Ya pasó el turbión!... Ya volvió a su cauce el río desbordado... ¡Pongamos término a la carta que dirijo al emperador! ¡Puede que así obtengan su gracia los infelices obreros que gimen en estas cárceles! *(Escribe)*

CENTINELA. ¡Centinela, alerta!

OTRO. ¡Alerta!...

OTRO. ¡Alerta está!...

ESCENA III

Aparece el coronel Silok por la derecha, seguido de un oficial y cuatro granaderos.

OVALDO. ¿Quién me interrumpe? ¡Ah! Es usted, coronel... ¿Cómo así? ¿Con tales arrestos?

SILOK. Puede terminar la carta que se hallaba escribiendo.

OVALDO. (*Escribe un instante de nuevo. Firma la carta y dice.*) Ya acabé... ¡Hermosa epístola la que dirijo a vuestro soberano!

SILOK. ¿Le escribe usted al Emperador?

OVALDO. Le pido gracia para estos desdichados prisioneros.

SILOK. ¿Quiere usted añadir una postdata?

OVALDO. Con mucho gusto. Dicte usted.

SILOK. En este momento me comunica el coronel Silok la orden.

OVALDO. Ya está.

SILOK. La orden.

OVALDO. ¿Quiere usted que ya escriba la postdata entera?

SILOK. Me sacaría del atolladero.

OVALDO. *(Escribiendo)* La orden que ha recibido de que el fallo del Consejo de guerra se ejecute inmediatamente, sin, aguardar a que amanezca el día.

SILOK. Eso mismo. Es usted un hombre valeroso.

OVALDO. Ser fusilado esta noche o serlo mañana... Ya ve usted que es lo mismo.

SILOK. Cuando usted quiera.

OVALDO. Un buen consejo, coronel.

SILOK. Venga.

OVALDO. Goza usted fama de ser muy sanguinario y duro... No en todas las ocasiones es incompatible la humanidad con los deberes del soldado... Sea usted más humano, coronel...

SILOK. Acepto el consejo.

OVALDO. Rindamos el supremo culto a la vida... La muerte es la libertad del espíritu.

SILOK. Cumpla usted mis órdenes, caballero oficial.

OFICIAL. Está bien, mi coronel.

OVALDO. Vamos. *(Vanse todos menos el coronel)*

ESCENA IV

Silok.

SILOK. ¡Qué sangre fría tan admirable! Este filósofo hubiera hecho un buen soldado. Seguiré sus pasos desde esta reja. Debo convencerme por mí mismo de que son bien acatadas mis órdenes... Por allí asoma, entre el oficial que abre camino a la luz de su linterna y los soldados que le siguen. Ya llegaron. Se necesita toda mi indomable entereza para conservar la calma. No quiere que le pongan de rodillas. ¡Bueno! Que le fusilen de pie. ¡Fuego! (*Dentro se oye una descarga*) Ya ha sido fusilado. Mi deber se ha cumplido. Yo no soy ni debo ser filósofo. Mi única filosofía es la ordenanza. (*Dentro se oye un ruido formidable y voces de: "¡Arriba! ¡Arriba!" acompañado todo de algunos disparos*) ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Hemos sido atacados? ¡Alas armas, soldados! ¡Alas armas! (*Vase por la derecha*)

ROBERTO. (*Dentro gritando*) ¡Padre!...

GUILLERMO. (*Lo mismo*) ¡Padre!...

ROBERTO. Por aquí, Guillermo, por aquí.

GUILLERMO. ¡Adelante, Roberto!

ESCENA ÚLTIMA

Aparecen Roberto y Guillermo, seguidos de los ciudadanos 1°, 2°, y 3° y otros varios, algunos con teas encendidas.

ROBERTO. ¡Padre!

GUILLERMO. Aquí no está tampoco.

ROBERTO. Esta era su prisión.

GUILLERMO. ¿Estás seguro?

ROBERTO. Segurísimo.

KUROK. (*Dentro, con voz de trueno*) ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. (*Yéndose a la izquierda*) ¡Kurok!

KUROK. ¡Aquí está el cuerpo de tu padre! ¡Ya lo han fusilado!

GUILLERMO. (*Va a la otra reja*) ¡Bondad divina!

ROBERTO. ¡Maldición! ¿Qué dices, Kurok?

KUROK. ¡Mírale al resplandor de las teas!

ROBERTO. ¡Aquel cuerpo ensangrentado... que yace allí tendido!...

GUILLERMO. Sí, Roberto. ¡Aquél es nuestro padre!

CIUDADANO 1°. ¡Qué horror!

ROBERTO. ¡Iniquidad sin ejemplo! ¡Odio infernal de los hombres!... ¡Fieras de la humanidad!... ¡Le habéis asesinado!...

GUILLERMO. ¡Padre! ¡Padre mío!

ROBERTO. ¡Padre! ¡Padre de mi alma!

GUILLERMO. ¡Qué dolor tan grande!

ROBERTO. ¡Oh desesperación! Puedes más que la muerte... No se desvanece la sangrienta imagen... Esta pena no se ahoga con lágrimas... *Arrebata la tea encendida que lleva un ciudadano*) ¡Venga una tea! *(Se aproxima a la reja, gritando:)* ¡Kurok!

KUROK. *(Dentro)* ¡Aquí estoy, Roberto!

ROBERTO. ¡Incendiadlo todo! ¡Destruidlo todo! ¡Que se forme un sol de llamas! ¡Qué sobrevenga el caos!

GUILLERMO. ¡Sí! ¡Que se abra la tierra! ¡Que se desplome el cielo!

ROBERTO. *(Dirígese en esto, a sus compañeros)*
¡Compañeros! ¡Caiga en humeantes ruinas esta cárcel! ¡Nido de sombras! ¡Alcázar de dolores! ¡Que nada quede en pie! ¡Ni muro sobre muro! ¡Ni piedra sobre piedra! *(Vase gritando:)* ¡Fuego!

TODOS. *(Vanse tras él, gritando:)* ¡Fuego!

(La escena ya se halla enrojecida por el resplandor del incendio, cuyas llamas se dejan ver a través de las rejas. Al acabar de hacer mutis todos los personajes, se desploma el muro que cierra la escena en el foro, quedando a los ojos del espectador el horizonte abierto. Aparece la ciudad de San Petersburgo en lontananza con su iluminación nocturna. Óyense, a lo lejos, los cantos de la Marsellesa y vivas a la libertad, del pueblo y los regimientos de Moscú, que se suponen sublevados. Así mismo retumba el cañón, revelándose la nueva lucha que se entabla en las calles de la lejana ciudad. Gradúese bien este efecto, para que produzca toda la imponente majestad y grandeza)

FIN DEL DRAMA

LA LIBERTAD CAÍDA

Drama trágico en cinco actos divididos en quince cuadros
(Segunda parte de EL SOL DE LA HUMANIDAD)

Estrenado con éxito inmenso en el Teatro Apolo, de Barcelona la noche del 16 de diciembre de 1911.

Este drama es continuación de *El sol de la humanidad*, pero puede representarse por separado sin ningún inconveniente

OBRAS MODERNAS EDUCATIVAS

LA LIBERTAD CAÍDA

Drama trágico en cinco actos divididos en quince cuadros

ORIGINAL

DE

JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con éxito inmenso en el Teatro Apolo de Barcelona
la noche del 16 de Diciembre de 1911



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid
1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

DEDICATORIA

A mi amigo queridísimo y distinguido primer actor

D. Miguel Rojas.

Yo sólo soy el autor espiritual de *La Libertad caída*. Usted ha sido su padre carnal, revistiendo el drama, de las formas escénicas, de un modo admirable, a merced de las grandes facultades de dirección artística que usted posee.

Deseo ser justo con todos. En total la ejecución que ha obtenido mi obra, ha superado a mis esperanzas. Lola Puchol personifica de un modo tierno y exquisito el sentimiento de la madre dolorida, Trinidad Guitart, frente al cuadro de «La Libertad Caída», parece una consumada profesora en el arte pictórico. La señora Rodríguez, con ese tono ingenuo y encantador que Dios la ha dado, conmueve y oprime los corazones cuando la conducen a la sala del tormento. Paquita Doménech es el ángel de aquel idilio que acaba al pie de la cruz. Concha Gassó muy bien en la princesa Olga Rexia.

El Roberto Padewski aparece en escena como cuando salió del horno (de mi inspiración; porque Vusted, amigo Rojas, se trasmuta, se desdobra y lo vivifica con el soplo cálido de la humanidad. Perelló ha resucitado a León Tolstoi. Carnicero no interpreta el papel de Kurok, es el propio Kurok. Delhor se excede a sí mismo en las situaciones dramáticas y difíciles del ex-capitán Guillermo. Givernalo es un general arrancado de] Estado Mayor del Ejército ruso. Sierra imprime al carácter de Iván, el Malo, todos los tonos sombríos que le pertenecen. El discreto Guilemany, el incomparable Sanchiz y el veterano Viñals hacen deliciosamente la escena de los labriegos. No hay que olvidar a Estrems, Casanova y Crespo, quienes se ciñen a sus papeles. Bien merecen, todos, las estruendosas ovaciones que el público les tributa.

Con tales aptitudes compréndese la portentosa ejecución que obtiene el cuadro final de mi drama; cuadro impregnado de las tristezas del crepúsculo y de las hondas amarguras del alma. Allí es donde se ponen de relieve las facultades que el artista posee. Sólo la interpretación de aquella página de dolor bastaría para conquistarles mi más profunda admiración, si en otros pasajes y en otras obras no la hubiesen ya conquistado.

Acepte, mi querido Rojas, este sencillo homenaje.

El Autor

PERSONAJES

Catalina, viuda del filósofo Ovaldo Padewski

Julia, Beatriz, y Emma, sus hijas

Princesa Olga Rexia, del Comité Revolucionario

León Tolstoi, filósofo cristiano y anarquista

Sr. Roberto Padewski, ingeniero mecánico

KUROK, viejo revolucionario

Guillermo Padewski, ex-capitán de Granaderos

General Gurben, Primer Ministro de Rusia

Oficial de policía, esbirro del general Gurben

Presidente del Comité Revolucionario

Coronel y Teniente de granaderos

Ciudadanos I y II

La sombra de ovaldo padewski

Labriegos I, II y III

Alcaide

Oficial de órdenes

Granaderos, Ciudadanos, Calaboceros, labriegos,
Generales del Imperio Ruso

LA ACCIÓN SUCEDE A COMIENZOS DEL SIGLO XX

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala en la casa del filósofo Ovaldo Padewski, con salidas laterales y al foro. A la derecha (nos referimos siempre al punto de vista del actor) un piano.

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena Emma sentada en el taburete del piano, con los ojos fijos a una pieza de música colocada en el atril, en posición invertida. Julia, de pie, dando pinceladas a una tela que se hallará situada sobre un caballete, y Beatriz sentada junto a un velador formando una flor con pétalos que irá tomando de un canastillo.

BEATRIZ. Mucho tarda ¡nuestra madre. Más de seis horas ausente... (*Pausa*) ¿No me oyes, Julia?

JULIA. Dispensa. Estaba abstraída en mi labor. ¿Qué has dicho?

BEATRIZ. Que tarda mucho en volver nuestra madre,

JULIA. ¡Ah! Sí... Sí que tarda.

BEATRIZ. Dichoso cuadro. ¡Cuánto absorbe tu imaginación!

JULIA. Sí que la absorbe. Mira... ¿No se va impregnando en este lienzo mi alma entera?

BEATRIZ. Efectivamente. Hoy me gusta más que ayer. Tus últimas pinceladas lo han llenado de luz.

JULIA Tal es la aureola que inunda la frente de la imagen. *La Libertad caída*, llena de dolor, pero no vencida ni humillada.

BEATRIZ. ¿Y por qué has elegido este asunto, Julia? ¿No lo hallas peligroso en el medio ambiente que respiramos, cuando nuestro hermano Guillermo se halla en prisión, aguardando el fallo que dicte el Consejo de Guerra... Cuando Roberto ha desaparecido desde aquella funesta noche en que asaltaron la cárcel y se vieron envueltos por los cosacos?

JULIA. Calla... Parece que gozas recordándome aquella noche terrible... Escúchame, Beatriz, voy a descubrirete el fondo de mi conciencia.

BEATRIZ. ¿Por qué me lo has ocultado? Habla.

JULIA. Cuando salimos de la cárcel, después de aquella dolorosa despedida, viendo que en ella quedaba nuestro padre esperando la muerte, se secaron las lágrimas de mis ojos. Ya no he vuelto a llorar... Emma, nuestra pobre hermana, padeció una crisis más profunda... Perdió la luz del entendimiento. Ahí la tienes idiotizada en su piano desde entonces...

BEATRIZ. ¡Pobre hermana! Prosigue.

JULIA ¡Ya lloras! Tu corazón es una fuente de ternura. En el mío se ha extinguido ese manantial...

BEATRIZ. Ciertamente es que te hallo desconocida.

JULIA. Sólo abrigo un sentimiento.

BEATRIZ. ¿Cuál?

JULIA. Siento en el alma no ser hombre.

BEATRIZ. ¿Para qué?

JULIA. Para luchar como hacen los hombres por la Libertad, corriendo todo género de peligros.

BEATRIZ. ¿Tú?

JULIA. Sí, yo. Y aún abrigo otro sentimiento que quiero desterrar de mi corazón y no puedo. Me sorprendes con esas revelaciones.

(En este punto Emma golpea furiosamente con ambas manos en el teclado. Beatriz y Julia se aproximan)

BEATRIZ. ¡Emma!

JULIA. ¡Emma!

EMMA. ¡Beethoven!... ¡Beethoven!

BEATRIZ. Por Dios, hermana... Tranquiliza tu espíritu.

JULIA. ¿No ves que tienes puesta al revés la pieza de música?

(Trata de ponérsela al derecho, pero lo impide Emma).

EMMA. ¡No; no! Nuestro padre lo, manda... ¿Sabéis dónde está? En la prisión. ¿No le veis? Allí le tienen cautivo. ¡Quieren matarle! ¡Quieren matarle!

BEATRIZ. ¡Pobrecita Emma!... ¿Cómo no te haces cargo de que somos nosotras, tus hermanas, quienes por ti sufren y lloran?

JULIA. (*Acariciándola*) Cabecita rubia... ¿Cómo se ha ido de tu cerebro la llamita que era el encanto de tu ser?

EMMA. Llegó la hora... ¡Padre! ¡Padre!

JULIA. Es su obsesión.

BEATRIZ. Sosiégate, alma mía.

EMMA. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

Esa es la música que más le agradaba. ¿Te acuerdas?

JULIA. Sí. Sí... Beethoven.

BEATRIZ. Pero no la toques de ese modo, sino al contrario; para que resulte dulce y armoniosa.

EMMA. No... No... Nuestro padre lo manda...

JULIA. (*Llorando*) No, Emma, no. Nuestro padre te mandó una vez que invirtieras la partitura.

EMMA. Sí, sí.

JULIA. Pero recuerda también que luego te dijo que la tocases como pide la ley, bien ordenada. ¿No lo recuerdas?

EMMA. Sí, sí... (*Como queriendo recordar.*)

JULIA. *(Pretendiendo volver la pieza de música).*
Entontes...

EMMA. *(Oponiéndose bruscamente.)* No, no...
(Golpeando de nuevo el teclado.) Así es como debe tocarse.

BEATRIZ. ¡Ay, Dios mío!!Dios mío!

EMMA. *(Dejando de golpear y quedando como ensimismada, contemplando la música.)* ¡Beethoven!... ¡Beethoven!

JULIA. Vuelve a ensimismarse, Dejémosla,

BEATRIZ. *(Se separan y vuelven a ocupar sus asientos.)*
Cierto es que se ha secado tu corazón. No viertes ninguna lágrima.

JULIA. No puedo llorar.

BEATRIZ. Acaba de revelarme tus pensamientos:

JULIA. En mis ojos no hay lágrimas. Hay fuego, Se ha apoderado de todo, mi ser la idea de vengar a mi padre...

BEATRIZ. ¿Cómo?

JULIA. ¿Me prometes callarlo y no decir nada a nuestra madre?

BEATRIZ. Sí. Lo prometo

JULIA. ¡Nuestro padre fuE fusilado aquella noche sin aguardar a que amaneciese el día. ¿Sabes por qué? Por decisión de un personaje funesto... (del Ministro que se ha apoderado de la voluntad del Emperador; del enemigo más implacable que tiene en Rusia la Libertad... ¿No encuentras admirable la conducta de esas altas princesas rusas cuya diestra se arma en favor del pueblo oprimido? Pues bien, Beatriz; admiro el valor que demuestran esas mujeres... Yo también quisiera ser princesa para introducirme en los salones dorados donde el déspota se cubre de flores... Y, allí... allí... clavarle un puñal en el corazón. ¡Que nuestro padre me perdone!...

BEATRIZ. ¿Qué dices, desdichada?

JULIA. Ya lo he dicho.

BEATRIZ. ¿Estás loca?

JULIA. Lo estaré como Emma, en tal caso, pero es de dolor, de rabia, de desesperación.

BEATRIZ. Me dejas absorta... Yo que siempre te creí luna corderilla...

JULIA. No. No soy una Corderilla...

BEATRIZ. Acostumbras a soñar despierta. Eso debe ser Un sueño. Deséchalo.

JULIA. No es sueño. Es realidad. Ven aquí, ponte enfrente de este cuadro. ¿Qué notas en él?

BEATRIZ. Algo extraño. Algo que antes no veía en tus lienzos.

JULIA. ¿Y qué más? Fíjate bien.

BEATRIZ. La expresión de un dolor intenso y de una gran energía... Parece que no es obra de mujer...

JULIA. Esto es lo que quería que notases. Y, ¿sabes por qué?... Porque mi alma ha girado. La tímida corderilla siente los ímpetus del león... El giro de mi alma se ha reflejado en este cuadro.

BEATRIZ. *(Volviendo a ocupar su asiento.)* ¡Me asustas!

JULIA. *(Acercándose a su hermana.)* Nada temas... Somos de la raza de los Padewski.

BEATRIZ. ¡Qué presentimiento tan oscuro me asalta! ¿Te he hecho daño? Perdón, hermana mía. La desventura se cierne sobre esta casa.

JULIA. *(En este punto Emma deja su asiento y se sitúa frente al cuadro, clavando en él los ojos.)* ¡Emma! ¿Qué hace?

BEATRIZ. Se fija en el cuadro.

JULIA. Clava en él sus ojos inciertos.

BEATRIZ. ¿Qué verá en ese lienzo?

JULIA. Algún abismo para su entendimiento.

(Emma toma el cuadro que está en el caballete y lo coloca de nuevo, invirtiéndolo.)

BEATRIZ. Lo invierte.

JULIA. Ahí está el eje de su locura.

(Emma coge el pincel como para dar algunas pinceladas sobre él lienzo. Julia evita su acción deteniendo su brazo.)

No, mi querida Emma. Vas a echar a perder el cuadro. Así no se pinta.

EMMA. Así... Así. Nuestro padre lo manda.

JULIA. ¿Quieres pintar?

EMMA. Sí... Sí.

(Poniendo el cuadro como estaba.) Pinta al derecho... No importa que lo manches con alguna mala pincelada. Pinta.

EMMA. No... No. Vamos; vamos a la prisión

JULIA. Sí... Allí está la prisión... *(Señalando la puerta lateral derecha.)* Ve a tu gabinete. Reclínate sobre tu lecho. Descansa, pobrecita Emma, descansa...

EMMA. *(Hace mutis por donde se le indica, diciendo:)*
¡Padre! ¡Padre!

ESCENA II

JULIA y BEATRIZ

BEATRIZ. ¿Cuándo acabará su martirio?

JULIA. Cuando Dios quiera.

BEATRIZ. ¿No sientes hoy más frío que de ordinario?

JULIA. No.

BEATRIZ. Yo, sí.

JULIA. Debes hallarte destemplada. Abrígate.
¿Quieres que vaya a traerte un abrigo? .

BEATRIZ. No es abrigo del cuerpo el que necesito.
(Besándola en la frente.) Toma el calor del alma.

JULIA. Aquí viene nuestra madre.

ESCENA III

Dichas y CATALINA por el foro

CATALINA. Nada, hijas mías (*Tomando asiento.*)

BEATRIZ. Vienes descorazonada.

CATALINA. Así es.

JULIA. Valor, madre.

CATALINA. ¿Y Emma?

BEATRIZ. Acaba de entrar en su gabinete.

CATALINA. ¿Y la pieza de música?...

BEATRIZ. Allí, sobre el piano, en posición invertida.

CATALINA. ¿Sigue en su fatal locura?

JULIA. Sí.

BEATRIZ. Desahoga la pena de tus dos engaños en el corazón de tus hijas. ¿Qué ha ocurrido?

CATALINA. Aquí está el libro... No hay quien quiera editarlo. «La Filosofía del Bien» asusta a todos. El nombre de su autor, fusilado, les produce pánico... Témense a las iras del general Gurben, que se ha apoderado de la voluntad del Emperador.

JULIA. ¡Gurben! ¡Ah! El verdugo del pueblo.

CATALINA. Bien haces en llamarle verdugo. Tiene el corazón más duro que una roca... le supliqué, me abracé a sus rodillas, llorando... Todo inútil.

JULIA. ¿Por qué te humillaste de ese modo; tú, la esposa de Ovaldo Padewski?

CATALINA. Por vuestro hermano... por Guillermo que está corriendo la misma suerte que su padre.. El Consejo de guerra le condenará a muerte...

BEATRIZ. No, madre, no.

CATALINA. No lo dudéis... No lo dudéis.

JULIA. No pierdas la esperanza.

CATALINA. Le cogieron prisionero porque estaba herido... para matarle ahora, preferible hubiera sido que le hubieran matado entonces. ¿Y Roberto? ¡Qué suerte será la suya?

JULIA. Tranquilízate... Roberto es de hierro. Acuérdate del papel que ha hecho llegar a nuestras manos... Allí escribió de su puño y letra: «Estoy vivo, y velo por vosotras.»

CATALINA. Pero no traía firma.

JULIA. En eso demuestra Roberto su gran previsión. Ten en cuenta la encarnizada persecución de que son objeto. Se les aniquila allí donde se les encuentra.

CATALINA. Tienes razón. Admiro tu energía, Julia... No te creí capaz de tanta fortaleza. Nos alientas a todos.

BEATRIZ. Pero, ¿cómo has tardado tanto?

CATALINA. He dado muchos pasos... Por último, viendo el malogro de mis esfuerzos, bajó una luz a mi cerebro... Me acordé del hombre más grande que tiene Rusia y acaso el mundo entero. Él conocía mucho a vuestro padre... Admiraba sus obras, como que tienen muchos puntos de contacto con las suyas.

JULIA. ¡León Tolstoi!

CATALINA. El mismo.

BEATRIZ. ¡Tolstoi, el escritor mundial!

JULIA. El espíritu más verdaderamente cristiano que han producido los siglos, después de Jesús, ¿Y qué hiciste?

CATALINA. Guiada por aquella luz que bajó a mi mente, fui en coche a su casa para ver si podía hablarle... pero no tuve esa dicha. Se encontraba ausente... Le esperé más de una hora y tuve que venirme por temor de que se avecinase la noche.

JULIA. ¿Y tú crees que Tolstoi?...

CATALINA. Él es un gran prestigio, y no dudo que si patrocina la obra se editará la «Filosofía del Bien». Es preciso, que cuanto antes se cumpla la voluntad de vuestro padre. Además, ¡necesitamos recursos para vivir!... Cuantos, había en casa ya se están agotando.

JULIA. No te apures, madre... Este cuadro que ahora pinto y que ya está casi terminado, nos ha de dar mucho, dinero.

BEATRIZ. Yo, también pienso acrecentar el caudal con mis flores y bordados.

CATALINA. ¿Olvidáis que ese dinero ¡no nos pertenece, hijas mías?

BEATRIZ. ¿Cómo que no?

CATALINA. Acordaos de las palabras que pronunció vuestro padre: Procura que nuestras hijas sigan dedicando el producto de sus labores artísticas al socorro de los obreros faltos de trabajo.

BEATRIZ. Es verdad.

JULIA. ¡Tienes razón. Ese dinero es de los pobres!

CATALINA. Sólo podremos aprovecharlo cuando nos veamos nosotras tan necesitadas como ellos.

BEATRIZ. ¿Piensas volver de nuevo a la casa de Tolstoi?

CATALINA. Mañana, si es que antes él ¡no viene.

JULIA. ¡Cómo!

BEATRIZ. ¿Aún podría venir?...

CATALINA. Aun no ha expirado la tarde.

BEATRIZ. ¿En qué te fundas para creer que?...

CATALINA. En su gran corazón... En lo que me dicta el mío, y principalmente por lo que me aseguró un anciano que hallé en su casa.. «Tolstoi sentirá mucho que usted no le haya encontrado», me dijo. «Irá a ¡verla a su casa, si hay tiempo hábil, antes de que acabe ni día».

JULIA. Entonces, sí que viene.

BEATRIZ. Eso creo yo también.

CATALINA. ¡Cómo os anima la esperanza!

BEATRIZ. Tan segura estoy, que voy a la puerta a esperarle.

CATALINA. Bien, Beatriz.

BEATRIZ. Que vea que nuestras ansias se anticipan a su llegada. Hagámosle ese honor.

JULIA. Bien pensado.

BEATRIZ. Allá voy. *(Vase por el foro.)*

ESCENA IV

CATALINA y JULIA

CATALINA. Julia, hija mía; sigue tu labor. Trabaja. Yo en tanto, voy a ver a Emma. *(Vase por el cuarto derecha.)*

ESCENA V

JULIA, cogiendo el pincel y la paleta

JULIA. ¡Poco le falta a mi obra! Una chispilla aquí de luz... A ver... Sí... Sí... Cuánto, ha ganado con este toque... ¡Oh, Libertad! A medida que se iluminan tus sienes, parece que la imagen que te da vida quiera salirse del lienzo... ¡Qué importa que estés caída! Te levantarás de nuevo para bien de la Humanidad. Eso es lo que yo he querido expresar con el pincel. Y creo haberlo conseguido;... ¡Oh! Sí... Mi ideal se ha revelado en este cuadro... Aquí otro toque... *(Da otra pincelada con mucha delicadeza.)* ¡Magnífico!... La Inspiración guía mi brazo.

ESCENA VI

Dicha y CATALINA por la derecha

CATALINA. La hallé recostada sobre el lecho... No he despertarla.

JULIA. ¿Duerme?

CATALINA. O parece que duerme. No me hartaría de estar a su lado contemplándola, pero se me rompe el corazón. ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!... ¡Era el encanto de su padre! *(Se sienta y llora.)* -

JULIA. Vamos, madre, vamos... Calma tu pena. Ven.. Mira mi obra... «La Libertad Caída»... Aun no me has dicho si te gusta. ,

CATALINA. *(Que se levanta, guiada por Julia, para contemplar el cuadro.)* ¡Qué miro! ¿Has pintado tú este cuadro?

JULIA. ¡Cuánto me satisface tu sorpresa! Sí, madre...

CATALINA. Esta mañana no tenía semejante vigor ni colorido.

JULIA. Me sentí inspirada esta tarde...

CATALINA. Es prodigioso. - .

JULIA. El arte es obra de la inspiración. Ni yo misma puedo explicar cómo desde mi alma ha bajado la fuerza a mis manos para que el pincel haga tan hermoso oficio.

ESCENA VII

Dichas y BEATRIZ por el foro

BEATRIZ. ¡Madre!

CATALINA. ¿Ha venido?

BEATRIZ. Sí.

JULIA. ¿Tolstoi?

BEATRIZ. Sí. León Tolstoi.

CATALINA. ¿Por qué te has detenido?

BEATRIZ. Porque me ha rogado que le anuncie.

CATALINA. Que pase al punto.

JULIA. Sola te dejo, madre.

CATALINA. Sí; vete, hija mía.

(Vase Julia por la izquierda.)

ESCENA VIII

Dichas y TOLSTOI por el foro, pasado algún tiempo

TOLSTOI. Señora...

CATALINA. ¡Señor!... ¿Por qué se ha molestado? Yo hubiera ido a verle mañana.

TOLSTOI. No hubiera podido pegar los ojos esta noche. Me desvelan todos los requerimientos que me hace la desgracia ajena.

CATALINA. Bien venido sea a esta humilde casa. Tome asiento.

TOLSTOI. (Se fija en el cuadro y se para a contemplarlo.)
Permítame que contemple este cuadro.

CATALINA. Con mucho gusto. ,

TOLSTOI. He aquí otro requerimiento de dolor. Esa imagen evoca mis recuerdos de amargura... Su frente se yergue con majestad, circundada por un nimbo de gloria. *La Libertad Caída*... Sobra el título... Cae, pero parece que se levanta...

En ese lienzo palpita un corazón herido... ¡Lástima que no tenga mayores dimensiones!

CATALINA. Aun no está terminado.

TOLSTOI. Mas ya interesa como si lo estuviera. Tiene ese imán que atrae a las miradas... Más que un cuadro, es el símbolo de la injusticia de dos hombres... el emblema de una nación que gime bajo la mano opresora del tirano. Ese cuadro me arranca esta exclamación: ¡Pobre pueblo ruso!

CATALINA. ¿Le encuentra usted algún mérito?,

TOLSTOI. ¿Quién lo ha pintado?

CATALINA. Julia. Una de mis hijas.

TOLSTOI. ¡Me asombra! Nadie diría que está hecho por mano de mujer... Cerremos este paréntesis. Vamos a nuestro objeto. *(Sentándose ambos.)* La escucho con profunda atención.

CATALINA. Mi esposo Ovaldo... *(Deteniéndose por la emoción que la acomete.)*

TOLSTOI. Comprendo esa emoción... Ríndala culto, señora.

CATALINA. Mi esposo Ovaldo me encargó, horas antes de ser fusilado, que procurase editar su libro «Filosofía del

Bien», deseando obtuviese la mayor publicidad. He querido dar cumplimiento a su mandato, y no encuentro editor...

TOLSTOI. Lo comprendo... La tiranía acobarda a los espíritus.

CATALINA. Así es.

TOLSTOI. ¿Tiene usted el original?

CATALINA. *(Tomando el libro que antes dejara sobre la mesa.)* Aquí está el libro.

TOLSTOI. *(Leyendo.)* «Lo mismo en la alegría que en el dolor, la vida es siempre un bien.» Basta con esta sola frase... Yo me encargo, señora, de que el libro se edite en condiciones económicas muy favorables para usted.

CATALINA. ¡Gracias! ¡Gracias!

TOLSTOI. No las merezco. Yo soy quien debe mostrarse agradecido a la ocasión que me favorece. Hacer un bien es una dicha... Me llevo el libro... *(Levantándose.)* Me levanto, no para dar por terminada esta entrevista, sino para contemplar de nuevo el cuadro y suplicarla que me presente a sus hijas.

CATALINA. Con mucho gusto. *(Acercándose a la puerta izquierda y llamando.)* ¡Julia!

ESCENA IX.

Dichos y JULIA por la izquierda

JULIA. Señor... Bendita sea la generosa intención que le ha traído a esta casa.

TOLSTOI. Siente usted la Libertad, con alma varonil. Hay toques en este cuadro tan enérgicos, que parecen hechos con la punta, bañada en sangre, de una espada. Piedad, hija mía... Piedad, hasta para los verdugos...

JULIA. ¡Señor! Profundiza usted los más ocultos arcanos del alma... Ciertamente es que no he sentido piedad al pintar ese cuadro; me ha movido sólo la indignación y el dolor de que estoy poseída por la muerte de mi padre.

Lo comprendo, hija mía, lo comprendo, y la felicito por obra tan inspirada.

CATALINA. *(Acercándose al foro y llamando.)* ¡Beatriz! ¡Beatriz!

ESCENA X

Dichos y BEATRIZ por el foro

BEATRIZ. Aquí estoy, madre.

CATALINA. Mi hija mayor.

TOLSTOI. Joven, bella y discretísima. ¿Es la que esperaba mi venida?

CATALINA. Sí, señor.

TOLSTOI. ¿También es artista?

CATALINA. Aficionada a bordados y flores.

TOLSTOI. ¿No eran tres sus hijas?

CATALINA. La otra, Emma, la más pequeña, no se halla en su juicio. Ha perdido la luz del entendimiento.

TOLSTOI. ¿Cómo así?

CATALINA. No quisiera hacer tan desagradable su visita con relatos dolorosos.

TOLSTOI. No... No... Por el contrario; deseo conocer la causa de esa desventura... Refiérala. Se lo suplico.

CATALINA. Emma no pudo soportar el dolor que le produjo la despedida de su padre... «Emma, le dijo, acuérdate de mí cuando hagas gemir a tu piano en alguna de las sonatas de Beethoven...» Llegamos a esta casa transidas de dolor. Emma se sentó al piano; puso una de aquellas sonatas en el atril, pero en posición invertida... Golpeó el teclado con toda violencia... Este fue el signo de su locura... Desde entonces ya no ha cesado en su fatal manía.

TOLSTOI. ¿La ha Visto algún médico?

CATALINA. El médico dice que sólo una impresión muy fuerte puede salvarla.

TOLSTOI. ¿Podría verla?

CATALINA. Ve por tu hermana, Beatriz.

BEATRIZ. Al punto. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI

Los mismos menos BEATRIZ

TOLSTOI. Respirase en esta casa un ambiente de dolor; pero de dolor sencillo. Este es el ambiente cristiano... He venido para hacer un bien, y me siento dichoso por la sencillez que contemplo en esta pena.

CATALINA. Aun quisiéramos que le fuese menos molesta esta entrevista.

JULIA. Aquí viene Emma.

TOLSTOI. ¡Pobre niña!...

ESCENA XII

Dichos y EMMA, seguida de BEATRIZ

(Emma se sienta al piano. Mira las hojas de la partitura como si pretendiese tocar un pasaje determinado y golpea las teclas, produciéndose, como anteriormente, los acordes

más desafinados. Cesa en aquella acción y contempla la partitura.)

TOLSTOI. ¡Abismos del alma! ¿Por qué toca con la partitura invertida?

CATALINA. Porque una vez le ordenó su padre que así lo hiciera, para demostrar su lección de que, entre el bien y el mal, entre la discordancia y la armonía, sólo media una inversión, un giro.

TOLSTOI. Tal es la verdad... La locura de Emma es también un ejemplo doloroso... ¿Qué hace falta para que recobre el entendimiento? Que se realice un giro en su espíritu. *(Acercándose a Emma.)* ¡Pobre ángel! Ya sé que mis palabras no han de tener eco en tu alma. Esta partitura tiene que invertirse.

EMMA. *(Impidiendo que Tolstoi lleve a cabo su acción.)*
No... No...

TOLSTOI. Mírame...

EMMA. ¡Beethoven!

TOLSTOI. No, no soy Beethoven. Soy León Tolstoi.

EMMA. ¡Tolstoi! ¡Tolstoi!...

TOLSTOI. ¿Halla mi nombre algún eco en tu alma?

EMMA. No, no. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

TOLSTOI. *(Volviendo a reunirse con Catalina.)* Esta es Una
ide las más grandes emociones que he recibido en mi vida.
Voy a dejar esta casa con lágrimas en el corazón. Necesita
usted toda la fortaleza de la virtud verdaderamente cristiana
para sobreponerse a esta gran desdicha. Recuerde las
palabras que voy a dirigirla como ofrenda de despedida. La
Rusia gime sin poder sacudir su yugo. Los ríos que fertilizan
las campiñas se han convertido en ríos de sangre. Esta es una
de las más violentas represiones que registra la Historia; pero
la maldad de los hombres aun pudiera llegar a mayores
excesos... Para este caso recuerde usted, señora, que en
todas las Rusias sólo hay un asilo, un lugar inviolable donde
no se atreven a poner su planta los verdugos... La casa de
León Tolstoi... No lo olvide usted, señora.

CATALINA. ¡Gracias, señor!

BEATRIZ. ¡Gracias!

JULIA. ¡Gracias!

*(Las tres señoras besan la mano de Tolstoi al estrechársela.
Vase Tolstoi por el foro.)*

ESCENA XIII

Los mismos, menos TOLSTOI

BEATRIZ. ¿Te ha prometido?...

CATALINA. Sí, que se editará el libro.

JULIA. ¿Cuándo?

CATALINA. Muy pronto. Ya se ha llevado el original. ¿Se ofreció gustoso. Abrió el libro, leyó en una de sus páginas y él mismo se brindó espontáneamente.

BEATRIZ. Bendito sea!

JULIA. ¡Madre! ¡Qué talento el suyo! Mirando al cuadro, ha mirado al fondo de mi alma.

BEATRIZ. ¿Habéis oído las palabras que ha pronunciado al marcharse?

JULIA. Ha dicho la verdad. Sólo hay en Rusia una casa inviolable. Esa es la de León Tolstoi.

CATALINA. Venid aquí, hijas mías... Este es el primer rayo de esperanza que ha penetrado en esté hogar desde aquella noche terrible. *(Se sienta.)*

JULIA. ¡Madre! *(Tomando asiento al lado de su madre.)*

BEATRIZ. ¡Madre! *(Imitando a su hermana.)*

JULIA. ¿Y Emma?

CATALINA. Emma ya tiene otra madre. La locura. No la saquemos de sus incomprensibles abstracciones... Hijas mías... Recordemos a vuestro padre. No es menester que salgan a los labios nuestras oraciones... Recojamos el espíritu y roguémosle a Dios, que le haya recibido en su seno.

BEATRIZ. Eso vamos a pedirle sin palabras.

JULIA. Sí, madre. *(Julia y Beatriz reclinan su cabeza sobre el regazo de su madre, formando así las tres un grupo amoroso. Gran pausa, al fin de la cual suenan dos fuertes golpes dentro, como dados a la puerta de la casa.)*

CATALINA. *(Alarmada.)* ¿Habéis oído?

BEATRIZ. Sí.

JULIA. Llaman.

CATALINA. ¿Quién será, tah cerca de la noche?

JULIA. Voy a verlo.

CATALINA. Mira antes por el ventanillo.

JULIA. Así lo haré. *(Vuelven a sonar los golpes.)*

BEATRIZ. Traen prisa.

ESCENA XIV

CATALINA, BEATRIZ y EMMA

CATALINA. Me extraña mucho que a estas horas vengan a visitarnos. No me acordé de recomendar a Julia que no abra si ve que es algún desconocido.

BEATRIZ. Esperemos.

JULIA. *(Dentro.)* ¡Roberto, hermano mío!

BEATRIZ. ¡Es Roberto!... ¡Es Roberto!...

CATALINA. ¡Divino Dios!

ESCENA XV

Dichas y ROBERTO y BEATRIZ por el foro, seguidas de KUROK.

ROBERTO. (*Echándose en brazos de su madre.*)
¡Madre de mi vida!

CATALINA. ¡Hijo mío! (*Abrazándole.*)

BEATRIZ. ¡Roberto

ROBERTO. ¡Beatriz! ¿Y Emma? ¿Por qué no viene? No hay tiempo que perder. ¡Emma! Hermana mía... Ven también a mis brazos... ¿No me oyes? ¿Qué es eso? ¿Qué hace allí sentada?

CATALINA. Emma no te oye.

ROBERTO. ¿Por qué? ¡Madre! ¿Qué desventura me presagia tu rostro dolorido?

CATALINA. Porque ha perdido la razón.

ROBERTO. ¿Qué escucho? (*Aproximándose a Emma.*) ¡Emma! ¡Emma! Soy yo; tu hermano Roberto...

EMMA. ¡Roberto!... ¡Roberto!...

ROBERTO. Sí, sí. Recuérdate. Fija tus ojos en los míos...

EMMA. ¡Roberto!... ¡Roberto!...

ROBERTO. Emma. Ábreme tu
espíritu.

EMMA. No, no. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

ROBERTO. ¡Horror! Es verdad que ha enloquecido;

CATALINA. Ha enloquecido de pena.

ROBERTO. Y yo también necesito un gran esfuerzo para no enloquecer... Mi padre, Guillermo, y ahora Emma... ¡Oh! ¡Qué desesperación! *(Dejándose caer en una silla como rendido por el dolor.)*

KUOK. *(Acercándose a Roberto.)* Roberto; no hemos venido a esta casa para llorar como débiles mujeres... Piensa en la gravedad del caso y en que la noche se nos echa encima.

ROBERTO. Madre, acércate. Este hombre, Kuok, mi compañero y amigo, me ha salvado la vida por dos veces.

CATALINA. *(Alargándole la mano.)* Mi eterna gratitud.

KUOK. Bien; pero, al grano, al grano.

ROBERTO. El general Gurben, ese miserable liberticida, ha tenido noticia de los propósitos que me trajeron a San Petersburgo desde Berlín. Ya Sabe que hay un Roberto Padewski, ingeniero mecánico, que quiso derribar al Emperador...

CATALINA. ¿Y bien?...

ROBERTO. Nosotros tenemos leales confidentes que han venido a darnos aviso de este nuevo peligro. Ya se han dado las órdenes para que venga la policía a esta casa apenas sea entrada la noche.

CATALINA. ¿Con qué objeto?

ROBERTO. ¡Ay, madre! ¿No lo adivinas?

CATALINA. ¿Para prendernos?

ROBERTO. Sí.

CATALINA. Que vengan.

ROBERTO. ¿Sabes lo que dices?... Para descubrir la verdad os someterían a los tormentos más horribles.

KUROK. Que se hace tarde, Roberto.

CATALINA. ¿Crees tú que?...

ROBERTO. Sí, madre... Ese verdugo es capaz de todo.

CATALINA. ¿Y has venido para?...

ROBERTO. Para poneros a salvo y libraros de sus garras.

CATALINA. ¿Podréis ocultarnos?

KUROK. Pronto. Pronto.

ROBERTO. Un momento, Kurok. Todo está ya preparado. En las afueras de San Petersburgo, nuestra gente se halla dispuesta. Tomad todos los objetos de valor que tengáis en la casa. Envolveos con los abrigos y a la calle; a la calle.

CATALINA. ¡Beatriz! ¡Julia! Seguidme...

ROBERTO. Aprisa, madre, aprisa.

KUROK. El peligro es inminente, señora.

(Vanse Catalina, Beatriz y Julia por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XVI

EMMA, ROBERTO, KUROK

ROBERTO. Legítima es tu impaciencia, Kurok, pero no es posible hacer las cosas con mayor premura.

KUROK. Es la primera vez que un hombre me pide calma. Si fuera yo solo, esperarí a que llegase la policía por gusto de tener con ella Un bu en encontrón... pero me da lástima tu madre... Me mueven a piedad tus hermanas y esa infeliz demente me parte el corazón... Ahí tienes el motivo de la impaciencia que me acosa.

ROBERTO. Han ido a tomar todos los objetos de valor ¡de que disponen y a envolverse con unos abrigos..

KUROK. *(Consultando su reloj.)* Aun hay tiempo, pero ¡no mucho...

ROBERTO. La policía no vendrá hasta bien entrada la noche.

KUROK. No hay que confiar demasiado en esos perros lebreles. Desde el momento en que les dan a olfatear la caza ya no hay quien les detenga. Les conozco mucho; bien es verdad que también ellos me conocen. Me llaman el oso siberiano. Dales un grito. No vayan a tardar demasiado.

ROBERTO. *(Acercándose a la segunda puerta izquierda.)*
¡Madrel ¡Madre!

CATALINA. (*Dentro.*) Allá vamos, Roberto. Allá vamos.

ROBERTO. No pierdas tiempo.

KUROK. ¡Pobre señora! En buen aprieto la estamos poniendo.

ROBERTO. Esa es mi pena, Kurok, esa es ¡mi pena.

ESCENA XVII

Dichos y CATALINA, BEATRIZ y JULIA por la izquierda.
Catalina trae un abrigo con el cual envuelve a Emma.

CATALINA. ¡Emma! Amor de mi alma. Deja que te envuelva con este abrigo. Vamos a ver a tu padre...

EMMA. ¡Quieren matarle!... ¡Padre! ¡Padre! -

CATALINA. Vamos, Roberto.

ROBERTO. Vamos, Kurok.

KUROK. Abre tú el paso. Yo os guardaré las espaldas. En marcha. *(Hacen mutis por el foro, pero Julia dice:)*

JULIA. ¡Mi cuadro! ¡Kurok! ¡Mi cuadro!

CATALINA. *(Cortando su acción.)* No te detengas, Julia.

ROBERTO. *(Dentro.)* ¡Seguidme!... Dejaos de cuadros. ¡Seguidme!

(Vanse por el foro.)

ESCENA FINAL

KUROK

KUROK. ¿Su cuadro, dice? ¿Será éste? «La Libertad Caída»... Me lo llevo. Caída o no caída, la Libertad se viene con nosotros...

(Vase por el foro. Llevándose el cuadro.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

El recinto de una prisión. Única puerta a la derecha

ESCENA PRIMERA

Aparece GUILLERMO. Se pasea de uno a otro extremo del recinto.

GUILL. Nunca el hombre tiene el valor necesario para afrontar las situaciones críticas de la vida. ¿Puedo hacerme en conciencia esta acusación?... Pasemos revista

a los hechos. Guiados por el ansia de libertar a nuestro padre, asaltamos la cárcel donde se hallaba prisionero. Ya le habían fusilado. Con dinamita y llamas destruimos la maldita cárcel... Súbitamente nos vimos envueltos por una legión de cosacos. Resistimos la acometida valerosamente... Pocos fueron los que pudieron salvarse. Aun veo la imagen de Kurok abriéndose paso a derecho y siniestro con su cuchillo y su revólver. Yo caí herido... Perdí el conocimiento; ¡mas luego al volver de mi desmayo pude haberme dado la muerte y no me hubieran hecho prisionero. Esto cumplía a mi deber, pero no tuve esa entereza de hombre... Me hubiera evitado estas zozobras del espíritu dando fin a mi existencia con una muerte honrosa. Ahora seré fusilado y esto es lo que he perdido... Lo siento, no por mí, yo no temo a la muerte sino por mi madre... ¡Madre de mi vida! ¡Qué dolores tan grandes pasas por tus hijos!... ¡Hasta que los fusiles hagan pedazos mi cuerpo, qué angustioso ha de ser tu calvario!... Oigo ruido. Alguien se aproxima... ¿Será ése miserable esbirro; del déspota Gurben?

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL de policía, esbirro del general Gurben, con dos individuos del mismo Cuerpo y el TENIENTE con seis granaderos.

GUILL. ¡Hola! ¿De nuevo por aquí? Nada bueno me augura su venida... Trae usted mucha satisfacción en el semblante.

OFIC. Capitán Guillermo...

GUILL. Capitán fui de granaderos; mas ya no lo soy; no por afrenta ninguna, sino por haberle devuelto mi espada al Emperador.

OFIC. A lo que importa. ¿Persiste usted en negar que su hermano Roberto vino desde Berlín a San Petersburgo con objeto de realizar su proyecto abominable?

GUILL. Repito lo que ya le tengo dicho. Nada sé.

OFIC. ¿Se empeña en ocultarnos su paradero?

GUILL. Dígale usted a su amo, al general Gurben, que esa pregunta no se le hace a un hombre de honrados sentimientos como yo. Supongamos que me fuese conocido el paradero de mi hermano... Tampoco lo diría.

OFIC. Eso ya lo veremos.

GUILL. Ya lo veremos.

OFIC. Hombres de más tesón que usted sé han llorado en el potro.

GUILL. ¡Bah!

OFIC. Cuando los huesos se descoyuntan, decae el espíritu y se doma el orgullo.

GUILL. Háganme pedazos. No importa. No añadiré ni una palabra a lo dicho.

OFIC. ¡Raza fiera de los Padewski!... Vamos a ver si yo logro domar esa soberbia. Atienda usted.

GUILL. Escucho.

OFIC. La policía ha hecho una buena presa... TERNOS en nuestro poder a su hermana Beatriz.

GUILL. ¡A Beatriz! ¡Mi hermana!

OFIC. Palidece usted, lo comprendo...

GUILL. ¿Pero esa maldad?

OFIC. Acabe de oír... Cuando la policía fue a casa de usted para prender a su madre, ya se había ésta fugado con sus hijas...

GUILL. ¿Se había fugado?

OFIC. No se regocije todavía... La policía siguió sus pasos...

GUILL. ¿Cuándo ha sido?

OFIC. Esta misma noche... Defendían a su madre y sus tres hermanas, dos hombres; dos malditos revolucionarios... Nuestra gente reconoció en ellos a Kurok, al oso siberiano, quien por visto se halla al servicio de los Padewski.

GUILL. No haga digresiones... Se lo suplico...

OFIC. ¡Ah! ¿Ya suplica usted?

GUILL. Sáqueme de estas ansias... ¿Qué le ha ocurrido a mi madre?

OFIC. ¡Calma! ¡Calma!

GUILL. Es usted un malvado.

OFIC. Aunque ya la obscuridad se había esparcido por los alrededores de San Petersburgo, mis gentes consiguieron salir en persecución de los fugitivos.

GUILL. ¡Mi madre! ¡Mi madre!

OFIC. No sea impaciente.

GUILL. Hable usted.

OFIC. Nos mataron cuatro hombres. El encuentro ha sido muy rudo. Lograron escapar...

GUILL. ¡Ah!

OFIC. No... No. Repito que no se regocije. Sigue aún la batida y no transcurrirá la noche sin que todos caigan en nuestro poder; mas por lo pronto ya tenemos a su hermana...

GUILL. ¡Infeliz! ¿Dónde está?

OFIC. Muy cerca... Va usted a verla. *(Vase a la puerta de la cárcel, y dice en alta voz:)* Adelante, Patoski... Adelante con la prisionera.

ESCENA III

Dichos, y BEATRIZ con las manos atadas a la espalda, Custodiada por dos individuos de la policía.

GUILL. *(Extendiendo hacia ella los brazos.)* ¡Beatriz!
¡Hermana mía!

BEATRIZ. ¡Estoy presa, Guillermo!

OFIC. Ya ve usted que he dicho la verdad.

GUILL. ¿Le place la caída de mi altivez? ¿Quiere que le bese la mano en señal de humildad y acatamiento?... Ponga en, libertad a mi hermana.

OFIC. Bien se rinde a mis pies tanta fiereza. Yo no ejerzo mi oficio para eso... Díganme dónde se oculta Roberto y me basta. Usted o ella, Cualquiera de los dos. Me es igual...

GUILL. Nada sé. Lo juro por mi honor de caballero. Su hermana debe saberlo. Que lo diga, si quiere recobrar la libertad.

BEATRIZ. Nada sé tampoco... Aflójenme las ligaduras, que me están mordiendo en la carne.

GUILL. Aflojen sus ligaduras...

OFIC. Esto no es nada... Y si se empeña en callar...

GUILL. Quebranten mis huesos... Sáquenme la sangre de las venas gota a gota... Despedacen mis miembros... pero suelten a esa desdichada... Beatriz, hermana de mi vida...

Mira las lágrimas que corren por mis ojos... ¡Las derramo por ti!

BEATRIZ. Guillermo, hermano mío... No te acongojes tanto... Le pediré a Dios que me dé fortaleza.

OFIC. ¿De modo que insisten en guardar silencio?

GUILL. ¡Piedad para ella!

OFIC. ¿Dónde está Roberto?

BEATRIZ. ¡Piedad para mi hermano!

OFIC. Este no es caso de piedad. Es caso de inquisitoria. Roberto... Roberto. *(Pausa.)* Está bien... Ya sé que es usted tenaz y firme como las rocas. Hasta creo que se dejará hacer pedazos antes que decirnos la verdad; mas ya veremos si su hermana tiene la misma fortaleza. Conducidla a su calabozo.

BEATRIZ. ¡Adiós, Guillermo!

GUILL. ¿Y esto lo consiente Dios?

(Vase Beatriz, seguida de los policías que la custodian.)

ESCENA IV

Los mismos, menos BEATRIZ

OFIC. Le doy a usted un plazo de veinticuatro horas para decidirse.

GUILL. ¿Será usted capaz de torturar, a mi hermana?

OFIC. ¡Y tanto!

GUILL. ¿No se compadece del ser débil? ¡De la infeliz mujer!

OFIC. ¡Bah!

GUILL. ¡Miserable!

OFIC. Ya asoma otra vez la fiera.

GUILL. Sí. Ya se enciende otra vez mi sangre. Bien se conoce que es usted un ¡esclavo del déspota.

OFIC. Desprecio el insulto.

GUILL. Se pone pálido porque la llama de la vergüenza no puede asomar nunca a la faz de los verdugos... Es veneno y no sangre lo que circula por sus venas. Los hombres de honor a un lado. Los miserables a otro... ¡Ay de usted si lleva

a cabo la acción que proyecta de martirizar a mi pobre hermana!... La justicia del pueblo ruso tiene rayos ocultos... Puñales que se alzan en la sombra y el misterio...

OFIC. Será preciso ponerle una mordaza.

GUILL. ¿Un esbirro se atrevería a poner la mano infamante sobre un capitán que se cubrió de ¡gloria combatiendo en el Ejército ruso?... ¡Retírese el vil polizonte de mi presencia!... ¡Mengua y desprecio para el esbirro! ¡Gloria y honor para el soldado!

OFIC. *(Estallando en cólera.)* ¡Esto es insufrible! ¡Patoski y Naquit, ponedle una mordaza!

(Patoski y Naquit, sacando una mordaza, se aproximan a Guillermo. En este punto, el Teniente de Granaderos, que contempla la escena al frente de seis soldados, espada en mano, dice fría y rígidamente, sin hacer ningún ademán ni moverse un ápice del sitio que ocupa:)

TEN. No tocar al capitán.

(Al oír esto, retroceden Patoski y Naquit.)

OFIC. ¿Cómo? ¿Qué escucho? ¿Qué ha dicho usted?

TEN. *(Secamente.)* No tocar al capitán.

OFIC. Este es un acto de indisciplina... Yo tengo la representación del general Gurben. Queda usted arrestado. Entrégueme al punto la espada.

TEN. *(Con acento seco y sin moverse un ápice de su sitio.)* No tocar al teniente.

OFIC. ¿Qué es esto?... Vamos. Vamos a dar parte de lo que ocurre... Serán ustedes fusilados... *(Vase el oficial con los suyos.)*

ESCENA V

Mismos, menos oficial de policía y sus acompañantes

GUILL. ¿Qué ha hecho usted? ¡Se ha perdido!

TEN. No importa. Todo el regimiento de Granaderos. piensa como nosotros. Al cuartel, soldados. Desde allí iremos a tambor batiente al Palacio Imperial. Pediremos al Emperador la libertad del capitán Guillermo.

GUILL. ¡Serán considerados como sediciosos!

TEN. Estamos decididos.

GUILL. ¡Serán fusilados!

TEN. No importa. ¡Al cuartel!

TODOS. ¡Al cuartel!

(Vanse.)

ESCENA VI

GUILLERMO

GUILL. ¡Más sangre! ¡Más víctimas! ¡No quiero acariciarte, esperanza! ¡Vienes ennegrecida por el humo de la pólvora! ¡Vienes acompañada por los ayes de dolor que amenazan arrancar en tormento a mi infeliz hermana. ¡En qué abismo tan profundo ha caído la aspiración de libertad del pueblo ruso! ¡No se oyen por doquiera más que gritos de dolor! ¡La crueldad se ha erigido en la suprema razón del Imperio! ¡Justicia, eres una sombra! ¡Humanidad, eres un

fantasma! *(Déjase caer en una silla, con. muestras de la mayor desesperación.)*

MUTACIÓN

CUADRO III

Telón corto de bosque en la oscuridad
de la noche

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha CATALINA, JULIA y
KUROK

KJUROK. Aquí. Tomen aliento aquí.

CATALINA. ¡Kurok! ¿Y Roberto? ¿Y mis hijas?

KUROK. Deben hallarse juntos, por, ahí, extraviados.

JULIA. Sí, madre. No te amilanes.

KUROK. Ya hemos puesto muchas sombras entre nosotros y nuestros perseguidores. La noche es oscura como boca de lobo.

CATALINA. ¡Qué horrible combate! ¡Qué imprecaciones de rabia! ¡Qué gritos de dolor! ¡Dios mío! cómo se matan los hombres!

KUROK. Pudimos escapar. ¡Lo malo es que la policía nos dividió en dos mitades!

CATALINA. ¡Y Beatriz corriendo de aquí para allá como una loca!...

JULIA. Fue aquel Un instante supremo.

KUROK. ¡Recobren ánimo! Esto no es nada...

CATALINA. ¿Cómo puede usted conservar esa sangre fría?

KUROK. La costumbre es una segunda naturaleza. Lo que siento es haber perdido el cuadro de Julia en la refriega.

JULIA. ¡Qué importa eso!

CATALINA. ¡Nada importa, Kurok!

KUROK. ¿Haberle arrebatado esos polizontes a Kurok el cuadro de la Libertad?... ¡Mal rayo les parta!

CATALINA. ¡Silencio! ¿No habéis oído?

KUROK. ¿Hacia qué lado?

CATALINA. *(Señalando a la izquierda.)* Allí... Allí... Uhai voz... Llamando.

KUROK. A ver.

CATALINA. No nos abandone usted...

KUROK. Nada tema... Silencio... Oigamos.

CIUD. 1. *(Dentro, a lo lejos.)* ¡Kurok!

KUROK. ¡Nos hemos salvado! Esa es nuestra gente.

CATALINA. ¡Loado sea Dios! Pero, ¡y mis hijos! ¡Y mis hijos!

KUROK. *(Acercándose a la izquierda y poniéndose las manos en forma de bocina.)* ¡Aquí, Rokusk!...

(Pausa muy prolongada.)

CIUD. 1. *(Dentro.)* ¿Por dónde, Kurok?

KUROK. Aquí estoy. Adelante.

ESCENA II

Dichos; y CIUDADANOS 1 y 2, seguidos de otros varios, por la izquierda. Todos vienen armados.

CIUD. 1. Por fin os hallamos.

KUROK. Nos encontráis vivos por milagro.

CIUD. 2. Hemos oído los tiros. ¿Pero no quedamos en que nos reuniríamos al norte, de la ciudad?

KUROK. Sí, solo que, al vernos perseguidos, tuvimos que cambiar de rumbo. Nos hemos extraviado. Buen encontrón tuvimos con la policía.

CIUD. 1. ¿Y Roberto? ¿Y las señoras?

KUROK. Roberto tiró por un lado, con dos de sus hermanas, y yo por otro Con la madre y una de las hijas... Acercaos... *(Kurok se acerca, seguido de los demás ciudadanos, al grupo que forman, en el extremo opuesto, Catalina y Julia.)* Señora... Yo no tengo, frases para estos casos. Soy más tosco que piedra berroqueña. Pero, en fin, allá va el discurso... Estos son los ciudadanos que esperábamos. Los hijos valerosos de la Libertad.

Compañeros, os presento a la viuda del Maestro, fusilado bárbaramente por la tiranía.

CATALINA. Sí. Yo soy la viuda de Ovaldo Padewski.

JULIA. Yo soy Julia, su hija.

CIUD. 1. *(Descubriéndose; acción que imitan todos,)*
Salud, señoras.

TODOS. Salud.

CATALINA. Gracias, amigos. Vuestra presencia ha reanimado mi espíritu.

JULIA. ¡Vivan los hijos de la Libertad!

CATALINA. ¡Julia!

KUROK. Déjela, señora... ¡Que se entusiasme cuanto quiera!... En estas circunstancias conviene que arda la sangre.

CIUD. 1. Bueno es que haya fuego por dentro, porque el cielo está de nieve. Ya empiezan a caer ¡algunos copos.

CIUD. 2. ¿Y qué hacemos? ¿Qué plan es el tuyo?

KUROK. Deshacer lo andado... Hay que dar cara al enemigo ahora que ya podemos hacerlo con ventaja.

CATALINA. ¿Nuevos combates?

KUROK. No hay otro remedio... Es preciso hacer una batida. Puede que así encontremos a Roberto y sus hijas...

CATALINA ¡Ah! Kurok. ¡Venga esa mano!

JULIA. Si hay combate, quiero tomar parte en la Lucha.

CIUD. 1. ¿Usted, señorita?

CATALINA. ¿Estás en tu juicio?

JULIA. Lo estoy, madre... Basta ya de ruines flaquezas... El dolor nos asedia... ¡Pues cara al dolor!

CIUD. 2. Tiene razón.

Kurok. ¿Qué tal, compañeros? Es de la madera de Roberto. ¡Viva, Julia Padewski!

TODOS. ¡Viva!

CIUD. 2. (*Señalando a la derecha.*) ¡Mirad! ¡Mirad! La policía con antorchas.

CIUD. 1. Salgámosle al encuentro.

JULIA. Yo a la cabeza. Venga un revólver.

CATALINA. Hija mía...

JULIA. ¡Madre! A la lid...

CIUD. 1. Tome... Usted conmigo, señora...

CATALINA. ¡Bueno! Ya se ha enardecido también mi sangre... ¡A la, lid!...

CIUD. 1. ¡Bravo!

TODOS. ¡Bravo!

KUROK. Un instante, ciudadanos. Esos polizontes no cuentan con el refuerzo que hemos recibido. ¡Rayos y truenos! Haberle arrebatado a Kurok el cuadro de la Libertad. Cargad sobre ellos hasta que no quede ninguno.

CIUD. 1. Hacia aquí se dirigen.

JULIA. Ya se han puesto a tiro... ¡Fuego por la Libertad!

KUROK. ¡Fuego por la Libertad!... ¡A ellos!

TODOS. ¡Hurra! *(Haciendo friego y desapareciendo por la derecha.*

MUTACIÓN

CUADRO IV

Decoración nevada de bosque. A todo foro un montículo practicable de derecha a izquierda. En el centro de la escena una cruz de piedra con base circular de escalones. Estos también practicables. Es de noche y está nevando. La blancura de la nieve se destaca en la oscuridad.

ESCENA PRIMERA

Aparece por la derecha ROBERTO, llevando en brazos á EMMA

ROBERTO. ¡Qué oscuridad!... Me he desorientado por completo... La nieve nos va envolviendo, por doquiera... ¡Oh, noche; noche espantosa!... ¿Dónde me dirijo con mi carga?... La fatiga me rinde. Estoy agobiado... ¿Quién se alza entre las

sombras? ¡Una cruz! Aquí podremos descansar... Emma, hermana mía... Reclínate en este asiento de piedra... ¿Nada ¡me dices?... ¡Emma! ¡Emma! Háblame.

EMMA. ¡Tengo frío, mucho frío!

ROBERTO. Ciñe bien el abrigo a tu cuerpo.

EMMA. ¡Aquellos hombres! ¡Aquellos hombres!

ROBERTO. Te dio espanto la lucha. ¿No es verdad?

EMMA. Sí. Sí.

ROBERTO. Eso te ha salvado... Tu espíritu cegado por las sombras, necesitaba una fuerte sacudida... Los tiros, las imprecaciones, los ayes... todo aquello junto, operó la salvadora crisis en tu alma...

EMMA. ¿Y mi madre, Roberto? ¿Y mi madre?

ROBERTO. La verás a la luz del nuevo día. Calma tus ansias... Recupera la tranquilidad del espíritu.

EMMA. ¿Y aquellos hombres?... ¡Aquellos hombres!... Mírales... *(Señalando, espantada, hacia la derecha.)*

ROBERTO. No, Emma... No. No vienen... Ya hemos salido de todo peligro... Acaba de desvanecer los fantasmas que aún giran en tu cerebro. ¿A quién miras espantada?

EMMA. ¡Quieren matar a mi padre!

ROBERTO. ¡Oh, Dios! Ya vuelve a extraviarse tu juicio. Poco ha durado la ráfaga de luz... ¡Emma! Hermana de mi vida. Fíjate sólo en mí... En Roberto... En tu hermano...

EMMA. Roberto no... ¡Beethoven! ¡Beethoven

ROBERTO. ¿Vuelves a tu fatal manía?

EMMA ¡Quieren matar a mí padre! ¡Quieren matar a mi padre!...

ROBERTO. Caigan esos pesados sueños de tu frente... No mates la esperanza que tus palabras me habían hecho concebir... Estamos fuera de todo peligro... Soy yo, Emma... ¿No me reconoces? Fíjate bien.

EMMA. ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. Sigue por esa senda... Por ahí, hermana mía. No quiere acabar de desvanecerse esta pesadilla. Haz un esfuerzo... Piensa que me tienes a tu lado.

EMMA. ¿Qué es esto, Roberto? ¡Ay de mí! Qué resplandor brota de mi alma por dentro. ¿Y por fuera? Qué obscuridad... ¿Dónde estamos?

ROBERTO. Aquí... al pie de una cruz. La noche nos ha sorprendido y la nieve nos ha envuelto; mas pronto la claridad del día ahuyentará estas sombras... ¡Ánimo, mi querida Emma!

EMMA. Sí. Sí. Tu eres Roberto... ¡Hermano mío! ¡mío!

ROBERTO. ¡Ah! Por fin...

EMMA. ¡Tengo miedo!... No me dejes. No me abandones.

ROBERTO. ¿Qué dices? ¿Abandonarte yo?...

EMMA. ¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno eres!... ¡Ay de mí!

ROBERTO. ¿Quién te arranca ese ¡ay! dolorido?

EMMA. Me siento desfallecida... ¡Me muero, Roberto! ¡Me muero!

ROBERTO. ¡No, vida mía! Vive para nuestra santa madre... ¡Vive para el amor de tus hermanos!

EMMA. Siento que se apaga la luz de mi vida... ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. ¡Fría está como el mármol! ¡Cómo! ¡Adorada Emma!... ¿No me contestas? ¡Sangre ardiente, sal de mis venas para dar calor a su sangre!... ¡Emma! ¡Emma! Verdad es que se muere... ¡Y yo sin poder prestarla auxilio!... ¡Sin poder disponer de ningún licor fortificante!... *(Levantándose.)* ¿No habrá por aquí cerca ninguna casa de labriego?... *(Gritando con toda su fuerza.)* ¡Ah del valle! ¡Socorro! ¡Socorro a un moribundo!... Nadie contesta... ¡Qué horrible silencio! Qué espantosa soledad!... ¡Aquí! ¡Vengan aquí las almas caritativas!... Todo es inútil... *(Acercándose de nuevo a Emma.)* ¡Emma! ¡Emma!... ¡Poder divino!... ¡Ya está más fría que la nieve!... ¡Este es el soplo helado de la muerte!... El ángel ha extendido sus alas y ya no existe para la tierra... ¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana! *(Se arrodilla al pie de la cruz, se abraza a su hermana y solloza. Levantándose.)* Esta herida es aún más dolorosa que la que me infirió la muerte de mi padre. ¡Sueños de libertad! ¿Por qué me castigáis de este modo? ¿Dónde voy con el corazón vertiendo sangre?... ¿Qué es la vida? ¡Un páramo cubierto de nieve! ¡Una cruz con el cadáver de un ángel al pie! ¡Emma! ¡No puedo sobrevivir a tu muerte!... Ya me es odiosa la existencia. ¡No veo más luz que mi revólver!... ¡Caiga mi cuerpo sin vida junto al tuyo!... ¡Voy a verte, padre! *(Detiene su acción suicida.)* ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué resplandor ha acudido a mi mente al recuerdo de mi padre? ¿Ese pálido fulgor de la luna está dentro o fuera de mis pensamientos? *(En este momento aparece el espectro de Ovaldo Padewski en lo alto del montículo que se halla en el foro. Cae sobre él un rayo de luz*

cárdena.) ¡Ya salió fuera de mi cerebro la imagen! ¡Padre!
¡Generosa sombra!... Adorado espectro... ¿Por qué te has
desprendido de mi alma? ¿Qué quieres? ¡Manda! Manda en
mis sueños y delirios serás obedecido... ¡Padre! ¡Padre!
Reconcentraré todo mi espíritu para oírte.

SOMBRA. En nombre de la Libertad... ¡Yo te bendigo!

ROBERTO. ¡Ah! *(Cae de rodillas al pie de la cruz. Sigue
nevando. Baja el telón pausadamente.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Sala de estudio en la casa de Tolstoi.
Estanterías con libros

ESCENA PRIMERA

Aparece TOLSTOI, sentado en su mesa
escritorio

TOLSTOI. ¡Cuánto tarda el día en desasirse hoy de la
pesada bruma del crepúsculo!... La noche ha cubierto con

manto de nieve los valles y las montañas. ¡Ay del nocturno y extraviado caminante a quien haya sorprendido la nevada!... Día soñoliento y triste... ¿Será verdad, como dicen los filósofos, que en todo tiene que haber ley de oposición?... Al cielo diáfano y azul, el cielo obscuro y encapotado... A la alegría, la pena... Al placer, el dolor... A la luz, la sombra... Por doquiera que dirigimos el pensamiento nos encontramos con el problema del Bien y del Mal... La vida humana resulta toda ella un contrasentido... ¿Qué debe hacer el hombre en tal incertidumbre? Consagrársela a Dios, de quien la ha recibido... Y, ¿cómo? No haciendo resistencia al Mal. ¡Esta es mi doctrina! Alguien entra en mi casa... Veamos quién es... *(Vase por el foro.)* Adelante. Mi casa está abierta para todos.

ESCENA II

Dicho, y CATALINA, desfallecida, apoyándose en el hombro de KUROK. Este se descubre respetuosamente.

CATALINA. Heme aquí, señor.

TOLSTOI. ¿Usted, señora, en semejante estado? ¡Oh, repose en esta silla!

CATALINA. Gracias; porque estoy agobiada.

TOLSTOI. ¡No salgo de mi asombro!

CATALINA. Con fatigas en el cuerpo y dolores en el alma, vengo a reclamar su oferta.

TOLSTOI. ¿Dónde ha pasado la noche?

CATALINA. En el campo, corriendo mil, azares y peligros.

TOLSTOI. ¿Y este hombre que la acompaña?

CATALINA. Ha sido mi salvador.

TOLSTOI. ¿Y sus hijas?

CATALINA. Mi hogar se ha hecho pedazos.... Vino a prendernos la policía... Huimos... ¡No puedo hablar!

TOLSTOI. Sosiéguese... No necesita decir más palabras. Haga otro esfuerzo. Venga conmigo. La llevaré a un gabinete de descanso y la pondré al cuidado de mi vieja Padoska.

CATALINA. Reponer mis quebrantadas fuerzas. Esto es lo que necesito. ¡Gracias, mil veces! Mi buen amigo... Mi leal Kurok. *(Tendiéndole la mano.)*

CATALINA. En usted confío. Le recomiendo a mis hijos...

KUROK. Como si fuesen míos...Adiós, señora.

TOLSTOI. Espéreme aquí.

KUROK. Aquí espero.

(Vanse Catalina y Tolstoi por la izquierda.)

ESCENA III

KUROK

KUROK. Díjome la señora que en todo el Imperio sólo en esta casa reina la Libertad. Aquí no llegan los golpes de la tiranía. Grande debe ser este hombre. ¿Cómo habrá podido alcanzar semejante privilegio? Tiene semblante de ser muy bueno y bondadoso... Viste humildemente. Su doctrina es la de Jesús, por lo poco que me han contado y lo poco que he leído... Su espada es la pluma. Su defensa el libro. No estoy conforme, sin embargo, con lo que predica... Si no. combatiésemos al Mal, vaya un regocijo que les daríamos a los déspotas que tienen esclavizados a los pueblos... Nunca obtendrían éstos la libertad... El despotismo es un dragón que tiene mil cabezas. Hay que irlas aplastando una por una, y, si es posible, todas a la vez. A mí nadie me saca de este tema. Aquí viene.

ESCENA IV

Dicho y TOLSTOI con un vaso lleno de vino de Jerez

TOLSTOI. Kurok. ¿Por qué ha permanecido de pie, amigo mío?

KUROK. Yo soy muy fuerte. Tengo una naturaleza que debe ser de hierro.

TOLSTOI. Tome usted. Fortifíquela para que se conserve. Vino de España... Jerez viejo.

KUROK. ¿Cómo, señor? ¿Es para mí?

TOLSTOI. Sí, hombre, sí... Beba sin miramiento alguno.

KUROK. Lo acepto por el vino, que debe ser bueno, y por la mano que me lo brinda, que es mejor todavía.

TOLSTOI. Muy bien, Kurok.

KUROK. *(Después de haber bebido.)* ¡Rico brebaje, señor; ¡rico brebaje!...

TOLSTOI. Ahora siéntese aquí, a mi lado. Deje el vaso sobre la mesa.

KUROK. Con mil amores. Agradeciendo en el alma su fineza.

TOLSTOI. A medias palabras esta pobre señora me ha hecho el relato de sus desventuras... Les perseguía la policía...

KUROK. Sí, señor; matamos a cuatro, pero no pudimos conservar la unión y tuvimos que separarnos... Luego, recibimos un buen refuerzo; les acometimos nuevamente, y les hicimos correr a la desbandada, abandonando otros dos muertos en el campo.

TOLSTOI. ¿De modo que son seis hombres los que han matado?

KUROK. Sí, señor.

TOLSTOI. ¡Seis hombres!...

KUROK. Y también debieron quedar muchos heridos, a juzgar por los regueros y manchones de sangre que encontramos.

TOLSTOI. ¡Divino Dios! .

KUROK. Esto, no es nada, señor... No llega ni a ser Una salpicadura de la que se vertió el domingo rojo en San Petersburgo. Quedaron muertos más de cuatro mil obreros por las calles.

TOLSTOI. Aún me espanta el recuerdo, de aquella tragedia. ¿Estuvo usted?,

KUROK. ¡Y tanto!

TOLSTOI. ¿Y cuál es su aspiración?

KUROK. Levantar a la Libertad que está caída.

TOLSTOI. ¿Por medio del estrago y la violencia?

KUROK. Claro, es.

TOLSTOI. ¿No cree usted que se conseguiría el mismo objeto por medio de la persuasión y la humildad?,

KUROK. ¡Hum!

TOLSTOI. Ya veo que no está conforme.

KUROK. No, señor... Hay que conocer a los hombres. Si los poderosos de la Tierra pudiesen obrar con entera libertad, siempre habría señores y esclavos. Unos arriba y otros abajo y la injusticia en medio.

TOLSTOI. El caso es llegar a la Justicia por el camino del mal menor.

KUROK. No me atrevo a discutir con usted. Me callo por respeto.

TOLSTOI. No, Kurok... La opinión de usted merece ¡ser conocida por ruda y franca que parezca.

KUROK. ¿Me da licencia?

TOLSTOI. Le oigo con sumo gusto.

KUROK. A mi parecer, hay cosas que si no se destruyen a golpes, no se destruyen de ningún otro modo.

TOLSTOI. Ha dicho usted. una gran verdad... El mal está en el golpe.

KUROK. A mí no se me alcanza más camino que ese. No he practicado estudios, ni conozco más filosofías que la de la lucha a todo trance.

TOLSTOI. Usted filosofa a su manera... Puede vanagloriarse de que sus ideas harán meditar a Tolstoi mucho más que las que emiten ciertos sabios que no tienen el sentido de la realidad que usted revela.

KUROK. Muchas gracias, señor.

TOLSTOI. *(Levantándose. Kurok hace lo mismo.)* No le detengo por más tiempo. Comprendo que los hombres como usted no pueden perderlo en discusiones.

KUROK. ¡Poco orgulloso que me voy de esta casa!... Ciertamente es que ahora debo aprovecharlo... Antes de que aclare el día tengo que volver al campo de la lucha... Andan algunos compañeros por allí extraviados y no es justo abandonarles.

TOLSTOI. Debe ser terrible la vida fuera de la ley.

KUROK. Todo es acostumbrarse. En la Siberia tenía que luchar con los osos... Aquí tengo que luchar con la policía... De modo que no sé a qué carta quedarme.

TOLSTOI. ¡Todo por la Libertad!

KUROK. Todo por la Libertad.

TOLSTOI. Venga esa mano, Kurok...

KUROK. Hasta otra. Ya me voy tranquilo dejando bien amparada a esa señora.

(Vase Kurok por el foro.)

ESCENA V.

TOLSTOI

(Sentándose de nuevo en su mesa escritorio.) El Mal está en el golpe. No tiene la menor duda. En muchos casos si el golpe se evita, el Mal subsiste. Ese hombre valeroso y rudo, ha llenado de gran confusión mi espíritu... La Libertad está caída. He aquí un mal de hecho... Yo digo como, dijo Jesús a Lázaro: «Levántate».... Pero mi voz se pierde en los recintos oscuros de las cárceles, donde padecen los redentores... Se confunde con los gritos de rabia y desesperación que se profieren en las sangrientas luchas, y la Libertad yace caída... ¡Hacer buenos a los hombres!... ¡Así se Cortaría el mal de raíz!... ¿No será quimera tan bella esperanza? ¿No será utopía la redención de la Humanidad? Mi espíritu se llena de sombras... Mi corazón rebosa de amargura. ¿A qué costa se convierte en hermosa realidad tal ideal cristiano? A costa de los más cruentos sacrificios. ¡Los malos tienen que triunfar! ¡Los buenos tienen que perecer! Si hay que luchar contra ese destino, dice muy bien Kurok, hay que luchar a golpes. *(Queda profundamente abstraído, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo la cabeza en las manos.)*

ESCENA VI

Dicho y OFICIAL de policía por el foro, con cuatro individuos a sus órdenes.

OFIC. *(Con voz muy seca.)* ¿El dueño de esta casa?

TOLSTOI. *(Poniéndose de pie.)* Yo soy.

OFIC. ¿Usted es el señor conde?...

TOLSTOI. *(Interrumpiéndole.)* Sin señor conde... Yo soy León Tolstoi. ¿Quién es usted?

OFIC. El Jefe superior de la policía.

TOLSTOI. Iván el Malo, como dice el pueblo.

OFIC. Me enorgullezco con ese calificativo.

TOLSTOI. Sólo de hombre bueno y humilde debería usted vanagloriarse. ¿Y a qué viene a mi casa la policía?

OFIC. Venimos siguiendo la pista a un hombre y una mujer... Por las señas que nos han dado, se trata de uno de los más encarnizados, enemigos de la paz del Imperio, el viejo Kurok, el oso siberiano... La mujer...

TOLSTOI. La señora...

OFIC. Bien; la señora es la que venimos persiguiendo desde anoche... Esa, es la viuda de otro funesto y más grande perturbador.

TOLSTOI. ¡El filósofo Ovaldo Padewski!

OFIC. El mismo. Sabemos que han entrado en esta casa.

TOLSTOI. El hombre, el viejo Kurok, marchóse apenas hubo llegado... La señora se encuentra reposando de sus fatigas en aquel gabinete. *(Señalando a la izquierda.)*

OFIC. Entonces, con su permiso y sin más requisitorias, entrad, muchachos, y apoderaos de su persona.

(Cubriendo con su cuerpo la entrada del gabinete.) Alto, señor Jefe de policía. No se pasa.

OFIC. ¿Tratará usted de impedirlo?.

TOLSTOI. Ya lo, estoy impidiendo.

OFIC. Hace usted mal, porque nos veríamos obligados a emplear la violencia. Nos cuesta muchas fatigas y mucha sangre esa presa...

TOLSTOI. Quiero emplear con ustedes la humildad... Quiero ver hasta dónde llega la obcecación de los seres

humanos... ¡Hermanos míos! Arrojad a tierra esos fusiles. Pensad, que antes que soldados sois hombres...

OFIC. Estamos perdiendo Un tiempo precioso. Retírese, se lo ruego.

TOLSTOI. Persiguen a una inocente... Ella no es culpable de las ideas de su esposo.

OFIC. No defienda usted a esa familia de los Padewski... Todos son iguales... Raza maldita... Paso. Paso.

TOLSTOI. ¿Sería capaz de poner las manos sobre mi persona?

OFIC. Si no fuera usted Tolstoi, ya estaría rodando por el suelo.

TOLSTOI. *(Sacando un pliego que lleva consigo.)* Dignos son de lástima... Lea usted.

OFIC. *(Tomando el pliego y leyendo.)* «A todos mis Ejércitos y agentes de Autoridad... Mando que sea respetada la casa de León Tolstoi. Firmado... El Emperador.» Acatada sea la voluntad de nuestro soberano... ¡Perdón! ¡Perdón!

TOLSTOI. No hay que humillarse tanto... *(Señalando con dignidad a la puerta de salida del foro y permaneciendo en esta actitud hasta acabar la frase.)* Esta es la casa de León

Tolstoi... Como hombres pueden venir a ella cuando gusten...
Como polizontes... nunca...

(Vanse oficial y soldados por él foro, con gran sumisión.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Telón corto de monte nevado

ESCENA PRIMERA

Aparece ROBERTO por la derecha.

ROBERTO. ¡Era el ángel de la casa! ¡Las veces que asalté las tapias de los jardines para traerla flores!... ¡Por ella... cuántas veces corrí anheloso por las huertas para coger mariposas...

¡Y cuántas subí a las copas de los árboles, y a los aleros de los tejados para atrapar nidos de jilgueros!... ¡Emma! ¡Emma! Creí que con los reflejos del alba se dulcificarían estos dolores, y aún los hace más acerbos el naciente resplandor del día... ¡Mejor estaban ocultos en las sombras de la noche! Errante voy por la noche como alma en pena. Me aparto de la cruz y del ángel que yace al pie sin vida... Camino, no sé por dónde... Sin guía ni orientación y vuelvo al punto de partida... Y es que mi espíritu gira en torno de la cruz... Allí está el imán que me atrae... Allí está mi hermana. (*Señalando a la derecha.*) La nieve cubrió su cuerpo... Mis besos la quitaron de su rostro... Allí asoma su carita como un capullo de azucena que hubiese caído sobre la nevada alfombra... ¡Con qué acento tan tierno y angustioso me decía: «¡Me muero, Roberto!... ¡Me muero!...» ¡Lágrimas, salid a ríos de mis ojos!... Aquí nadie puede tacharme de hombre débil... (*Se cubre con una mano los ojos, apoyándola sobre la frente.*)

ESCENA II

Dicho, y KUROK por la izquierda

KUROK. ¡Roberto!

ROBERTO. ¿Eres tú, Kurok?

KUROK. ¿Lloras?

ROBERTO. Sí. Llorando me sorprendes.

KUROK. ¿Qué hacías aquí? .

ROBERTO. Sufría y esperaba.

KUROK. ¿Me esperabas?

ROBERTO. Tenía la seguridad de que vendrías a buscarme.

KUROK. ¿Y Emma, tu hermana? ¿La has cobijado en alguna casa de labriego?

ROBERTO. Mira hacia aquella parte. ¿Qué ves?

KUROK. Una cruz blanqueada por la nieve.

ROBERTO. Mira al pie.

KUROK. Nada distingo.

ROBERTO. ¿No ves allí caída una azucena?

KUROK. ¡Ah! Sí... Una cabecita que asoma entre copos de nieve.

ROBERTO. Esa es mi hermana.

KUROK. ¿Allí de ese modo?

ROBERTO. Duerme.

KUROK. ¡Mal rayo! ¿Ha muerto tu hermana?...

ROBERTO. Ha muerto en mis brazos, anoche, después de haber recobrado la razón.

KUROK. ¡Infeliz! Esto es mucho para ti.

ROBERTO. ¡Kurok! ¡Kurok!

KUROK. Descarga tu pena sobre mis hombros... Esto también es mucho para el viejo Kurok... Preferiría luchar contra todos los osos de la Siberia juntos, que verme en este amargo trance... ¡Emma! ¡Emma!

ROBERTO. Lloro, hasta que yo te dé el alto... De paso despediré yo también algunos lagrimones que parece que están rabiando por salir a mis ojos.

KUROK. Ello es que tu hermana ya no sufre.

ROBERTO. Me voy convenciendo de qué el mejor camino para obtener la Libertad es el que conduce a la muerte... ¡Ya salieron!... *(Enjugándose los ojos de un estrujón con los puños.)*

KUOK. ¡Alto, Roberto!... Ahora a ser hombres y a velar por los vivos, porque a este paso nos vamos a quedar sin gente.

ROBERTO. Sí, Kurok. Es preciso acallar esta pena con mano de hierro. El dolor me abstraigo hasta olvidar a los vivos... Tus palabras me sacan de este abismo doloroso. ¿Y mi madre? ¿Y Julia y Beatriz?

KUOK. Tu madre se halla al amparo de toda persecución.

ROBERTO. ¿Dónde?

KUOK. En la casa de León Tolstoi.

ROBERTO. ¿La llevaste tú?...

KUOK. ¿Quién había de ser?

ROBERTO. ¿Ella te dijo que?...

KUOK. Yo no hice más que obedecer sus órdenes.

ROBERTO. ¡Mi madre en la casa de Tolstoi!... ¡Respiro! ¿Y Julia?

KUOK. Se fue con nuestros amigos... Regocíjate, Roberto. Tu hermana tiene un corazón valeroso. Desde anoche, nuestra causa ha ganado una nueva campeona.

ROBERTO. Me llenas de asombro... Mi hermana es tímida como una corderilla.

KUROK. Combatió a nuestro lado como una leona... Tú eres valiente... Tu hermana lo es más todavía.

ROBERTO. ¿Y Beatriz?

KUROK. Ese es el hueso que tenedlos que roer.

ROBERTO. ¿Qué ha sido de mi hermana?

Kurok. Entendámonos. ¿Puedo o no puedo decirle las cosas como se hace con los hombres?,

ROBERTO. Sí. Habla.

KUROK. Beatriz cayó en poder de la policía.

ROBERTO. ¡Oh!

KUROK. Has de saberlo. Cuanto antes mejor. Yo vi cómo se la llevaban; mas no he querido decir nada a tu madre porque me inspira mucha lástima esa buena señora.

ROBERTO. ¿No pudiste evitarlo, Kurok?

KUROK. O Beatriz o tu madre... Me encontré en ese grave apuro... No me fue posible acudir a la defensa de ambas... Y aun tuve que soltar el cuadro de Julia «La Libertad

Caída», que quería conservar a toda costa. También perdimos esa joya en aquella refriega...

ROBERTO. ¡Preso Guillermo!... ¡Cautiva Beatriz!... ¡Emma enterrada en la nieve!... ¡El mundo se ha desplomado sobre mi hogar!

KUROK. Aun tenemos puños y coraje para sacar de la cárcel a los prisioneros. Si hay que dar nuevos saltos, los daremos... ¡A vivir, Roberto! Y a luchar. *(Dentro, a lo lejos, redobles de tambores y gritos de ¡Al Palacio Imperial! ¡Al Palacio Imperial!)* ¿Oyes?

ROBERTO. ¡Sí! a lo lejos... Redobles de tambor...

KUROK. Y gritos de ¡Al Palacio Imperial! ¡Qué rayo de esperanza!... Debe ser algún regimiento que se ha sublevado.

ROBERTO. ¿Será posible?

KUROK. Adiós, Roberto.

ROBERTO. Detente. ¿Dónde vas?

KUROK. A ponerme a la cabeza de ese regimiento.

ROBERTO. Alto, digo yo también ahora. Ya he recobrado la serenidad. El hombre vuelve a ser hombre. ¿Quién manda aquí?

KUROK. Tú.

ROBERTO. Te prohíbo que des ni un paso más.

KUROK. Pero... ¿No oyes? ¿No se enardece tu sangré?

ROBERTO. Sea lo que fuere. Debemos permanecer a la expectativa... Basta ya de todo acto irreflexivo... No conocemos el origen ni el motivo de esa sublevación, caso de que lo fuera... No hay que arriesgar la vida inútilmente.

KUROK. Bueno. Te obedezco.

ROBERTO. Además, ¿no aciertas a ver que, ante todo, debemos cumplir una misión sagrada?

KUROK. Dispénsame, Roberto. Desde que ha llegado a mis oídos el redoble de osos tambores, no veo más que tiros y cuchilladas por todas partes. ¿Qué misión es esa?

ROBERTO. Vuelve los ojos.

KUROK. *(Mirando a la derecha y descubriéndose,)* ¡Ah! ¡La cruz! ¡Tu hermana muerta! Ya comprendo.

ROBERTO. Vamos a darle sepultura en la forma que nos sea posible.

KUROK. Sí; vamos. *(Vanse por la derecha.)*

MUTACIÓN

CUADRO VII

El patio del Palacio Imperial. Este patio tiene acceso por la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Aparecen los GRANADEROS formados de a dos en fondo, dando frente al público. El CORONEL a la cabeza. El TENIENTE a un extremo.

TEN. El general Gurben, que viene en representación de Su Majestad el Emperador.

COR. Granaderos... ¡Firmes!

ESCENA II

Sale GURBEN por la derecha al son de la marcha rusa que tocan los clarines. Síguenle otros generales de Estado Mayor. Un oficial es portador de unas insignias, una granadera y una espada.

CORONEL. ¡Granaderos!... Habéis arrojado la mancha de la indisciplina sobre vuestra limpia historia militar. Seis regimientos de cosacos cercan este alcázar, dispuestos a caer sobre vosotros a mi primer aviso. Dada la orden, seríais aniquilados en el acto. ¿Sabéis por qué no hago con vosotros esa severa justicia? Porque el Emperador es Vuestro coronel honorario. Hasta este momento se honró con llevar vuestro mismo uniforme, porque había formado un concepto más alto de vuestras virtudes militares... ¿Vale más el capitán Guillermo, cuya libertad demandasteis sediciosamente, que vuestro Emperador? ¿No tenéis ordenanzas que cumplir ni deberes que ejecutar? El acto de indisciplina que habéis cometido, precisamente cuando la salud del Imperio reclama mayor Sumisión y respeto de sus Ejércitos, releva a Su Majestad del compromiso que con vosotros había contraído... Ya no puede ser vuestro coronel... Tiene que

arrojaros las insignias con las cuales pretendía, equivocadamente, enalteceros y enaltecerse a la faz de la Nación... Ahí tenéis su granadera... *(Les arroja la granadera.)* Ahí tenéis las divisas de su grado. Ahí tenéis la espada... Nada vuestro le pertenece. *(Sacando rápidamente el revólver.)* No puedo resistir esta afrenta... Voy a lavarla con mi sangre... *(Se dispara un tiro en la sien y cae.)*

TEN. *(Acercándose a él,)* Mi general, ¡se ha matado! *(Pausa.)*

GURBEN. ¡Granaderos! Ahí tenéis el resultado de la crisis del honor. Vuestro coronel electivo se ha visto obligado a lavar con su sangre la mancha que -habéis arrojado sobre la bandera del regimiento. Caiga su muerte sobre vuestra conciencia. Habéis perdido el aprecio de vuestro Emperador... Queda el acto terminado. Vamos, señores. .

(Vanse por donde vinieron.)

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

CUADRO VIII

Sala opulenta en el palacio del primer Ministro Gurben

ESCENA PRIMERA

Aparece GURBEN sentado en su mesa escritorio

GURBEN. Hay que acabar con toda esa familia de los Padewski. ¡Son terribles!... El ex-capitán Guillermo será fusilado. Hay que dominar a toda costa los nobles sentimientos del Emperador, que se empeña en indultarle... Dice que el asalto a la cárcel puede explicarse por la deses-

peración del hijo viendo cómo van a fusilar a su padre... Será preciso amontonar nuevos cargos sobre el proceso... Todo estriba en que pudiera determinarse de un modo concreto la culpabilidad de Roberto, su hermano, hasta que quedaran bien patentizados los propósitos regicidas que le trajeron a San Petersburgo.

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL de policía por el foro

OFIC. ¿Hay permiso?

GURBEN. Adelante, Iván, adelante. ¿Viene a comunicarme mejores noticias?

OFIC. No, señor.

GURBEN. ¿Beatriz no declara?

OFIC. Se ha encerrado en su sistema de negarlo todo. Se empeña en decir que nada sabe...

GURBEN. ¿Niega también que tiene un hermano que se llama Roberto...

OFIC. Eso es lo único que no ha podido negar.

GURBEN. ¿No la intimida la cárcel? i

OFIC. Mucho; pero esto no basta para que ceda en su obstinación.

GURBEN. Habrá que someterla a la la prueba del tormento..

OFIC. Sólo por ese medio podremos averiguar la verdad.

GURBEN. Iván; si consigne apoderarse de la persona de ese Roberto, será usted pródigamente recompensado.

OFIC. Mi deseo es complacer a Usted, mi general.

GURBEN. ¿Nada ha podido inquirir por su parte la policía?

OFIC. Lo que usted ya sabe... Supónese que uno de los dos hombres que tan rudamente se defendieron, era Roberto... El otro...

GURBEN. Sí, Kurok...

OFIC. Buena pareja, mi general.

GURBEN. Pero buena... Quisiera sepultarles en vida en una mazmorra hasta que allí, pudiesen sin que nadie les prestase auxilio, atados de pies y manos. Rebeldes de esa

especie no merecen ser fusilados, porque es hacerles, demasiado honor.

ESCENA III

Dichos y un AYUDANTE con una tarjeta
y un pliego

AYUD. ¡Mi general!

GURBEN. ¿Qué ocurre?

AYUD. Una tarjeta y un pliego.

GURBEN. *(Al ayudante.)* Espere usted.

OFIC. Me retiro.

GURBEN. No, aguarde. *(Leyendo la tarjeta aparte)* ¡Aquí León Tolstoi!... ¿Y este pliego? Me ordena el Emperador que haga lo posible por complacerle en la demanda que le trae. Sospecho que Tolstoi no viene para nada bueno. *(Al ayudante.)* ¿Dónde espera?,

AYUD. En la antesala.

GURBEN. Que pase. Iván, aguarde órdenes en la estancia inmediata.

(El ayudante vase por el foro. Iván por la derecha.)

ESCENA IV

GURBEN:

Tolstoi favorece a los Padewski... Sepamos el objeto que le trae.

ESCENA V

Dicho y TOLSTOI por el foro

TOLSTOI. ¿El general Gurben?

GURBEN. Pase sin cumplimiento alguno. Es usted una gloria del Imperio ruso.

TOLSTOI. Llamárame usted solo un hombre de bien, y esto sonaría mejor en mis oídos.

GURBEN. Ya sé que se trata de un escritor muy original. Tome asiento.

TOLSTOI. No. Deseo decir el objeto que pie trae a pie firme.

GURBEN. Le eleva mucho a mis ojos la recomendación que trae.

TOLSTOI. Deseo que se ponga en libertad a Beatriz Padewski, que se halla encarcelada y es inocente.

GURBEN. No hay ningún Padewski a quien pueda calificarse de inocente. ¿Sabe usted a lo que vino su hermano Roberto desde Berlín a San Petersburgo?

TOLSTOI. El castigo a su hermano.

GURBEN. De eso precisamente se trata, de averiguar su paradero.

TOLSTOI. Averigüese por los medios que presta la Justicia.

GURBEN. Este es un caso extraordinario, el Imperio se halla intensamente sacudido por que se sucede a cada paso y hay que extirpar los gérmenes.

TOLSTOI. Beatriz es inocente.

GURBEN. Entonces... ¿cómo se obstina eh callar?

TOLSTOI. Señor Ministro... Yo no he venido a discutir la razón o sinrazón de las acciones humanas...

GURBEN. Beatriz calla porque se trata de su hermano.

TOLSTOI. Donde usted ve un delito, yo veo una virtud... Así es que usted y yo, en materia de moral piadosa y cristiana, jamás podremos llegar a un acuerdo... Le suplico que extienda una orden para que recobre la libertad esa infeliz prisionera.

GURBEN. ¿Con tal autoridad?...

TOLSTOI. Ahora lleva usted razón... Mi tono debe ser más humilde... Suplicóle que ponga término a los sufrimientos de esa pobre muchacha. Su juventud... La educación que ha recibido... Le delicadeza de sus costumbres... Todo induce a compasión. ¿Tiene usted hijas, general Gurben?

GURBEN. Sí; tengo hijas.

TOLSTOI. Entonces se lo suplico por la que más hondamente se haya apoderado de su afecto paternal...

GURBEN. En los deberes que impone la gobernación del Estado, no hay padres; hay sólo gobernantes...

TOLSTOI. Sofismas que hacen desgraciados a los hombres... Hallárase una de sus hijas prisionera en igualdad de circunstancias, y León Tolstoi se arrojaría a los pies del

Emperador pidiendo la misma gracia. Estoy resuelto a no salir de esta cámara, sin ser portador de esa orden de libertad.

GURBEN. Sin duda no conoce los deberes que me impone la autoridad que represento.

TOLSTOI. Y usted desconoce el valor que tiene una súplica de Tolstoi hecha con la humildad que hubiera podido emplear el propio Jesús. Consultaré el caso con el Emperador. ¡Misericordia para esa desgraciada!

GURBEN. Su Majestad no se ha percatado a fondo de las razones de Estado que impiden la concesión de semejante gracia.

TOLSTOI. ¡Piedad para esa infeliz!

GURBEN. Los pueblos no se gobiernan con la piedad.

TOLSTOI. Ni misericordia ni piedad... ¡Justicia! ¡Justicia!

GURBEN. Concédame un plazo.

TOLSTOI. El dolor no espera.

GURBEN. ¿Ni un día?

TOLSTOI. En un día puede ser sacrificado el inocente.

GURBEN. Daré conocimiento al Emperador de esa intemperancia.

TOLSTOI. Yo también le enteraré del malogro que obtienen mis nobles propósitos y el de su gracia generosa.

GURBEN. Distingamos: El Emperador me pregunta sólo si hay forma para complacer a usted. No hay forma. No se trata de un mandato.

TOLSTOI. ¿Si el Rey mandase, suplicaría Tolstoi?

GURBEN. En términos tan críticos, no es posible acceder a lo que usted solicita.

TOLSTOI. Está bien. Volvéreme al Palacio Imperial; pero esta vez no será sólo para insistir en mi demanda de justicia. Tolstoi es humilde, es bueno, es cristiano, pero no imbécil, señor Ministro. Deberé hacer algunas enmiendas a mi doctrina de la irresistencia al Mal. Yo no escribo únicamente obras cristianas; sigo paso a paso los actos de Gobierno que a tan bajo nivel ponen a nuestro país a los ojos del mundo civilizado... Sabrá el imperador que no es él la causa de este ambiente de odios que se respira, sino los funestos personajes que le rodean. Sabrá que al amparo del trono y en desdoro de su prestigio, se cometen los crímenes más horrendos por aquellos que mayor lealtad debieran guardar a la corona... Sabrá el Emperador cómo sus Ministros se enriquecen fastuosamente, inventando y hasta fomentando

conspiraciones que influyen en el alza y baja de los valores públicos... Sabrá el Emperador que se conceden pasaportes a cambio de sumas crecidas, a los personajes que andan comprometidos en los manejos ocultos de la revolución... Sabrá el Emperador la causa que dio motivo a la sedición de sus más fieles granaderos, soliviantados porque un esbirro trató de manchar la faz de un valeroso soldado. Sabrá el Emperador... *(Tolstoi se detiene al ver que el Ministro escribe nerviosamente la orden de libertad.)*

GURBEN. *(Después de haber escrito, entregándole a Tolstoi la orden extendida.)* La orden de libertad.

TOLSTOI. Dios con todos, señor. Ministro.

(Vase por el foro.)

ESCENA VI

GURBEN.

(Aproximándose al cuarto derecha y llamando.) ¡Iván!
¡Iván! Aquí al momento.

ESCENA VII

Dicho, e IVAN por la derecha

OFIC. Aquí estoy, mi general.

GURBEN. Monte usted, a caballo y al galope váyase a la prisión donde se halla detenida Beatriz. Procure a toda costa arrancarle la revelación que apetecemos.

OFIC. Habrá que someterla al tormento.

GÜRBEN. No importa... Todos los medios son buenos cuando se trata de esos Padewski que el diablo confunda. ¡Si no hay otro medio, que haga el dolor su oficio! Anticípese secretamente a la orden de libertad que acaba de arrancarme ese Quijote de León Tolstoi.

OFIC. Corro ¡al punto!

GURBEN. A ¡caballo y a galope.

(Vase Iván por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO IX

Telón corto de calle

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha LABRIEGOS I, II y III,
seguidos de otros muchos.

LABR. I. Adelántate tú, Okast, entra en la casa del amo y dile que aquí venimos para hablarle del asunto de las tierras, si le viene bien que hablemos.

LABR. III. Allá voy.

LABR. I. Aquí esperamos.

(Vase labriego III por la izquierda.)

ESCENA II

Los mismos, menos LABRIEGO III

LABR. I. Hay que obrar con política. No vayamos a perder las tierras y los arriendos.

LABR. II. Tu tienes mucha cabeza. Manda lo que gustes. Bastante haremos con obedecerte.

LABR. I. Lo primero es saber si está en casa el señor conde. Luego si quiere que hablemos y si quiere recibirnos, porque si no está en casa o no quiere recibirnos, ¿cómo queréis que hablemos?

LABR. II. Eso está muy claro y lo comprende cualquiera.

LABR. I. Y lo que tarda Okast...

LABR. II. Ahí vuelve.

ESCENA III

Dichos, y LABRIEGO III por la izquierda

LABR. III. Que no está, pero que no debe tardar en volver.

LABR. I. ¿Qué os parece?

LABR. I. Eso que dice Okast, que no debe tardar en volver. Que no está, pero que no debe tardar en volver.

LABR. I. ¿Sois de opinión que le aguardemos?

LABR. II. ¿Qué se pierde con eso?

LABR. I. ¿Tú qué opinas? *(Al labriego III.)*

LABR. III. Yo creo que no se pierde nada.

LABR. I. Entonces, dicho y hecho, Nos plantamos aquí.

LABR. II. Lo hemos acertado. *(Pausa.)*

LABR. I. Vamos a ver sí antes de hablar con el amo aprovechamos el tiempo y conseguimos todos pensar a una, para que no tire cada cual por su lado cuando le hablemos. Oigamos a Okast que es el más viejo, y, por consiguiente, el más zorro de todos nosotros.

LABR. III. Desde el momento en que nuestro amo el señor conde Tolstoi nos regala las tierras, porque dice que el

que suda trabajándolas es el que debe poseerlas, yo dije para mis adentros: Aquí hay malicia.

LABR. I. Con eso estamos todos conformes. Adelante.

LABR. III. Y habiendo malicia tiene que haber negocio

LABR. I. Por fuerza.

LABR. III. ¿Me regalaríais nadie de vosotros una finca?

LABR. I. De ningún modo.

LABR. II. Claro que no.

LABR. III. A ver si os parece bien esta sentencia. El amo que regala las tierras a los arrendadores, pudiendo cobrar los arriendos, debe hacerlo con segunda intención o está loco.

LABR. I. ¡Justo y cabal!

LABR. II. Y nuestro amo no está loco.

LABR. I. ¡Qué ha de estarlo, si sabe más que Jesús de Nazaret!

LABR. III. Jesús tampoco sabía mucho. ¿A quién se le ocurre sacrificarse por nadie?

LABR. I. Yo estuve toda la noche haciendo números con los dedos. Ya sabéis que tengo mucho cálculo y aritmética.

LABR. II. ¿Y qué has sacado?

LABR. I. Que eso que nos propone el señor conde de que no le paguemos los arriendos y que nos quedemos con las tierras, es nuestra ruina.

LABR. III. Has puesto el dedo en la llaga.

LABR. II. Yo he sacado la cuenta con granos de maíz. He puesto los granos de maíz, que figuran ser las tierras, a un lado. Luego he puesto unas monedas, que figuran ser los arriendos, a otro... He quitado los granos de maíz y han quedado los arriendos... He quitado los arriendos, y no ha quedado nada.

LABR. I. A ver si ahora nos quedamos por tu cálculo sin una cosa ni otra,

LABR. III. ¡Fuera ese cálculo!

TODOS. ¡Fuera!

LABR. II. No me dejáis acabar... Las cuentas están bien sacadas... Ahora falta que se expliquen.

LABR. III. Explícalas de modo que no nos quedemos sin algo.

LABR. II. Lo que se prueba con mi cálculo es que si aceptamos las tierras y no pagamos los arriendos, corremos

peligro de quedarnos sin nada. Por lo tanto, hay que decirle al señor conde que no queremos las tierras. Porque, ¿cómo es posible que el amo se quede sin cobrar los arriendos?

LABR. I. Esa es la pura verdad. Yo puedo presentar tura prueba clara y terminante.

LABR. III. Venga esa prueba.

LABR. I. Hace más de seis años que yo no pago los arriendos.

LABR. II. Ni yo tampoco.

LABR. III. Ni yo.

LABR. I. Sacad la consecuencia.

LABR. II. Que la saque el más zorro.

LABR. III. La consecuencia es la que yo he sacado. Que por aquí anda oculto algún negocio.

LABR. II. Allí está el toque.

LABR. III. Y que, si no andamos listos, vamos a perderlo todo.

LABR. I. Ya nos hemos entendido. Ahora, cuando hablemos con el amo, le diremos que no queremos las tierras. ¿Se aprueba?

TODOS. Aprobado. Aprobado.

LABR. II. Aquí viene el señor conde.

ESCENA IV

Dichos, y TOLSTOI por la derecha

LABR. I. Salud, señor conde. *(Descubriéndose, lo mismo que los demás.)* ¹

TOLSTOI. ¿Qué es esto, amigos míos? ¿Qué ocurre?

LABR. I. Hemos venido para que hablemos.

TOLSTOI. No hay necesidad de que os descubráis para eso.

LABR. I. Con licencia. *(Cubriéndose. Los demás le imitan.)*

TOLSTOI. Pero sed muy breves... os lo suplico... Solicita mi atención un asunto muy urgente.

LABR. I. Hemos recibido el aviso de que usted nos regala las tierras que tenemos en arriendo.

TOLSTOI. Efectivamente. Pensándolo bien, he caído en la cuenta de que yo no tenía derecho a llamarme cristiano, cargado de fincas. Jesús iba sólo cargado con la cruz... Ese es el motivo por el cual me he decidido a donaros las propiedades de labranza que me habéis arrendado. Desde hoy, son vuestras completamente. Aprovechadlas, amigos míos, y nada me agradezcáis. Os dejo, porque tengo que cumplir con otro deber cristiano. Adiós a todos.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA V

Los mismos menos TOLSTOI. Los labriegos se miran unos a otros un gran espacio.

LABR. II. ¿Qué ha dicho?

LABR. III. Que no le paguemos los arriendos.

LABR. I. Para mí que el señor conde quiere que las cosas sigan como antes.

LABR. II. ¿Se enteró de que no queremos las tierras?

LABR. III. Lo mejor es que nos volvamos al campo y el que quiera las tierras, que las tome, y el que no que las deje.

LABR. I. Eso tendremos que hacer... ¿Hemos perdido nada?

LABR. II. Dilo tú, Okast.

LABR. III. Nada.

LABR. I. Entonces... al trabajo.

TODOS. Al trabajo.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

Salen por la izquierda CATALINA y
TOLSTOI

TOLSTOI. Vamos señora. El coche nos espera muy cerca de aquí.

CATALINA. Un momento, señor. Tal es el regocijo que experimenta mi alma que necesito respirar...

TOLSTOI. Comprendo su emoción... Tome aliento.

CATALINA. ¡Cuántas molestias le ocasiono!

TOLSTOI. Muy al contrario... Deseo la libertad de su hija como si se tratase de la mía propia.

CATALINA. Ya me he repuesto. Vamos... Vamos...

(Vanse por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO X

El recinto de una cárcel, con dos puertas: una al foro y otra a la derecha. En un ángulo, un camastro.

ESCENA PRIMERA

Aparece BEATRIZ Con un traje negro, recostada en el camastro Tras un breve espacio, sé incorpora y dice aterrada:

BEATRIZ. ¿Viene alguno? (*Pausa.*) No. No. Me tranquilizo... Estoy tan asustada que el más pequeño ruido estremece todo mi ser. Pobre de mí. ¿Qué querrán hacer conmigo? Ayer me enseñaron la sala que está ahí contigua, para que viera las máquinas de dar tormento. Se me heló la sangre en las venas. No he podido pegar los ojos en toda la noche. Dijéronme que si me empeñaba en no decir la verdad, martirizarían mi cuerpo... ¡Qué horror! Quiere que les diga dónde está Roberto... ¿Pero cómo había de decirlo, aunque lo supiera, siendo mi hermano?... ¡Qué daño deben hacer en la carne aquellos instrumentos! ¿Por qué me habrá dado Dios tan poca fortaleza?... ¡Madre de mi vida! ¡Qué dolor tan grande sería el tuyo si conocieses mis angustias!... A Dios le pido que nada sepas, para que no te alcance esa amargura... ¿Se habrán salvado? ¿Se hallarán, como yo, prisioneras? Estos hombres nada quieren decirme... ¡Qué miradas tan feroces me dirigen cuando les digo que nada sé de mi hermano!... ¡Ay! Siento ruido... Abren la puerta... Ahora sí que vienen. ¡Soy perdida!

ESCENA II

Dicha, y el OFICIAL de policía, que entra por la puerta del foro, seguido de dos esbirros, fornidos y de muy mala catadura. Cierran tras sí la puerta. .

OFIC. A ver si. hoy es usted buena muchacha.

BEATRIZ. *(Con acento estremecido.)* esos hombres? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Por qué vienen con usted?

OFIC. Esos hombres no hacen daño alguno a las personas que no ocultan la verdad a la Justicia.

BEATRIZ. Ya he dicho todo lo que sabía.

OFIC. Vamos a ver. ¿A qué vino su hermano Roberto a San Petersburgo?

BEATRIZ. *(Con acento entrecortado y tembloroso.)* Había terminado su carrera de ingeniero mecánico, y hacía ya muchos años que no había visto a su familia... Vino y nos alegramos mucho todos al verle.

OFIC. ¿Y qué hizo su hermano luego? ¿Dónde pasó la noche cuando estalló la revolución del domingo rojo?

BEATRIZ. En casa. No se movió de casa.

OFIC. Ya falta usted a la verdad.

BEATRIZ. Yo no seguí sus pasos. Toda la noche estuve temblando de miedo al lado de mi madre.

OFIC. Supongamos que así sea. ¿Cuándo desapareció Roberto de su casa?

BEATRIZ. Lo ignoro, señor, lo ignoro,

OFIC. Vamos a la segunda parte.

BEATRIZ. *(Aparte)* ¡Tengo mucho miedo!

OFIC. ¿Por qué huyeron ustedes, abandonando su hogar?

BEATRIZ. Vinieron dos hombres y nos dijeron que al llegar la noche vendría la policía a prendernos. Entonces mi madre dispuso que nos envolviésemos con unos abrigos y que la siguiéramos sin perder tiempo antes de que nos prendiesen.

OFIC. ¿Y se fueron con aquellos dos hombres?

BEATRIZ. Sí, señor.

OFIC. ¿Por qué huyeron de la policía? ¿Qué es lo que temían? ¿Qué delito habían cometido?

BEATRIZ. Lo ignoro, señor, lo ignoro.

OFIC. ¡Bendita ignorancia!... ¿Quiénes eran aquellos dos hombres?

BEATRIZ. Dos desconocidos.

OFIC. ¿No era uno de ellos Kurok?

BEATRIZ. ¡Kurok!.. ¡Kurok!..

OFIC. Recuérdelo usted bien. . . .

BEATRIZ. No lo recuerdo. No lo recuerdo.

OFIC. Y el otro, ¿no era su hermano Roberto?

BEATRIZ. No, señor, no.

OFIC. *(Dirigiéndose a los esbirros,)* Abrid la sala de tormento.

BEATRIZ. *(Juntando las manos en actitud suplicante)*
¡Piedad!... ¡Piedad!...

OFIC. Ya le enseñamos ayer las máquinas que se encargan de amansar a los que son muy rebeldes y tenaces... Le prevengo que el dolor que producen en la carne y en los huesos es horrible.

BEATRIZ. ¡No me hagan daño!... ¡No me hagan daño!...

OFIC. Declare la verdad. Diga todo lo que sepa.

BEATRIZ. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

OFIC. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres que fueron a su casa para advertirles del plan que tenía la policía?

BEATRIZ. ¡Aquellos dos hombres!... ¡Aquellos dos hombres!...

OFIC. Sí. ¿Quiénes eran?

BEATRIZ. No puedo recordado. No puedo recordarlo.

OFIC. Uno de ellos era Kurok, el oso siberiano. ¿No oyó usted decir que era el oso siberiano?

BEATRIZ. ¡Pobre hombre! No. No. *(Los esbirros cogen bruscamente a Beatriz, uno por cada lado.)* No me agarren así, que me hacen daño.

OFIC. Pronto se queja.

BEATRIZ. ¡No me martiricen! ¡No me martiricen!

OFIC. Aun puede usted evitarlo diciendo la verdad. El otro era su hermano Roberto. No lo niegue.

BEATRIZ. ¡Madrecita mía! ¡Si vieras a tu hija en este estado!

OFIC. Al tormento, sin más contemplaciones.

(Los esbirros conducen a Beatriz hasta hacer mutis por la puerta izquierda.)

BEATRIZ. *(Sin hacer ninguna resistencia, se deja llevar dando quejidos.)* ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

OFIC. Cerraré la puerta; no vaya a venir a punto ese Quijote. *(Vase por la izquierda, cerrando tras sí con un fuerte golpe de cerrojo.)*

ESCENA III

Aparecen por el foro CATALINA, TOLSTOI
y el ALCAIDE

CATALINA. *(Entrando precipitadamente)* ¡Beatriz! ¡Beatriz!
(Ve que no está en aquel recinto. Observa si está o no en el camastro y, convencida, dice:) ¡Aquí no está mi hija..

TOLSTOI. ¿Es esta su prisión, señor, alcaide?.

ALCAIDE. Sí, señor.

TOLSTOI. Entonces, ¿dónde está la prisionera?

ALCAIDE. (Comprendiendo que han debido conducirla a la sala del tormento.) ¡Ah!

CATALINA. ¿Por qué se afecta de eso modo? ¿Dónde está mi hija?

TOLSTOI. ¿Ha llegado aquí alguno antes que nosotros?

ALCAIDE. Sí, señor. El agente de confianza del general Gurben.

TOLSTOI. ¿Ese a quien llaman Iván el Malo?

ALCAIDE. El mismo.

CATALINA. ¿Y qué deduce usted? ¡Cómo me late el corazón!

ALCAIDE. Que han debido conducirla allí...allí..

CATALINA. ¿Dónde?

TOLSTOI. ¿Dónde?

ALCAIDE. A la sala del tormento: *(Señalando a la izquierda.)*

CATALINA. ¡Jesús!

BEATRIZ. *(Con gritos muy doloridos,)* ¡Ay madre mía!...
¡Que me matan!... ¡Que me matan!...

TOLSTOI. ¡Qué horror!

CATALINA. ¡Esa es Beatriz!... *(Yéndose a la puerta derecha para abrirla.)* Cerrada... Está cerrada...

BEATRIZ. ¡Socorro!... ¡Socorro!

CATALINA. ¡Abrid, asesinos!... ¡Abrid, verdugos! *(Dando grandes golpes con la mano sobre la puerta.,*

ALCAIDE. ¡Abrid en nombre del general Gurben ¡Abrid!...
¡Abrid!

TOLSTOI. ¡Abrid en nombre de la Justicia!

BEATRIZ. *(Dentro,)* ¡Madre!... ¡Madre!...

CATALINA. ¡La están martirizando! ¡La están martirizando!
¡Tolstoi! ¡Tolstoi! ¡Salve usted a mi hija ¡Abrid en nombre de
Jesús crucificado! ¡Hija mía!... ¡Hija mía!

ESCENA IV

Abrese la puerta y aparece el OFICIAL

CATALINA. ¡Ah! Por fin...

OFIC. No vaya usted, señora... *(Tratando de detenerla.)*

CATALINA. ¡Paso, asesino!

(Entra desesperadamente por la izquierda.)

ESCENA V

Los mismos, menos CATALINA

TOLSTOI. ¿Qué han hecho con esa pobre mártir?

CATALINA. (*Dentro, dando un grito desgarrador.*) ¡Hija!
¡Hija!

OFIC. Ha muerto de una congoja en el tormento.

TOLSTOI. ¡Jesús mío!... Perdona si hierve mi sangre y se subleva mi corazón. ¡Tú también te indignaste un día, contra los fariseos!... Comprendo lo que aquí ha ocurrido. La maldad se ha anticipado al perdón... Iván, esbirro de Gurben. Te arrojo a la cara la orden de libertad. (*Le arroja al rostro el pliego que lleva.*) Tu amo es un infame... ¡Tú eres un verdugo! ¡Miserable!... ¡Miserable!

FIN DEL ACTO CUART

ACTO QUINTO

CUADRO XI

Cámara subterránea, donde verifica sus sesiones secretas el Comité Revolucionario de Rusia.

ESCENA PRIMERA

Aparecen sentados en línea, o dos líneas, a la derecha, ROBERTO y la princesa OLGA REXIA, con otros muchos miembros del Comité. Llevan todas túnicas negras y antifaces. Dándoles frente, junto a una mesilla se halla el Presidente, vestido y enmascarado del mismo modo. En el foro, como esperando órdenes, otros dos miembros del Comité.

PRESID. Compañeros... Terrible es la crisis que pone a prueba el temple del alma de cuantos luchan por la libertad del pueblo ruso. La mano férrea del despotismo ha llenado las cárceles de patriotas. Los fusilamientos y deportaciones a la Siberia no acaban nunca. Los que no sucumben por las descargas de los fusiles, perecen de hambre y de frío en aquellas heladas estepas... Y, para colmo de males, hay que añadir a esa larga lista otro inmenso infortunio... Una flor delicada, el ángel de un hogar, la hija de Ovaldo Padewski, hermana de Roberto, es también sacrificada en obscura cárcel. El espíritu se embarga. El corazón se estremece ante ese doloroso sacrificio... ¡Rindamos culto silencioso a esta pobre mártir!... *(Se descubre y todos le imitan. Pausa,)* Ahora, compañeros, reanudemos nuestros trabajos... Hoy más que nunca se impone la perseverancia en la lucha por La Libertad, que está caída. Hable Roberto Padewski.

ROBERTO. Me alivian vuestras manifestaciones de dolor, pero dice bien el presidente. No hay que desmayar. ¡A la lucha! *(Se acerca a la mesa del presidente y extiende sobre ella un rolla de papel, que figura ser un plano.)* Para que el Comité pueda formarse idea de los trabajos de perforación que se han practicado a máquina y a brazo, subterráneamente, no tiene más que fijarse en este plano. Aquí aparece el barranco en cuya vertiente empieza la boca de la mina... Aquí se halla la fortaleza que hace oficio de prisiones militares. Este pequeño cuadrado indica el lugar

subterráneo o recinto que ocupa mi hermano Guillermo... Las líneas negras que parten de la boca de la mina señalan el paso de la galería subterránea que hemos abierto.

PRESID. Poco falta.

ROBERTO. Ya sólo nos separa un metro aproximadamente para desembocar en la pieza que sirve de cárcel al prisionero.

PRESID. ¿Y cuándo crees que?...

ROBERTO. Mañana... y no afirmo que hoy porque ahora la excavación tiene que practicarse con el mayor cuidado.

PRESID. Evitemos ese nuevo fusilamiento, ese nuevo Suplicio...

ROBERTO. Doy por segura la liberación de mi hermano...

PRESID. ¿Sigue al frente de los mineros Kurok, «ese hombre admirable»?

ROBERTO. A su incansable actividad se debe el éxito de la operación practicada. Tiene la naturaleza de hierro y el alma de espartano.

PRESID. ¡Hurra por Kurok!

TODOS. ¡Hurra!

ROBERTO. Ahora, con Vuestro permiso, voy también a la mina... La impaciencia me devora... Deseo ver en mis brazos pronto a mis hermanos.

PRESID. Espera un instante. Princesa Olga Rexia... ¿Has llevado a término feliz la misión que te confiamos?

PRINC. *(Levantándose y aproximándose al presidente.)*
Sí. Aquí está el pasaporte... Es un salvoconducto muy amplio y libre para que pueda viajar sin temor alguno desde San Petersburgo a la frontera. *(Vuelve a ocupar su asiento.)*

PRESID. Está bien... Roberto... Teniendo en cuenta las profundas heridas que has recibido, el Comité desea que vayas a restañarlas a Berlín, al lado de tu santa madre, si otros inesperados sucesos no lo impiden... Abre ese dulce paréntesis en tu vida de heroico luchador... La Libertad ya ha puesto en tus sienes una de sus más gloriosas diademas... Aquí tienes el pasaporte para que juntos podáis realizar el Viaje.

ROBERTO. Antes evocasteis el martirio de mi hermana... Mi corazón se conmovió profundamente, pero no acudieron las lágrimas a mis ojos... Ahora, al escucharos, la emoción que experimento es todavía más honda, y mis ojos se han humedecido... Gracias, hermanos míos; mas no puedo aceptar vuestro ofrecimiento... Rusia no está redimida de la opresión que padece. El pueblo necesita, hoy más que nunca, del esfuerzo de sus hijos... Ciertamente es que mi corazón

Vierte sangre... Profunda es mi amargura; pero aún tengo vida y alientos para seguir luchando... Váyanse a Berlín las reliquias que aun quedaron de mi familia. Restañen ellos sus heridas, dulcificadas por el amor y el reposo... Yo aquí permanezco. ¡Aquí está sembrada la semilla que ha de dar las flores de nuestra redención!... Si es necesario regarla con mi sangre, la regaré con mi sangre... Mi resolución es irrevocable. Adiós, compañeros.

(Vase por el foro derecha.)

Presid. Este es un hombre. ¡Viva Roberto!

TODOS. ¡Viva!

MUTACIÓN

CUADRO XII

Telón corto figurando ser el paso de una mina subterránea

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la derecha KUROK y CIUDADANO I en compañía de otros varios. Van provistos de espuelas, picos azadones y linternas.

KUROK. A proseguir el trabajo, camaradas. Ya falta poco.

CIUD. I. A la faena.

KUROK. Yo esperaré aquí a Roberto que no tardará en llegar. Deseo contener sus impacencias.

CIUD. II. Vamos allá.

KUROK. No olvidéis mis recomendaciones... Escarbad; morder la tierra. Suavizad los golpes con el pico... Horadando el suelo con mucho cuidado; llegaremos hasta las baldosas... Así que esto ocurra, dadme aviso.

CIUD. I. ¡Así lo haremos!

(Vanse por la izquierda).

(Oyense dentro los golpes que dan los picos y azadones sobre la tierra.)

KUROK. Hay que ponerle un freno a las ansias, de ese mozo. Kurok ha de ser el primero en penetrar en la estancia

de Guillermo... Estos golpes de mano requieren todo el dominio que yo poseo para conservar la sangre fría en los momentos críticos en que asoma el peligro... Respondo de Guillermo aunque sea preciso que yo quede en su lugar sin vida... Muriendo Roberto, se pierde mucho... Muriera do yo... ¡Bah! ¿Qué se pierde? Nada. Hombres como yo hay muchos. Yo no tengo madre ni hermanas que puedan llorar mi muerte... ¡Es decir, tengo un hijo... Tengo a Roberto!... Se me ha metido en el alma ese muchacho, ¡y se me abren las carnes pensando que pudieran matarle... ¡Infierno y rayo!... ¿Pues no me entra congoja?... Ese León Tolstoi me ha vuelto m,as blando que una manteca. (*Dentro, llamando.*) ¡Kurok!

KUROK. Aquí, Roberto. (*Aproximándose a la izquierda para alumbrar con su linterna el paso de Roberto.*) Guíate por los resplandores de mi linterna.

ESCENA III

Dicho, y ROBERTO por la derecha

ROBERTO. ¿Sin novedad?

KUROK. Sin novedad.

ROBERTO. ¿Habéis seguido trabajando?

KUROK. Con todo ahinco... Hemos descansado un poco para echar un trago y reponen fuerzas, y a la faena otra vez.

ROBERTO. Ardo en deseos de que esto termine pronto. ¡No vivo ni sosiego!

KUROK. Ten calma.

ROBERTO. ¿Crees que tengo poca?... ¿Cómo me has hallado estos días?

KUROK. Aplanado por el dolor.

ROBERTO. Y deseando que termine este paréntesis en que se ha encerrado, todo el vigor de mi espíritu... Abrumado estoy como si fuera víctima de una horrible pesadilla. Mi sueño es de plomo... Mi despertar será impetuoso como torrente desbordado. ¿Crees tú que ha de quedar impune el cruento martirio que ha sufrido Beatriz?... ¡Ah! No. No... ¿Ves? Ya me lanzo como caballo impetuoso y sin freno.

KUROK. Así me gustas; desbocado.

ROBERTO. Ya he vuelto a mi pena. Míralo.

KUROK. Mata esa pena.

ROBERTO. ¿Cómo se mata?

KUROK. Como a los osos. Se agarra uno a brazo partido con ellos metiéndoles la cabeza por debajo de la barba y con un cuchillo bien afilado se les abre el vientre en canal. Si ves que sus garras se aflojan, es, señal de que no has errado el golpe; de lo contrario, se espanzurra, y «laus Deo». Toma el ejemplo. Agárrate a brazo partido con la pena que tienes. Ábrela en canal y verás cómo te suelta.

ROBERTO. Las penas no tienen vientre, Kurok. Clavan sus garras en el corazón y sólo el tiempo las va limando para que suelten su presa. Tengo en el pensamiento la imagen de Beatriz... Me imagino el semblante dolorido que pondría al sentir martirizado su cuerpo... Oigo sus ayes quejumbrosos y me vuelvo loco lie rabia y desesperación... ¡Oh! ¡Basta!... ¡Basta!... Aparta, imagen querida... ¡Hablemos!... Hablemos de lo que más importa. ¿Te has fijado en los escombros?... ¿Qué sacan ahora?

KUROK. Vas a verlo. *(Se aproxima a la izquierda y llama mirando hacia arriba.)* Ronisk trae una espuerta llena de escombros de los que están sacando.

ROBERTO. ¿Les has recomendado quo no don golpes muy violentos?

KUROK. Sí.

ROBERTO. Bien hecho.

ESCENA IV

Dichos, y CIUDADANO I con una espuerta llena de escombros

CIUD. I. Aquí está.

ROBERTO. Aplica la luz, Kurok. (*Éste hace lo que Roberto le Índica.*)

KUROK. ¿Qué tal?

ROBERTO. Grava y tierra apisonada... ¡Victoria, amigos, ¡victoria! Ya estamos debajo del pavimento. Ganas me dan de gritar como Colón cuándo descubrió la América: «¡Tierra! ¡Tierra!»

KUROK. ¿De modo que?...

ROBERTO. Que estamos a poco trecho de las baldosas. El plano nos ha guiado fielmente. Mis cálculos se han cumplido. Cerca está el momento crítico, el instante supremo... Vamos a echar la última ojeada. (*Vase Roberto por la izquierda, seguido de Kurok y Ciudadano I*)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

La prisión de Guillermo. Un camastro a la izquierda. Una mesilla con una luz a un ángulo. La puerta de entrada por la derecha. Guillermo aparece fuertemente atado a un poste clavado en el suelo en medio del foro.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO.

Gill. ¡Qué situación tan horrible! ¡Qué espantosa agonía! ¡Rómpete, infame madero! ¡Soltadme, duros cordeles que mordéis mis brazos!... ¿Qué hace ese miserable, que no viene para darme la muerte? ¿No dice que he de morir estrangulado esta noche? ¿No afirma que no merezco morir fusilado? ¿Por qué tarda? ¡Lo hará para que se prolongue esté martirio y se haga más intensa esta

agonía... ¡A mí, granaderos!... ¡Venid a salvar a vuestro capitán que os llevó a la victoria en cien combates!... ¡Tratan de cubrirme de ignominia!... ¡No quieren que la sangre ennoblezca mi cadáver!... Quieren darme la muerte que llena de afrenta a los más viles asesinos y a los más ruines malhechores. Nadie viene en mi socorro... Mi voz se pierde en el vacío... Y ese canalla no viene... Y mis brazos destilan sangre... ¡La muerte!... ¡La muerte!... ¡Ay! ¡No puedo más!... *(Inclina la cabeza como rendido por la fatiga. Pausa.)* ¿Otra vez los ruidos subterráneos? Luego no es ilusión de mis sentidos... No es un producto de mi fantasía. Oigamos. Oigamos... Sí... Sí... Hasta parece que retiembla algo el pavimento... La verdad es que Kurok y mi hermano no han debido permanecer con los brazos cruzados... ¿Serán ellos que?... Aléjate, esperanza. No quiero acariciarte para no hacer más amargo y terrible el desengaño. ¿Estarán minando la tierra para salvarme? ¿Otra vez? No tiene duda. Alguien socava el suelo. ¡Maldición! Ya está allí ese miserable para darme la muerte...

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL con dos esbirros calaboceros. Uno de ellos trae una cuerda larga de cáñamo.

OFIC. Llegó tu hora...

GUILL. ¿Por qué has tardado?

OFIC. Ponedle al cuello el nudo y tirad de los extremos cuando yo diga: ¡Estranguladle! *(Los esbirros hacen un nudo, escurridizo y lo ciñen al cuello del Capitán.)*

GUILL. Te pido un plazo.

OFIC. ¡Hola! ¿Se amansa la fiera?

GUILL. ¡Un plazo! ¡Un plazo!

OFIC. ¿Y transcurrido que éste sea dirás toda la verdad?

GUILL. Sí; toda.

OFIC. ¿Como si no se tratara de tu hermano y sí de otro cualquiera?

GUILL. Sí. Sí.

OFIC. ¿Qué plazo quieres?

GUILL. Una hora.

OFIC. (*Consultando su reloj.*) No es posible. Tu vida no puede prolongarse más allá de las doce en punto de esta noche. Las órdenes que he recibido son terminantes.

GUILL. Media hora.

OFIC. Bueno. Sea media hora. Quitadle la cuerda. (*Los esbirros hacen lo que les indica el Oficial.*) Solo te dejamos... Volveremos dentro de media hora... Ya lo sabes. Si para entonces te obstinas en callar, serás estrangulado. Sin, remisión. (*Vanse.*)

MUTACIÓN

CUADRO XIV

Otrá vez el telón corto de galería
subterránea

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha ROBERTO y KUOK

ROBERTO. ¿Qué deseas? Ya estamos donde nadie puede escucharnos.

KUROK. Pedirte un favor.

ROBERTO. ¿Cuál?

KUROK. Yo nunca te he pedido nada. He sido siempre leal y obediente para ti como un perro.

ROBERTO. No lo niego.

KUROK. Si me dijese: asómate a la boca de la mina y arrójate por la vertiente del barranco... me arrojaría sin vacilar.

ROBERTO. ¿Qué quieres? Habla.

KUROK. Que permitas que sea yo quien penetre por la mina en la estancia de tu hermano.

ROBERTO. He de ser yo.

KUROK. Eres un ingrato, Roberto.

ROBERTO. (¡Pobre Kurok! Adivino tu intención. Quieres penetrar el primero porque adviertes que hay peligro.

KUROK. Bueno. Pues por eso.

ROBERTO. No puedo complacerte.

KUROK. Adiós. (*Dirigiéndose a la derecha,*)

ROBERTO. Así me dejas... ¿Dónde vas?

KUROK. Al barranco. A echarme de cabeza.

ROBERTO. ¡Ven aquí!... (*Deteniéndole bruscamente.*)

KUROK. ¿Accedes?

ROBERTO. Bien. Accedo,

KUROK. Vaya, hombre... Parece que te lo hayan dicho al oído.

ROBERTO. ¿El qué?

KUROK. Ahora me da reparo...

ROBERTO. Explícate sin rodeos.

KUROK. Antes de que llegases estaba yo hablando solo... y decía que me has entrado de lleno en el alma... Y también decía que no tengo a nadie que me llore en el mundo, caso de que me muera o me maten, que da lo mismo.

ROBERTO. ¿No estoy yo en el mundo, Kurok?

KUROK. Lo dicho. Tú me has oído.

ROBERTO. Acaba.

KUROK. Y decía yo... ¡Qué, diablos! Decía que no estoy tan desamparado porque tengo un hijo...

ROBERTO. ¡Ah! *(Arrojándose en los brazos de Kurok.)*

ESCENA II

Dichos, y CIUDADANO I, sigilosamente

CIUD. I. ¡Roberto! ¡Kurok!

ROBERTO. ¿Al fin?

CIUD. II. Hemos tocado a las baldosas

KUROK. Que vengan todos.

(Vase Ciudadano I por la izquierda para cumplimentar la orden de Kurok.)

ESCENA III

ROBERTO, y KUROK

KUROK. Mando yo.

ROBERTO. Manda.

KUROK. A ver si podemos matar de un tiro dos pájaros. Libertar a tu hermano y acabar con ese Iván que dio tormento a Beatriz.

ROBERTO. Me has tocado en el alma. Estoy a tus órdenes.

ESCENA IV

Dichos y CIUDADANO I, seguido de los demás, provistos de picos y azadones.

CIUD. I. Aquí estamos,

KUROK. Quedaos con Roberto... Hasta ahora mismo.

ROBERTO. Cuidado, Kurok. Mano al revólver.

CIUD. I. Cuidado, compañero.

KUROK. Llevaré el cuchillo agarrado entre los dientes. Así podré valirme de las manos. Yo tengo ¡bastante con el cuchillo.

ESCENA V

Los mismos, menos KUROK

ROBERTO. *(Con mucha ansiedad y en voz muy baja.)*
¿Tocasteis a las baldosas?

CIUD. I. Sí.

ROBERTO. ¿De modo que?...

CIUD. I. Se levantará una cualquiera de ellas al menor esfuerzo... Yo probé un poco y cedió al instante... Miré por la abertura y...

ROBERTO. ¿Viste a mi hermano?

CIUD. I. Calma tus ansias... Allí está. El golpe es seguro...

ROBERTO. Me das la vida, ciudadano...

CIUD. I. ¡Silencio!.

ROBERTO. Silencio... *(Pausa prolongada.)*

CIUD. I. Nada se oye.

ROBERTO. Ya ha debido penetrar en la estancia.

CIUD. I. ¡Calma!

ROBERTO. ¡Calma! *(Pausa muy larga.)*

GUILL. *(Dentro.)* ¡Roberto!

ROBERTO. Aquí estoy, Guillermo.

ESCENA VI

Aparece GUILLERMO, en mangas de camisa

GUILL. ¡Hermano! ¡Hermano! *(Se abrazan.)*

ESCENA VII

Dichos, y KUROK por la izquierda

KUROK. Al barranco todos, que hay peligro. Iván ha descubierto la trampa y se dispone a bajar con los suyos.

ROBERTO. Vamos.

GUILL. Vamos.

(Vanse por la derecha, menos Kurok.)

ESCENA VIII

KUROK

KUROK. ¡Magnífico!... Esos polizontes me van a pagar esta noche el cuadro de la Libertad que me arrebataron... La luz aquí... De espaldas, para que no alumbre y no adviertan

mi presencia. *(Deja la linterna en el suelo, cerca de la salida derecha, y vuelve para mirar a la izquierda.)* Por allí asoma, echando espumarajos de rabia. Viene solo, sin aguardar a su gente. La ira le ciega, le impide ver el peligro en que se mete. Esta es la ocasión. ¡Iván!

OFIC. *(Dentro.)* ¿Quién llama?

KUROK. El oso de la Siberia.

OFIC. ¿Eres tú, Kurok?

KUROK. El mismo. Baja y lucharemos brazo a brazo aquí, en la sombra.

OFIC. ¿Estás solo?

KUROK. Solo.

OFIC. ¿Te atreverás a luchar conmigo, brazo a brazo?

KUROK. El oso no se espanta del buitre. Baja y arroja tu linterna.

OFIC. ¿Me esperas?

KUROK. Te espero.

OFIC. Allá voy. ¡Ya arrojé mi linterna!

ESCENA IX

Aparece el OFICIAL, incierto en la
sombra

OFIC. ¿Dónde estás?

KUROC. Aquí.

OFIC. Ya te agarré. (*Arrojándose sobre Kurok*)

KUROC. Ya te eché las zarpas al cuello.

OFIC. ¡Mal...di...ción!

KUROC. Ya eres mío. Muere estrangulado. Ruge, fiera
malvada... Acuérdate de Beatriz. Flor delicada... Tierna
azucena... Mis manos son más duras, y te oprimen la
garganta como un corbatín de hierro. ¿Aún no mueres?
¡Cómo se pega la maldad a la carne! ¿Aún respiras?...
Entonces te arrojo al fondo del precipicio para que tu cuerpo
se haga pedazos... ¡Roberto! ¡Roberto! (*Dentro, derecha.*)

ROBERTO. ¡Kurok!

Kurok. Allá va, peñas abajo, el asesino de tu hermana.
¡Al barranco! ¡Al barranco!

MUTACIÓN

CUADRO FINAL

La decoración del monte nevado, con la cruz. Hora, la del crepúsculo. Caen algunos copos de nieve.

ESCENA PRIMERA

Aparece KUROK por la derecha

KUROK. Ni Guillermo ni Roberto han aparecido todavía. Me alegro de haber llegado yo el primero... ¡Qué caída de tarde tan triste y qué noche de nieve se prepara!... ¡Estos son los cuadros oscuros que apetezco!... Para mí, como si el sol no alumbrara al mundo. Desde que vine de la Siberia, creo

que le habré visto la cara dos o tres veces... Yo vivo, como los topos, metido siempre debajo de tierra y siempre con recelo de que descubran el escondrijo... No deja de tener sus encantos esta vida, con la esperanza de que amanezca, tarde o temprano, el Sol de la Libertad, para echarse uno a la calle y sacudirles el polvo a todos los que lo hayan de menester... ¡Y pocas varas de fresno que van a ser precisas!... Se comprende que el que vive a sus anchas no quiera la libertad... ¿Para qué?... A ese le metería unos cuantos días donde yo suelo agazaparme, por el gusto de que mudase de opinión... ¡Si a lo menos nos concedieran un turno pacífico; pero ¡bah! Lo quieren todo para ellos, y no hay más remedio que sacudirles el polvo.... Aquí vienen... Soy yo... Adelante.

ESCENA II

Aparecen por la derecha ROBERTO y GUILLERMO en traje de viaje.

GUILL. ¿Es aquí?

ROBERTO. Sí.

KUROK. Ahí la enterramos.

ROBERTO. Abrimos el hoyo a golpes de cuchillo y la dimos sepultura.

GUILL. ¿Al pie mismo de la cruz?... ¿Debajo de esta tierra descolorida?...

ROBERTO. Aquí yace nuestra pobre hermana. *(Descubriéndose como Roberto y Rurok,)* ¡Emma! ¡Pobrecita Emma!...

GUILL. ¿Murió en tus brazos?

ROBERTO. Sí, Guillermo... Cuando la luz bajó a su extraviado cerebro, su organismo quebrantado no pudo resistir la inesperada crisis... Murió en mis brazos, sin agonía, lo mismo que un pajarillo.

GUILL. Dame la mano y aprieta bien fuerte, Roberto... *(Le da la mano.)* Más fuerte... Con toda tu fuerza... Ahora prosigue.

ROBERTO. Yo no podía prestarla ningún auxilio. Grité como un desesperado pidiendo socorro, pero este lugar está muy apartado. Parece un desierto... Bañaba el cuadro la misma luz moribunda y opaca... Aquél era el crepúsculo de la mañana; éste es el de la tarde, y caían también algunos copos de nieve...-¡Tengo frío-, me decía! ¡Tengo frío!...

GUILL. ¡Calla, Roberto!... Eso no puedo resistirlo, aunque me estrujes la mano. Suelta.

ROBERTO. ¿Comprendes mi dolor en aquel trance?

GUILL. Yo no me hubiera sentido con fuerzas para soportarlo...

ROBERTO. Hagamos un esfuerzo y emancipemos el "espíritu de aquel recuerdo doloroso. ¿Tienes presentes todas mis instrucciones para hacer d viaje?

GUILL. *(Cruzándose de brazos y mirando fijamente a la tierra mientras Roberto le hace las siguientes recomendaciones.)* Sí.

ROBERTO. Apenas dejéis estos sitios, os saldrá al paso un guía. Es uno de nuestros más fieles amigos. Este os conducirá a la estación inmediata, donde tomaréis el rápido. Al amanecer estaréis en la frontera alemana, fuera ya de todo riesgo.

GUILL. No se me olvida.

ROBERTO. El pasaporte que se halla en tu poder se halla extendido a nombre del Conde Oxfort, quien viaja con su familia de incógnito.

GUILL. Ya me hice cargo.

ROBERTO. Una vez en Berlín, nuestra madre y Julia quedan bajo tu amparo.

GUILL. Sí.

ROBERTO. Yo te escribiré con nombre supuesto.

GUILL. Entendido.

ROBERTO. Escríbeme al llegar donde te tengo recomendado.

GUILL. Así lo haré.

ROBERTO. Y si observas que pasa un correo... y otro correo sin que llegue a tu poder carta alguna de tu hermano... nada digas a nuestra madre... Que nada sepa... ¿Lo entiendes, Guillermo?

GUILL. ¿Pero tú no dejarás nunca de escribirme?...

ROBERTO. Nunca, hasta que...

GUILL. Acaba...

ROBERTO. Hasta que una bala o el golpe de un hierro...

KUROC. ¿Y a mí quién me aprieta La mano?

GUILL. Kurok. *(Tomándole la mano derecha.)*

ROBERTO. Kurok. *(Tomándole la izquierda,)*

KUOK. Vaya una manera de conmovernos por cosas que aún están por venir... ¡Como si la Revolución no hubiese nunca de triunfar! El mejor día se levanta San Petersburgo al son de la Marsellesa... Salen unos cuantos regimientos a la calle... Roberto se pone al frente de todos ellos... Yo me pongo a la cabeza de algunos miles de obreros... y ya me estoy relamiendo de gusto... En veinticuatro horas no queda en todo el Imperio ruso ni un solo títere con cabeza... A ti te haremos general, Guillermo... No te apures.

GUILL. Este es un hombre admirable, Roberto.

ROBERTO. ¡Y tanto!

GUILL. Ya tarda nuestra madre... ¿No hubiese sido mejor que la despedida se hubiese verificado en un lugar menos impregnado de amargura y de tristeza? ¿No lograste convencerla?

ROBERTO. No pude conseguirlo. Se empeñó en que había de ser aquí, sobre la tumba de nuestra hermana. Además, la casa de Tolstoi se halla situada en estos alrededores... Nuestra madre y Julia han venido ya muchas tardes a orar al pie de esta cruz.

KUOK. Por allá se ven venir unas sombras.

ROBERTO. Sí. Aquella es la cabeza plateada del gran apóstol cristiano... Allí viene Tolstoi con nuestra madre y

Julia. Prepárate, Guillermo. ¡Bendita madre de mi alma! Por fin podré estrecharte entre mis brazos.

GUILL. Callemos y esperemos.

ESCENA III

Dichos, y TOLSTOI, CATALINA y JULIA

CATALINA. ¿Dónde estás, Guillermo? ¿Dónde estás?

GUILL. Aquí, madre de mi vida.

CATALINA. ¡Hijo de mi alma!

JULIA. ¡Guillermo!

GUILL. ¡Julia! ¡Pedazos de mi ser!... Ya nos hemos unido de nuevo... Madre, ya nunca te separarás de mi lado... Yo restañaré tus heridas con el bálsamo de mi amor... Seré el amparo de tu vida, el consuelo de tu ancianidad; el báculo de tu vejez... ¡Madre adorada!... La suerte ha desgarrado nuestro hogar; pero viendo cómo se agranda el cariño de tus hijos, aun podrá bajar la dicha hasta el fondo de tu dolorido corazón...

CATALINA. ¡Bendito seas!... ¡Señor! (*Dirigiéndose a Tolstoi.*)
Le presento a mis dos hijos.

TOLSTOI. ¿El ex-capitán?.... .

GUILL. Guillermo; a sus órdenes.

TOLSTOI. ¿El batallador revolucionario?...

ROBERTO. Roberto... que le vivirá eternamente agradecido por el auxilio que nos ha prestado.

TOLSTOI. ¿Y el indispensable Kurok?

KUROK. Sin mí no hay salsa posible, señor.

TOLSTOI. ¿Y por qué no se va usted también con su madre, Roberto?

ROBERTO. Señor. ¡Pena me da tener que decido! Conmigo se han comprometido otros hombres, que también tienen madres y hermanas en la misma situación... Yo no puedo volverles la espalda para ponerme a salvo, mientras les dejo a ellos en peligro. Mi hermano Guillermo puede abandonarnos impunemente, porque no ha contraído ningún compromiso con la Revolución.

GUILL. Así es la verdad.

TOLSTOI. Cumple con tu deber, Roberto.

ROBERTO. ¡Cómo ha de ser!... ¡El hilo de la fatalidad ata los hechos de la vida!... ¡Los compromisos se unen a los compromisos!..., ¡Cómo ha de ser! ¡Madre! Ya se han realizado tus deseos. Ya nos has reunido a todos, como deseabas, en la hora solemne de la despedida, sobre la tumba del ángel... Antes de que la noche extienda sus negras alas... separémonos... Allá está la frontera alemana... *(Señalando a la izquierda.)* Para allá unos... A este lado los montes de San Petersburgo... Por aquí otros...

CATALINA. ¡Separarnos!... ¡Ay, hijo!... ¿Cómo dejo yo esta cruz que se yergue sobre la sepultura de mi desgraciada Emma?... ¿Cómo abandono esta tierra que guarda el cuerpo martirizado de mi desgraciada Beatriz?... ¿Cómo dejo a San Petersburgo, donde flota la sombra generosa de mi esposo?... ¿Cómo te dejo a ti?... ¡Ay! ¡No tengo valor!... ¡No tengo, valor!...

GUILL. ¡Madre!

ROBERTO. ¡Madre!

JULIA. ¡Señor! *(A Tolstoi.)* Tiéndanos, de nuevo su mano protectora... .

TOLSTOI. Los que se van a Alemania: a un lado. *(Guillermo, Catalina y Julia se separan hacia la izquierda, formando grupo.)* Los que se van a los montes de San Petersburgo: a otro. *(Roberto y Kurok se juntan, formando*

grupo a la derecha.) Yo en medio... Quiero quedar solo, después que ustedes se vayan. Despídanse ahora.

ROBERTO. Madre, perdóname todo el daño que te he producido. Julia, perdóname tú también.

CATALINA. Que no me olvides, hijo; que no me olvides.

GUILL. Vivirás contiguamente en mi corazón, hermano mío.

CATALINA. ¡Kurok!

KUROK. Señora. Pocas palabras conmigo, porque estoy para reventar de pena. Julia, hasta que reciba usted el cuadro de la Libertad... Ya sé que lo tiene el general Gurben en, su despacho; y lo que Kurok ofrece, se cumple.

CATALINA. ¡Adiós, Emma!...

JULIA. ¡Adiós, hermana mía!

GUILL. ¡Adiós, hermano!... Adiós, Imperio ruso... Te abandono los harapos de mis ensueños de oro... Mis ilusiones de gloria militar... Mi espada, mis galones, mis cruces...

TOLSTOI. En marcha.

CATALINA. Adiós, señor...

TOLSTOI. Adiós a todos... En marcha... *(Señalando con ambas manos la derecha, y la izquierda, por donde desaparecen los personajes indicados, diciendo:)*

CATALINA. ¡Hijo! ¡Kurok!

ROBERTO. ¡Madre!

KUROK. Señora, es también mi hijo. ¡Váyase tranquila!

JULIA. ¡Roberto! *(Dentro.)*

ROBERTO. ¡Julia! *(Dentro.)*

GUILL. ¡Hermano! *(Dentro, más lejos.)*

ROBERTO. ¡Hermano! *(Dentro, más lejos.)*

ESCENA FINAL

TOLSTOI

Ya se alejan... Ya se perdieron en las penumbras del crepúsculo... Unos a la paz... Otros a la guerra... La alegría y el dolor El Bien y el Mal. La luz y la sombra... ¡Pobre Hu-

manidad!... ¡Aún no ha terminado tu Calvario!... El orgullo de los magnates, la ambición de los poderosos y la torpeza y el fariseísmo de los malos sacerdotes impiden que el pueblo realice su hermoso y cristiano destino de Redención y Libertad... Mi voz truena, rebosando de cólera contra los verdugos. No. No. Yo no soy el Dios del Sinaí... ¡Témplese mi cólera!... ¡Piedad! ¡Piedad para todos los hombres!

FIN DEL DRAMA

LA MUERTE DEL TIRANO

Drama en cinco actos, tercero de la trilogía EL SOL DE LA HUMANIDAD, y continuación de LA LIBERTAD CAÍDA.

Estrenado con éxito extraordinario en el teatro Apolo de Barcelona la noche del 4 de enero de 1913

Primera edición

Barcelona

Baeza y Llidó

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA MUERTE DEL TIRANO

DRAMA EN 5 ACTOS DIVIDIDO EN 13 CUADROS,

TERCERO DE LA TRILOGÍA

EL SOL DE LA HUMANIDAD,

Y SEGUNDA PARTE DE LA

LIBERTAD CAIDA

POR

JOSÉ FOLA YGÚRBIDE

ESTRENADO CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL TEATRO

APOLO DE BARCELONA

LA NOCHE DEL 4 DE ENERO DE 1913

PRIMERA EDICIÓN

BARCELONA

BAEZA Y LLIDÓ

PASAJE VILARET 41

PERSONAJES

Catalina, viuda del filósofo Ovaldo Padewski

Alejandra, hija del general Gurben

Julia Padewski, hija de Catalina

Estefanía, doncella

Roberto Padewski, ingeniero mecánico

Kurok, viejo revolucionario

General Gurben, ministro de Rusia

Guillermo Padewski, ex capitán de granaderos

Príncipe Fernando

Organista ambulante, (anciano de 80 años)

Exranjero

Policías 1º y 2º

El Doctor

Ujier

Teniente Fiscal

Ayudante

Labriegos 1º, 2º y 3º

Calabocero

Coronel. Alcaide

Empleado

Coronel 1º y 2º

Caballeros 1º y 2º

Soldados.

El primer acto en Berlín, los restantes en San Petersburgo.

Comienzos del siglo XX.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala de gran tono donde se destaran numerosos objetos de arte sobre todo en pintura. Al foro galería que da al jardín. Una ventana a la izquierda en primer término haciendo frente a la salida derecha que se supone conduce a un gabinete. Puertas también laterales en segundo término.

ESCENA PRIMERA

Julia

JULIA. ¡Qué destino tan adverso! Ahora que mi fama de artista se ha hecho universal... Cuando podemos rodearnos

hasta de los esplendores que presta el lujo... mi madre se muere... Se muere; sí. Inútil es que el Médico trate de ocultarnos la verdad. Está cardiaca nos ha dicho pero esta enfermedad del corazón es muy larga; muy laboriosa. Como quien dice... No tiene nada. La semilla ha dado sus frutos. Ha sufrido tanto la pobre... Su corazón de madre se ha visto tantas veces torturado que al fin... Pasa, nube de lágrimas, pasa. (Pausa) ¿Y Roberto? Dos meses sin escribirnos... ¿Habrá oculto en esa tardanza algún nuevo dolor? ¿Cuándo romperá esta cadena de desdichas?

ESCENA II

Dicha y Estefanía por el foro con algunas cartas.

ESTEFANIA. ¡Señorita!

JULIA. ¿Llegó el correo?

ESTEFANIA. Sí, pero...

JULIA. ¿No hay carta de mi hermano?

ESTEFANIA. No, señorita. Aquí están las que me ha entregado el cartero para el señorito Guillermo. He repasado los sobres y...

JULIA. ¿Ninguna de San Petesburgo?

ESTEFANIA. Ninguna. *(Deja las cartas que trae sobre un velador).*

JULIA. Entra; díselo a mi madre... Poco impaciente que la he dejado. Yo no me atrevo.

ESTEFANIA Tampoco yo me atrevo mucho.

JULIA. ¿También tú?

ESTEFANIA. Apenas me ve entrar en su cuarto clava en mí aquellos ojos tan grandes que tiene. Creo que la tristeza los hace más grandes todavía.

JULIA. Es el afán que siente, que no cabe en ellos.

ESTEFANIA. ¿Usted cree que necesito decirla nada? No hace falta. No espera a que se despeguen mis labios. No. Extiende con gran desaliento el brazo y exclama: –Bueno, vete... ‘Otro día será’... –Pobre señora' ¡Pobre señora!

JULIA. Sólo tu aflicción me faltaba.

ESTEFANIA. Dispénseme señorita, pero no lo puedo remediar... Me da mucha pena... ¡Muucha pena! Es una picardía que su hermano no escriba.

JULIA. ¿Le habrá ocurrido algo? ¿Tú qué opinas de esa tardanza?

ESTEFANIA. Qué se yo. (Suenan dentro, en el cuarto de la derecha, un timbre prolongadamente).

JULIA. Ya llama. La devora la impaciencia. Corre.

ESTEFANIA. Allá voy. Los malos tragos, pasarlos pronto.

ESCENA III

JULIA. Cual me late el corazón. No es extraño que haya enfermado el de mi madre. Tan rudos golpes ha recibido que ya se niega a servir de sostén a la vida. Cuánto daría porque se recibiera carta de mi hermano para prestarle siquiera ese consuelo. Ya vuelve Estefanía.

ESCENA IV

Dicha y Estefanía 'desalentada por la derecha

JULIA. ¿Qué? *(Interrogándola con ansiedad)*

ESTEFANÍA. Hoy apenas se ha movido.

JULIA. ¿No extendió el brazo como otras veces' Me miró y volvió a bajar la cabeza di-ciendo....Tampoco? ¡Cómo ha de ser!

JULIA. ¿Y tú?

ESTEFANÍA. ¿Qué había de hacer? Ya estaba todo dicho... Me retiré. Ahora sólo falta que usted me dé permiso para ir a llorar a mi gabinete... Así desahogo mi pena...

JULIA. ¿Quién viene? Debe ser mi hermano.

ESTEFANÍA. Sí... él es. *(Dice esto Estefanía desde el foro antes de hacer mutis. Luego vase por el foro izquierda.)*

ESCENA V

Dichas y Guillermo por el foro derecha, acompañado de un empleado de casa de comercio quien trae un organillo

GUILL. Buenos días.

JULIA. ¿Qué traes?

GUILL. *(Al empleado).* Déjalo aquí sobre esta mesita.

EMPLEADO. ¿Manda alguna otra cosa el señor?

GUILL. *(Dándole una moneda de plata.)* Toma. Puedes retirarte.

EMPLEADO. Muchas gracias señorito. *(Vase foro derecha)*

ESCENA VI

Julia, Guillermo

JULIA. ¿Quieres decirme?

GUILL. Ante todo. ¿Y nuestra madre?

JULIA. Lo mismo.

GUILL. (fijándose en las cartas que dejó Estefanía y tomándolas para mirar los sobres). ¿Cartas? A ver.

JULIA. No te canses. No hay ninguna de Roberto.

GUILL. Una nueva decepción.

JULIA. Repasa los sobres. Desengáñate.

GUILL. No. No hay ninguna. Deben haberse extraviado sus cartas.

JULIA. ¿Tantos correos?

GUILL. ¡Eso pienso yo... tantos correos! Esperemos a mañana.

JULIA. Esperemos. ¿Qué has comprado?

GUILL. Mira.

JULIA. (*Desenvolviendo los papeles que cubren el organillo*). Un organillo... ¿Has comprado un organillo?

GUILL. ¿No lo ves?

JULIA. ¿Pero, Guillermo?...

GUILL. Mucha es tu sorpresa. ¿No puedo yo comprar un organillo?

JULIA. Sí, pero...

GUILL. Voy a satisfacer tu curiosidad. ¿No viene al jardín todas las tardes al oscurecer un pobre hombre con un organillo?

JULIA. Sí.

GUILL. ¿No le ha caído en gracia a nuestra madre?

JULIA. ¡Ah! Sí. Sí.

GUILL. ¿No te has fijado cómo se embelesa oyendo la musiquilla?

JULIA. Tienes razón. Castígame por torpe. Has comprado el organillo para darle un alegrón al pobre viejo.

GUILL. Ahora corres demasiado. Atiende. El pobre viejo me dijo la otra tarde... medio llorando. Que desgracia señorito. ¡Estoy desesperado! –¿Y eso? le pregunté. –Su señora madre me ha hecho saber sus deseos de que toque una melodía que se llama «Claro de luna». Y esa melodía no está en el registro de mi órgano. De modo que no puedo complacer a la señora.

JULIA. ¡Claro de luna! ¿Aquella melodía que Emma tocaba al piano?

GUILL. Sí, pero no llores. Hay que abrir un camino en este Mar Rojo de nuestras lágrimas o suspendo el relato.

JULIA. Prosigue Guillermo, prosigue.

GUILL. Pues bien. Aquí esta el «Claro de luna».

JULIA. Ya comprendo. Quieres que te dé un abrazo.

GUILL. No hay ningún inconveniente.

JULIA. *(Se abrazan. Guillermo besa en la frente de su hermana.)* ¡Y qué más!
¡Qué más!

GUILL. Recorrí todos los almacenes de música de Berlín, hasta que encontré en uno de ellos el precioso organillo con la inspirada melodía. Ahora tienes tú que adivinar lo que falta.

JULIA. En primer lugar este organillo es para el viejo.

GUILL. Tal descubrimiento no hace mucho honor a tu sagacidad.

JULIA. Ya voy cayendo.

GUILL. Poco a ¡toco se va lejos, como dice un refrán.

JULIA. El organillero vendrá esta tarde como todos los días.

GUILL. Es de suponer.

JULIA. Entrará en el jardín...

GUILL. Tienes talento, hermana.

JULIA. Tocaré el «Claro de luna». Y qué sorpresa tan dulce para nuestra madre, ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¿No se conmovirá demasiado?

GUILL. Le dijo al organillero que sería muy feliz... muy feliz oyéndola.

JULIA. Entonces no hay más que hablar. Manos a la obra. Supongo que le habrás avisado para que venga a recoger el órgano. *(Consultando el reloj)*

GUILL. No debe tardar. Esta es la hora y los pobres son muy cumplidos.

ESCENA VII

Dichos y Estefanía (por el foro.

ESTEFANÍA. ¡Señorito!

GUILL. Ya está ahí.

JULIA. No le detengas. Que pase.

(Vase Estefanía)

ESCENA VIII

Guillermo. Julia

JULIA. Ya verás como se alegra.

GUILL. Presumo que sí.

ESCENA IX

Dichos y el Organillero (por el foro)

ORGAN. ¿Dan los señores permiso?

GUILL. Ya le esperaba. Adelante.

ORGAN. ¿Me habré retrasado?

JULIA. No se inquiete. Ha sido puntual.

ORGAN. A mí que me den trabajos y fatigas. A todo me acomodo; pero a cumplir con las personas nadie me gana. Soy un *termómetro*, y eso que ya me tiemblan las piernas.

GUILL. Vamos al caso.

ORGAN. Yo me voy con usted a todas partes, señorito.

GILL. No me dijo que mi madre...

ORGAN. Sí señor, me dijo que sería muy feliz oyendo el «Claro de luna». Y que esa anciana vale más oro que pesa. Sólo me afligen dos cosas. ¿Las digo?

JULIA. Dígalas, buen hombre.

ORGAN. La primera que siento que se halle tan enferma... digo... no tanto como yo me figuro. La segunda es que se parece mucho a otra santa que yo conocí, que era mi madre y casando lo mío con lo otro... Aquí me atasco.

GULL. Voy a sacarte del atolladero. Fíjese en este organillo.

ORGAN. Lo vi apenas entré y dije para mi sayo. Ya tenemos «Claro de luna». A ojo avizor tampoco me ganan muchos.

JULIA. Se lo lleva y esta tarde toca esa melodía desde el jardín.

ORGAN. Tampoco no me ha caído en saco roto. Vaya un instrumento de rechupete. Debe tener unas voces celestiales. El mío ya cerdea como un cascajo. El otro día se quedó más sordo que una tapia. Se está cayendo de viejo el pobrecillo, pero así y todo me saca de apuros. Es el báculo de los ochenta años que llevo auestas. ¿Le habrá costado un dineral?

GILL. No mucho. Doscientos marcos.

ORGAN. Se lo han regalado a usted señorito. Yo tengo más olfato para la música que un perro pachón.

JULIA. Tómelo y andando con él.

ORGAN. *(Cogiendo el organillo)* Flamante me lo llevo y flamante volverá a esta casa. No tengan cuidado alguno de que se vaya a estropear en lo más mínimo. Cae en buenas manos. Veinte años está en mi poder el mío y aparte de que cascarrea un poco y se queda sordo apenas caen cuatro gotas, cualquiera diría que está nuevo. *Afinao* si que está cuando no llueve.

GUILL. Esa es cuenta de usted, amigo.

ORGAN. ¿Cómo que es cuenta mía?

GUILL. Díselo tú, Julia.

JULIA. Lo hemos comprado para usted. Es un regalo que le hacemos.

ORGAN. ¿Para mí?

GUILL. Sí, hombre, sí. Puede llevárselo.

ORGAN. No. no. ¿Dónde iríamos a parar? *(Dejando el organillo sobre la mesa)*

JULIA. ¿Qué hace?

ORGAN. ¿Doscientos marcos y para mí? Eso no es posible. Ni que fuera yo el mismo Beethoven.

GUILL. Y tan posible. Cargue con él.

ORGAN. Mire usted que me lo llevo, señorito.

JULIA. De eso se trata precisamente, de que se lo lleve. Para eso lo hemos comprado.

ORGAN. ¿es decir que por parte de ustedes no hay inconveniente?

GUILL. Ninguno.

ORGAN. (*Tomando de nuevo el organillo*). Entonces que venga en buena hora... Nunca sabe uno bastante. Quién había de pensar que...

JULIA. Esto le había caído en saco roto.

ORGAN. Y tanto. Juraría que anda por aquí la mano de aquella noble anciana. ¿Ser yo dueño de este organillo? Vamos que esto hace llorar... Aun no saben ustedes lo mejor. Sépase todo... Me da todas las semanas reservadamente, diez marcos. ¡¡Diez marcos por una mala sonata!! Eso no se ha visto nunca. Y ahora este organillo que acaba de salir de la fábrica. Me parece que Dios no está en lo justo. Tanto bien

para mí y tanto como le regatea la salud a esa bendita señora. Si pudiera con mi sangre devolvérsela yo mismo me daría el tijeretazo en las venas.

GUILL. Basta, que estamos todos padeciendo.

JULIA. Déjale Guillermo. Que hable cuanto quiera.

ORGAN. ¿Puedo ya irme?

GUILL. Cuando guste.

ORGAN. ¿A ver si creen que lo he robado? Pero aquí están mi cara y mis cabellos blancos.

GUILL. Y aquí estamos nosotros.

ORGAN. Muchas gracias por esta obra de caridad. Me voy... ¡Me voy! Parece que estoy aquí amarrado y que me tiran desde la calle con otra cuerda. Queden con Dios. Hoy vendré un poco más tarde para que tengamos claro de luna en el jardín y claro de luna en el organillo. Queden con Dios.

JULIA. Que Dios le acompañe, buen viejo.

(Vase el organillero por el foro)

ESCENA X

Guillermo. Julia

GUILL. No le cabe en el pecho el júbilo que siente. Hemos hecho la felicidad de un pobre. .

JULIA. Para felicidad la que sentirá nuestra madre. Yo me ocultaré para atisbarla. Quiero participar de la agradable sorpresa. Ya la estoy viendo. Empieza la música. Presta atención. Su cara se anima. Junta las manos. Se conmueve dulcemente. Asoma una lagrimita a sus ojos, pero sonríe con dulzura... Entonces yo corro a tí para decirte... Guillermo. ¡Tuyo es el triunfo! Ya es feliz nuestra madre.

GUILL. Sabes pintar.

JULIA. Eso dicen.

GUILL. ¡Qué lástima que tanta dicha...!

JULIA. ¿Por qué se nubla tu semblante de ese modo?

GUILL. Hace tiempo que quiero decirte una cosa y no me atrevo.

JULIA. Atrévete. Mira si te comprendo que ya me has entristecido. .

GUILL. Luego, ¿adivinas, también que...?

JULIA. Que nos quedamos sin madre.

GUILL. Buen trabajo me ahorras. Temí que el golpe fatal te hubiera sorprendido en plena ilusión.

JULIA. Hace tiempo que llevo clavada esa espina.

GUILL. Ya estamos metidos en el zarzal. Baja la voz. por si acaso... Supongamos que...

JULIA. Supongámoslo.

GUILL. Cuando eso ocurra, yo... yo... Dejémoslo para otro día.

JULIA. No hace falta Guillermo.

GUILL. ¿También lo has adivinado?

JULIA. Sin querer me lo dijiste la—otra tarde.

GUILL. ¿Qué es ello? Vamos a ver.

JULIA. Piensas irte a San Petersburgo al lado de Roberto.

GUILL. Sí, hermana, sí. Eso es lo que he decidido.

JULIA. Yo también.

GUILL. ¿Tú?

JULIA. Calla. Se oye ruido. Ya hablaremos.

GUILL. Debe ser nuestra madre. Me voy al despacho a leer estas cartas. Evitemos todo motivo para que nada sospeche.

JULIA. Sí; porque es muy sagaz.

(Vase Guillermo por la puerta izquierda)

ESCENA XI

Catalina por la derecha. Julia sale a su encuentro

JULIA. Ven madre. Apóyate en mi brazo.

CATALINA. Yo sola. Yo sola.

JULIA. ¿Será posible?

CATALINA. Míralo. (Catalina toma asiento en un sillón que habrá muy cerca de la ventana de la izquierda).

JULIA. Bravo. Esa es buena señal. Se conoce que vas recuperando las fuerzas.

CATALINA. Quitadme esta opresión que siento en el pecho. Fortaleced mi cuerpo. Desvaneced la tristeza que llevo en el alma. Quitadme de la memoria estas dolorosas imágenes... Y veréis qué pronto me pongo buena.

JULIA. ¿Y por qué no se mitiga tu pena? ¿Y por qué no se fortalece tu cuerpo? ¿Qué miras? No hay nadie.

CATALINA. Creí que se lo preguntabas al médico

JULIA. Te chanceas. También eso es de buen agüero.

CATALINA. Quiero olvidar que estoy enferma, pero el mal que padezco se encarga de recordármelo.

JULIA. Hoy estás mucho mejor que ayer.

CATALINA. Mejor que ayer siempre estoy. Como que está más cerca el mañana. En serio, hija mía. ¿Qué dice el médico?

JULIA. Que sólo se trata de una impresión moral. Que en cuanto pase la primavera...

CATALINA. Eso es; en cuanto pase la primavera y... Y venga el otoño...

JULIA. El cambio de estación influye mucho en esta clase de enfermedades.

CATALINA. Ya lo creo que influye... No dice mal el doctor... Así que caigan las flores... Se pongan amarillas las hojas de los árboles... Se empañe el azul del cielo y sobrevengan las lluvias y los hielos... me pondré buena; completamente buena.

JULIA. Sin ironías, madre, sin ironías... Ya verás como recobrarás la salud. ¡Oh! Tengo esa seguridad. El corazón me lo dicta; y a mí el corazón no me engaña.

CATALINA. Al contrario. Tu eres la que engañas al corazón. Fíjate allá a lo lejos. (*Señalando a la ventana.*) ¿Qué ves?

JULIA. Nada.

CATALINA. Mala vista tienes.

JULIA. ¿Qué ves tú?

CATALINA. ¿Aquél camino que se pierde en lontananza, no es el que conduce a la frontera rusa?

JULIA. Sí.

CATALINA. ¿Y no viene por allí Roberto? Fíjate bien.

JULIA. No viene, madre, no viene.

CATALINA. Hartas veces me has asegurado que vendría... También eso te lo dictaba el corazón.

JULIA. No... No viene. (*Entornando los ojos.*)

CATALINA. Te estoy afligiendo. ¡Pobre hija mía! Ven. Dame un beso.

Julia. ¡Madre adorada!

CATALINA. *(Besándola en la frente.)*
Ya lo ves. Roberto no viene. Ni aun si-
quiera escribe.

JULIA. Ya escribiré. No creas que su situación le permita
hacerlo siempre. Berlín no es como San Petersburgo...
nosotros podemos escribir cuando se nos antoje pero
Roberto se encuentra en otras condiciones.

CATALINA. Eso que dices ya es más razonable. No hay que
perder la esperanza.

JULIA. Si me prometieras no afligirte demasiado...

CATALINA. Haré cuanto pueda para complacerte. Habla.

CATALINA. Me muero Julia. Sé que me muero.

JULIA. Calla.

CATALINA. ¿No me dejas tener ningún desahogo?

JULIA. Sí. Sí. Desahógate.

CATALINA. No quisiera morir sin ver a Roberto. Mis ojos se
pierden como para ir a su encuentro por aquel camino.
¡Verle! Contemplar su imagen adorada y morir luego... Tal
fuera mi dicha. A vosotras pedazos de mi corazón, ya os
tengo aquí. Sois el soporte de mi vida... Pero a él, a Roberto,
no puedo verle más que con los ojos que miran hacia dentro.

Sólo esa esperanza me anima. Mi cuerpo se halla ya tan quebrantado que sólo el hilo de mi voluntad lo sostiene... Si yo quisiera cerraría los ojos para siempre... Para no abrirlos jamás.

JULIA. ¡Madre!

CATALINA. No. No temas. Quiero vivir para verle. Quiero vivir, Julia, quiero vivir.

JULIA. Pero tú no haces nada de tu parte.

CATALINA. Tienes razón. Debo sacar fuerzas de flaqueza. *(Levantándose)* Ya estoy en pie. Vamos.

JULIA. ¿Dónde?

CATALINA. Al jardín. Quiero respirar aquel aire embalsamado, antes de que muera el día. Además estoy en deuda con tus flores. Vamos.

JULIA. Que me place. Vamos. *(Vanse por el foro izquierda apoyándose Catalina en el brazo de Julia).*

ESCENA XII

Dichas y Guillermo por la segunda
puerta izquierda

GUILL. ¿Van al jardín? Me alegro. Debe sentirse hoy más animada. Por allí asoman. Qué pálido está su rostro. Qué huellas tan profundas va marcando en él la enfermedad que padece. El caso es que dice que el corazón no le duele... ¿Qué herida es esa que no hace daño? Ya comprendo... El corazón que mata es uno y el que duele es otro... ¡Madre, de mi vida! ¡Ah! El doctor. *(Dice todo esto Guillermo desde la galería).*

ESCENA XIII

Dicho y el Doctor por el foro derecha

GUILL. Mire a la enferma.

DOCTOR. ¿Paseando por el jardín? Cogiendo flores. Muy bien.

GUILL. ¿Quiere usted que bajemos?

DOCTOR. No. Prescindamos hoy de la visita. No le recordemos la enfermedad ya que se encuentra más animada.

GUILL. Venga, aquí, Doctor. Tenemos que hablar.

DOCTOR. *(Bajando al primer término.)*
Me tiene a sus órdenes.

GUILL. Séame franco. Deseaba verle para decírselo...
¡Mi madre!

DOCTOR. ¿Qué deseaba saber?

GUILL. ¿Podemos abrigar alguna esperanza?

DOCTOR. No.

GUILL. ¿Debe morir... Cuando?

DOCTOR. Cuando ella quiera.

GUILL. ¿Cómo?

DOCTOR. Se encuentra en tal estado que cualquier causa moral deprimente bastaría para romper el hilo de su vida.

GUILL. Me asusta. ¿Y una impresión dulce, aunque llena de melancolía?

DOCTOR. ¿Qué impresión?

GUILL. Me explicaré. Aquí viene todas las tardes un pobre organillero. Entra en el jardín y le da serenata a mi madre. La tal musiquilla la embelesa. El otro día le expresó sus deseos de oír una pieza muy melódica que se titula «Claro de luna». Esta es una de las piezas que tocaba al piano mi desgraciada hermana Emma. Para abreviar... He comprado un organillo que tiene esa melodía en el registro; y esta misma tarde tendrá lugar la primera audición. Mi madre dice que sería muy feliz oyéndola. ¿Qué le parece? ¿Lo considera peligroso?

La música melódica es un sedante para el alma. No hay inconveniente, puede oírla. Aun voy a ser con usted más explícito. Si tal emoción atentase contra la vida de la enferma la muerte sería tan dulce que bien podría aceptarse como un equivalente... ¿Me comprende?

GUILL. Oh. Sí.

DOCTOR. Le dejo. Antes de que vuelva.

GUILL. ¿Decididamente?

DOCTOR. Mi retirada es también un remedio.

GUILL. ¿Hasta cuando?

DOCTOR. Hasta mañana. *(Vase el Doctor por donde vino)*

ESCENA XIV

Guillermo

GUILL. ¿Qué haces Julia? Ayúdala a subir la escalinata. ¿Qué no quiere? Allá voy yo... ¿Tampoco? ¡Ah! Valiente. Dale el brazo Julia, dale el brazo... Así. No comprendes que puede fatigarse demasiado.

ESCENA XV

Dicho. Catalina y Julia del brazo, foro izquierda (*Catalina con un ramo de flores*)

CATALINA. Si no es por ti, subo yo sola.

GUILL. Ya que te encuentras hoy tan animada no debes cometer ninguna imprudencia.

JULIA. Ven, toma asiento. Restaura tus fuerzas.

CATALINA. *(Se sienta en el mismo sillón que antes ocupara)*
Como se han alegrado las flores al recibir mi visita. Creían las pobrecillas que ya no volverían a verme. Buen chasco se han llevado.

GUILL. ¡Qué ramo tan hermoso! Huelen muy bien esos jazmines.

CATALINA. Toma hijo, toma. *(Dándole una flor)*

GUILL. Muchas gracias, madrecita. muchas gracias.

CATALINA. Pónselo Julia, para que lo luzca en la americana.

JULIA. Con mil amores. *(Julia le pone la flor en el ojal de la americana)*

GUILL. ¡Magnífico!

JULIA. Te cae muy bien.

GUILL. Con esta flor y mi gallardía. ¡Eh! ¿Qué tal? Madre. ¿Qué tal?

CATALINA. ¿No te da nadie flores más que tu madre?

GUILL. No las quiero.

CATALINA. ¿Alguna gentil berlinesa, tampoco?

JULIA. ¡Quién sabe!

GUILL. No Julia. Mi corazón está virgen, cubierto con los harapos de mi antiguo uniforme. Cuando era capitán de granaderos acariciaba otras ilusiones.

JULIA. ¿Será tu pecho de mármol?

GUILL. Como el tuyo aproximadamente.

CATALINA. Te ha cogido Julia.

JULIA. Mi pecho es una arca que la indiferencia ha cerrado con siete llaves.

GUILL. Un botón de rosa sin estallar.

JULIA. Galante estás, Guillermo.

GUILL. Pago mi deuda.

CATALINA. Galantería por galantería.

GUILL. Hay un joven que...

CATALINA. ¿Pretendiente tenemos?

JULIA. No hagas caso, madre.

CATALINA. GUILL. Ni Guillermo, ni tú. Por lo visto no queréis hacerme abuela.

GUILL. Más adelante.

CATALINA. Daos prisa, porque presumo que vais a llegar tarde. Muy tarde.

GUILL. Ya lo oyes Julia. Hay que correr mucho.

ESCENA XVI

Dichos y Estefanía por el foro derecha

ESTEFANÍA. Dispensen si les interrumpo.

CATALINA. ¿Qué hay?

ESTEFANÍA. Un señor que pregunta por el señorito Guillermo. Dice que trae un encargo de San Petersburgo.

CATALINA. Debe ser de Roberto. ¡Loado sea Dios! No hay duda.

GUILL. Introdúcele a mi despacho.

CATALINA. No. No. De ninguna manera Guillermo Recíbele aquí mismo.

GUILL. Pero, mamá, comprende que como se trata de...

CATALINA. Ha de ser en mi presencia. Hazle entrar, Estefanía. (*Vase Estefanía*)

ESCENA XVII

Los mismos menos Estefanía

JULIA. Podía hablar primero con Guillermo, y después...

CATALINA. ¿Tú, también, Julia?... ¿Queréis que el ansia mate a vuestra madre?

GUILL. Cúmplase tu voluntad.

ESCENA XVIII

Dichos y Extranjero (por el foro derecha con un cuadro envuelto con papeles)

GUILL. Pase usted. Tome asiento.

EXTRAN. No, muchas gracias. Diré a pie firme el objeto que me trae.

CATALINA . ¿Viene usted de San Petersburgo?

EXTRAN. Llegué a Berlín ayer tarde.

CATALINA. ¿Conoce a mi hijo Roberto?

EXTRAN. Mucho.

CATALINA ¿No es él quien le envía?

EXTRAN. Para el caso, es lo mismo, señora.

CATALINA. Yo soy su madre. No extrañe el interés que me tomo.

EXTRAN. La saludo con el mayor respeto. ¿Y esta señorita?

JULIA Para cuantos me conocen en Alemania soy Raquel de Selmman. Para usted Julia Padewski, hermana de Roberto.

EXTRAN. Usted ya supongo que es el hermano mayor.

GUILL. Para servir a usted.

EXTRAN. Este encargo para la señorita Julia. (Le entrega el cuadro que trae) De parte de Kurok.

JULIA. ¡Mi cuadro! ¡Mi cuadro!

EXTRAN. Exactamente.

JULIA. (Quitando los papeles que cubren el cuadro) El mismo. *¡La libertad caída! (Besando el cuadro)*

JULIA. Míralo. ¡Madre!

CATALINA. Sí. *La libertad caída.*

EXTRAN. Caída o no caída, como dice Kurok.

JULIA. Con qué efusión le daría un abrazo.

EXTRAN. Le hallarían desconocido. Para despistar a la policía tuvo que desfigurarse cortándose la barba con gran dolor de su corazón, porque la tenía en mucha estima. Voy a referirles un caso muy extraordinario que ha producido una gran sorpresa. En San Petersburgo se ha creado un cuerpo

especial de policía. Hará como dos meses, un forajido dio muerte a un infeliz pordiosero para robarle unas monedas de plata que llevaba. Dos individuos de aquel cuerpo, trataron de detener al miserable asesino, pero éste los arrojó al suelo descalabrándoles por completo. Casualmente, llegó Kurok. Cogió al bandido como quien coge un figurín en una tienda de modas, lo levantó en alto y lo arrojó al suelo con tal fuerza que allí quedó sin sentido. Sabedor de todo ello el Comandante llamó a Kurok y le ofreció una plaza en el propio cuerpo de policía, prometiéndole que sería muy pronto ascendido a sargento... Kurok, rechazó la oferta en principio, mas luego, pensándolo mejor...

GUILL. ¿Cómo?

JULIA. ¿Ha ingresado en la policía?

EXTRAN. Sus intenciones lleva. Se ha captado la confianza de sus jefes y creo que tratan de ascenderlo a teniente.

GUILL. Me deja absorto.

JULIA. Algo bueno maquina. Es muy hombre Kurok.

CATALINA. Y mi hijo Roberto. ¿No le ha dado ningún encargo para su madre? ¿No trae ninguna carta?

EXTRAN. No. No señora.

GUILL. Madre. Este caballero tendrá que hablarme de algún asunto reservado, y con tu permiso...

CATALINA. No, Guillermo. Diga que no. Señor, le suplico que nada me oculte. Hágase cargo del ansia que debe sentir esta pobre madre.

GUILL. Está enferma.

CATALINA. No. No estoy enferma, pero si queréis matarme, ocultadme la verdad. Quiero conocerla por amarga que sea. Prosiga, señor, prosiga. Me confío a su lealtad.

EXTRAN. No se si debo...

JULIA. Guillermo, hay que calmar la ansiedad de nuestra madre.

GUILL. ¿Que le ha ocurrido a mi hermano?

EXTRAN. No se trata de ninguna desgracia irreparable.

JULIA. ¡Ah! Entonces...

GUILL. Bien. ¿Qué le ha ocurrido?

ESTRAN. Desapareció de San Petersburgo, hará como cosa de dos meses.

GUILL. ¿Y no se le encuentra?

EXTRAN. No, señora.

GUILL. ¿Ysu amigo Kurok? ¿Tampoco?

EXTRAN. Kurok aceptó el puesto que ocupa en la policía para eso mismo... Para buscar a su hijo, como él dice.

CATALINA. ¡Misericordia divina! ¡Eso es que le han matado!

GUILL. No te alarmes madre. Se habrá ausentado.

CATALINA. él no dejaría de escribirme si pudiera hacerlo.

EXTRAN. Media una circunstancia que hace más extraña y misteriosa la desaparición de Roberto.

CATALINA. ¿Cuál? Refiérala.

JULIA. Pero calma tus ansias.

CATALINA. Bien, sí. Ya escucho con tranquilidad.

EXTRAN. Dos días antes, casi al borde de un precipicio, detuvo los caballos desbocados del coche donde iba Alejandra, la hija del general Gurben. Esta no rodó al precipicio por el arrojo temerario de Roberto.

JULIA. Irrisión de la suerte.

CATALINA. Burlas del destino.

GUILL. ¿Sabía Roberto que...?

EXTRAN. No, señora. Cuando Alejandra bajó del coche para darle las gracias por su acción humanitaria y generosa, diciéndole que era la hija del general Gurben, Roberto quedóse estupefacto.

CATALINA. ¿Y usted cree que este hecho puede hallarse relacionado con la desaparición de mi hijo?

EXTRAN. Nada puedo afirmar. Cito el caso como una rara coincidencia.

GUILL. Ciertó que es muy extraño.

EXTRAN. Cumplida mi misión, les pido permiso para retirarme.

GUILL. ¿Permanecerá en Berlín algún tiempo?

EXTRAN. Despidámonos. Así lo exige la naturaleza de los asuntos que me han traído. Adiós señora y no pierda las esperanzas... Asiente su espíritu.

CATALINA. Muchas gracias. Señor, muchas gracias.

JULIA. Recíbalas también de mi parte.

EXTRAN. Adiós, señorita.

GUILL. Yo le acompañaré hasta la salida.

*(Vase el Extranjero por el foro derecha
acompañado de Guillermo)*

ESCENA XIX

Catalina y Julia. (Empieza a obscurecer).

JULIA. No hay tanto motivo para que te afectes de ese modo. Tranquilízate. *(Pausa)* Por eso no queríamos que hablase en tu presencia ese extranjero... ¡Madre! ¿Te sientes peor? ¿No me contestas? ¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas? ¿Te has enfadado conmigo?... ¿Nada dices?

CATALINA. ¡El cuadro de la Libertad! ¡El cuadro de la Libertad!

JULIA. ¿Quiéres verlo? Aquí lo tienes puesto en el caballete para que puedas contemplarlo a tu sabor.

*(Julia coloca el cuadro con el caballete
junto al sillón que ocupa Catalina).*

CATALINA. ¡Guillermo! Que venga Guillermo.

JULIA. ¡Guillermo! ¡Guillermo! *(Acercándose al foro para llamarle.)*

ESCENA XX

Dichas y Guillermo por el foro derecha

GUILL. ¿Qué ocurre?

JULIA. Te llama nuestra madre.

GUILL. Madre!

CATALINA. Ven, hijo mío. Aquí a mi lado. Julia.

JULIA. Aquí me tienes.

GUILL. ¡Qué espantosa palidez! ¿Madre, que es esto?

CATALINA. Llegó mi hora, hijos míos. Voy a morir... Aquí la imagen de la Libertad, ídolo de vuestro padre... Allá el camino que se pierde a lo lejos, triste, solitario... Junto a mí, vosotros.

GUILL. ¡Madre!

JULIA. ¡Madre!

(Dentro, en el jardín, se oye el organillo tocando el Claro de luna a la vez que el astro de la noche ilumina los árboles del jardín y el grupo de los personajes por el reflejo que entra por la ventana.)

CATALINA. ¿Oís? «Claro de luna». ¡Es Emma que viene por el alma de su madre! Adiós, hijos míos, adiós.

(Muere dulcemente).

JULIA. ¡Ha muerto!

GUILLERMO. ¡Ya es feliz nuestra madre!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Aposento de cárcel con una gran puerta en el foro de dos hojas para, que, al abrirse éstas, pueda verse el fondo de la sala llamada del tormento con los instrumentos de tortura que se indican en el diálogo. Un camastro en un ángulo. Sobre una mesilla una linterna, por todo asiento un banco junto a una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

Roberto

ROBERTO. ¿Y mi madre? Estará esperando carta de su hijo. ¡Pobre madre de mi vida! Kurok no debe tener noticia alguna de mi paradero. La situación no puede ser más grave para mí. Nuestra causa está perdida. Mis compañeros de

comité, unos tuvieron que emigrar, otros fueron deportados y el resto... el resto... (*Descubriéndose*)

¡Gloria a los mártires! Antes se asaltaban las cárceles. Caían las paredes... Se rompían las cadenas... Ahora nadie interrumpe este silencio sepulcral. La Libertad en Rusia, es una sombra. ¡Un cadáver! (*Pausa*).

¿Y si solicitara la protección de Alejandra la hija del General Gurben?... No. No. Eso nunca. Mi altivez rechaza toda limosna por servicios prestados a la Humanidad. (*Pausa*)

¿Porque me tendrán tanto tiempo incomunicado? Vuelvo a mis cabilaciones de todos los días. ¿Habrán averiguado que daba lección de matemáticas con un nombre supuesto? He aquí lo más grave. No. No. Mis documentos se hallan extendidos en toda regla. Yo soy Ernesto Larriviere y no Roberto Padewski. –Me tranquilizo. (*Pausa*) Habrán encontrado en mi domicilio algo que... Libros de ciencias exactas... Física. Geometría. Álgebra. Fui precavido por si acaso... ¡Horror! Ahora que recuerdo. ¿Y el croquis que tomé de las prisiones militares? ¿Dónde lo puse? Calma. Calma. Dentro de la carpeta. Sí. Sí. Allí lo dejé. Imperdonable descuido. Pero no, no han debido encontrarlo. El Fiscal me hubiera interrogado sobre este punto. Mas siendo así. ¿Por qué no me ponen en libertad? ¿Por qué me tenéis encerrado en una prisión tan estrecha y obscura? Mi pensamiento gira inútilmente. El caso es que no descubran mi nombre verda-

dero. De lo contrario soy perdido. Oigo pasos. Debe ser el fiscal de la causa.

ESCENA II

Dicho, Teniente Fiscal acompañado de un Oficial y cuatro soldados

ROBERTO. ¿Nueva declaración?

FISCAL. No. Vengo solamente para que firme la ratificación de sus anteriores declaraciones.

ROBERTO. No hay inconveniente.

FISCAL. Aquí está el sumario. La ratificación se halla ya extendida. Fíjese bien en lo que ha declarado. Esta es su primera declaración.

ROBERTO. Sí. Sí. Ya lo veo.

FISCAL. Entérese.

ROBERTO. No hace falta. Mi firma se halla estampada al pie. La reconozco.

FISCAL. Su segunda declaración; hela aquí.

ROBERTO. Conforme. Conforme Ernesto Larriviere.
Eso es.

FISCAL. ¿No tiene nada que añadir ni quitar?

ROBERTO. No señor.

FISCAL. ¿Se ratifica en todas sus partes?

ROBERTO. Me ratifico.

FISCAL. Entonces, firme aquí debajo de la ratificación,
pero léala, primero, léala.

ROBERTO. (Lee la rectificación). Firmado.

FISCAL. Ernesto Larriviere. Muy bien. Hay que cumplir
con estas formalidades de trámite.

ESCENA III

Dichos y Ayudante por el foro.

AYUDANTE. Señor Fiscal.

FISCAL. ¿Qué orden viene a transmitirme?

AYUDANTE. ¿Ha declarado el reo?

FISCAL. Acaba de firmar la ratificación.

AYUDANTE. Entérese de este pliego. (Le entrega un pliego que lee el fiscal)

FISCAL. Puede manifestar a Su Excelencia que serán cumplidas sus órdenes y que esta tarde a las seis me hallaré en su despacho con el reo.

AYUDANTE. Está bien. *(Saludando. Vase por el foro).*

ESCENA IV

Dichos, menos el Ayudante

FISCAL. Ya lo ha oído usted. El General desea interrogarle personalmente.

ROBERTO. Lo celebro. Así podré hablarle y acaso convencerle de que son infundadas las sospechas que han recaído sobre mí.

FISCAL. Por mi parte experimentaría una gran satisfacción.

ROBERTO. Gracias señor Fiscal.

FISCAL. Hállese usted listo para las cinco de la tarde.

ROBERTO. Lo estaré.

(Vanse todos por el foro menos Roberto)

MUTACIÓN

CUADRO III

Telón corto de bosque

ESCENA PRIMERA

Policia 1 y 2 (por la derecha)

POLICÍA 1. El caso es que asciende como la espuma. Kurok es un demonio.

POLICÍA 2. Silencio. No pronuncies ese nombre. Es verdad.

POLICÍA 1. Aunque despedazaran tus carnes en el tormento no debiera salir a tus labios. No, compañero. Teniendo conciencia del daño que producía me dejaría matar primero. Este descuido se debe a la maldita costumbre que se nos ha pegado. Tú también dijiste en cierta ocasión delante del comandante una atrocidad.

POLICÍA 1. Qué dije, ¿amigo Roldoff?

POLICÍA 2. Dijiste. Ya he dado la orden al Sargento Kurok, mi Comandante.

POLICÍA 1. ¡Mil rayos! Estaba por arrancarme la lengua.

POLICÍA 2. Yo me hallaba presente y creí al oírlo que la tierra se abría a mis pies.

POLICÍA 1. El Comandante no se fijaría a causa de que del Sargento Kurok al Sargento Trepoff, no va mucha diferencia. Casi vienen a sonar lo mismo.

POLICÍA 2. Desde hoy, ni siquiera te permito que me llames compañero. ¿No te llamas tú Patrik? ¿No me llamo yo Roldoff? Pues ya lo sabes; Patrik y Roldoff.

POLICÍA 1. También solemos equivocarnos porque tampoco son esos nuestros nombres de pila.

POLICÍA 2. Hay que enmendarse Patrik.

POLICÍA 1. Por mi parte te autorizo para que me des una bofetada si vuelvo a pronunciar el nombre de Kurok.

POLICÍA 2. Descuida, que así lo haré.

POLICÍA 1. Con toda tu fuerza.

POLICÍA 2. Volvamos al sargento.

POLICÍA 1. Échale un galgo. No sabes que ya es Teniente.

POLICÍA 2. Lo dicho; la maldita costumbre. ¿No te has fijado que parece un teniente con todas las de la ley?

POLICÍA 1. Y nosotros. Vaya nadie a conocer que debajo de este uniforme se esconde nuestra filiación de ciudadanos.

POLICÍA 2. Y de conspiradores empedernidos.

POLICÍA 1. ¿Cómo se las habrá compuesto para meternos en este cuerpo de policía? Qué sé yo. Es muy hombre Kurok.

El policía 2 le da una gran bofetada. Dame otra en la mejilla derecha; pero bien fuerte.

POLICÍA 2. Toma. (Dándole otra bofetada)

POLICÍA 1. Muy bien. Así escarmentaremos.

POLICÍA 2. Si por un descuido se descubriera el pastel... Qué prefieres, ¿que te deporten a Siberia o que te fusilen?

POLICIA 1. Me tira más lo segundo. Entre el fuego y la nieve prefiero el fuego. El calor entona más el cuerpo.

POLICÍA 2. Y del teniente Trepoff, ¿qué harían?

POLICÍA 1. Añicos.

POLICÍA 2. Calcula tú lo que ocurriría si Alguien le dijese al oído al General Gurben –Ese teniente de policía que tiene usted a sus órdenes es Kurok.

POLICÍA 1. ¡Toma! *(Dándole una bofetada)*

POLICÍA 2. ¡Otra! (Presentándole la otra mejilla)

POLICÍA 1. ¡Y van dos! (*Dándole una segunda bofetada*)

POLICÍA 2. Me has hecho ver las estrellas.

POLICÍA 1. Ahí viene el teniente.

ESCENA II

Dichos y Kurok en traje de teniente de policía (por la izquierda)

KUOK. ¡Hola, amigos!

POLICÍA 1. Enhorabuena, mi teniente.

POLICÍA 2. Lo mismo digo.

KUOK. Gracias, camaradas. Ahí van un par de rublos para que echéis un trago a mi salud.

POLICÍA 2. Así lo haremos. (*Tomando las monedas que le entrega Kurok*)

KUROK. Pero cuidado con excederse en la bebida. Ya debéis comprender que la menor imprudencia puede poner término a la comedia que estamos representando. No os hago esta recomendación por temor a la muerte. Tarde o temprano todos hemos de ser fusilados, pero el caso es que nuestro sacrificio resulte provechoso.

POLICÍA 1. Ya hemos tomado precauciones.

KUROK. Hacéis bien en tomarlas. Sin advertirlo delante de los jefes, soltáis cada Kurok que me estremecéis de pies a cabeza.

POLICÍA 2. Acabamos de castigar esa maldita costumbre.

KUROK. ¿Cómo?

POLICÍA 1. Nos hemos dado de bofetadas, mutuamente.

KUROK. Ya me he fijado al llegar, que teníais los carrillos encendidos como tomates. Esto os recomienda a mis ojos. Vamos a lo esencial. ¿Qué has averiguado tú. Patrik?

POLICÍA 2. Nada, mi Teniente.

KUROK. ¿Y aquel extranjero cuyas señas casaban con las de Roberto?

POLICÍA 1. Hice el hurón por espacio de muchas noches. Al fin topé con él y sufrí otro desengaño.

KUOK. ¿No era Roberto?

POLICÍA 1. No, señor.

KUOK. Y tú. Roldoff. ¿Qué has conseguido?

POLICÍA 2. Valiéndome del pase que me fue entregado. eché un vistazo por todas las cárceles, y no hallé ningún semblante que se le pareciese remotamente.

KUOK. Me está royendo un gusano el cerebro. ¿Lo habrán matado? Vosotros, ¿qué opináis? .

POLICÍA 1. Nada bueno.

KUOK. Y tú Roldoff. ¿Qué opinas?

POLICÍA 2. Entre la opinión de usted y la mía, no cabe ni el canto de un rublo.

KUOK. Como averigüe quién ha sido el matador, por elevada que sea su alcurnia, ya puede contarse entre los muertos. Renunciaré gustoso a la vida. Vosotros os salvareis a tiempo. Ya os pondré en condiciones de que podáis ganar la frontera.

POLICÍA 1. No, señor.

POLICÍA 2. De ningún modo.

KUROC. ¿No aceptáis mi ofrecimiento?

POLICÍA 1. Saldremos a la calle dando vivas a la Libertad y combatiremos contra todos hasta que nos hagan pedazos.

POLICÍA 2. Queremos perder la vida.

KUROC. El pueblo está como adormecido por el dolor. No seréis secundados.

POLICÍA 1. No importa

POLICÍA 1. No importa.

KUROC. Dadme un buen apretón. Yo creí que sólo había un Kurok en el mundo. Adiós, compañeros.

(Vase por la izquierda)

ESCENA III

Policías 1 y 2.

POLICÍA 1. ¿Qué te parece?

POLICÍA 2. Que nadie le gana ni a fuerza de puños, ni a bondad de corazón.

POLICÍA 1. Es un niño grande.

POLICÍA 2. Roberto le tiene preocupado.

POLICÍA 1. Como que le llama su hijo.

POLICÍA 2. Si logra averiguar quien ha matado a Roberto, no quisiera encontrarme en el pellejo del matador.

POLICÍA 1. Ni yo tampoco.

POLICÍA 2. ¿Sigamos nuestro camino?

POLICÍA 1. Andando.

(Vanse por la derecha)

MUTACIÓN

CUADRO IV

Despacho en el palacio del General Gurben. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

Aparecen por el foro Kurok y el Ayudante

AYUDANTE. Espere aquí sus órdenes. Su Excelencia no tardará en salir.

KUROK. Muy bien.

(Vase el Ayudante por el foro)

ESCENA II

Kurok

KUROK. Estos son los pasos difíciles. He de habérmelas con un carácter muy duro, con el tirano de San Petersburgo como le llama el pueblo. Si ha matado a Roberto, debo ir con pies de plomo para averiguar la verdad porque el terreno es muy resbaladizo. ¿Cómo esperar? Aquí está lo más peligroso. Encauzada la conversación, lo que sigue ya no ofrece tanta dificultad. Aquí no valen puños. Hay que tener astucia. El oso no sirve para el caso. Quien triunfa es el zorro. Me veo precisado a mudar de piel. Para eso me he cortado la barba. Aquí viene. A cuadrarse.

ESCENA III

Dicho y Gurben (por el foro)

GURBEN. Hola.

KUROK. A la orden, mi General.

GURBEN. *(Tomando asiento en su mesa despacho)* Le he mandado llamar porque tengo que hacerle una confianza.

KUROK. Procuraré merecerla.

GURBEN. En primer lugar debe usted saber que ha sido ascendido a Teniente por mis indicaciones.

KUROK. Lo presumía, mi general y le estoy muy agradecido.

GURBEN. Por mis jefes, he tenido noticia de las brillantes aptitudes policiacas que usted posee, unidas a un valor reconocido. También me han dicho que tiene usted una fuerza hercúlea.

KUROK. Así parece mi General.

GURBEN. Ejerce admirablemente sus funciones persiguiendo a la gente de mal vivir; pero no se trata de eso. teniente Trepoff. Hay que cambiar de rumbo. No es esa precisamente la misión de este cuerpo especial de policía que yo he creado. ¿Conoció usted al teniente Iván?

LUROK. Bastante, sí, señor.

GURBEN. Era mi hombre de confianza. Mi brazo derecho. Apareció con el cuerpo destrozado en el fondo del precipicio, y aquel crimen ha quedado impune. De este mismo despacho ha desaparecido un cuadro que yo tenía en mucha estima y aún no se sabe quién ha sido el ladrón. Todos estos hechos indican claramente que en cierto modo aun estemos a merced de los conspiradores. El dragón de mil cabezas,

aunque muy quebrantado por mis golpes, vive todavía oculto en su madriguera. Aquí tiene usted su verdadero objeto... ¿Qué le parece?

KUROK. La opinión pública indica como conspiradores principales... No se si debo...

GURBEN. Hable usted con entera confianza. Este es un asunto que absorbe toda mi atención. ¿Quiénes son los indicados?

KUROK. Los hermanos Padetvski.

GURBEN. Buen instinto tiene la opinión.

KUROK. (No. No le ha matado.)

GURBEN. También anda mezclado entre ellos otro conspirador muy peligroso.

KUROK. Ese debe ser Kurok.

GURBEN. Exactamente. Se le distingue por una barba que le llega hasta la mitad del pecho.

KUROK. La barba puede cortarse, mi general.

GURBEN. Efectivamente. Prosiga usted.

KUROK. Ese Roberto ha desaparecido completamente. A mí no me ha sido posible encontrar ninguna huella de su paso. Tan es así, mi general que... Perdóneme Vuecencia...

GURBEN. Dígalo todo, sin miramiento alguno.

KUROK. Que he llegado a creer que se le había quitado de en medio para asegurar la paz de la Nación.

GURBEN. ¿Y cómo?

KUROK. Ya se sabe como se llevan a cabo estos actos. Se conduce al reo a un camino desierto, a media noche. Se le pasa a cuchillo. Se abre un hoyo. Se entierra el cadáver y todo queda reducido a la sombra y al misterio.

GURBEN. Conozco el procedimiento pero no es aplicable en todos los casos.

KUROK. ¿De modo que puedo seguir mis pesquisas en busca de Roberto?

GURBEN. Perdería el tiempo lastimosamente. No está en San Petersburgo.

KUROK. ¿Sería una indiscreción preguntar a Vuecencia?...

GURBEN. Se lo ha tragado la Tierra.

KUROK. (¿Lo habrá matado?)

GURBEN Procure capturar a ese Kurok si le es posible. Debe usted olfatear su madriguera.

KUROK. Mi general, si yo no capturo a ese Kurok. no le captura nadie.

GURBEN Para concluir. ¿Quiere usted obtener mi confianza plena? Será revestido de cuantos poderes considere necesarios para llevar a cabo su cometido. En una palabra. ¿Desea substituir al Teniente Iván en el cargo que éste desempeñaba?

KUROK. Reconocido a Vuecencia, mi General. Que me place. Hoy mismo se extenderán las órdenes oportunas.

GURBEN. Venga todos los días a recibir mis instrucciones.

ESCENA IV

Dichos y Ayudante por el foro

AYUDANTE. Dispénseme Vuecencia.

GURBEN. ¿Por qué interrumpe?

AYUDANTE. Su hija la señorita Alejandra.

KUROK. *(Debe haberle matado.)*

ESCENA V

Dichos y Alejandra, elegantemente vestida (por el foro)

ALEJAN. Aquí estoy.

(Vase el Ayudante)

GURBEN. Hija mía... Estas no son horas para... Bien. Bien. Tomo asiento.

KUROK. Con su permiso, me retiro. No. No se retire usted.

GURBEN. ¿Quién manda aquí?

ALEJAN. Ahora mando yo.

KUROK. ¿Qué hago, mi general?

GURBEN. Espere usted. Sepamos lo que quiere.

ALEJAN. ¿Es usted el teniente Trepoff?

KUOK. El mismo.

ALEJAN. Tengo noticias de que es usted un hurón.

KUOK. Un zorro, señorita.

ALEJAN. Mejor todavía. Voy a ponerle a prueba. Hasta ahora me he valido del Comandante Solk, pero ¡bah! El Comandante Solk es un señor muy panzudo.

GURBEN. Habla con más respeto, hija mía.

ALEJAN. Bueno. Un señor muy respetable pero con mucha panza. No me sirve. Vamos al caso. ¿Se enteró usted de lo que dijeron los periódicos cuando se desbocaron los caballos de mi coche?

KUOK. Conozco el suceso en todos sus detalles.

ALEJAN. ¿Entonces sabrá también que un hombre arrojado me salvó la vida comprometiendo la suya?

KUOK. Sí, por cierto.

ALEJAN. Aquel hombre tan fuerte como generoso, no vino a recibir de mi mano el premio a que se hizo acreedor.

GURBEN. Peor para él.

ALEJAN. Debe ser uno de esos jóvenes altruistas que no aceptan recompensa alguna por servicios humanitarios, mas yo deseo pagarle mi deuda. Me aseguré que habitaba en San Petersburgo, sin darme las señas de su domicilio. El Comandante Solk no ha podido averiguarlas... Teniente Trepoff, si usted consigue averiguar su paradero y traerle a mi presencia, le prometo para un plazo que será muy breve el ascenso a capitán. Con tu permiso papá.

GURBEN. ¡Hija! ¡Hija!

KUROK. *(A este paso voy a ser general muy pronto.)*

GURBEN. ¿Nada dice?

KUROK. Señorita; por hallar a ese mozo sacrificaría hasta mi propia existencia.

ALEJAN. Así se habla. Le nombro mi Teniente de Policía de confianza. Vendrá a mi casa todos los días a recibir órdenes. Bueno. Bueno. Retírese usted. Ya hablaremos de eso.

KUROK. Con su permiso.

GURBEN. Lo dicho Teniente Trepoff.

KUROK. *(Al hacer mutis) (Me voy con la espina atravesada). (Vase Kurok por el foro)*

ESCENA VI

Alejandra, Gurben

GURBEN. Alejandra, te prohíbo que en presencia de mis subordinados te mezcles en asuntos de carácter oficial.

ALEJAN. No tienes corazón, papá.

GURBEN. ¿Por qué dices eso?

ALEJAN. Porque tratándose del hombre que salvó la vida de tu hija, debiera parecerte poco cuanto se hiciera para averiguar su paradero.

GURBEN. Una cosa es el agradecimiento y otro los altos deberes que me impone el cargo que ejerzo.

ALEJAN. Por eso intervengo en el asunto; para ahorrarte ese trabajo. Sigue desempeñando tus deberes. Yo me encargo de lo demás.

GURBEN. No me explico un interés tan grande.

ALEJAN. Te lo explicarías si hubieses venido conmigo en el coche cuando se desbocaron los caballos.

GURBEN. ¿Merece premio? Que venga a recogerlo.

ALEJAN. No lo esperes. Se trata de un joven valiente, arrojado... generoso.

GURBEN. Con que vehemencia te expresas... Cualquiera diría al oírte que te habías enamorado de ese desconocido.

ALEJAN. Casi, casi, papá.

GURBEN. Diablo. Eso es todavía más grave. Haces bien en advertírmelo. Probablemente será un muchacho de humilde posición. Algún plebeyo obscuro.

ALEJAN. Un hombre que al borde de un precipicio se yergue frente a unos caballos sin freno y tiene además una hermosa figura, si no es un ángel o el mismo Dios en forma humana, se le aproxima bastante.

GURBEN. Siempre fuiste exagerada en tus apreciaciones. Los nervios exaltan tus fantasías. .

ALEJAN. ¿Serás capaz de no concederle a esa acción todo el mérito que tiene?

GURBEN. Mas no para enamorarse de ese modo.

ALEJAN. No hay necesidad de que tú te enamores. La enamorada en tal caso tengo que ser yo.

GURBEN. Abusas del inmenso cariño que te profeso. Recuerda que he prometido tu mano...

ALEJAN. ¿A quién? ¿A ese fatuo de Rosclek?

GURBEN. ¿Acaso no es un arrogante mozo? ¡Bah!

ALEJAN. ¿No es poseedor de una inmensa fortuna?

GURBEN. ¡Bah!

ALEJAN. ¿No te profesa un verdadero cariño? Bueno, pues que arriesgue su vida por mí como hizo el otro... y entonces ya hablaremos.

ESCENA VII

Dichos y Ayudante por el foro

AYUDANTE. Con permiso, señorita.

GURBEN. ¿Qué ocurre?

AYUDANTE. Acaban de llegar a palacio el Fiscal y el prisionero.

GURBEN. ¡Ah! sí. Retírate Alejandra.

ALEJAN. No, papá. Esto tiene más encanto de lo que yo creía. En casa me aburro soberanamente.

GURBEN. Pero hija, ¿no comprendes, que...?

ALEJAN. Dame ese gusto. Presenciaré la escena desde la sala contigua. Me ocultaré detrás de los cortinones.

GURBEN. Haz lo que te plazca. Que pasen.

Vase Alejandra por la izquierda. La mesa del despacho tiene que hallarse a la izquierda para que al entrar Roberto se coloque a la derecha frente por frente).

ESCENA VIII

Aparece Roberto custodiado por un Oficial y ocho granaderos en pos del Teniente Fiscal.

FISCAL Aquí está el preso mi general. (*Pausa*).

GURBEN. ¿Usted dice llamarse Ernesto Larriviere de nacionalidad francesa?

ROBERTO. Sí, señor.

GURBEN. ¿Su oficio era...?

ROBERTO. Profesor de matemáticas.

GURBEN. Aquí está la sumaria que se ha incoado. La he leído y he penetrado en su fondo. ¿Habitaba usted en la calle de San Pedro y daba lecciones con carácter privado?

ROBERTO. Así es.

GURBEN. Se le imputa el delito de espionaje. Se hallaba usted tomando un croquis del Palacio imperial cuando fue sorprendido por mis agentes secretos.

ROBERTO. Rechazo el calificativo. Yo no soy espía.

GURBEN. ¿Ah, no?

ROBERTO. No, señor.

GURBEN. ¿Qué interés le movía al tomar el croquis?

ROBERTO. Un interés puramente artístico.

GURBEN. Pero es el caso que en su domicilio se ha encontrado otro croquis. El de las prisiones militares. Pase lo del interés artístico por lo que respecta al palacio imperial, pero, ¿y aquellas prisiones que carecen completamente de estética?

ROBERTO. Son arqueológicas.

GURBEN. Ah, vamos. ¿El arte por un lado y la arqueología por otro?

ROBERTO. Eso mismo.

GURBEN. A otra cosa. De las averiguaciones que se han practicado, resulta que efectivamente hubo en París un sujeto llamado Ernesto Larriviere, Doctor en ciencias exactas.

ROBERTO. Allí cursé mis estudios.

GURBEN. ¿Y aprendió el idioma ruso?

ROBERTO. Y el alemán. Me son muy familiares los tres idiomas.

GURBEN. ¿Ha viajado mucho?

ROBERTO. Sí, señor.

GURBEN. Se conoce que tiene usted el don de la oblicuidad.

ROBERTO. ¿Por qué?

GURBEN. Porque tiene dos caras como Jano.

ROBERTO. No comprendo.

GURBEN. Aquí está la fotografía de su homónimo Ernesto Larriviere de París. Acerquese para mirarla.

ROBERTO. *(Después de ver la fotografía)* (El retrato de mi amigo.)

GURBEN. ¿Es usted ese Ernesto Larriviere?

ROBERTO. Pero, ¿esta fotografía?...

GURBEN. Se ha recibido ayer por la vía diplomática. ¿La reconoce?

ROBERTO. Este retrato no es el mío.

GURBEN. ¿Entonces, cómo?

ROBERTO. Señor General. Dudo de la fidelidad de semejantes informaciones.

GURBEN. Nos hallamos en el mismo caso. Yo también dudo de usted.

ROBERTO. Digo la verdad.

GURBEN. Bueno. Vuelva a ocupar su puesto.

(Roberto se aparta de nuevo para ocupar su primer sitio).
¿Afirma que no es espía?

ROBERTO. Lo repito.

GURBEN. ¿Por qué se ha puesto pálido?

ROBERTO. Cuestión de temperamento.

GURBEN. Señor Fiscal, ¿la estancia donde se halla recluido el prisionero, ofrece condiciones de completa seguridad?

FISCAL. Sí. mi General. Es una prisión aislada en un torreón separado del cuerpo principal del edificio. Sólo hay en esa prisión dos aposentos, uno de ellos lo ocupa el prisionero. El otro hace oficio de sala de tortura.

GURBEN. Muy bien. Ordene usted que se doblen los centinelas.

FISCAL. Se cumplirán sus órdenes.

GURBEN. Ya veremos los resultados que ofrecen las nuevas averiguaciones que se están practicando en París. Condúzcanle a su prisión.

ROBERTO. *(Soy perdido.) (Al hacer mutis)*

(Vanse todos por el foro menos Gurben)

ESCENA IX

Aparece Alejandra alborozada por la izquierda.

ALEJ. ¡Papá. Papá de mi alma!

GURBEN. ¿Qué alborozo es este?

ALEJ. ¡Ese hombre! ¡Ese hombre!

GURBEN. ¡Bien! ¿Qué ocurre?

ALEJ. Es él. ¡Es él!

GURBEN. ¿Quien?

ALEJ. ¡Mi salvador!

GURBEN. ¿Cómo?

ALEJ. El joven que detuvo los caballos de mi coche.

GURBEN. ¿Ese espía?

ALEJ. El mismo, papá, el mismo.

GURBEN. Debes estar soñando. Despierta.

ALEJ. Le he reconocido perfectamente.

GURBEN. Me sorprende tan rara coincidencia. Lo siento mucho.

ALEJ. ¿No te regocijas?

GURBEN. Buen regocijo. Se trata de un reo de estado muy sospechoso.

ALEJ. ¿Muy sospechoso?

GURBEN. Sí. hija mía. sí. Me produce honda pena tener que defraudar tus ilusiones. Hemos capturado a un reo de gran entidad a juzgar de lo que resulta de las informaciones que se han practicado.

ALEJAN. ¿Por qué? ¿Porque le sorprendieron tomando un croquis del palacio imperial? Ni que hubiese atentado contra la vida del propio Emperador.

GURBEN. No desbarres, Alejandra.

ALEJAN. ¿Le crees delincuente?

GURBEN. Y mucho.

ALEJAN. ¿No te has fijado en su noble fisonomía? ¿No has reparado en aquella frente serena?

GURBEN. Solo me he fijado en la palidez que cubrió su semblante cuando se rió cogido en la trampa.

ALEJAN. Supongo le pondrás enseguida en libertad.

GURBEN. Estás loca sin duda.

ALEJAN. ¿No has oído que me salvó la vida?

GURBEN. No importa.

ALEJAN. ¿Y eres tu mi padre?

GURBEN. Mi autoridad está mas alta.

ALEJAN. Tu autoridad. Tu autoridad. ¿Serías capaz. de castigar a ese hombre?

GURBEN. Si se comprueba su delito, será castigado.

ALEJAN. Padre, tú no tienes buenos sentimientos.

GURBEN. ¡Alejandra!

ALEJAN. ¿Te he ofendido? Perdóname. ¡Oh, sí. perdóname! Advierte que estoy temblando. Todo mi ser se estremece pensando en el premio que tratas de otorgar a mi generoso salvador. ¡Piedad para él! ¡Piedad para tu hija!

GURBEN. Eres muy vehemente... Nada te importaría que tu padre faltase a su deber y hasta se cubriese de ignominia solo por dar satisfacción a tus caprichos.

ALEJAN. ¡Caprichos! ¿Así juzgas los sentimientos más puros del alma?

GURBEN. Cuestión de nombre. No discutamos por eso.

ALEJAN. Papá. Antes dije que no tenías buenos sentimientos. Ahora digo que no tienes corazón.

GURBEN. Vete. Vete al punto.

ALEJAN. (*Tomando asiento*) Ordena a tus soldados que me conduzcan a un calabozo. Luego haz que me sometan al tormento. Que despedacen mis carnes... Que trituren mis huesos. Todo eso me haría menos daño que tu conducta... ¡Me has matado padre! (*Llora*)

GURBEN. Maldita casualidad. No es posible complacerla. Se trata de un reo de gran importancia política. Acaso peligra la vida del Emperador...)

ALEJAN. ¿No te conmueve mi llanto?

GURBEN. Me conmueve, pero no hasta el punto de hacerme olvidar mi deber.

ALEJAN. Pon a ese hombre en libertad. Te lo ruega tu hija con lágrimas en los ojos.

GURBEN. Imposible.

ALEJAN. ¿Es tu resolución irrevocable?

GURBEN. Irrevocable.

ALEJAN. Entonces, basta de lágrimas. Escucha papá. Ese joven es mi esperanza.

GURBEN. ¿Vas a decirme que le amas?

ALEJAN. Me interesó desde que le vi al bajar del coche para tenderle la diestra... Ahora al contemplar su desdicha, viéndole prisionero, me ha conmovido profundamente... El interés que en un principio despertó en mi alma ya se ha convertido en amor....

GURBEN. Pasiones de la juventud. Ponlas un freno.

ALEJAN. Mas grandes y humanas que tus pasiones.

GURBEN. ¿Tratas de ofender a tu padre?

ALEJAN. No. No quiero ofenderte. Si no hay sombras en tu conciencia no te alteres.

GURBEN. Me voy para no escucharte.

ALEJAN. Te seguiré. No te vayas.

GURBEN. ¿Qué pretendes?

ALEJAN. Quiero decirte sin olvidar que eres mi padre lo que nunca hubiera salido de mis labios. Me vituperas por este sentimiento generoso que hace vibrar toda mi alma, cuando ahora mismo tu estas escandalizando a la sociedad persiguiendo con tus amores seniles a esa Raquel...

GURBEN. Calla.

ALEJAN. A esa Alemana que ha hecho su aparición en San Petersburgo como un astro de opulencia y hermosura. Tú; el hombre de Estado, el inflexible, el incorrupto... te has puesto a la altura de los calaveras más licenciosos y libertinos.

GURBEN. Déjame... lo mando.

ALEJAN. Mitiga tu cólera... Serena el espíritu. Advierte que yo te hablo con la mayor frialdad... Yo soy así. Has retorcido mi corazón y ahora sale el zumo a mis labios. Quiero respetarte hasta el fin, pero todos tenemos deberes. Tú dices que cumples con el tuyo. Yo tengo que cumplir con el mío. *(Pausa)*. Tu mataste a disgustos a una santa mujer... Esa mujer... era tu esposa... ¡Era mi madre!

GURBEN. Calla. Calla. *(Agarrando a su hija de mala manera por el brazo)*

ALEJAN. ¡Suelta que me haces daño! ¡Que afición le tienes a la tortura!

GURBEN. Di cuanto tengas que decir. Acaba.

ALEJAN. Estabas ausente... Yo recibí cuando murió su último suspiro. La cerré los ojos... ¡La di el postrer adios!... La despedí en la sepultura... He guardado el secreto en mi corazón... ¿Sabes lo que me dijo al morir?

GURBEN. ¿Que? ¿Qué te dijo?

ALEJAN. «Tu padre me mata hija mía».

GURBEN. ¡Maldición! *(Dejase caer en un sillón cubriéndose el rostro con las manos).*

ALEJAN. *(Casi al oído de su padre.)* Si aun te inspiro algún afecto... Si mi dicha te interesa tanto como esa Raquel a quien tratas de hacer tu querida, concédeme la gracia que te pido. La libertad del prisionero. Mataste a la madre, no mates también a la hija. Adiós.

GURBEN. ¡Alejandra!

ALEJAN. Poniéndose de pie ron acento imperativo, ¡La libertad! Padre ¡la libertad!

(Hace mutis por el foro, por donde desaparece).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Sala muy opulenta con salidas al foro y laterales

ESCENA PRIMERA

Julia (vestida con exquisita elegancia)

JULIA. Cuánto tarda Guillermo... La intranquilidad me pone nerviosa... ¡Ay de nosotros si alguien le reconociera!... Pero se ha transformado por completo... Además se ha teñido el cabello... Eso ha operado un cambio completo en su fisonomía... No hay nada en su persona que denuncie al antiguo Capitán de granaderos... Ya está aquí.

ESCENA II

Dicha y Guillermo por el foro

GUILL. Vuelvo como he salido.

JULIA. ¿Nada lograste averiguar?

GUILL. Nada.

JULIA. ¿Qué habrá sido de nuestro hermano?

GUILL. Que sé yo.

JULIA. ¿Has hablado con alguno de sus antiguos compañeros?

GUILL. Han sido fusilados La mayor parte.

JULIA. ¿Y el Comité?

GUILL. Tuvo que disolverse. La desbandada ha sido general.

JULIA. ¿Y a Kurok, no le has visto?

GUILL. Tampoco, pero ya le hallaré. Fue en mí una gran torpeza no haberle preguntado al extranjero que nos visitó en Berlín, el nombre que ha debido adoptar Kurok para ingresar en el cuerpo de Policía. Carezco de datos para orientarme. Además tengo que ir con pies de plomo... No me hallo tan desfigurado como yo creía.

JULIA. ¿Te han reconocido?

GUILL. No te alarmes. Al doblar una esquina me hallé cara a cara con mi antiguo Jefe, el comandante de granaderos.

JULIA. Válgame Dios.

GUILL. Repito que no te alarmes. Yo seguí impertérrito mi camino, pero el Comandante se detuvo y oí perfectamente su exclamación.

JULIA. ¿Qué dijo?

GUILL. Se parece a Guillermo.

JULIA. Tienes razón. Debes ir con pies de plomo.

GUILL. Tentaciones me dieron de retroceder para decirle. Soy yo, mi Comandante.

JULIA. ¿Estás loco?

GUILL. Tengo la seguridad de que me hubiera dado un abrazo.

JULIA. O te hubiera llevado preso.

GUILL. No querida hermana. En la milicia hay también caballeros que antes se dejan matar que cometer una felonía. El Comandante es uno de esos caballeros.

JULIA. Si por desgracia somos descubiertos, no vaciles, Guillermo; márame. Prefiero perder la vida antes que verme en aquel doloroso trance que arrebató la existencia a nuestra infeliz hermana. Moriremos matando.

GUILL. Cúmplase nuestro destino. Despidámonos desde ahora, por si no pudiéramos hacerlo en la ocasión suprema. *(Le alarga la mano que Guillermo estrecha conmovido)*. Despidámonos.

JULIA. Hasta más allá de la muerte, Guillermo.

GUILL. Hasta más allá de la muerte, Julia.

JULIA. Ya se ha serenado mi espíritu. ¿Has leído algún periódico?

GUILL. Muchos.

JULIA. ¿Traen incienso?

GUILL. Todos hablan de la hermosa alemana. De Raquel Schumman. Uno de ellos te llama la Estrella del Norte.

JULIA. He conseguido mi objeto. El Príncipe Fernando se ha prendado locamente de mí... ¿Y Gurben?...

GUILL. ¿Ya le has fascinado?

JULIA. Como al otro. La hermosa serpiente se ve enroscando en su corazón.

GUILL. Te admiro Julia ¿Quién te ha dado esas artes?

JULIA. Han salido del fondo de mi voluntad. Querer es poder... El déspota ya ha caído a mis pies pero no bañado en sangre todavía.

GUILL. No manches tus manos. Cuando llegue el momento yo aplastaré a la víbora.

JULIA. Ni tú, ni yo.

GUILL. ¿Quién ha de ser?

JULIA. El Príncipe Fernando.

GUILL. Eres diabólica.

JULIA. Ellos, los grandes, los fuertes... los poderosos... ocasionaron nuestra desventura... Ahora que se destruyan entre ellos.

ESCENA III

Dichos y Ujier por el foro)

UJIER. El Príncipe Fernando.

JULIA. Que pase. (*Vase el Ujier*)

ESCENA IV

Guillermo. Julia

JULIA. Vete Guillermo y no olvides nunca que eres mi secretario particular.

GUILL. Cuidado. Julia.

JULIA. Nada temas.

(*Vase Guillermo por la izquierda*)

ESCENA V

Dicha y el Príncipe por el foro

PRÍNCIPE. ¿La encuentro sola? Cuanto me place.

JULIA. ¡Ah! Mi querido Príncipe... ¡Quién sabe si no lo estoy tanto como parece!

PRÍNCIPE. Diga que estaba pensando en mí... Oh. dígalo, encantadora Raquel.

JULIA. Qué lástima tener que decirlo... No. No pensaba en usted.

PRÍNCIPE. Me agrada esa franqueza.

JULIA. Sobre la mentira...

PRÍNCIPE. En cambio yo voy a demostrarla que su recuerdo no se separa de mí. *(Abriendo un estuche que trae, conteniendo un collar)*

JULIA. ¡Hermoso collar! ¿Todavía hay dinero para comprar tan ricas joyas?

PRÍNCIPE. No tan valiosas como usted merece. Le ruego que la acepte.

JULIA. ¿Es para mí?

PRÍNCIPE. Claro.

JULIA. ¡Oh, Príncipe!

PRÍNCIPE. ¿Hizo un mohín de disgusto?

JULIA. De contrariedad.

PRÍNCIPE. ¿No le agrada esta joya? Compraré otra de más valor.

JULIA. No me ha comprendido. Obséquieme usted con flores, no con joyas... Ganará a mis ojos mucho más. Las flores son más generosas que las perlas. Nos ofrecen su natural hermosura desinteresadamente... Las perlas, no.

PRÍNCIPE. Palabra de honor. Raquel. Conste rute mi obsequio no envuelve ningún compromiso.

JULIA. Lo sé. príncipe, lo sé. Líbreme Dios de creer que trata de comprarme.

PRÍNCIPE. ¡Oh, no!

JULIA. Amor mercenario.

PRÍNCIPE. Con usted, jamás.

JULIA. Le encuentro muy razonable,

PRÍNCIPE. Suya es la joya,

JULIA. No.

PRÍNCIPE. ¿No la acepta? ¿Me desaira?

JULIA. Vamos por partes. ¿Cual es su objeto?
Agradarme.

PRÍNCIPE. ¿Quién lo duda?

JULIA. Pues bien, a mí me agrada mucho más un buen deseo que una alhaja... Acepto lo primero y rechazo la segunda. Si esto le contraría, entonces, habrá collar pero no agrado. ¿Qué prefiere?

PRÍNCIPE. Retiro el collar. Me ha convencido usted. Vale más un ramo de flores.

JULIA. Mucho más.

PRÍNCIPE. No tanto como...

JULIA. ¿Por qué se detiene?

PRÍNCIPE. No me atrevo.

JULIA. Atrévase. Tiene mi indulgencia.

PRÍNCIPE. ¿Sí?

JULIA. Plenaria.

PRÍNCIPE. No tanto como un beso.

JULIA. En la mano. Bese usted.

¡Ah! ¡Raquel. Raquel! (Besando la mano que le ofrece Julia)

JULIA. (Retirando la mano) Basta. Los besos tienen alas... Son como las mariposas... primero se posan en una mata de musgo...

PRÍNCIPE. Y luego... luego.

JULIA. Esto son metáforas... No lo dije para que me cogiera en semejantes redes. Acabe la frase.

PRÍNCIPE. Luego en el capullo sin abrir de alguna rosa, por ejemplo.

JULIA. Estoy viendo la rosa.

PRÍNCIPE. Ja. ja. ja.

JULIA. Ya no es capullo sin abrir.

PRÍNCIPE. Tengamos seriedad. Deme alguna noticia. ¿Qué hay de nuevo?

PRÍNCIPE ¿Pero ocurre algo en el mundo fuera de aquí?

JULIA ¿Adulador hasta ese extremo?

PRÍNCIPE Yo sólo pienso en una cosa.

JULIA ¿Y no le queda tiempo para pensar en otra?

PRÍNCIPE No. ¿Quiere saberla?

JULIA Se tiene interés por lo que se ignora.

PRÍNCIPE. ¿De modo qué...?

JULIA. Me gusta vivir en el pensamiento ajeno pero no con tanta exageración.

PRÍNCIPE. Cruel.

JULIA. Lo de siempre. Primero la joya, después el beso... luego la esperanza y por último el reproche.

PRÍNCIPE. No valga la frase.

JULIA. ¿Ya no soy cruel?

PRÍNCIPE. No; por el contrario, digo que es piadosa, magnánima, indulgente.

JULIA. Así nunca reñiremos.

PRÍNCIPE. ¿Le pesa?

JULIA. ¿Pesarme?... No, príncipe, no.

PRÍNCIPE. Llámeme Fernando. Fernando, a secas.

JULIA. Bueno; pues Fernando.

PRÍNCIPE. Así, no.

JULIA. Usted quisiera que le llamase ¡Fernando!
¡Fernando!

PRÍNCIPE. ¡Así. Así!

JULIA. No puede ser.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

JULIA. Porque parecería que estábamos representando
La Dama de las Camelias. Pase lo sentimental; pero no lo
cursi.

PRÍNCIPE. Me ha vencido. Tiene más talento que yo.
¿Quién fue su maestro?

JULIA. ¿Mi maestro? El dolor.

PRÍNCIPE. Se ha conmovido.

JULIA. Un poco de rocío del alma para el recuerdo de mi padre.

PRÍNCIPE. Un descubrimiento acabo de hacer.

JULIA. ¿Cual?

PRÍNCIPE. Ya se por qué no acepta el collar.

JULIA. ¿Por qué?

PRÍNCIPE. Porque valen mucho más las perlas que brotan de sus ojos.

JULIA. Esa frase no le ha salido mal.

PRÍNCIPE. ¡Raquel! ¡Raquel!

JULIA. Volvemos a lo cursi.

PRÍNCIPE. Cuando la vi en la ópera, me dije... Es como muchas, Luego al hablarla, pensé, es como pocas. Ahora digo, que es usted como ninguna. .

JULIA. Eso se parece a un memorial. ¿Que desea?

PRÍNCIPE. Que acepte la joya.

JULIA. Todo puede arreglarse. ¿Cuánto le ha costado?

PRÍNCIPE. Cinco mil rublos.

JULIA. Aquí en San Petersburgo hay muchos pobres. Repartiremos entre ellos esa cantidad.

PRÍNCIPE. Pero Raquel... ¿Qué harán los pobres con tanto dinero?

JULIA. ¡Oh, Príncipe!

PRÍNCIPE. ¿Habré dicho alguna tontería?

JULIA. Casi. casi.

PRÍNCIPE. Soy un mentecato.

JEULIA. El error de usted depende de que el dinero está mal repartido.

PRÍNCIPE. No se hable más del asunto.

JULIA. Así me gusta.

ESCENA VI

Dichos, Ujier (por el foro, anunciando)

UJIER Su excelencia.

JULIA. El General. Que pase.

PRÍNCIPE. (Gurben. Este viejo que me molesta).

(Vase el Ujier)

ESCENA VII

Aparece Gurben vestido de paisano con una afectada elegancia. (Trae un pequeño ramo de flores)

GURBEN. ¿Interrumpo algún diálogo interesante?

JULIA. Pase usted, mi querido Gurben.

GURBEN. Salud, príncipe.

PRÍNCIPE. Bienvenido. (Secamente)

GURBEN. Como conozco su vocación... *(Ofreciéndola el ramo que trae.)*

JULIA. Lindo ramillete. Me van a llamar la reina de las flores.

GURBEN. Ya dicen que es usted la Estrella del Norte.

JULIA. (A Fernando) ¿Sabía usted eso? Lo traen los periódicos.)

PRINCIPE. No. No lo sabía. No los leo.

JULIA. General. Permite que regale al Príncipe una de estas flores.

GURBEN. Con mucho gusto.

PRÍNCIPE. Gracias, Raquel. (Julia la coloca en el ojal de la americana del príncipe).

JULIA. Esta es muy linda. Fíjese, príncipe.

PRINCIPE. Yo no veo la flor... veo la mano.

JULIA (Después de ponerle la flor) No hablemos de pie. Sentémonos. (Se sientan). Nada hay que me guste tanto como estas perlas de la Naturaleza que tienen a Dios por joyero... Usted General, me comprende. Le nombro mi jardinero mayor.

GURBEN. Me enorgullece ese nombramiento. Tendrá usted flores todos los días.

PRÍNCIPE. Al General le comprende todo el mundo y al que no tiene esa penetración lo manda a la Siberia.

GURBEN. Hay un camino más corto. Allí hace mucho frío.

JULIA. Tanto como a mí me gustan los países nevados. Mandadme a la Siberia General.

PRÍNCIPE. Conspire y verá que pronto...

JULIA. ¿Sería capaz, de hacerlo?

GURBEN. No.

PRÍNCIPE. Desconfíe usted Raquel. El General es de piedra.

GURBEN. No sería capaz. Siento tener que contrariar al príncipe.

PRÍNCIPE. ¿Si yo fuese el conspirador?

GURBEN. En ese caso no hay duda.

JULIA. El príncipe no conspira, ni sabe nada de lo que ocurre en el mundo. Acaba de decírmelo.

GURBEN. No tendrá tiempo.

JULIA. Ja, ja, ja.

PRÍNCIPE. Gracias. General.

GURBEN. ¿Por qué me da las gracias?

PRÍNCIPE. Porque merced a su ingenio acabo de ver de nuevo el capullo de la rosa.

GURBEN. ¿El capullo de la rosa?

PRÍNCIPE. ¿Le revelamos el secreto, Raquel?

JULIA. No hay inconveniente.

GURBEN. ¡Ah! Ya comprendo. Se ha quedado usted corto, querido príncipe.

PRÍNCIPE. ¿Cómo que corto?

JULIA. Explíquese.

GURBEN. Algo hay más hermoso que un capullo de rosa.

PRÍNCIPE. ¿Más hermoso? Imposible... ¿Qué hay más hermoso?

GURBEN. Dos capullos de rosa.

JULIA. Bravísimo, General.

GURBEN. La galantería no está reñida con las armas aunque al príncipe no le acomode.

PRÍNCIPE. Me batiré en retirada.

GURBEN. Como quiera.

JULIA. Pido la paz para entrambos combatientes. Conviértase el capullo de rosa en ramo de olivo.

PRÍNCIPE. El ramo de olivo para el General, para mí el capullo de rosa.

GURBEN. En todo arreglo de paz, las condiciones las impone el vencedor.

PRÍNCIPE. Me batía en retirada pero he tomado la ofensiva.

JULIA. Hablemos de otra cosa. La otra noche hicimos comidilla de salón. Hablóse de que usted a pesar de sus numerosas falanges de cosacos y policía a sus órdenes no ha podido apoderarse de cierto famoso conspirador.

GURBEN. No soy invencible. Confieso mi derrota. Supongo que debieron referirse a Roberto Padewski.

JULIA. ¿Lo recuerda usted, príncipe? Efectivamente. Ese es su nombre.

PRÍNCIPE ¿No se tiene noticia de su paradero?

GURBEN. Todas mis tentativas para atraparle han resultado infructuosas.

JULIA. ¿Pero dónde se oculta? ¿Por dónde anda?

GURBEN. Esa es la incógnita.

PRÍNCIPE. También se habló de que Su Majestad le había ofrecido a usted el mando imperial del Ejército que opera en la Manchuria... ¿Eso es cierto, General?

GURBEN. No, príncipe; no es cierto. Prefiero estas batallas de flores. Aquí la victoria se consigue más fácilmente.

PRÍNCIPE. Lo siento porque abrigo la seguridad que usted en la Manchuria se cubriría de gloria.

GURBEN. Su Majestad el Emperador, no me ha hecho indicación alguna sobre este particular. Allí guerrear muchos jóvenes de apellido ilustre, príncipes algunos de ellos, que prefieren, haciendo honor a su patria, las penalidades de la campaña, a las dulzuras y comodidades que ofrece la corte.

PRÍNCIPE. Ya veo que dispara con bala rasa.

JULIA. Hay que ponerse en lo justo, príncipe. Cuando el General vaya a la Manchuria para cubrirse de gloria, puede usted acompañarle.

GURBEN. Magnífico. Raquel, magnífico.

PRÍNCIPE. *(Levantándose)*. Completamente derrotado.

JULIA. ¿Nos deja usted?

PRÍNCIPE. Se agotaron todos mis recursos. (*Consultando su reloj*). Además, advierto que hemos pasado el tiempo deliciosamente. ¿Me acompaña usted, General?

GURBEN. Con mucho gusto.

JULIA. Como quieran. Hasta otro día. Adiós. General. (*El General besa la mano que le tiende Raquel.*)

PRÍNCIPE. Adiós, Raquel. (*Disgustado*)

(Vanse los dos por el foro)

ESCENA IX

Julia

JULIA. Se van despechados... El príncipe sale con los ojos encendidos. Se despidió sin darme la mano. Se conoce que le ciega la ira. ¿Y Gurben? Aquí puso sus labios. El beso que estampó en mi mano, me produjo el mismo efecto que si me hubiesen aplicado en ella un botón de fuego... Hay que seguir representando la comedia... (*Dentro rumores*) ¿Quién habla tan recio? Deben ser ellos. ¿Y ese golpe? Una bofetada. No han podido contenerse.

ESCENA X

Ujier (por el foro)

UJIER. Señorita...

JULIA. ¿Qué ha ocurrido?

UJIER. Un suceso muy lamentable. El príncipe le ha dado una bofetada al General. Este le agarró por el cuello, mas se contuvo diciendo. Somos caballeros. No luchemos como los mozos de cordel. Luego acabaron de bajar la escalera diciendo. ¡A muerte! ¡A muerte!

JULIA. Enterada. Puedes irte.

(Vase el Ujier)

ESCENA XI

Julia

JULIA. Terminó la comedia, ha empezado el drama. En ti confío, Fernando. Sírreme de instrumento de justicia. Cuando te veas delante de tu rival, si es con arma de fuego, apúntale a la frente. Derríbale. Y si es con espada o florete, atraviésale el corazón. Si mueres en la demanda, ya llevaré yo flores a tu sepultura, bañadas con la sangre del Déspota. ¡Mátale sin vacilar! ¡A fondo! ¡A fondo!

(Vase por la izquierda)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Telón corto de bosque

ESCENA PRIMERA

Sale Labriego 1 por la derecha y se dirige a la izquierda para hacer señas a Labriegos 2 y 3.

LABR. 1. ¡Eh! ¡Venid! ¡Venid acá! Que reacios estáis. Dejad la faena por unos instantes. Venid.

ESCENA II

Dicho, Labriegos 2 y 3 por la izquierda.

LABR. 2. ¿Qué quieres?

LABR. 3. ¿Por qué nos llamas?

LABR. 1. Mirad hacia aquella parte. (Señalándoles la derecha.) ¿Qué veis?

LABR. 2. Mira tú hacia esta parte. (Señalándoles la izquierda) ¿Qué ves?

LABR. 1. Muchos coches.

LABR. 2. Aún hay otro que no se ve porque está tapado por la arboleda.

LABR. 1. ¿Y qué hacen ahí?

LABR. 3. Para que lo comprendas hombre. Aquellos caballeros han bajado de estos coches.

LABR. 1. No puede ser.

LABR. 3. ¿En qué te fundas?

LABR. 1. En que los caballeros están a un lado y los coches a otro.

LABR. 3. Naturalmente. Como que han pasado por aquí.

LABR. 1. ¿Y viéndolo permanecéis tan tranquilos?

LABR. 2. ¿Quieres que paguemos los vidrios rotos?

LABR. 3. Lo mejor es que cada cual vaya a su faena.

LABR. 1. ¿Qué habéis sabido?

LABR. 3. Que diga éste lo que oyó decir a un cochero.

LABR. 1. Cuéntalo.

LABR. 2. Dijo que estos señores son grandes personajes. como que hay entre ellos un General y un Príncipe y que vienen desafiados.

LABR. 1. ¿Y para eso vienen tantos coches?

LABR. 2. Esos señores se desafían así.

LABR. 3. Se matan de común acuerdo.

LABR. 2. Mirad. Mirad.

LABR. 1. Allí hay dos que dan pasos.

LABR. 3. Eso es que miden el terreno.

LABR. 1. ¿Qué hacen aquellos otros?

LABR. 2. Han sacado unas pistolas.

LABR. 3. Vamos a nuestra faena. No vayan a disparar y se quede alguno muerto en el campo. Yo no he visto nada.

LABR. 2. Ni yo tampoco. Vamos, que estos líos traen malas consecuencias.

LABR. 1. Yo me quedo hasta ver esto en qué para.

(Vanse por la izquierda Labriegos 2 y 3).

ESCENA III

Labriego 1.

LABR. 1. ¿Tanto tiempo para examinar unas pistolas?... ¿Se las dan a escoger? ¿Y qué hacen después de haberlas tomado? Se separan... ¿Y ahora qué hacen? Se colocan frente por frente. ¿Serán capaces de hacerse fuego? Se apuntan... *(Suenan dentro dos disparos.)* Han disparado. Cayó al suelo uno de ellos. Van a recogerlo. ¿Y qué hace el otro que no escapa? Que barbaridad. ¿Qué hacen ahora? Se cogen en brazos... Sacan unas vendas. Le curan. Entonces. ¿Para qué le han herido? Vaya un modo de matarse que tienen estos señores. Hacia aquí se dirigen. Voy a reunirme con mis compañeros.

(Vase por la izquierda)

ESCENA IV

Aparecen por la derecha el Príncipe, en mangas de camisa, ensangrentado y desfallecido. Viene sostenido de los amigos que casi le llevan en brazos. Detrás el Médico.

CABAL. 1. Ánimo, Príncipe.

PRÍNCIPE. Deteneos. Os lo suplico... un instante. Dejadme tomar aliento.

MÉDICO. No conviene perder tiempo. Otro esfuerzo. Príncipe; adelante.

PRÍNCIPE. Siento un dolor terrible.

MÉDICO. Aspire bien fuerte . Bien fuerte. (*aplicándole un frasco*).

PRÍNCIPE. Es inútil. Se me va la luz de los ojos. Sosténganme. (*Se desmaya*)

CABAL. 2. Se ha desmayado.

MÉDICO Al coche. Al coche.

(Vanse todos por la izquierda. El Príncipe en brazos de sus amigos.)

ESCENA V

Aparece el General Gurben de paisano. Derecha. Dos Coroneles de uniforme que se suponen los padrinos

GURBEN. Deploro lo ocurrido.

CORON. 1. Usted ha procedido como debía, mi general.

CORON. 2. Era preciso lavar con sangre la afrenta.

GURBEN. Aguardemos un poco para que se adelanten los del otro grupo. Efectivamente, el príncipe me infirió el más grave ultraje que puede hacerse a un soldado.

CORON. 2. Buena lección ha recibido.

GURBEN. Bien o mal, era preciso, como usted dice, lavar la mancha.

CORON. 1. La herida es grave, según parece.

GURBEN. Creo que tiene el hombro derecho atravesado. La bala que él me disparó pasó rozándome la frente. Dos o tres centímetros menos y me deja en el sitio.

GURBEN. No obstante, repito que lo siento. El príncipe personalmente no me era desafecto. Es un buen muchacho, pero muy fogoso... demasiado violento... Hay que evitar ahora que cunda el escándalo.

CORON. 1. Seremos mudos por nuestra parte.

GURBEN. Manden recoger todos los periódicos que hablen del asunto. Hay que amordazar a la prensa.

CORON. 1. Eso es lo que tenía pensado.

CORON. 2. Ya lo han subido al coche. Adelante.

(Vanse todos por la izquierda)

MUTACIÓN

OTTADRO Vil

La decoración de cárcel del Cuadro Segundo

ESCENA PRIMERA

Aparece Roberto tendido en su camastro soñando en voz muy alta.

ROBERTO. ¿Que querrán hacer esos hombres? ¿Dónde conducen a mi hermana? A la sala de tortura. ¿Qué zarpas de hierro son aquéllas? Garfios para despedazar la carne. ¿Y aquellas ruedas? Máquinas para triturar los huesos. ¡Misera-
bles! ¡Dejad a esa rosa delicada! ¿No veis como tiembla en vuestras garras como un pajarillo? ¡Tened piedad de ese ángel! ¡Compadeceos de sus miradas angustiosas! Beatriz, hermana mía... No puedo ir en tu auxilio. Estoy prisionero. Me tienen atado. No extiendas los brazos hacia mí... Es inútil. ¡Oh, rabia! ¡Oh, desesperación! ¡No puedo moverme! ¿Qué miro? ¡Atan el cuerpo de mi hermana a la rueda!... ¡Van a martirizarla! ¡Qué angustia tan grande se pinta en su faz!... ¡Verdugos!... ¡Sayones!... ¡Deteneos! ¡No me escuchan! ¡Gira la rueda!... ¡Qué horror!... ¡Beatriz! ¡Beatriz!

(Poniéndose de pie y despertando).

¡Qué horrible pesadilla! ¡Acabo de ver a mi hermana en el tormento! Allí, en aquella sala de torturas. Estas sombras me estremecen... ¿Dónde está mi linterna? ¡Aquí!

(La enciende)

¡Luz! ¡Luz! Se me apareció la pálida imagen en el fondo de aquella sala. A ver. Las puertas se hallan entornadas. Las dejaron así para intimidarme.

(Abre las puertas de par en par)

La rueda siniestra... ¡Los garfios de hierro! La pálida imagen fue una creación de mis delirios.

(Mira de nuevo las puertas)

¡Flotará el alma Beatriz sobre este lago de sombras! ¡Caed de mi frente pesados sueños! ¡Huid, fantasmas!

Oyendo dentro ruido y en voz muy alta ¿Quién va? Alguien se acerca. Quisiera huir de la raza humana. ¡Envolvedme, tinieblas!

ESCENA II.

Dicho, Alejandra, Coronel, Alcaide por la derecha;
Alejandra cubierta con un velo

ALCAIDE. Allí tiene al prisionero. He accedido a sus ruegos por consideración a su persona. Le suplico que no haga muy larga la entrevista.

ALEJAN. ¡Gracias, coronel!

(Vase el Coronel)

ESCENA III

Alejandra y Roberto

ROBERTO. ¡Una sombra!

ALEJAN. ¡Soy yo! *(descubriendo su semblante)*

ROBERTO ¡Alejandra!

ALEJAN. ¡Sí, Alejandra!

ROBERTO. ¡Oh!

ALEJAN. ¿Le sorprende mi venida?

ROBERTO. ¡Creí que era una sombra, y es una luz!

ALEJAN. Soy un alma agradecida que busca a su bienhechor.

ROBERTO. Esta es una morada oscura. Ni siquiera penetra en ella la luz del día. Aquí no hay más que un prisionero cargado de recuerdos que son tristezas y de cadenas que son desdichas.

ALEJAN. Comprendo su amargura. Yo haré que recobre usted la libertad muy pronto. Dudo que pueda conseguirlo.

ROBERTO. ¿En qué se funda?

ALEJAN. Pongamos que sea usted la gratitud... Que haya brotado en su alma ese noble sentimiento... Que surge esta ola de su corazón... Se estrellará contra la roca. Fuerte es el pecho de mi padre. ¡Su corazón es de piedra! ¡Mas yo lo ablandaré con mis ruegos... con mis lágrimas!

ROBERTO. Como ha sabido usted que yo...

ALEJAN. Me hallaba oculta detrás de unos cortinones...

ROBERTO. ¿Cuando fui interrogado por su padre?

ALEJAN. ¡Sí!

ROBERTO. ¿Y no ha sentido repulsión al saber que se trataba de un espía?

ALEJAN. Para eso he venido: para decirle que se defienda contra esa acusación... Procure a todo trance desvanecer las sospechas de mi padre... Si hubo o no espionaje, no me importa averiguarlo. Lo que yo quiero es que recobre usted la libertad.

ROBERTO. ¡La libertad! ¡La libertad no podré obtenerla!

ALEJAN. ¿Por qué?

ROBERTO. ¡Porque no hallo medios para desvanecer las sospechas que han recaído sobre mí!

ALEJAN. Aguce el entendimiento... busque en su memoria cuantos recuerdos puedan favorecerle... Niegue todo aquello que le perjudique.

ROBERTO. Considero mi causa perdida... Huya usted de mi, Alejandra. Soy el veneno que amarga la vida. Mi alma es una flor negra. ¡Mi corazón un abismo!... Rayo que abrasa, la idea que llevo en el cerebro. Huya usted de mí.

ALEJAN. ¿Por qué detuvo los caballos de mi coche?

ROBERTO. Por un sentimiento de humanidad.

ALEJAN. ¿Y de ese noble sentimiento ya no queda nada. Se agotó en aquel acto? ¿Brotó el raudal sólo para salvarme la vida?

ROBERTO. ¡Oh! ¡Alejandra!

ALEJAN. Usted dice que su alma es una flor negra y yo digo que es un alma bella. Yo encuentro miel donde usted dice que hay veneno.

ROBERTO. ¡Déjeme contemplarla un instante!

ALEJAN. ¡Haré que mi alma se asome al rostro para que usted la vea! ¡Mírela!

ROBERTO. Sí. ¡Es un alma hermosa!

ALEJAN. ¿No ve en mi alma nada más?

ROBERTO. Belleza y gratitud; juntas las veo.

ALEJAN. Entonces mi alma no ha sabido asomarse al rostro.

ROBERTO. No hay alma que no tenga su secreto.

ALEJAN. ¿Por qué dijo usted al verme, creí que era una sombra y es una luz?

ROBERTO. Porque vi que mi cárcel se llenaba de resplandor.

ALEJAN. ¿Su cárcel?

ROBERTO. No; mi alma.

ALEJAN. ¿Ha pensado usted en mí desde aquella tarde?

ROBERTO. Sí. para qué negarlo. Su imagen acude a mi mente muchas veces.

ALEJAN. Yo no he podido olvidarle... A mí también me pareció usted una luz que penetró en mi alma cuando le vi al bajar del coche.

ROBERTO. Olvidémoslo.

ALEJAN. ¿Es usted ladrón... asesino?

ROBERTO. No.

ALEJAN. Entonces...

ROBERTO. ¿Y si lo fuera?

ALEJAN. A ver... *(Mirándole)* No importa... Esta es mi mano.

ROBERTO. ¡Alejandra! *(Atrayéndola hacia sí)*

ALEJAN. No se detenga... Revéleme su pensamiento. Deje que estalle su corazón.

ROBERTO. Es verdad que su pensamiento...

ALEJAN. Ya no es mío.

ROBERTO. ¿Es verdad que en su memoria?...

ALEJAN. Vive una imagen.

ROBERTO. ¿Por gratitud?

ALEJAN. Por un sentimiento que es más hondo todavía.

ROBERTO. ¿Por un sentimiento de piedad?

ALEJAN. No. Por amor.

ROBERTO. ¿Muy grande?

ALEJAN. Infinito.

ROBERTO. *(Separándose de Alejandra). ¡Oh, Dios!
¡Allí! ¡Allí! (Acercándose al foro como para escuchar)*

ALEJAN. ¿Qué pasa?

ROBERTO. Ha llegado hasta mis oídos una voz lastimera.
Un quejido doloroso.

ALEJAN. ¿Dónde?

ROBERTO. Dentro de aquella sala.

ALEJAN. Nada se oye.

ROBERTO. *(Beatriz. Te había olvidado.)*

ALEJAN. Delirios de la imaginación.

ROBERTO. No... No son delirios... Suplico a usted que me deje.

ALEIAN. ¿Me despide?

ROBERTO. Sí.

ALEJAN. Serene su espíritu... Calme su zozobra... Volveré mañana con la orden de libertad... Adiós.

ROBERTO. Adiós.

(Vase Alejandra)

ESCENA IV

ROBERTO.

¡Me has traicionado, corazón! Esa es la hija de Gurben; asesino de mi hermana. ¿Qué iba a hacer? Ya se confundía mi aliento con el suyo. Mis ojos en sus ojos. Mis labios en sus labios... Juntas las almas... Unidos los corazones... ¡Perdón, Beatriz, perdón!

ESCENA V

Dicho y Calabocero y otro, los dos muy altos y por la derecha

ROBERTO. ¿Por qué vienen?

CALAB. Acaba de recibirse un aviso para que le atemos por la muñeca con este candado a la argolla que se ve empotrada allí en el muro.

ROBERTO. ¿Qué están diciendo?

CALAB. Lo que oye.

ROBERTO. *(Olas de fuego que tratáis de subir a mi cerebro, no me quitéis la calma.)* ¿No basta con la completa incomunicación en que se me tiene? ¿No son recios estos muros? ¿No ofrece seguridad mi cárcel?

CALAB. A nosotros se nos ha dicho solamente que usted es un reo de mucho peligro y que tiene que permanecer atado hasta que declare su nombre verdadero.

ROBERTO. Es inútil toda resistencia. Aquí está mi brazo.

(Los calaboceros le atan con el candado a la argolla que se indica).

CALAB. Ya quedó bien sujeto. No hay más incomodidad que no podrá dormir como no duerma de pie.

(Vanse los calaboceros)

ESCENA VI

Roberto

Olas de fuego, convertíos en olas de sangre y apagad la luz de mi espíritu... ¿Pueden los hombres llegar a tales refinamientos? Bien que los fusiles destrocen mi cuerpo; ¿pero atarme así como a una fiera dentro de su jaula?... ¡Oh! Qué idea tan espantosa acude a mi mente. ¿Habrá esta misma argolla atado el cuerpo de Beatriz? Mi alma gira espantada. Vuelve a mi mente la horrible pesadilla. Otra vez allí, allí en la sala del tormento... La pálida imagen. Sí. Ella es. Pide socorro con acento moribundo... ¿Esto es sueño o realidad?

(En el fondo de la sala del foro, abriéndose las puertas de par en par, aparece Beatriz vestida de blanco y con la cabellera suelta, atada a la rueda. Ilumina el cuadro una luz pálida.)

Allá voy hermana... ¡Oh! Me han atado. Me han atado... ¡Destrózate muñeca! Rómpete argolla... ¡Hermana mía! Allá voy... Muerte... Desesperación! El hierro no cede... ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Beatriz!!

(El actor debe hacer esta escena sin dirigirse al fondo donde aparece la imagen, por el contrario, debe extender los brazos hacia el público, demostrando así que el espectro flota en su mente como un desvarío del cerebro).

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO VIII

Decoración del Cuadro V. Sala esplendida

ESCENA PRIMERA

Julia entrando por el foro con un elegante traje de amazona como si acabara de dar un paseo a caballo.

JULIA ¡Estefanía! (Llamando)

ESCENA II

Dicha y Estefanía por la segunda derecha

ESTAFANÍA. ¡Ah! Dispense la señorita. No he visto cuando ha entrado.

JULIA. Toma el látigo... El sombrero. *(Le entrega las prendas por el orden que indica)*

ESTEFANIA. Que hermosa la encuentro, señorita.

JULIA. ¿Con este traje?

ESTEFANIA. Le sienta a las mil maravillas.

JULIA. Acabo de dar un paseo a caballo.

ESTEFANIA. ¿Sola?

JULIA. Hoy, sí.

ESTEFANIA. ¿No se quita el vestido?

JULIA. Luego. Ya te llamaré.

ESTEFANIA. Está bien.

(Vase por la primera izquierda).

ESCENA III

Julia

Decididamente hay que tener osadía para imponerse al gran mundo. Osadía y montar bien a caballo. Esto es lo que más les ha llamado la atención. Es una «ecuyere», dicen, Una amazona que no tiene rival. La vanidad elegante ha caído a mis pies rendida... Veo en todos los ojos una mirada de agrado y en todos los labios una sonrisa lisonjera... pero mi primer golpe ha fracasado. (Llamando con un timbre).

ESCENA IV

Ujier por el foro

UJIER. ¿Que me ordena la señorita?

JULIA. ¿El Príncipe no ha mandado hoy...?

UJIER. En este mismo momento acaba de llegar el aviso. (Le entrega una tarjeta).

JULIA. Venga... Sigue mejor... Puedes irte.

(Vase el Ujier por el foro)

ESCENA V

Julia

Es un libertino como todos los jóvenes adulados por la fortuna, pero en el fondo es un buen muchacho... Pienso en él algunas veces... Jugando con fuego me ha saltado una chispilla al corazón. ¿Me interesa el príncipe? Un poco. ¿Y qué importa que me haya interesado? Gurben le atravesó un hombro... Pues a la revancha. Mi corazón sólo vive para el recuerdo de mi padre fusilado... De mi madre muerta. De Emma y Beatriz sacrificadas...

ESCENA VI

Dicha Y Ujier por el foro

JULIA. ¿Visita? No recibo.

UJIER. Eso he dicho yo también, pero me rogó que pasase el recado.

JULIA. ¿Quién es?

UJIER. La señorita Alejandra, hija del General Gurben.

JULIA. ¿Ella en mi casa? Es bien extraño. Que pase.

(Vase el Ujier por el foro)

ESCENA VII

JULIA

Me han dicho que es muy inteligente y hermosa. Acaso pueda darme algún indicio del paradero de Roberto. Mi hermano le salvó la vida... Sepamos el motivo que la trae.

ESCENA VIII

Dicha y Alejandra por el foro

ALEJAN. Ya veo que es usted la Raquel famosa.

JULIA. Acabo de llegar. Aún me encuentra vestida de amazona.

ALEJAN. Que importunidad la mía.

JULIA. No. No. Llegas en buena hora. Tome asiento. (*Se sientan*)

ALEJAN. Me he permitido venir a verla porque creo que ha de tener usted buen corazón.

JULIA. Eso dicen mis amigos.

ALEJAN. Entonces se compadecerá de un amor desdichado.

JULIA. La encuentro muy agitada. Explíquese sin temor alguno, como si yo fuera su amiga.

ALEJAN. No sé que dulce encanto encuentro en su persona. Me he equivocado al juzgarla.

JULIA. Me había juzgado mal sin duda.

ALEJAN. Reconozco mi falta.

JULIA. Vamos al asunto. Dígame.

ALEJAN. Usted ejerce una influencia decisiva en el ánimo de mi padre.

JULIA. ¿Eso le han dicho?

ALEJAN. Puedo atestiguarlo por lo que observo en su conducta.

JULIA. ¿Y qué desea?

ALEJAN. Que influya en su corazón para que ponga en libertad a un prisionero.

JULIA. ¿Y cómo usted siendo su hija...?

ALEJAN. Mi padre es duro como una roca. Se ha empeñado en que su deber le impide complacerme y no puedo convencerle de lo contrario... Hemos tenido escenas muy violentas.

JULIA. Se ha excitado mi curiosidad... ¿Ese prisionero?

ALEJAN. Para que ocultarlo... ¡Es mi amor! Es mi vida.

JULIA. Ya comprendo, el general se opone a esos amores.

ALEJAN. No. No es eso. Se trata de un joven arrojado y valiente que me salvó la vida.

JULIA. ¿Cómo?

ALEJAN. Gracias a su esfuerzo generoso no caí dentro de mi coche a un precipicio. (¡Dios mío! Es Roberto. Es mi hermano!)

JULIA. ¿Por qué se conmueve de ese modo? ¿Se ha puesto pálida? Qué agitación de nervios. ¡Demando auxilio!

JULIA. Los nervios, sí. Soy muy nerviosa. Excesivamente nerviosa. Se reprodujo la escena en mi mente. Creí ver el coche cayendo por la vertiente abajo... Prosiga.

ALEJAN. Los caballos le arrastraron algún trecho pero detuvo sus ímpetus... Yo baje del coche con la emoción que es de suponer. Le tendí la mano. Entonces vi que se trataba de un joven de simpática figura, varonil, gallardo... Le invité a que viniera a verme.

JULIA. ¿Y no acudió a sus deseos?

ALEJAN. Le esperé inútilmente. Entonces hice que la policía le buscase hasta que la casualidad vino en mi auxilio. Supe que se hallaba recluido en las cárceles militares.

JULIA. ¿Y por qué causa le prendieron?

ALEJAN. Por espía.

JULIA. ¿Por espía?

ALEJAN. Le sorprendieron unos agentes secretos tomando un croquis del Palacio Imperial... ¿Vuelve el malestar de los nervios?

JULIA. Espere... espere un poco. *(Llamando con el timbre)*

ESCENA IX

Dichas y Estefanía por la izquierda.

JULIA. Estefanía. Tráeme el frasco del éter.

ESTEFANÍA. ¿Se ha puesto mala la señorita?

JULIA. No es nada. Corre.

(Vase Estefanía por la izquierda.)

ESCENA X

Julia y Alejandra

ALEJAN. Siento que mi relato...

JULIA. De ningún modo... Son achaques de estos malditos nervios... Vahídos... Nada en suma. ¿Cómo se llama?

ALEJAN. Ernesto Larriviere. Profesor de matemáticas. Daba lecciones en la calle de San Pedro.

ESCENA XI

Dichas y Estefanía con un frasco de éter

ESTEFANÍA. Aquí está.

JULIA. Ya no hace falta. Déjalo encima de la mesita.

ESTEFANÍA. Cuanto me alegro, señorita.

JULIA. Vete. (*Vase Estefanía*).

ESCENA XII

Julia y Alejandra

JULIA. ¿Y cómo es que el General no accede a los deseos de usted?

ALEJAN. Ya le he dicho. Se encasilla en que ese prisionero es un reo de Estado muy sospechoso. Aquí entra el objeto de mi visita. Antes de venir he vacilado mucho; pero al fin, viendo que se estrellaban mis ruegos en el carácter de hierro de mi padre he vencido todos mis escrúpulos y he fijado mi esperanza en la mujer que de tal modo ha sabido interesar su corazón. En usted confío Raquel. Interceda, por piedad, en favor de ese prisionero.

JULIA. Tranquilícese Alejandra. Le pondremos en libertad a toda costa. Se lo prometo. ¡Oh! ¡Gracias. Gracias!

ESCENA XIII

Dichas y Ujier por el foro

UJIER. Su Excelencia.

JULIA. ¡El General!

ALEJAN. ¡Mi padre!

JULIA. Venga a la habitación inmediata. Espere en ella el resultado. *(Alejandra, acompañada hasta la puerta por Julia, entran en el cuarto derecha. Luego Julia le dice al Ujier)*
Hazle entrar.

ESCENA XIV

Julia

¡Oh! Casualidad eres madre de la fortuna. Es preciso arrancarle a Gurben la orden de libertad,

ESCENA XV

Dicha y Gurben por el foro

JULIA. (Adelantándose para recibirle) ¡Oh, mi general!
Yo le creía muerto.

GURBEN. No, bella Raquel. Tengo la piel muy dura,
empleando una frase de soldado. ¡Pobre Príncipe!

JULIA. Yo también le compadezco.

GURBEN. Hay que ser generoso con el vencido.
Afortunadamente no fue mortal la herida como se creyó en
un principio. No tardará usted en verle de nuevo por aquí.

JULIA. ¿Arriesgaron la vida por aquel tiroteo de frases?

GURBEN. Estuvo muy inconveniente y agresivo.

JULIA. Lo estuvo. Rindo culto a la verdad.

GURBEN. Me complace sobremanera que usted lo
reconozca. Sentiría pasar a sus ojos como un espadachín de
oficio... Como un carácter débil, tampoco.

JULIA. ¡Oh! No. Débil jamás. Ya sé que Carlos Gurben es
un hombre serio y un General que no necesita ir a la Manchu-
ria, para acreditar su valor.

GURBEN. Preciosa Raquel. Sabe usted halagarme.

JULIA. Hoy la justicia que le hago, es interesada. No me
lo agradezca.

GURBEN. ¡Hola!

JULIA. Prepárese porque voy a ponerle a prueba

GURBEN. Tan grande es su interés?

JULIA. Mucho.

GURBEN. Ya espero la acometida.

JULIA. ¿Al asalto?

GURBEN. Al asalto.

JULIA. Atención. Si es cierto que siente por mí alguna simpatía...

GURBEN. Pasión; pasión ardiente.

JULIA. Pondrá en libertad sin pérdida de tiempo al prisionero Ernesto Larriviere, profesor de matemáticas.

GURBEN. ¿Al espía?

JULIA. Justo; al espía.

GURBEN. ¡Diablo! ¡Qué andanada!

JULIA. Allí sobre la mesa... Puede usted tomar un pliego de papel y extender la orden.

GURBEN. Poco a poco, Raquel... Se trata de un reo de mucha entidad.

JULIA. Mayor será mi agradecimiento.

GURBEN. Pero ese interés que demuestra por el prisionero. ¿A que móviles obedece?

JULIA. Lo sabrá luego.

GURBEN. Me pone usted en un gravísimo apuro, amiga mía.

JULIA. ¿No vale mi súplica?

GURBEN. Envuelta en la mirada de esos ojos no tiene precio... Sin embargo... Sin embargo...

JULIA. ¿Sabe usted de lo que es capaz una mujer agradecida?

GURBEN. Vamos a saberlo. Yo la amo a usted Raquel con delirio. A mi edad esto parece muy extraño, pero es así. La mirada de esos ojos me... me enloquece... Pues bien; favor por favor. A cambio de la libertad de ese prisionero, exijo que desde hoy ni el Príncipe ni nadie que venga por galanteos ponga los pies en este Hotel... Exijo además que el corazón de usted me pertenezca por completo; en una palabra, que sea usted mía, exclusivamente mía.

JULIA. ¡Que desencanto!

GURBEN. Le sobra talento para comprender que un hombre de mis condiciones no podrá venir a esta casa solo para hacer el cadete.

JULIA. ¿Pero sitiarme así... con tal premura? A estilo de soldado.

GURBEN. Lo siento por el pobre prisionero.

JULIA. ¿Luego no acepta?

GURBEN. En esa forma tan crítica no es posible. Bien está Raquel

(Levantándose)

JULIA. ¿Cómo? ¿Se va usted?

GURBEN. Sí. Porque acabo de sufrir un descalabro espantoso. Si a cambio de una merced que envuelve para mí un gran sacrificio no consigo realizar mis anhelos.

JULIA. ¿Qué esperanzas puede prometerme no mediando ningún interés de su parte? No se vaya. *(Acercándose a la mesa donde habrá recado de escribir).* Papel y pluma. Extienda la orden de libertad.

GURBEN. ¡Ah! ¡Raquel! *(Apoderándose de una mano de Julia)*

JULIA. Exijo un plazo.

GURBEN. ¿Qué plazo?

JULIA. Ya lo fijaremos así que obtenga su libertad el prisionero.

GURBEN. Hoy mismo.

JULIA. No.

GURBEN. Entonces...

JULIA. Transijamos... Mañana.

GURBEN. No quiero que me trate de exigente. Sea mañana.

(Toma asiento en la mesa y extiende la orden de libertad).

JULIA. ¿Será válida esa orden extendida con el papel sin timbre, despojada del carácter oficial?

GURBEN. Válida por completo. El carácter oficial se la da una clave. Una contraseña que va indicada al pie del escrito. Así es como se entiende conmigo el Coronel Alcaide. Tome usted.

ESCENA XVI

Dichos y Alejandra por la derecha

GURBEN. ¡Alejandra! (*Estupefacto*).

JULIA. La orden de libertad. (*Entregándole a Alejandra el escrito*)

ALEJAN. ¡Gracias Raquel! ¡Gracias papá!

(*Vase por el foro*)

ESCENA XVII

Julia. Gurben

GURBEN. No salgo de mi sorpresa. ¿Qué significa esto?

JULIA. Que ha caído en una emboscada. Al estilo de soldado, mi general.

GURBEN. ¿Cómo Alejandra se ha permitido venir a esta casa?

JULIA. Me ha visitado para obtener por este medio la libertad de ese Ernesto Larriviere.

GURBEN. Castigaré su audacia.

JULIA. (*Acercándose mucho*). La más razonable, amigo mío.

GURBEN. Me encantan sus ojos. Me fascinan sus miradas. Supongo que nuestro pacto ha quedado en pie.

JULIA. ¿Qué pacto?

GURBEN. ¿Lo ha olvidado? Traición. Revocaré por teléfono la orden.

JULIA. ¡Ah! No, no. ¡Por piedad!

GURBEN. Prenda por prenda.

JULIA. Mi querido Gurben. Usted no revocará esa orden.

GURBEN. Me fascina de nuevo. Esperaré a mañana.

JULIA. Bueno; mañana.

GURBEN. Sellemos nuestro pacto con un beso.

JULIA. Aquí está mi mano.

GURBEN. No; ha de ser en los labios. Se ha de estampar en coral y no en marfil.

JULIA. ¿En los labios? ¡Oh! No.

GURBEN. ¿Qué desapego es este Raquel?

JULIA. Hoy nada. Mañana todo.

GURBEN. Mucho le duele la prenda que le exijo. Me hace recordar el excesivo interés que se toma por la libertad del prisionero. En Alejandra se comprende; pero en usted no lo hallo justificado... ¿Le ama usted también?

JULIA. No General. Se equivoca de medio a medio. Mi corazón es libre. Ningún interés me une a ese Roberto.

GURBEN. ¡Roberto! ¿Ha dicho Roberto?

JULIA. Ernesto quise decir.

GURBEN. ¿Quién es Roberto?

JULIA. Que se yo.

GURBEN. ¡Ah! Sí. Ya caigo.

JULIA. ¿Quién es?

GURBEN. ¿No lo recuerda?

JULIA. No por cierto.

GURBEN. ¿No hicieron aquí comidilla de salón... No hablaron de un Roberto Padewski?

JULIA. Sí. Sí. Efectivamente.

GURBEN. ¿Por qué se turba usted?

JULIA. ¿Yo? ¿Yo? Por nada.

GURBEN. Hasta mañana Raquel.

JULIA. ¿Así tan de súbito?

GURBEN. Mi misión ha terminado.

JULIA. ¿Se despide sin darme el beso?

GURBEN. He mudado de propósito. Hoy nada. Mañana todo.

(Vase el General por el foro)

ESCENA XVIII

Julia

Gurben ha descubierto la verdad. ¡Desventurada de mí! ¿Cómo salió de mis labios el nombre de Roberto? Hay que atajar a esa fiera. Pero, cómo. ¿Cómo? Matándolo.

(Va al foro y llama) ¡Gabriel! ¡Gabriel!

ESCENA XIX

Dicha y Ujier por el foro

UJIER. ¿Qué manda la señorita?

JULIA. Alcanza al General y dile que venga; que aquí le espero.

UJIER. Al punto.

ESCENA XX

Julia. Sacando de una cómoda un puñal

Con este puñal... No hay otro remedio. Es preciso matarle. Se anticipó la hora del castigo. Muera el asesino de mi hermana. ¡Caiga el tirano del pueblo! ¡Perezca el sanguinario enemigo de la libertad!

ESCENA XXI

Dicha y Ujier por el foro

JULIA. ¿No le alcanzaste?

UJIER. El General me ha dicho que no puede complacerla. Que espere a mañana.

JULIA. Vete.

(Vase el Ujier)

ESCENA XXII

Julia

¡Oh, desesperación! ¡Oh, fatalidad! ¡Roberto! ¡Hermano de mi alma! ¡Yo te he perdido!

(Se deja caer desesperadamente en un sofá)

MUTACIÓN

CUADRO IX

Telón corto de calle. A la izquierda una fachada como de un pequeño cuartel de policía

ESCENA PRIMERA

Policías 1 y 2 saliendo del cuartelillo

POLICÍA 2. Nada, Patrik, aquí no ocurre nada.

POLICÍA 1. San Petersburgo, parece una balsa de aceite.

POLICÍA 2. Y el Teniente...

POLICÍA 1. Hoy tiene un humor de los diablos.

POLICÍA 2. Eso iba a decirte. Se fue con una cara de vinagre, que metía miedo.

POLICÍA 1. Yo quise hablarle y no quiso oírme.

POLICÍA 2. Algún mal bicho le escarabajea por dentro.

POLICÍA 1. Lo malo que él tiene es que no encuentra a su hijo Roberto, como él dice. Ayer tarde advertí que decía entre dientes: «Meterse a policía para esto». ¡Cuernos de Satanás!

POLICÍA 2. Esto me huele a catástrofe.

POLICÍA 1. Y a mí, también.

POLICÍA 2. La otra noche le transmití el aviso de que el General quería hablarle, y también dijo entre dientes: «El General. ¡El General! Ya me van entrando ganas, de agarrarle por el pescuezo.» Y se fue a tomar órdenes echando pestes.

POLICÍA 1. Ahí viene.

ESCENA II

Dichos y Kurok por la derecha.

KUROK. Qué ocurre?

POLICÍA 1. Sin novedad, mi teniente.

KUROK. Mal rayo nos parta a todos. El pueblo se divierte, ¿no es verdad?

POLICÍA 2. Sí, señor.

POLICÍA 1. No se ven más que bailes y Music Halls por todas partes.

KUROK. Eso es ignominioso. Un pueblo oprimido. sólo debiera bailar con música de cañón y fusilería. ¡Rayos de Dios!

POLICÍA 2. A mí se me cae el alma; y paso de largo por no ver tales espectáculos.

KUROK. Y tú Patrik. ¿Has cumplido mi encargo?

POLICÍA 1. Sí, señor.

KUROK. ¿Cuántos cartuchos de dinamita hay disponibles?

POLICÍA 1. Catorce. Los mismos que dejamos ocultos en la cueva.

POLICÍA 2. Habrá sarao, mi teniente.

KUROK. Prepárate por si acaso tienes que volar tú también.

POLICÍA 2. Ya estoy preparado.

KUROK. Volaremos todos probablemente. Desde que ha desaparecido Roberto, para mi la vida es un andrajo y ya tengo ganas de sacudirlo.

POLICÍA 2. Se ha sabido que...

KUROK. El gusano que llevo aquí dentro se está comiendo todas mis esperanzas. Pensamientos buenos ya no tengo ninguno.

POLICÍA 2. ¿No se habrá Roberto ausentado de San Petersburgo?

KUROK. ¿Sin despedirse de su padre? No se como no te propino una paliza... A Roberto le han matado, pero de mala manera. En la sombra y el misterio. Como se hace con los bandidos de la peor catadura. Con valentía por su parte. Eso

sí, le conozco muy bien. Qué centellas me suben a la cabeza pensando en los esbirros que le habrán matado. ¡Con qué gusto me hubiera presentado de súbito para agarrarles del cuello! ¡Alto miserables!

(Maquinalmente con cada mano coge a los dos policías del cuello).

POLICÍA 1. Suelte.

POLICÍA 1. ¡Qué me ahoga!

KUROK. Esto no es nada. Sois más blandos que la manteca.

POLICIA 2. Por allí viene el Ayudante del General.

KUROK. Idos con viento fresco, pero al alcance de mi voz, por si acaso.

(Vanse los dos policías por la izquierda).

ESCENA III

Dicho, Ayudante por la derecha.

AYUDANTE. Me alegro de hallarle.

KUROK. Aquí me tiene.

AYUDANTE. Este pliego de su Excelencia.

KUROK. Veamos.

AYUDANTE. El general me encarga que le recomiende a usted de viva voz la más completa reserva en el cumplimiento de las órdenes que le transmite. Se trata de una comisión del servicio que debe ser ejecutada sin pérdida de momento.

KUROK. Enterado.

AYUDANTE. Quede usted con Dios.

(Vase por la derecha)

ESCENA IV

Kurok (leyendo)

«Así que llegue este pliego a sus manos y se entere de su contenido, tomará un coche y con los individuos a sus órdenes que considere necesarios se dirigirá a las afueras de

San Petersburgo. A un kilómetro del extremo de la calle de San Pedro, hallará un hotel aislado en medio de corpulentos árboles donde habita Raquel de Schumman. Apodérese de su persona y condúzcala a las prisiones como reo de Estado. Luego venga a recibir nuevas instrucciones.» ¿Quién será esta Raquel? La orden no puede ser más urgente. Heme aquí convertido en instrumento de ese déspota. ¿Y para esto me he cortado yo la barba? ¡Cuernos de Lucifer!

(Se aproxima a la izquierda y hace señas a los policías)

ESCENA V

Dicho y Policías 1 y 2 por la izquierda.

KUROK. *Venid, amigos. Vamos a tomar un coche.*

POLICÍA 1. ¿Qué hay mi teniente?

KUROK. Cartuchos de dinamita.

(Vanse los tres por la derecha)

MUTACIÓN

CUADRO X

Decoración del Cuadro Octavo en el Hotel de Julia

ESCENA PRIMERA

Julia y Guillermo

JULIA. Se reunieron muchas cosas a la vez. La emoción que experimenté al saber que nuestro hermano se hallaba prisionero. La resistencia que tuve que oponer a los deseos de Gurben. Demostré demasiado interés para obtener la libertad del prisionero. Estaba tan nerviosa que no era dueña de mí. Por último, la equivocación fatal... Salir de mis labios el nombre de Roberto y sospechar Gurben, la verdad, fue obra de un instante... Estamos perdidos. Guillermo, estamos perdidos.

GUILL. Modera tu exaltación, hermana. Acaso exageras.

JULIA. No, Guillermo. Corremos uno de los más graves peligros de nuestra vida.

GUILL. *Serenidad, Julia, serenidad. Crees tú que Alejandra, no...*

JULIA. No logrará su objeto. El General revocará la orden.

GUILL. Esto es más grave.

JULIA. ¿Qué hacemos? ¿Qué hora es?

GUILL. Las seis. (Consultando su reloj).

JULIA. ¿No sale a las siete el rápido para Alemania? Aún hay tiempo.

GUILL. ¿Dejando a nuestro hermano en la cárcel a merced de ese monstruo?

Julia. Tienes razón. Estoy loca. No sé lo que digo. Me había olvidado de Roberto.

GUILL. En estos casos debe dirigir el juicio más sereno.

JULIA. Bien, dirige. Dispón lo que te parezca mejor.

GUILL. ¿Dijiste que Alejandra se ha enamorado de Roberto?

Julia. Sí.

GUILL. Por este lado ya tenemos un gran elemento de defensa. Por desnaturalizado que sea Gurben...

JULIA. Ese hombre no siente cariño por nadie.

GUILL. Se trata de su hija.

Julia. Es un monstruo.

GUILL. Pero, es su padre... Además. Roberto es el salvador de Alejandra.

Julia. Sí. Sí. Tienes razón.

GUILL. Debemos tomar apoyo en esa circunstancia favorable. Lo más grave sería que...

JULIA. Acaba.

GUILL. Que Gurben haya sospechado que tú no eres Raquel de Schumman sino Julia Padewski.

JULIA. Qué se yo. Las ideas oscilan en mi mente; no tengo ningún pensamiento fijo. Si es así, procura averiguarlo.

GUILL. ¿Y cómo?

JULIA. Este es el peligro.

GUILL. ¿En qué te fundas?

JULIA. En que Gurben obra despóticamente merced a las fuerzas de que dispone. Vienes a parar a lo mismo. Eso es lo que yo temo, precisamente. Que dicte contra mí un auto de prisión.

GUILL. *¿No pudiste fascinarle?*

JULIA. Me repugna. Quería poner sus labios en los míos... Se lo hubiera consentido al hombre más bajo; más ruin y miserable... A él no... pero así y todo, cuando comprendí que la sospecha fluctuaba en su mente, me decidí... Ya era tarde... No aceptó... Le llamé...

GUILL. *¿Le llamaste?*

JULIA. Sí; no para depositar el beso en sus labios. Le llamé para matarle. Le esperé armada la diestra con un puñal... pero no vino... no vino.

GUILL. *Huir... Ocultarnos sin salir de San Petersburgo... Esto fuera lo mejor.*

JULIA. *Creo lo mismo.*

GUILL. Parado el primer golpe...

JULIA. Eso. Eso. Vayamos a hospedarnos a un hotel.

GUILL. Seríamos descubiertos.

JULIA. ¡Ah! Que idea tan luminosa... Nos hemos salvado.

GUILL. Se ha iluminado tu rostro.

JULIA. A tí nadie te conoce.

GUILL. No.

JULIA. Contra ti no se pondrá en movimiento la policía. El peligro soy yo. Vete tú solo a un hotel.

GUILL. ¿Pero y tú?

JULIA. Con el Príncipe Fernando.

GUILL. ¡Ah! Sí. Esta es la solución. Manos a la obra.

(Toca un timbre)

ESCENA II

Dichos y Estefanía por la izquierda

ESTEFANÍA. ¿Llama?

GUILL. Listo el coche.

ESTEFANÍA. Al punto.

GUILL. Ven luego con Gabriel. A la carrera.

(Vase Estefanía por el foro)

ESCENA III

Guillermo y Julia

GUILL. Toma todas las alhajas de valor.

JULIA. Sí. Sí. En un bolso de mano. *(Abre un secreter, todo con gran precipitación y ejecuta lo indicado).*

Guill. Sólo las joyas. Deja lo demás.

JULIA. ¿Y el dinero?

GUILE. Lo llevo en mi cartera.

JULIA. ¿Cheques? ¿Billetes?

GUILLE. Todo; todo. No te preocupes.

JULIA. ¿Has oído? Ruido de un coche.

GUILLE. Ha parado aquí.

JULIA. ¿Quién puede visitarnos a estas horas? Casi al
obscurer. Es extraño.

ESCENA IV

Dichos y Estefanía muy agitada por el foro.

ESTEFANIA. La policía, señor. La policía.

GUILL. ¡¡Maldición! I

JULIA. Todo se ha perdido.

GUILL. ¿Cuántos vienen?

ESTEFANÍA. Uno que parece el jefe y otros dos.

GUILL. Corre. Detenles todo el tiempo que sea posible.

ESTEFANÍA. ¡Ay, Dios mío!

(Vase por el foro)

ESCENA V

Guillermo Y Julia

JULIA. Vienen a prendernos.

GUILL. El hotel está aislado... Vienen tres hombres solamente. Saca tus pistolas.

JULIA. Te comprendo. *(Precipitadamente abre una cómoda, y saca dos pistolas de una caja).*

GUILL. Cerraremos esta puerta. Yo tengo ya mi revolver.

JULIA. *(Sacando su revólver).* ¡A morir, Guillermo!

GUILL. Alguien irá por delante.

JULIA. Si ves que no hay otro remedio, mátame, antes de que me hagan prisionera.

GUILL. Ya lo veremos eso. Calma y buena puntería. Resucita en mí el Capitán de Granaderos. *(Se oyen dos grandes golpes dados a la puerta del foro, desde dentro).* ¿Quién va?

KUROK. Paso a la policía.

(Dentro)

GUILL. A ver si hacemos carne al través de la puerta. ¡Fuego! (Julia y Guillermo disparan contra la puerta de Espaldas al público).

KUROK. *(Dentro, en alta voz) No viertan sangre inútilmente. Ríndanse a prisión si quieren conservar la vida. ¿Oyes Julia? Esa voz...*

JULIA. Esa voz...

GUILL. ¡Qué rayo de esperanza! *(Vase al foro y abre la puerta diciendo)* Adelante.

ESCENA FINAL

Aparecen por el foro kurok y policías 1 y 2, armados de revólver y apuntando con ellos.

KIROK. ¿Qué miro? ¡Julia! ¡Guillermo!

JULIA. ¡Kurok! .

KUROK. ¡A mis brazos! *(Se abrazan)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO XI

La cárcel de Roberto

ESCENA PRIMERA

Aparece Roberto atado a la argolla

No importa que el dolor vaya extenuando mis fuerzas. Otro es el dolor que llevo en el alma... Acude a ella el recuerdo de tantos mártires como habrán sufrido iguales tormentos. Que haya uno más... Nada importa. El caso fuera que con mi martirio se cerrase la lista... Que la razón del hombre se hiciera superior a estas vergüenzas. Menester fuera que se sublevare la conciencia de la Humanidad. Ya es preciso que ésta vibre y que se descargue de sus oscuras crueldades y negros despotismos. No importa que yo muera con las

angustias del alma y los desmayos de la carne... Amanezca la Aurora feliz que ha de alumbrar al venturoso día... Confúndase la gran familia humana en un abrazo fraternal... Terminen sus odios... Acábense las guerras... Conviértase el mundo en el hogar de todos con una sola aspiración... El amor y la ciencia. ¡La paz y el trabajo!

ESCENA II

Dicho, Alejandra y Calaboceros

ALEJAN. ¡Qué horror! Atado como una fiera. Soltadle. Soltadle al punto. *(Los Calaboceros cumplen el mandato)*. Idos de mi presencia.

(Vanse los Calaboceros)

ESCENA III

Alejandra y Roberto

ALEJANDRA. Perdona a tus verdugos.

ROBERTO. ¿Vienes como sombra o como luz?

ALEJANDRA. Como rosada aurora... Ya eres libre.

ROBERTO. ¿Yo libre? No es posible.

ALEJAN. Aquí está la orden de libertad. Mira.

ROBERTO. Debe engañarte el deseo.

ALEJAN. Cerciórate por ti mismo.

ROBERTO. A ver. (*Lee aproximando la linterna.*) Ciertamente. Aquí se da la orden al Alcaide. ¿Quién firma? ¿Gurben? ¡Gurben!

ALEJAN. ¡Mi padre!

ROBERTO. ¡Tu padre! ¿Eres la hija del General Gurben?

ALEJAN. ¿Acaso desvarías? ¿No me has reconocido? Tienes el rostro pálido. Te han hecho sufrir... ¡Miserables! ¡Miserables!

ROBERTO. Los perdono Alejandra.

ALEJAN. Regocíjate. Piensa sólo en la nueva feliz que traigo, ¡Piensa sólo en tu libertad!

ROBERTO. Ya veo que eres tú... mi ángel bueno, ¡Mi Alejandra!

ALEJAN. No perdamos tiempo. Sígueme. En la puerta de la cárcel espera mi coche. Vamos a respirar el aire puro de la calle; ¡el ambiente sano de la libertad!

ROBERTO. ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Mágica palabra!... Sí. Sí... Rómpase el pasado imán que me tiene atado a estas sombras. Vamos, Alejandra, vamos.

ESCENA IV

Al ir a hacer mutis por la derecha, Alejandra y Roberto, aparece interponiéndose el Alcaide Coronel.

ALCAIDE. ¡Alto! No pueden salir. Siento mucho lo que ocurre, señorita.

ALEJAN. ¿Qué ocurre?

ALCAIDE. Acabo de recibir por teléfono un aviso de su padre el General. Me dice que viene al punto y que le espere usted.

ALEJANDRA. No importa. Salgamos de aquí.

ALCAIDE. No, señorita. He recibido contraorden. El prisionero queda retenido en su cárcel. Lo siento mucho.

ESCENA V

Roberto y Alejandra

ROBERTO. *(Dejándose caer en un banco prorrumpiendo en una prolongada y estridente carcajada.)* ¡Ja! Ja! Ja!

ALEJAN. ¡Dios mío!

ROBERTO. *(Sarcásticamente).* Vamos, Alejandra, vamos a respirar el aire puro de la calle. El ambiente sano de la libertad. Ja... ja... ja.

ALEJAN. ¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Amor de mi alma!

ROBERTO. No digas amor de tu alma. Debes decir, veneno de tu vida. Muerte de tu felicidad.

ALEJAN. Jamás pronunciaré esas palabras porque nunca daré abrigo a tales pensamientos. Cuanto más desgraciado te contemplo más grande se hace mi cariño. Si tus ojos me han de dar la muerte... ¡Moriré! Si el beso de tus labios ha de envenenarme... ¡Bésame!

(Roberto levántase cogiendo de la mano a Alejandra atrayéndola hacia sí en un arranque.)

ALEJAN. Sí.

ROBERTO. (*Reaccionando, separándose de Alejandra.*)
Pobrecilla... Sálvate tú... Separémonos.

ALEJAN. No. No saldré de esta cárcel. Mi padre tendrá que sacarme de ella apelando a la fuerza de sus soldados. Quisiera odiarle... pero no puedo... Quisiera maldecirle; pero recuerdo al punto que es mi padre.

ROBERTO. Te admiro Alejandra.

ALEJAN. Corre su sangre por mis venas.

ROBERTO. ¡ Ah! Sí. Tú me haces memoria. ¡Maldición!

ALEJAN. Ha salido un rayo obscuro de tus ojos. Tú sí que le odias.

ROBERTO. Es el Tirano del pueblo. Su corazón está seco como rama abrasada por el calor del estío. Hasta él no llegan las fuentes de la ternura... No esperes misericordia de tu padre. Y si tú que eres la luz de su negro corazón no la obtienes... ¿Cómo quieres, desdichada, que la obtenga yo que soy su encono y su pesadilla? Vete... Abandóname al destino. Troncha la flor de tus ilusiones.

ALEJANDRA. ¡Ay, de mí! *(Déjase caer en el banco que antes ocupara Roberto).*

ROBERTO. ¡Nuevos sollozos! ¡Cárcel maldita! ¡Cómo te nutres con los dolores del alma! (Pausa. Acercándose a Alejandra.) Por no verte sufrir... Si ahora me hallase al borde del precipicio y viese llegar en desenfrenada carrera los caballos de tu coche...

ALEJAN. *(Levantándose y abrazándose a Roberto.)* ¿Qué vas a decir? ¿Me dejarías rodar al fondo del barranco? No lo digas en alta voz. Dímelo al oído. Mátame pero en voz baja. Muy quedo. Muy quedo.

ROBERTO. No.

ALEJAN. ¿Me salvarías de nuevo?

ROBERTO. Sí. Volvería a ser tu salvador. *(Se separa de nuevo.)*

ALEJAN. ¿Separándote de mí? ¿Quién te arranca de mis brazos?

ROBERTO. *(Cogiéndola de la mano y conduciéndola al foro.)* Ven. Mira al fondo de aquella sala... ¿Qué ves?

ALEJAN. Una rueda y unos garifos.

ROBERTO. Esos son los que me arrancan de tus brazos.

ALEJAN. ¡Horror! ¿Te han dado tormento?

ROBERTO. Otro fue el cuerpo despedazado... pero yo siento el dolor de las heridas.

ALEJAN. Si estás dolorido, ¿por qué no te con fías a tu Alejandra? ¿Por qué no me haces mirar también al fondo de tu alma?

ROBERTO. Porque verías como se mueve aquella rueda despedazando el cuerpo de una imagen... Ya lo sabes todo.

ALEJAN. Sólo sé que eres un misterio.

ROBERTO. Espera a que venga tu padre... Puede ser que él lo descubra.

ALEJAN. ¿Dices que mi padre?...

ROBERTO. Basta. Pongamos término a estas agitaciones del espíritu. Recupera tu asiento.

ALEJAN. Como quieras. *(Tomando asiento)*. ¡No hay esperanza!

(Gran pausa)

ROBERTO. (Es hermosa como un ángel. Le dio la Venus. sus perfiles de estatua. ¡Arde en sus ojos la llama del amor! Deben tener sus labios la frescura de la rosa. Esa mujer es la primera ilusión de mi vida. Acaso es ya la última. Acaso me espera la muerte y viene Alejandra para ofrecerme la dicha postrera.) *(Acerrándose a ella)*. ¡Alejandra!

ALEJANDRA. ¿Qué?

ROBERTO. ¡Te amo!

ALEJAN. ¡Ah! ¡ Por fin!

Levantándose. Se abrazan muy íntimamente).

ROBERTO. Tu cuerpo me parece el de una azucena. Tus cabellos me acarician. Se engarza mi alma en sus hebras de seda...

ALEJANDRA. ¿Qué quieres de tu Alejandra?

ROBERTO. La dicha tiene su altar, pero es de flores. Aquí no hay más que sombras.

ALEJAN. Manantiales de luz ya son tus ojos.

ROBERTO. ¿No te asusta esta cárcel sombría?

ALEJAN. No.

ROBERTO. ¿Quieres que se junten nuestras almas? ¿Qué palpiten unidos nuestros corazones?

ALEJAN. Sí.

ROBERTO. Ya es tarde... Ya llegan. (*Acercándole para escuchar a la puerta.*)

ALEJAN. No. No vienen todavía.

ROBERTO. Sí. Alejandra... Oigo ruido de pasos. De sables que se desnudan. Crujido de espuelas. Es tu padre que viene a desgarrar con ellas nuestras horas de amor. Nuestras horas de felicidad.

ALEJAN. Triste.

ESCENA VI

Dicbos, Gurben seguido de Kurok, Policías 1 y 2 por la derecha.

El General viene de capole blanco. Kurok y los policías llevan cada cual el suyo con las vueltas del cuello levantadas cubriéndoles la mitad del rostro. Traen los sables desenvainados. Toman posición junto a la puerta y

permanecen inmóviles y rígidos como estatuas contemplando la escena).

ROBERTO. Gurben.

ALEJAN. Padre; has faltado a tu palabra.

GURBEN. Alejandra. Vengo en persona para arrancar la venda que el amor ha puesto en tus ojos (Pausa). Ernesto Larriviere; voy a dirigirte una acusación, pero es de tal índole que no admite más disyuntiva que la libertad o la muerte. Me bastará mirarle al rostro para saber a qué atenerme... Si me equivoco fácil le será desvanecer mis sospechas...

ROBERTO. Basta de preámbulos. Venga esa acusación.

GURBEN. Usted no es Ernesto Larriviere. Usted es Roberto Padewski.

ALEJAN. Defiéndete... ¡Desvanece las sospechas de mi padre!

ROBERTO. Ya me he cansado de fingir.... Ya no podría hacerlo. Sí. Yo soy Roberto Pa dewski.

ALEJAN. ¡Jesús!

GURBEN. No me he equivocado. Avergüénzate hija mía. por haber puesto los ojos en un hombre que es indigno de ti.

ROBERTO. Alejandra. ¿Qué dices tú a eso? ¿Soy yo tan indigno como tu padre afirma? Denígrame tú también. Hacedme entre todos vil y miserable. Cubridme de ignominia. Arrojadme al cieno como un harapo. Tratad de obscurecer hasta el resplandor que arde en mi cerebro... Todos contra mí. No importa. Yo contra todos.

ALEJAN. No. No me avergüenzo padre... Antes le amaba como Ernesto Larriviere. Ahora resulta que es Roberto Padewski... Pues bien; ahora le quiero más todavía. A tus brazos voy Roberto.

GURBEN. ¿Así manchas tu noble alcurnia? Arroja al cieno lo que es tuyo. Lo que no puedo arrebatarte; juventud y hermosura, pero no manches el apellido que llevas porque no te pertenece.

ALEJAN. Para ti el apellido. Para mí. Roberto.

GURBEN. Teniente Trepoff. Arranque a mi hija de los brazos de ese hombre. *(Pausa)*

ALEJAN. Me arrancaréis la vida, pero no el alma. Atreveos a tocar mi cuerpo. Miserables.

(Kurok y los policías permanecen inmóviles sin obedecer la orden).

GURBEN. ¿Permanecen inmóviles? ¿No obedecen mi orden? ¿Tan monstruosa es la acción que mando ejecutar,

que rompe hasta los lazos de la disciplina? ¡Ah! Ya comprendo. Al cabo soy su padre. Revoco el mandato. Alejandra, sepárate de los brazos de ese infame.

ROBERTO. ¡Ira de Dios! Aparta. Alejandra, pero escucha. Vas a saber donde está la infamia. Nada dije hasta ahora, por no herir tus sentimientos filiales. Ese hombre a quien no odias porque te ha dado el ser. Ese hombre a quien no maldices porque es tu padre... Ese déspota cruel y sanguinario. ha sido el verdugo de mi hermana Beatriz.

ALEJAN. ¡¡Oh!! *(Cubriéndose el rostro con las manos)*.

ROBERTO. Era joven y hermosa como tú. Tierna como un capullo de rosa... Pura como una azucena. Allí mismo, en el interior de aquella sala, fue su cuerpo despedazado. Esa era la imagen acusadora que se interponía entre tu amor y el mío.

ALEJAN. ¡Qué horror!

GURBEN. (¡Mal rayo!)

ROBERTO. El infame eres tú, Gurben. El noble soy yo... Yo llevo la cruz acuestas... Para ti el prestigio del déspota... para mí la gloria del libertador. Yo soy luz. tú eres sombra. Yo llevo una idea humana en el cerebro. Tú llevas una horca en la conciencia.

GURBEN. Basta. Basta.

ROBERTO. La única luz de tu negro corazón, era tu hija y mira si eres infame que matarás también a tu hija.

GURBEN. Teniente Trepoff.

ALEJAN. Basta. Sí. Padre. Cierto es que me matas. Mira.

(Saca un puñal que lleva oculto, y rápidamente se lo clava en el pecho. Cae muerta al pie de la puerta de la sala del foro.)

GURBEN. ¡Alejandra! ¡Hija mía! *(Se acerca a su hija)*. ¡¡Se ha matado!!

ROBERTO. Libertad, me has arrebatado a los seres más queridos. Ahora cae Alejandra sacrificada al pie de tus altares... Arráncame también el corazón. ¡Acaba tu obra, Libertad!

GURBEN. Roberto Padewski. Por ti se ha matado mi hija. Me has inferido el más grande de los dolores... Vas a ser castigado como mereces. Teniente Trepoff. Llévelo donde le tengo recomendado, y cumpla rigurosamente mis órdenes.

ROBERTO. Ya sé que voy a la muerte. Lo indica la satisfacción satánica que noto en tu semblante. No importa. Roberto Padewski sabe morir. Adiós. Alejandra... Adiós, amor de mi vida. Gurben. Asesino de Beatriz... ¡Verdugo de mi raza! ¡Te des precio! Vamos.

(Extendiendo el brazo vigorosamente, indicando la puerta de salida. Hace mutis y le siguen Kurok y los dos policías).

ESCENA VII

Gurben

¡Alejandra! ¡Alejandra! Ese malvado se apoderó de tu voluntad. La ceguera del amor te ha conducido a la muerte. ¿Será esto una expiación? ¿Será un castigo? Has matado a la madre; no mates también a la hija... Eso me dijo Alejandra... Y ahora me dice Roberto que llevo una horca en la conciencia. No. No. Esto son debilidades del espíritu... Preocupaciones indignas de mi carácter... La Autoridad debe imponerse en todos los actos de la vida. Ya he vencido. Ya he dominado mis ruines flaquezas. Voy a dar órdenes.

(Al salir observa que la puerta está cerrada)

¿Cómo? ¿Cerrada la puerta? ¡Teniente Trepoff! ¡Teniente Trepoff! No me oye... Me dejó encerrado... Aquí. Aquí con el cadáver de mi hija. ¡Maldición! Esta es mi horca. ¡Quiero huir de estas sombras! ¡Por aquí!... ¡Horror! La sala del tormento. No hay salida. Ábrete, puerta. *(Golpea la puerta derecha)*

Necesito respirar el aire libre... Aquí me ahogo. ¡Libertad!
¡Libertad!

MUTACIÓN

CUADRO XII

Telón corto de selva. Es de noche

ESCENA PRIMERA

Aparece por la izquierda Kurok A este sigue Roberto atado por la espalda con una cuerda que coge por el extremo el Policía 1, acompañado del 2.

KUROK. (Al llegar al medio de la escena). Alto.

ROBERTO. Por lo visto ya hemos llegado al lugar de la ejecución. *(Acercándose a los policías en voz baja)*. Quitadme la vida con golpe certero. No me hagan padecer.

KUROK. Idos en seguida a cumplimentar mis órdenes.

POLICIA 1. A escape.

(Vanse los dos policías por la izquierda)

ESCENA II

Roberto y Kurok

ROBERTO. (Que quedó sin moverse cara a la derecha esperando la muerte).

¡Madre! ¡Guillermo! ¡Julia! ¡Adiós para siempre!

(Kurok sin decir palabra desata la cuerda.)

¿Desata mis ligaduras? ¿Y los otros han desaparecido? ¿Me deja libre?

¿Quiere explicarme lo que esto significa? ¿Se ha vuelto mudo? ¿Qué le pasa a usted?

KUROK. ¿No me reconoces?

(Bajando las vueltas del cuello del capote.)

ROBERTO. Cómo. ¿Esa voz?...

KUROK. Mírame bien.

ROBERTO. ¡Bondad divina! No. No me atrevo a dar crédito a lo que ven mis ojos. A mis brazos, hombre, a mis brazos. ¡Kurok!

(Se abrazan.)

KUROK. ¡Gracias a Dios!

ROBERTO. ¿Qué es esto? ¿Kurok?

KUROK. Eso es, que ya te tengo en mi poder y no te suelto pese a tres regimientos de cosacos.

ROBERTO. ¿Y este uniforme?

KUROK. Teniente real y efectivo.

ROBERTO. ¿Tú, Kurok, tú?

KUROK. No te asombres tanto. Deja alguna sorpresa para luego. Vas a ver a tus hermanos Julia y Guillermo, en este mismo sitio.

ROBERTO. ¿Es posible?

KUROK. Y tan posible; pero antes de que vengan, atrás volvamos. Conviene sepas algo de lo que ha ocurrido para no

perder luego el tiempo en explicaciones. Si interín vienen Julia y Guillermo, que esperen un poco.

ROBERTO. ¿No es esto un sueño?

KUROK. ¿Así estamos todavía?

ROBERTO. ¡Kurok! *(Abrazándole de nuevo)*

KUROK. Aprieta cuanto quieras. A ver si tienes fuerza para hacer de dos corazones uno solo.

(Medio abrazados vanse por la izquierda)

CENTINELA (Dentro a distancia) ¡Centinela, alerta!
(Más lejos). Alerta... Alerta...

ESCENA III

Aparecen por la derecha Julia y Guillermo

GUILL. Ya hemos llegado.

JULIA ¿Es aquí donde dijo Kurok?

GUILL. Aquí es. Conozco el sitio. Fíjate en aquellas luces que flamean al través de los árboles.

JULIA. Ya me fijo.

GUILL. Y en aquel torreón que se alza en sombra como un fantasma.

JULIA. ¿Aquélla de la cárcel?

GUILL. Sí.

JULIA. ¿Tardará Kurok en venir con nuestro hermano?

GUILL. Dependerá de las circunstancias.

JULIA. ¿Nada te ha dicho? ¿No conoces plan?

GUILL. Esta será nuestra noche gloriosa, me dijo... Haremos copo redondo. Roberto será libertado y Gurben ocupará su puesto... Después la expiación. El castigo que el déspota merece.

JULIA. Calla. Fíjate. Viene hacia aquí una sombra.

GUILL. Debe ser Kurok.

JULIA. La sombra avanza.

GUILL. Kurok. *(Adelantándose hacia la izquierda.)*

ESCENA IV

Dichos y Kurok por la izquierda.

KUROK. Aquí estoy.

JULIA. ¿Nuestro hermano? (Con mucha ansiedad)

GUILL. Y Roberto?

KUROK. No hablen alto. Bajen la voz que pudieran oír los centinelas avanzados.

GUILL. ¿Qué ha ocurrido, Kurok?

KUROK. Calmen su afán. Todo ha salido a pedir de boca. Roberto está muy cerca. Yo me he adelantado para recomendarles la prudencia... Cuando venga a sus brazos nada de gritos y exclamaciones... Que sólo se oigan los latidos que da el corazón.

JULIA. Sí. Sí. Pero que venga pronto.

GUILL. Pronto. Kurok.

KUROK. Esperen un momento.

(Vase por la izquierda)

ESCENA V

Julia. Guillermo

GUILL. Vamos a verle, Julia... Un sueño me parece tanta dicha.

JULIA. Ciertó que parece un sueño.

GUILL. ¡Si pudiera verle nuestra madre! ¡Pobre madre!

JULIA. Ahí viene.

ESCENA VI

Dichos y Roberto por la izquierda seguido de Kurok.

(Roberto se abraza a su hermana sin decir palabra. Estos le reciben en la misma forma).

KUROK. (Estas son las escenas que ablandan el corazón. Aquí quiero ver yo a los hombres.)

JULIA. ¡Roberto!

GUILL. ¡Hermano!

KUROK. Así a media voz. Desahóguense cuanto quieran.

ROBERTO. Ya sé que ha muerto nuestra madre.

JULIA. Murió con los ojos puestos en el camino por donde esperaba que viniese su hijo.

ROBERTO. ¡Madre de mi vida! Alejandra también ha muerto.

JULIA. ¡Cómo!

ROBERTO. En presencia de su padre... sacó un puñal que llevaba oculto, y se lo clavó en el pecho.

JULIA. ¡Infeliz!

ROBERTO. Mi corazón está destrozado.

GUILL. Reliquias somos de la familia Padewski. Endulzaremos tus penas, hermano mío.

ROBERTO. Kurok, qué hacemos.

KUOK. Falta lo principal.

ROBERTO. ¿A quién esperamos?

KUOK. A nuestros compañeros Patrik y Roldoff... No deben tardar mucho. Tened fe en mi justicia.

ROBERTO. ¿Y luego dónde vamos? ¿Donde nos esconderemos?

KUOK. A nuestras antiguas madrigueras. Nos sepultaremos en vida.

GUILL. Julia... Comunícanos tu proyecto.

JULIA. Dinos, Kurok. ¿Las órdenes que recibiste para prendernos, fueron secretas?

KUOK. Sí.

JULIA ¿Nadie las conoce?

KUOK. Gurben no ha comunicado a ningún otro su pensamiento. Ya le dije que al ir al hotel habían ya desaparecido sus moradores... Entonces me mandó que si se confirmaban sus sospechas matase secretamente a Roberto y le enterrase en un campo desierto... Sólo Gurben y yo conocemos estos siniestros planes.

JULIA. Siendo así, nos hemos salvado.

ROBERTO. ¿Qué dices Julia?

JULIA. Ya tenemos refugio.

ROBERTO. ¿Dónde?

JULIA. En mi propio hotel.

KUROK. *(Dándose una palmada en la frente)*. Es verdad. Cada vez me hago más torpe.

ROBERTO. ¿Podemos allí ocultarnos?

GUILL. Con toda impunidad.

ROBERTO. ¿Y la servidumbre?

JULIA. Estefanía, una muchacha que daría su vida por mí, y sus dos hermanos Luis y Gabriel. Han venido de Alemania con nosotros. Respondo de su lealtad.

GUILL. Es un hotel aislado completamente, en las afueras de San Petersburgo.

ROBERTO. Reanimáis mi espíritu. Allí podemos establecer nuestro cuartel general. Naturalmente.

KUROK. Y seguir nuestra campaña.

JULIA. Es claro.

GUILL. El lugar es apropiado.

KUROK. Lo fortificaremos por dentro. Nos armeramos hasta los dientes.

ROBERTO. Lo convertiremos en baluarte de la libertad.

J y G. ¡Viva!

KUROK. Soberbio.

(Lejos, un gran estruendo como el que produjera la voladura de un torreón por medio de la dinamita).

ROBERTO. ¿Qué estruendo es ese?

GUILL. ¿Qué habrá sido eso?

KUROK. Ya se ha consumado la justicia. Siguiendo mis instrucciones Patrik y Roldoff han volado el torreón maldito... La piedra cayó sobre la piedra. El déspota habrá perecido entre los escombros.

JULIA. ¡Justicia!

KUROK. ¡Justicia!

GUILL. Aquí vienen nuestros compañeros.

ESCENA FINAL

Dichos y Policías 1 y 2 por la izquierda.

ROBERTO. Salidles al encuentro. Un abrazo amigos.

(Se abrazan)

Ya he sacudido la inercia que se había apoderado de mi corazón... Kurok. Compañeros... La Libertad es la luz de nuestro espíritu.

TODOS. ¡Al baluarte de la Libertad! ¡Al baluarte de la Libertad!

(Vanse todos por la derecha)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

El interior de la cárcel convertido en ruinas por la formidable explosión. Sobre un montón de escombros donde se ven en confusa mezcla las ruedas y garfios que pertenecían a la sala del tormento, aparece el cadáver de Gurben. El humo y las llamas campean entre las ruinas. La luna ilumina el cuadro cayendo sobre el cadáver de Alejandra. A lo lejos, vista panorámica de San Petersburgo con iluminación nocturna.

FIN DEL DRAMA